BRENDA SIMMONS



Jugada pendiente

Jugada pendiente

BRENDA SIMMONS

Copyright © 2024 Brenda Simmons

Todos los derechos reservados
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora.
Esta es una obra literaria de ficción en su totalidad. Lugares, nombres y circunstancias son producto de la imaginación de la autora y, de existir, el uso que se hace de ellos está al servicio de la trama. Cualquier parecido con la realidad, situaciones o hechos son mera coincidencia.
Imagen de portada: Michael- Adobe Stock. Generada por IA

A mi querida hija María, mi lectora cero y mi fan más ferviente.

Índice

PRÓLOGO
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43

PRÓLOGO

—¡Las *Industrias Bramson* nos necesitan! —rugió Noel Edwards desde la fotocopiadora. Como su alarido no causó el resultado previsto, dejó los documentos sobre una mesa y se acercó a su jefa completamente descolocado—. Ha sido providencial la entrevista que concedimos la semana pasada y, además, gratis. ¡Joder, deberíamos tener un espacio diario en televisión! ¡Nos forraríamos! —En ese momento pareció caer en la cuenta de que Brooke estaba esperando que ampliara la noticia—. Ha llamado la secretaria del mismísimo *Alister Bramson* y debe ser urgente, porque ese *ser supremo* quiere hablar contigo… en persona. Brooke, hemos quedado MAÑANA a las nueve. —Durante un breve instante dejó que la idea calara en la cabeza de ella y después prosiguió con su verborrea habitual—. No he podido averiguar nada, lo mismo han perdido un chihuahua que necesitan información sobre una empresa filial. Puede ser cualquier cosa, pero, sea lo que sea, significa un talón de varias cifras. Oye, ¿vas a seguir ahí parada sin decir nada?

Brooklyn Graves había dejado de respirar.

Escuchar el apellido *Bramson* le provocaba ese efecto.

Claro, que solo ella lo sabía.

Y quería que continuara así.

—He pasado la noche entera delante del ordenador. —Suspiró, tratando de sonreír—. No me pidas demasiado, solo son las ocho. —Las manos le temblaban tanto que tuvo que sujetar con fuerza los pasteles que había comprado en la cafetería de la esquina—. ¿No tenía una reunión mañana? A propósito, he traído dulces rellenos y cubiertos; tuvieron tanto éxito los de la semana pasada que he pensado en repetir.

Noel Edwards movió la cabeza con resignación.

—Sí, ya veo que lees mis mensajes —Su voz sonó a reproche, lo que era absurdo porque siempre se quejaba de la poca atención que recibían los cartapacios que le enviaba—. Es cierto, habíamos quedado con una rica y opulenta comunidad de vecinos en pleno Manhattan, pero he puesto una excusa y te reunirás con ellos a primera hora de la tarde. Oye, ¿hay algo que me quieras contar? —le preguntó interesado—. Te estoy hablando de una empresa con más capital social que cualquier Estado europeo y tú te dedicas a hablar de unas míseras golosinas… ¿Conoces a los *Bramson*? Es eso, ¿verdad? —dedujo, sin pensar demasiado—. ¿Amiguetes de tu familia? Si quieres mi opinión, deberías perdonar a tu padre y aprovecharte de sus influencias. Total, eres la hija de un senador de los Estados Unidos.

Brook miró a su secretario y se encogió de hombros.

—Algún día te despediré por bocazas y no podrás hacer nada porque te lo habrás merecido —le dijo, volviendo a su ser en un santiamén—. No creo que pueda ver a… Bramson; mañana empiezo un curso de defensa personal… iba a decírtelo en cuanto me lo hubieras permitido. Tendrás que posponerlo, lo malo es que no sé hasta cuándo… Tengo un montón de trabajo atrasado. —Lo decidió de pronto; a fin de cuentas, no siempre debía hacer lo que se esperaba de ella—. Mejor aún, llama y rechaza el trabajo con cualquiera de tus excusas, no deseo relacionarme con la alta sociedad. Eso supondría ver a diario al senador y no lo soportaría.

Noel la siguió hasta el interior de su despacho y cerró la puerta con cuidado. Después se plantó delante de ella y la escudriñó sin piedad.

—Ahora estamos solos —informó su secretario, gesticulando con los brazos para hacer obvio que podían hablar sin temor a ser escuchados—. A mí puedes contarme la verdad. ¿Qué pasa con los Bramson? —le preguntó, empezando a perder la paciencia—. Te recuerdo que compartimos clases en la universidad y de eso han pasado ya unos cuantos años —admitió pensativo—. ¿Me puedes decir desde cuándo nos negamos a quedar con un cliente? Nena, diriges la mayor empresa jurídica y de seguridad de toda la ciudad. ¿Quieres hacerme creer que es por tu padre? Cariño, deberías mentir mejor… Un momento… —se interrumpió bruscamente. Brooklyn comprendió la gravedad de la situación cuando la ceja derecha de su amigo se elevó hasta formar una interrogación amenazadora—. ¿Es por el hijo? ¡¡¡Claro que sí!!! ¡Qué torpe estoy últimamente! —El tono que estaba utilizando desmentía por completo sus palabras—. El buenorro e inaccesible Hunter Bramson. Debería haberme dado cuenta antes. Eso lo explica todo.

Brooke sonrió, quitándole importancia a la cuestión espinosa de la aparición en escena del heredero de uno de los imperios más grandes e influyentes de todo Nueva York.

—Ya me gustaría —medio admitió para conseguir que la creyera—. Sin embargo, pareces olvidar que el hijo del *ser supremo* no frecuenta los garitos a los que estoy suscrita —expuso ella sin parpadear—. Aunque me duela reconocerlo, no he tenido tiempo de enredarme con un tipo como él. Además, tú has estado a mi lado, lo sabrías… —Dejó que su amigo lo pensara y se encogió de hombros aparentando una indiferencia que no sentía—. Noel, es mucho más sencillo, no estoy preparada para contemplar la felicidad del senador —confesó, esa vez sin necesidad de mentir—. Mi madre está en un centro de rehabilitación y él paseándose con su nueva familia. No es justo.

Brooke era consciente de que, con ese hombre al acecho, necesitaba algo

más que simples palabras. Puso cara compungida y suspiró, como si pensar en ello le hubiera provocado un fuerte malestar. Los ojos de su secretario se habían achicado hasta parecer orientales y la examinaban sin ningún pudor, así que huyó del análisis de su avispado inquisidor quitándose la americana. Se tomó su tiempo para colgarla en una de las perchas del exquisito mueble de caoba que estaba junto a la entrada. Intentaba ganar tiempo para evitar hablar del único tema del que no sabía qué decir: Hunter Bramson.

«Buenorro e inaccesible», había dicho Noel.

Bello como un adonis y despiadado y cruel como la vida misma, diría ella.

El sonido del teléfono interrumpió sus pensamientos y la salvó de hacer el ridículo contando el enamoramiento que había sufrido tres años atrás, cuando ese hombre apareció en su vida.

Brooke advirtió el titubeo de su ayudante.

Gracias a Dios, ninguna otra persona se hizo cargo de la llamada y Noel tuvo que abandonar la habitación para contestar desde su mesa.

No obstante, antes de salir, le lanzó a su jefa una mirada penetrante.

Era obvio que seguiría indagando hasta quedarse satisfecho. El problema era lo mal que quedaba ella en todo el asunto, así que prefería morir antes que admitir ni una sola de las estupideces que hizo por ese hombre.

—Hoy te encuentro algo despistada —comentó su secretario, volviendo sobre sus pasos—. Aunque no quieras ver al senador, no olvides que esta noche debemos acudir a la gala benéfica del ayuntamiento. El año pasado conseguimos clientes importantes, así que ni se te ocurra poner una excusa de última hora — Antes de abandonar la habitación, su asistente cayó en la cuenta de algo importante y se lo hizo saber con cierto retintín—. Un momento, sí que has tenido tiempo de *enredarte* con Hunter: siempre olvido que solo tienes veintitrés y, si no me equivoco, ese *semidiós* debe andar cerca de los treinta…

Brooklyn Graves asintió de forma mecánica, inmersa en sus propios pensamientos.

«Veintiocho años, el *semidiós* tiene veintiocho años», se recordó afectada.

Capítulo 1

Tres años antes…

Brooke apagó el despertador antes de que sonara.

Se había duchado en un tiempo récord y había vuelto a las camisas con lazos y tiras bordadas. La falda azul marino le llegaba a las rodillas y los mocasines negros, que creía perdidos, habían aparecido para ayudarla con su nuevo atuendo. Se había tintado el pelo esa misma noche y las mechas azules habían desaparecido para mostrar ahora un castaño brillante, parecido al que lucía su cabellera de forma natural. Se había recogido su espléndida melena en una coleta perfecta y no se había maquillado. Tuvo que conformarse con el rosa intenso que apareció en sus labios después de mordérselos varias veces. Tendría que discutir los términos del acuerdo; un pintalabios no parecía muy peligroso y pondría algo de color en su vida.

Se echó un último vistazo y resopló avergonzada.

Maldita sea.

Volver a ser una hija modelo tenía un coste, en su caso, no solo personal. La semana anterior había estampado su precioso deportivo contra un árbol y su padre se había mostrado inmisericorde: si quería seguir disponiendo del dinero de la familia, tenía que volver a su antiguo aspecto. Los excesos debían desaparecer, lo que incluía vestir como una monja, no tener más accidentes y, por supuesto, no beber durante el próximo lustro…

Lo había meditado bien.

Estaba dispuesta a cumplir todas las condiciones que le impusieran, su existencia ya era bastante dura sin añadir aditivos de ningún tipo. Con desánimo, bajó las escaleras evitando contemplar la imagen que le devolvía el espejo de la pared de enfrente.

Sin embargo, sus benévolas intenciones se fueron al garete cuando su chófer asintió con la cabeza al verla recuperar el aspecto de niña modosita e inofensiva. Le dolió descubrir que incluso ese hombre, a quien consideraba uno de los suyos, apoyaba al enemigo. Así que se boicoteó a sí misma y terminó bufando como un toro. El nerviosismo que su gesto provocó en su único amigo le recordó que se había rendido porque era la única manera de ganar aquella guerra. Contó mentalmente hasta diez y le dedicó una sonrisa sincera.

Lástima que no abundaran las buenas personas, pensó Brooke, al mirar de reojo al tipo que estaba junto al viejo Taylor.

Odiaba a ese individuo, retorcido e interesado, que manipulaba a cuantos

conocía en nombre del senador.

—Estás perfecta —le dijo Steven Harris mientras la inspeccionaba con detenimiento—. Tu padre tiene suficientes problemas con la campaña y con tu madre —le recordó el asistente, mientras le hacía una fotografía con el móvil—. Sonríe… El senador quiere comprobar que cumples tu palabra. Ahora te dejo con Taylor —Al hablar miró al hombre y le tendió una bolsa con comida—. No le prestes dinero, está castigada. Y tú… —le dijo a Brooke, apuntándola con el dedo índice—, no te metas en más líos. Esta vez hemos podido detener la noticia, pero ha costado una fortuna. —Harris suspiró, demostrando lo cansado que estaba de ella—. Brooklyn, ya no eres ninguna niña, así que compórtate como es debido. Es lo que tu padre espera de ti.

Brooke le hizo una reverencia, ganándose la mirada severa de Taylor y el gesto desabrido del consejero de su padre.

—No deberías retarlo —le dijo su chófer, cuando Steven se alejó lo suficiente de ellos—. Solo cumple las órdenes del senador y no es mal consejo que no te metas en más líos. Dinero aparte, has salido de tu última aventura con un esguince cervical y un montón de contusiones. —El hombre le abrió la puerta y miró a su alrededor antes de sacar unos billetes de su cartera—. No me los devuelvas. No es bueno ir por la vida sin dinero; nunca se sabe cuándo te va a hacer falta. Y, si necesitas visitar a tu madre, no lo hagas en mi día libre. No estás acostumbrada a conducir —le recordó la única persona que pensaba últimamente en ella—. Has tenido suerte de que haya sido un árbol y no otro vehículo también en movimiento…

Brook apenas podía sostener la mirada del hombre.

En ese momento lamentó que el espejo interior del Mercedes fuera tan generoso como su chófer, porque toda su entereza se estaba viniendo abajo.

—Gracias, Taylor —le dijo conteniendo la emoción—. Mi madre me llamó para despedirse de mí… Parecía que… En fin, que iba a… No lo pensé. —Tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a llorar, aunque no pudo evitar que algunas lágrimas traicioneras rodaran por sus mejillas—. Era tarde y yo estaba sola. Mi padre no atendía mis llamadas y opté por lo único que podía hacer. Tengo permiso de conducir desde hace mucho tiempo, no debería haber tenido ningún problema…

Taylor Wood asintió con la cabeza, maldiciendo para sus adentros, al comprender el calvario que vivía aquella chiquilla.

—Todos los días saldremos una hora antes —improvisó el hombre de repente—. La utilizaremos para que practiques y, en poco tiempo, conducirás mejor que yo. Así estarás preparada para cualquier emergencia, aunque lo mejor sería que me llamaras a mí y no a… En fin, tú sabes lo que quiero decir.

Brooklyn terminó mentalmente la frase de su chófer.

Sí, claro que sabía que debía acudir a él y no a su padre. Hacía tiempo que sospechaba que recurrir al senador era perder el tiempo, pero no había tenido otra alternativa. Lo peor del asunto fue creer que Daniel Graves lo dejaría todo para contestar a su llamada de auxilio. Que una de sus secretarias la pusiera en espera durante diez insoportables minutos para terminar diciéndole que su padre continuaba reunido, la conmocionó…hasta el punto de ponerse a gritar, presa de un ataque de histeria. Los chillidos y los llantos le sirvieron para ganarse una segunda oportunidad y, esa vez, fueron cinco los eternos minutos que duró su martirio, aunque con el mismo resultado. Según aquella buena mujer el mensaje del senador era que se tomara una tila, que se tranquilizara y que descansara, porque se trataría de una falsa alarma.

Una falsa alarma.

Su madre se había despedido de ella, incluso le había dicho dónde guardaba las escrituras de las dos casas que iba a heredar, había llorado y le había pedido perdón por lo que estaba a punto de hacer…

«Una falsa alarma», según su padre.

Lo sucedido aquella noche la devolvió a la cruda realidad. Al senador le importaba una mierda que su hija lo llamara tratando de evitar que la inestable de su madre -y su amantísima esposa- decidiera cometer una locura. Joder, era duro admitirlo. Así que se limpió las mejillas con las manos y resopló emocionada mientras contemplaba a su chófer.

—Gracias, Taylor. —Sonrió por primera vez en muchos días—. Soy consciente de que no debo chocar con lo que me salga al paso. En honor a la verdad, debo decir que se me cruzó un perro y pegué un volantazo. Lo demás ya lo conoces.

Wood le guiñó un ojo para ocultar su malestar y ella agrandó su sonrisa.

—Ahora vayamos a la universidad —le dijo el hombre—. Con los estudios no tenemos ningún problema. Algo es algo.

Brooklyn afirmó con la cabeza.

Para bien y para mal, ella era una réplica en femenino de su padre. Tenía altas capacidades, era una experta en nuevas tecnologías, hablaba cuatro idiomas y su memoria era tan portentosa que le daba miedo. Y, por supuesto, jamás había hablado de lo último con nadie. Ya le resultó difícil ir dos cursos adelantada en la escuela. Si se hubiera sabido que en realidad era un bicho raro, habría sido todo mucho peor.

Bueno, no podía ser peor que dejarse ver con los frikis que tenían la misma edad que ella, porque en la actualidad formaba parte del selecto club de los ACIU (Altas Capacidades Intelectuales Universitarias). Un grupo de escasos

miembros de los que ella había intentado alejarse por todos los medios y al que siempre acababa regresando.

Justo como en aquel momento.

—Ahí tienes a tus compañeros —le dijo Taylor, al ver a tres personas esperándola en la acera—. Parecen buenos chicos.

Brooke no dijo nada, emitió un sonido gutural semejante a un gorgojeo y respiró hondo antes de enfrentarse a sus colegas.

—Te estábamos esperando porque no estamos de acuerdo en cuanto al perfil que debe reunir un sujeto para ser capaz de convertirse en un psicópata despiadado —expuso Sally Webster como saludo—. A propósito, te felicito por volver a tu antiguo *look*. Últimamente parecías un poco… demasiado extrema. Tú me entiendes…

Brooke contempló a los dos chicos y después a Sally.

Todos vestían de la misma manera, es decir, con ropas clásicas, planchadas y apagadas. Incluso el pelo era similar: la fémina, coleta y los hombres, cabello corto y repeinado.

Ella no se identificaba con esas criaturas.

Ni siquiera sentía aquella fervorosa admiración por los dos grados que cursaban: Derecho y Criminología. En su caso, también se había matriculado de las asignaturas de Ciencias Empresariales que trataban el mundo de los negocios, así que se suponía que entre los ACIU ella era la máxima representante.

Joder, qué putada.

Sonrió a una delgadísima Sally, que esa mañana había decidido ocultar sus pecas con una gruesa capa de maquillaje, y regaló su almuerzo al buenazo de Andrew Harper.

Esa mañana su compañero lucía tan atractivo como de costumbre. Lástima que él no fuera consciente de su metro noventa, su pelo negro y su complexión atlética. Con unos ojazos verdes de infarto y unos rasgos muy masculinos, Harper atraía como un imán las miradas de todas las chicas que pasaban a su lado.

—Gracias, Brooklyn —le dijo el muchacho, mientras guardaba la bolsa en su mochila—. Me he comido en el metro el sándwich múltiple que me han hecho esta mañana y me he gastado todos mis ahorros en un móvil con más capacidad.

Brooke asintió con la cabeza, teniendo mucho cuidado de que no se notara su preferencia por el chico. Harper padecía el síndrome de Asperger y se ponía muy agresivo cuando notaba cualquier diferencia de trato, aunque siempre dirigía su cólera hacia sí mismo, lo que era tan frustrante que todos evitaban que sucediera.

Brooke saludó con un choque de palmas al tercer elemento de aquella

extraña pandilla: un tipo pausado, de metro setenta y exceso de peso, que siempre llevaba chaleco. Hasta su nombre sonaba pomposo, John Wright III. Se trataba de un auténtico devorador de libros de texto que declamaba en cualquier momento y en cualquier situación. Era algo así como un loco del teatro en el ámbito intelectual. Su afán de notoriedad no conocía límites. Brooke lo manejaba bien, le permitía sus minutos de gloria y todos contentos.

Analizando ahora las caras sonrientes del grupo, Brooke comprendió que, a raíz de su deserción, se habían sentido perdidos. Socialmente, ella era la más *normal* -si algo así existía- del cuarteto, por lo que la habían dejado liderar el insólito equipo.

No sabía por qué, pero su vida estaba rodeada de personas que, por un motivo u otro, la necesitaban: su padre, su madre, sus compañeros…

Estaba cansada.

Con tan solo veinte años sería bueno encontrar a alguien que, además de necesitarla, también cuidara de ella…

Capítulo 2

Brooke decidió saltarse la última clase de ese día.

El chico que se había sentado junto a ella le había asegurado que le pasaría los apuntes por el módico precio de un café y un sándwich. Noel Edwards era de fiar; su nota media rozaba el sobresaliente y su intelecto se mostraba tan despierto y sarcástico que la mantuvo distraída la mayor parte de la mañana. Además, era un rubio guapísimo y muy alto. Se notaba que se cuidaba porque alardeaba de músculos cada vez que podía. A Brooke le gustaban sus ojos del color de la miel. Y, sobre todo, usaba una colonia de las que no te hacían querer huir de su lado. Edwards jugaba en otra liga y no lo disimulaba. Llevaba su amaneramiento por bandera y no parecía que le afectara la opinión de los demás, lo que fue determinante para que a ella le cayera bien.

A las dos de la tarde, caminaba sin rumbo, le dolía la cabeza y respiraba con dificultad. Además de las cervicales, el airbag de su deportivo le había destrozado el pecho. Sabía que había tenido suerte, pero no podía evitar pensar si no habría sido mejor…

En ese momento, un perro se detuvo a su lado y la contempló expectante. Después de lanzarle una mirada cargada de rayos X, el animal se sentó a su lado y aguardó sin despegar los ojos de su objetivo: el bolso de la muchacha. Se notaba que estaba acostumbrado a que le dieran comida y eso era lo que esperaba, con más paciencia que un santo, por cierto.

Brooklyn suspiró resignada.

Ese era su sino.

Incluso los animales perdidos, sucios y zarrapastrosos, querían algo de ella.

—Tu caso lo tengo claro, amigo —le dijo al can, como si pudiera entenderla—. Tienes hambre y sed; un clásico. Sígueme, lo tuyo tiene fácil arreglo.

No sería complicado conseguir algo de comida para el perro. Conocía a todas las personas que trabajaban en la universidad. De hecho, estaba al corriente de todo lo que sucedía en un radio de varios kilómetros alrededor de aquel centro del aburrimiento y del… saber, por supuesto.

El animal la siguió sin que ella tuviera que convencerlo.

El chucho estaba asqueroso, pero se advertía a una legua que tenía pedigrí y que confiaba en el ser humano. Acabaron frente a un edificio mastodóntico y, una vez más, Brooke comprobó la buena educación de su acompañante al observar que éste no intentaba entrar en el comedor universitario.

Increíble.

El animal se quedó esperándola a los pies de la escalinata sin emitir ni un solo sonido. Solo el movimiento de su cola revelaba que estaba al tanto de lo que se urdía en el interior de aquel edificio.

Brooke no tardó en salir, provista de un montón de salchichas caducadas.

La caducidad era solo de unas horas, pero el animal no tenía por qué saberlo. La siguió hasta la sombra de un árbol próximo a la entrada y aguardó sin ladrar a que ella abriera la bolsa de plástico y le proporcionara el festín. Debía de estar famélico de verdad porque no levantó la cabeza mientras engullía la carne. Cuando no encontró nada más que comer, prosiguió con la hierba del suelo, mordisqueándola a modo de guarnición.

—Eso sí que no lo había visto antes —le dijo Brooke, preocupada.

Lo último que necesitaba era que el animal enfermara por su culpa, así que entró de nuevo en el comedor y salió con una botella de agua. Esperaba que el césped solo hubiera completado la dieta de su invitado, porque no podía permitirse más accidentes. Así que, solo por si acaso, improvisó un bebedero con una bolsa que llevaba en la mochila y deseó fervientemente haber acertado.

El perro bebía como si no hubiera un mañana y respiró más tranquila.

Examinándolo con objetividad, aquel chucho parecía sentirse mejor que ella. Probablemente, los canes también ingirieran verduras, pensó tratando de conservar la calma.

Maldita sea, no tenía ni idea.

—¡Oh, Dios mío! ¡La hemos encontrado! —gritó una voz a sus espaldas.

Brooklyn se volvió para toparse con una niña de unos diez años.

—¡Papá! —continuó gritando la chiquilla—. ¡Luna está aquí! ¡La he encontrado!

Brooke comprendió que hablaba del perro, o mejor, de la perrita.

—¿Es tu mascota? —le preguntó a la niñita—. Espero haber cuidado bien de ella… ¿Come hierba a menudo? Es lo que ha hecho después de acabar con las salchichas que le he conseguido.

El animal había reconocido a la joven y le estaba dedicando una andanada de lengüetazos cariñosos y viscosos.

Daba gusto verlas.

Brook sonrió al contemplar a las dos criaturas revolcadas por el césped. Incluso logró olvidarse de la suciedad que acompañaba al can.

—Gracias por haber cuidado de nuestra golden retriever —le dijo un hombre con expresión feliz —. Luna es la perrita de mi hija. Llevamos varios días buscándola —le explicó el dueño del animal—. Se perdió el domingo, en un parque cercano. Las ardillas son su debilidad, no puede verlas. —El caballero sacó una cartera de su bolsillo y puso un billete de cien dólares en la mano de

Brooklyn—. Gracias de nuevo, nuestra casa no era lo mismo sin el cachorro.

Brooke se quedó mirando el billete.

La tentación era grande, pero no podía aceptarlo.

—No es necesario —le contestó, a punto de llorar de impotencia. El señor Franklin podía salvarle la semana—. La acababa de encontrar y solo le he conseguido unas salchichas y una botella de agua.

De repente, la niña se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

—Gracias, empezaba a pensar que no volvería a verla.

El hombre contempló la reacción de su hija con la mirada empañada por las lágrimas. Brooke hubiera dado todo lo que tenía por inspirar a su padre un sentimiento parecido, pero lo máximo que había conseguido del senador era la necesidad obsesiva de fotografiarla siempre que salía de casa.

Qué lejos estaban de parecerse a esa familia.

—Por favor, acéptalo —le dijo el caballero, tomándola de las manos para obligarla a coger el dinero—. Jenny estaba dispuesta a abrir su hucha, ¿verdad, cariño? Y mi esposa y yo a ofrecer una recompensa. Esto es una minucia —insistió el atento y cariñoso padre—. Piensa que nos has devuelto la alegría.

Después de guiñarle un ojo, el hombre se marchó tras los pasos de su hija y de la cachorrita. El animal no paraba de mirar hacia atrás, quizá para cerciorarse de que no volvía a perderse.

Ojalá fuera tan sencillo, pensó ella, mientras contemplaba al enternecedor trío.

Mirar a tu alrededor para constatar que no estás sola.

No le funcionó.

Estaba tan aislada como siempre, pero tenía un billete de cien en las manos. Incluso Benjamin Franklin le sonreía. De repente, su cabeza empezó a rumiar una idea que descartó por trasnochada, hasta que se topó con uno de los paneles informativos de la uni: «Recompensa de quinientos dólares: dogo gris perdido en la zona norte de Manhattan…». «Recompensa de mil dólares: gata siamesa perdida en Central Park…». «Recompensa de trescientos dólares: chihuahua perdido en Bryant Park…».

Oferta y demanda.

Solo las gratificaciones de los tres primeros anuncios sumaban mil ochocientos dólares. Esa era la grandeza del capitalismo y era de la que ella se iba a aprovechar. Hasta el último céntimo, eso seguro.

La vida no estaba tan mal después de todo.

Capítulo 3

Brooke contempló su imagen en el cristal de la ventanilla del coche.

Esa misma mañana le había salido un grano en mitad de la frente del tamaño de las montañas rocosas. Gracias a Dios, el senador permanecía sumergido en la lectura de un abultado expediente y no lo había notado. Sabía que cuando lo advirtiera le recordaría que debía cuidar su alimentación y usar kilos de maquillaje para ocultar ese atentado contra la buena imagen de su familia.

«Una sola piedra puede desmoronar un edificio», decía Daniel Graves ante cualquier molestia que osara atentar contra su organizada vida. La primera vez que Brooke escuchó las palabras estuvo de acuerdo con ellas. Tenía diez años y era incapaz de formar una columna de cartas sin que se le desplomara en el segundo piso. Con el tiempo, comprendió que el senador utilizaba la frase para indicarle a su esposa lo inconveniente que resultaba su estado de embriaguez casi habitual. Fue entonces cuando Brooke buscó al autor de semejante reflexión, dado que su querido progenitor dejaba mucho que desear en temas literarios. No tuvo que investigar demasiado, según san Internet, Francisco de Quevedo era el genio que había parido la frasecita y, de seguir vivo, le habría explicado encantada que hasta los edificios más inestables se volvían seguros con el tratamiento adecuado.

—Por favor, sonríe a la prensa —le recordó el senador a su esposa—. Y, bajo ningún concepto se te ocurra mencionar que acabas de salir de una clínica de desintoxicación. —La mención del problema le hizo bajar el tono hasta convertir sus palabras en un susurro desagradable—. Y… ¡quítate las gafas, por Dios! Creerán que vas bebida.

Susan Graves no respondió, continuó mirando a través de la ventanilla del Cadillac como si no se hubieran dirigido a ella. Brooke comprendió que lo había escuchado porque el pecho de su madre comenzó a subir y bajar con rapidez. El senador era especialista en alterar los nervios de cualquiera, sobre todo, los de su querida esposa. Aunque, para ser sincera consigo misma, después de los últimos incidentes que habían protagonizado las féminas de la familia, tenía su mérito permanecer relativamente tranquilo en el interior del coche, sabiendo que fuera aguardaban cientos de periodistas a la caza de cualquier noticia.

Por supuesto, todo lo sucedido había sido oportunamente silenciado, su padre se había encargado de ello. Si algo había aprendido Brooke a lo largo de los años, era que no había nada que no pudiera sepultarse bajo el peso del dinero: ni el alcoholismo de su madre, ni su accidente de tráfico en una simple recta.

Maldita prensa.

Pensar en el «cuarto poder» siempre la ponía de mal humor.

Sin embargo, en ese momento el enfado cedió frente a algo más inteligente. Quizá la dichosa espinilla le proporcionara paz durante los próximos días, no pedía más. Se acercaban las elecciones y estaba obligada a participar en un montón de eventos a los que no deseaba acudir. La cena de esa noche era un claro ejemplo de ello. El ayuntamiento de Nueva York se vestía con sus mejores galas y subastaba noventa piezas divididas en esculturas, óleos, acuarelas, collage textil y técnicas mixtas. Las obras no eran conocidas, pero habían sido generosamente donadas y creaban cierta expectación entre los galeristas más renombrados, lo que suponía el principal aliciente para los artistas más noveles. Conseguir el mecenazgo de una galería de arte en Nueva York era algo parecido a que te tocara la lotería, por lo que todos los años se presentaban cientos de obras que eran sometidas a una criba tan concienzuda como la de un metal precioso. El objetivo final era conseguir fondos con los que seguir sufragando los comedores sociales de la ciudad de Nueva York.

Ciertamente, ganaban todos.

—Me ha salido un granito —comentó ella con naturalidad, como si el bulto no pareciera un volcán a punto de entrar en erupción—. ¿Se me nota mucho? Me he aplicado una buena capa de maquillaje, pero no estoy segura —al decirlo se pasó los dedos por la zona, tratando de eliminar con disimulo el barniz que cubría la inflamación.

Su madre no se inmutó, pero tampoco lo esperaba. La docena de pastillas que tomaba a diario podía ser la causa, aunque no estaba segura. Últimamente parecía que nada le afectaba, lo que era muy extraño porque tan solo unos meses atrás le afectaba todo.

Ninguno de los presentes le dio importancia a su asqueroso grano.

Vale, tenía que rectificar.

Taylor la observó a través del espejo retrovisor y le guiñó un ojo.

Brooke imaginó que desde el asiento del hombre la hinchazón se vería peor, así que le dedicó un mohín con el que esperaba que se tranquilizara. Se olvidó enseguida de su chófer y de la prudencia que este le aconsejaba que debía tener. Estaba tan enfadada con el senador que terminó contemplándolo con el entrecejo arrugado. Había sacado a su madre de la clínica sin haber completado el tratamiento. Verla en aquel estado catatónico era una auténtica crueldad. Joder, la gala del ayuntamiento no podía ser más importante que la salud de su esposa… o eso quería pensar ella.

Enseguida, el dolor de la frente fue tan intenso que se le escapó una exclamación.

—No os preocupéis por mí —manifestó lastimosamente, mientras se acariciaba la zona con cuidado—. Solo es una prueba de que estoy viva y de que soy joven. Acné juvenil… llaman a esta protuberancia que me ha deformado la cara y me hace parecer una extraterrestre con tres ojos…

Susan Graves miró a su hija con expresión ausente. No debió de considerar muy seria la situación porque al instante volvió a concentrarse en el paisaje que iba apareciendo a través de la ventanilla del coche.

Brooke retó a su padre con la mirada, sin embargo, no consiguió más que una rápida ojeada. El informe que descansaba en sus piernas parecía acaparar toda la atención del senador.

—No se te nota —le dijo con una penosa indiferencia. Para desconcierto de Brooke, antes de volver a los folios, pareció examinarla de nuevo—. Brooklyn, debo insistir en que no te acerques a ningún personaje indeseable y, sobre todo, aléjate de… Hunter Bramson —mientras lo decía, Daniel Graves giró la cabeza para buscar el apoyo de su esposa. A Brooke le sorprendió que esta reaccionara devolviéndole una mirada silenciosa y enigmática—. Nada de fotos con ese Bramson. No nos podemos permitir que te relacionen con alguien como él.

Hasta ese momento, Steven Harris había permanecido callado. Sentado en el asiento del copiloto, el hombre que era la mano derecha de su padre se volvió hacia ella con cara de pocos amigos.

—Ese individuo va de escándalo en escándalo. Tiene todos los vicios posibles: mujeres, juego, bebida… y no me extrañaría que también consumiera estupefacientes. Brooklyn, no cruces ni una palabra con él, ni lo mires siquiera. —El asistente movió la cabeza. Estaba claro que no se fiaba de la reciente conversión de la hija de su jefe—. Su familia le permite su conflictivo comportamiento porque es una especie de rey Midas. En solo dos años, ese crío ha conseguido que una de sus empresas, *Bramson Green Future*, ocupe el primer puesto en el sector del petróleo y del gas natural. Sin embargo, dudo mucho que haya una persona menos recomendable que Hunter en toda la fiesta.

Brooke comprendió que el tema era lo suficientemente delicado como para que el secretario del senador considerara necesario poner en antecedentes a una piltrafilla como ella. Harris siempre los acompañaba a los eventos importantes y el de aquel día superaba con creces cualquier expectativa. Así que a Brooke no le sorprendió que terminara participando en la conversación, lo que no supo interpretar fue la aversión con la que hablaba de uno de los tipos más ricos y poderosos de todos los Estados Unidos. Había visto en demasiadas ocasiones cómo su padre y ese hombre se desvivían por congraciarse con individuos de la calaña descrita. Descubrir que a su progenitor todavía le quedaba algún límite moral le devolvió la fe en el ser humano y le dio fuerzas para soportar la mirada

inquisitiva de su empleado.

Después, se lanzó al vacío.

No iba a encontrar un momento mejor.

—No debéis preocuparos por mí —aseveró ella, con la voz más sería que pudo articular—. A propósito, quizá hayáis olvidado que llevo un mes sin tarjetas de crédito…. Y, hablando de *crédito*, si tenemos en cuenta que no iba bebida, ni drogada, ni nada de nada, creo que ha llegado el momento de que me levantéis el castigo. Al igual que cientos de personas, solo fui la víctima de un desafortunado accidente de tráfico.

Brooklyn contuvo la respiración, probablemente se había pasado.

No deseaba que sus palabras sonaran a chantaje, aunque en aquel coche todos sabían que lo era. Hasta su madre sonrió ligeramente, como si estuviera orgullosa de ella y no temiera demostrarlo.

A Brooke le agradó comprobar que su progenitora seguía viva.

Solo por eso se envalentonó.

A pesar de sus esfuerzos, no había encontrado a ninguno de los animales que se anunciaban en los paneles del campus, lo que significaba que llevaba tiempo sin un céntimo. Empezaba a creer que toparse con el golden retriever de la niña había sido un milagro. Su desesperación era tal que, si no atendían sus súplicas, estaba dispuesta a cualquier cosa. Hasta liarse con ese tipo del que Steven no tenía más que elogios…

Joder, estaba tan indignada por lo que habían hecho con su madre y con ella, que ardía en deseos de meter la pata.

—Cada día soy más consciente de lo que vales —le dijo el senador, soltando una alegre carcajada que le recordó a Brooke tiempos mejores. Al instante, la interrumpió y su voz adquirió un deje amenazador—. Por encima de todo, compórtate como te hemos enseñado y todo irá bien.

Después de la *recomendación-intimidación-amenaza* volvió a sus documentos.

Solo Taylor fue consciente de la ira que se acababa de desatar en el interior de Brooke. El chófer movió la cabeza de forma involuntaria, mientras buscaba la mirada de ella en un intento vano de hacerle comprender que lo que estuviera maquinando no podía ser bueno.

«Desde luego que me comportaré como me has enseñado», pensó Brooke, dedicándole a su padre una encantadora sonrisa y obviando al conductor. «Es más, lo voy a hacer tan bien que no lo olvidarás en toda tu vida».

◆◆◆

Cuando llegaron a los salones que se habían habilitado en los sótanos del ayuntamiento, Brooke no tuvo tiempo de pensar en su venganza. Al volverse hacia su querida y alcoholizada madre, buscando su apoyo antes de enfrentarse a los millones de *flashes* del photocall, esta había desaparecido. Su nivel de ansiedad alcanzó cotas históricas y, por un instante, temió desmayarse. No iba a hacer falta que se liara con Hunter Bramson; su madre, por sí sola, se iba a despachar a gusto.

A tan solo unos metros se podían distinguir legiones de camareros portando bandejas rebosantes de champagne. Estaba claro que su progenitora no había podido soportar la visión de tanta bebida. Solo faltaba saber si la tentación había sido demasiado grande y estaba tirada en cualquier esquina con una botella en las manos. Lo de beber a escondidas lo había hecho en tantas ocasiones que su padre y su secretario lo dieron por sentado. A Brooke le hubiera gustado pensar de otra manera, pero no las tenía todas consigo. El culpable de todo era el senador y sus malditas elecciones. Susan Graves no estaba preparada para abandonar la clínica de desintoxicación y, mucho menos, para asistir a reuniones en donde consumir alcohol formara parte del protocolo.

¡Joder, qué mierda de vida!

—Brooklyn, Steven la está buscando por los alrededores. Tú concéntrate en esta sala —le susurró su padre al oído, sin perder la sonrisa—. Intentaré ganar tiempo hablando con el alcalde.

Brooke asintió, sin permitir que el mayor de sus miedos se adueñara de la situación. Llevaba tanto tiempo haciéndolo que su actuación fue perfecta: sonrisa, mirada indiferente y dientes, muchos dientes…

No necesitó alejarse mucho.

El salón consistía en un espacio diáfano lleno de mesas ricamente engalanadas. Si descartaba los bajos de los tableros, el lugar disponía de pocas zonas donde poder esconderse. Solo quedaba buscar detrás de las columnas forradas de mármol blanco que emergían, con más profusión de la esperada, en los aledaños del salón. Empezaba a perder la esperanza, cuando vislumbró unos tobillos finos y elegantes acompañados de unos zapatos de cinco mil dólares. Los reconocería en cualquier lugar. Esa misma mañana se los había probado con la aquiescencia del ama de llaves. Veinte fotografías después, los había devuelto a su privilegiado espacio en el vestidor de su progenitora. Así que ahora estaba segura de que el cuerpo que exhibía aquellas diminutas obras de arte era el de su madre y corrió hacia ella.

Enseguida supo que algo no encajaba y no logró entender el motivo.

Porque Susan Graves estaba sola.

Apoyada en la escasa pilastra, contemplaba a un grupo de personas con una expresión de arrobo… inquietante. Brooke le echó la culpa a las pastillas y, confinando sus temores en algún lugar oscuro, se acercó aliviada.

—¡Aquí estás! Te estábamos buscando; has desaparecido sin avisar —le reprochó al oído, suspirando de alivio—. El *photocall* nos espera. ¿Por qué te has marchado? Papá está con el alcalde y ya lo conoces.

Su madre asintió con la cabeza.

—Sí, tu padre y sus sofisticadas maquinaciones…

No dijo nada más.

Con los andares majestuosos que la convirtieron en la reina de las pasarelas, Susan Graves volvió a poner de manifiesto que su belleza no se había resentido ni un ápice. Y, a pesar de que la sala estaba atestada de personas, la exmodelo se fue abriendo paso sin ninguna dificultad. Brooke comprendió que algo así debió de experimentar el propio Moisés al atravesar el mar Rojo. La hermosura de su madre daba repelús, se dijo impresionada, constatando una vez más la expectación que causaba a su alrededor.

Cuando pudo sustraerse del magnetismo que irradiaba la quebrantada sirena, Brooklyn le envió un mensaje a Harris, al tiempo que observaba a las personas que habían acaparado minutos antes la atención de su progenitora. Tres hombres podían verse con claridad desde esa posición, aunque solo uno de ellos miraba hacia la columna con cierta ansiedad.

¡Vaya, menuda sorpresa!

Alister Bramson no perdía detalle del precioso y escultural cuerpo que lucía Susan Graves.

¿Su madre y el tipo más rico de todo Nueva York?

Qué locura.

Seguro que se equivocaba.

Capítulo 4

Brooke disimuló un bostezo.

Las primeras horas habían resultado entretenidas porque apostó mentalmente por tres obras y seguirles la pista la ayudó a olvidarse de sí misma. Sin embargo, la diversión no duró mucho. Además, su ansiedad se había calmado; su madre solo bebía el agua con gas que le había facilitado Harris y el senador se comportaba como si fuera un feliz padre de familia y un amante esposo. Parecía que todo estaba saliendo según lo planeado.

¡Por favor, estaba a punto de dormirse de aburrimiento!

Ya podía leer los titulares: «La hija del senador Graves se queda frita en la gala del ayuntamiento. Lo que nos lleva a preguntarnos: ¿qué hace Brooklyn Graves por las noches? La respuesta parece obvia, chocar contra un árbol -mosqueante si pensamos en la recta en la que se produjo el accidente- y cualquier otra cosa que no incluya descansar adecuadamente…».

El escándalo no iba a ser muy grande si lo comparaba con liarse con un tipo que tenía todos los defectos posibles. Lo que le recordó que su venganza se iba a ir al traste si no se ponía en movimiento y localizaba a ese epítome de la incorrección, o lo que era lo mismo y utilizando las palabras de Harris, al vicioso de Hunter Bramson.

Claro, que si el hijo era tan fácil de encandilar como el padre, no iba a tener muchos problemas, se dijo Brooke, con la confianza que le daba saberse tan atractiva como la súper modelo Susan Evenson, su querida madre, antes de transformarse en la esposa del senador Daniel F. Graves.

Los Graves formaban una pareja ideal, pensó Brooke, mientras se dirigía al servicio y contemplaba a su familia con objetividad.

Su madre tenía cuarenta y cinco años y su padre diez más, aunque ninguno aparentaba su edad real. Susan Evenson había ganado el concurso de belleza del Estado de Arizona. Su padre formaba parte del jurado y así fue como se conocieron. No ocultaron que también formó parte de su cama, porque Susan dio a luz solo siete meses después. Que ella no era sietemesina quedó claro por los tres kilos que la adornaron al llegar a este mundo.

Rubia, de curvas explosivas y altísima, así era su madre, además de tener unos ojos verdes de color imposible y sonrisa deslumbrante. El senador seguía manteniéndose exactamente igual que cuando jugaba como quarterback en la universidad. Lo que se traducía en un cuerpo atlético que conjugaba bien con su rostro de ángulos duros y marcados. Brooke sabía que el color oscuro del pelo de

su padre era artificial, pero no se notaba y le sentaba estupendamente a su cuidada melena corta.

«La bella familia de Arizona», así los había bautizado la prensa y ahora que lo pensaba, tenía que darle la razón. Vistos desde la distancia que le proporcionaban aquellos metros, sus padres formaban una bonita pareja; el problema radicaba en que las cosas no eran siempre lo que parecían.

Súbitamente, la visión de un perrito correteando entre las piernas de los asistentes la devolvió de nuevo a la Tierra. De su incursión en el mundo de los canes extraviados, Brooke había descubierto que la raza del bichón maltés era una de las mejor pagadas y si, además, el animal tenía el pelo largo, los dólares también se alargaban. Así que lo siguió por pura deformación profesional.

Tampoco tenía nada mejor que hacer.

El cachorro salió por una puerta lateral y lo vio desaparecer al final de un corredor. Antes de lanzarse en su persecución, Brooke se detuvo en seco. La oscuridad dibujaba formas extrañas a su alrededor y, por si eso fuera poco, la música retumbaba en las paredes creando un efecto inquietante.

Quizá debería pensarlo mejor.

El lugar daba miedo, como si de repente la hubieran incluido en una de esas películas de terror en la que un psicópata asesino se despacha a gusto con la primera persona que encuentra en su camino.

Sin embargo, estaba endeudada hasta las cejas y no podía seguir sableando a Taylor. Así que decidió buscar al chucho, aunque más lentamente.

Joder.

En ese momento, una chica pasó a su lado golpeándola con fuerza. La muchacha parecía tener prisa por desaparecer del lugar y farfulló un correcto «lo siento» sin mirarla siquiera. Brooke se apoyó en la pared, mientras se acariciaba el hombro magullado y contemplaba la espalda de la fémina que había estado a punto de tirarla al suelo. Le hubiera encantado tener la libertad de decirle cuatro cosas, pero ser la hija de un senador de los Estados Unidos tenía sus inconvenientes. Por el contrario, se quedó inmóvil como una imbécil, admirando la figura sensual de la mujer. Le llamó la atención que la tela de su vestido, de tonos azules, brillara en la semioscuridad de la galería. Probablemente, porque estuviera confeccionada con lentejuelas de calidad o porque los hilos utilizados llevaran algo de plata auténtica. Además, para completar el sugerente atuendo, el cabello de la muchacha era de un pelirrojo intenso y lo llevaba muy planchado.

«Cita clandestina, ruptura amorosa o enfado monumental», dedujo Brooke, sin dejar de frotarse el brazo.

Miró la hora en su muñeca y lamentó haber escogido uno de los pocos relojes que no disponían de luz en la pantalla. El móvil marcaba un veintitrés en

números bien grandes y suspiró agobiada, al caer en la cuenta de que aquellos eventos terminaban a altas horas de la madrugada.

Encontrarse con una valiente tan solo unos segundos antes, le dio el coraje que le faltaba para seguir jugando a encontrar mascotas perdidas. Sin embargo, no estaba tan desesperada como para acabar perdiéndose en aquellos pasadizos mal iluminados. Por eso, cuando descubrió que su camino se bifurcaba en distintas posibilidades, se dio la vuelta para volver a la sala. Al hacerlo, vislumbró una sombra sentada en una pequeña escalera. Brooke se sorprendió por no haber advertido que la pared de la derecha daba acceso a otra planta.

—¿Necesitas ayuda?

Le gustó el tono masculino de la voz, a pesar de pecar de superficial, ese fue motivo por el que no salió corriendo. Aunque no estaba acostumbrada a hablar con desconocidos, Brooke se detuvo delante de los escalones y se dirigió al bulto que se entreveía en aquella oscuridad.

—Estoy siguiendo a un perrito que corría en esta dirección —reveló sin dar más detalles. Admitir que de un tiempo a esa parte ya no veía chuchos extraviados, sino billetes en su cuenta bancaria, no le iba a reportar ningún beneficio, por lo que no lo dijo—. Me ha parecido que estaba perdido. ¿Lo… has visto por aquí?

No conseguía ver bien al individuo, aunque le dio la impresión de que era joven. La escalera estaba envuelta en sombras y la luz del pasillo era insuficiente para apreciar sus rasgos. Aunque podía equivocarse, Brooke creyó que el desconocido sonreía, lo que le resultó altamente sospechoso. Resopló nerviosa y deseó que la falta de seriedad no se debiera a su grano. Lo único que le faltaba era que la poca luz de la galería incidiera sobre su tercer ojo.

—Quizá te refieras a Sansón —la tuteó él con naturalidad, mientras le mostraba una bola blanquecina que descansaba a su lado—. Es de mi hermana y siempre está metido en algún lío. A saber lo que ha hecho este pequeño diablo…

Brooke soltó un suspiro de alivio.

No se reía del montículo de su frente.

El nombre del animal le recordó la trama de *Sansón y Dalila*. El primero era un israelita cuya enorme fuerza residía en su espléndida cabellera. Dalila no quedaba muy bien parada en la historia; lo traicionaba y lo destruía con un simple corte de pelo.

—Espero que la longitud de la melena no tenga nada que ver con el nombre que le habéis puesto —soltó ella, sin filtro alguno y sin dejar de reír—. No me extraña que el pobre animal vaya de problema en problema. A ver quién se maneja correctamente si va envuelto en semejante pelambre…

El muchacho pareció pensarlo y terminó con una sonora carcajada.

—Pues, ahora que lo dices, me haces dudar —admitió, apartando el pelo de los ojos del perro—. Este *hombrecito* sufre continuas conjuntivitis que lo ponen de bastante mal humor. Quizá haya llegado el momento de transformarlo en un dulce cachorrito. Tú, ¿qué opinas? ¿Debemos deshacernos de su traje de pelo? ¿Lo desarmamos? —le preguntó mirándola directamente, aunque fingiendo desinterés.

Brooklyn contempló el resplandor de la llama del mechero mientras el muchacho encendía un cigarrillo y la que perdió toda su fuerza fue ella. No creía que en el universo real pudiera existir un tipo tan atractivo.

Seguro que estaba alucinando.

La oscuridad del lugar era un factor a tener en cuenta y otro, no menos importante, el cansancio que acarreaba desde que había decidido convertirse en la salvadora del género canino.

En lugar de contestarle, se encogió de hombros.

Acababa de descubrir que no deseaba defraudar las expectativas de aquel desconocido. Parecía que la iba a juzgar por lo que dijera y, si estaba tan harto como ella de la frivolidad que los rodeaba, mejor no dar opiniones que después no pudiera sustentar con alguna reflexión que la hiciera parecer extremadamente interesante.

Total, que volvió a gesticular con más fuerza y el movimiento le arrancó un alarido. La fémina que la había estampado contra la pared le había destrozado el hombro izquierdo, ya no le quedaba ninguna duda. Recordar a la chica hizo que se planteara si no estaría huyendo de aquel muchacho. Las caladas con que este parecía castigar al cigarrillo podían significar que habían mantenido una pelea de antología. De esas que hacían terminar a su madre en la habitación de un hotel, acompañada de todas las botellas que su Visa le permitía.

—Perdona, ¿quieres uno? —le preguntó el simpático fumador, confundiendo su mutismo con una queja por no compartir sustancias. Y, por supuesto, sin sospechar en qué andaba pensando ella.

Brooke tuvo que recordarse que ese día estaba dispuesta a todo y que, tal y como se estaban desarrollando los acontecimientos, fumar un cigarro podía ser lo más alocado que hiciera esa noche.

—No es lo que tenía en mente, la verdad —le dijo sonriendo—. Pero hoy he decidido vengarme de… los filisteos y, dado que Dios no me ha bendecido con ningún tipo de fuerza, creo que atiborrarme de nicotina puede ayudarme a conseguir mis objetivos.

No vio la cara del muchacho, pero imaginó que elevaba una ceja y empezaba a pensar que le faltaba un tornillo.

—Nunca me entrometo en venganzas ajenas —musitó el acompañante de

Sansón, con más seriedad de la que ella esperaba. Después le pasó su propio cigarro—. Así te resultará más fácil, solo tienes que chupar para empezar a destrozarte los pulmones, aunque yo probaría con algo menos peligroso.

Brooke le dedicó un guiño arrebatador, de los que uno reserva para aquellos a los que aprecia. Durante un instante el muchacho no supo cómo comportarse. Así que disimuló el efecto que esa criatura le estaba causando, encendiendo otro pitillo.

—Nicotina, alquitrán, excipientes… Ni loca me voy a tragar este humo —expuso Brooklyn, mientras se hacía varias fotos y las subía a las redes—. Mi venganza surtirá mayor efecto si hago público el defectillo. Pero, tú tranquilo, puedes seguir con tu aire viciado.

El chico se llevó las manos al pecho como si las palabras de ella lo hubieran herido.

—Así que eres una buena chica —evidenció él, sin dejar de sonreír— que aparenta ser mala… Joder, las tías sois tan complicadas que dais miedo.

Por primera vez en toda su vida, Brooke estuvo de acuerdo con la descripción que se hacía de su persona.

—Oye, ¿conoces a Hunter Bramson? —le preguntó directamente, mientras apagaba el cigarrillo.

El cachorro se incorporó al oír el nombre y la contempló con expectación. Parecía que deseaba que lo tomara en brazos y fue lo que ella hizo.

—Es extraño que te deje cogerlo —manifestó el muchacho, poniéndose de pie—. Sí, claro que lo conozco. ¿Qué quieres de Hunter? No sé si sabes que es más peligroso que el tabaco…

Brooke lo pensó detenidamente, mientras acariciaba al animal.

—¿Me harías un favor? —le preguntó de improviso—. No es gran cosa, necesito que parezca que nos besamos y después subiré las fotos a internet diciendo que eres Hunter Bramson. Si ese tipo es como dicen, no creo que le importe y yo te estaría eternamente agradecida. Tengo que fastidiar a mi padre y no dispongo de una alternativa mejor.

El perrito se quejó amargamente cuando fue depositado en el suelo. Sin embargo, el enfado le duró poco porque su cuidador, que debía conocerlo bien, le ofreció una chuchería que lo mantuvo ocupado. A continuación, el muchacho le dedicó a ella toda su atención. Se pegó al cuerpo femenino y la contempló desde muy cerca. Brooke se sintió bajita, lo que era absurdo porque medía un metro setenta. Una turbación exagerada y muy molesta la recorrió de arriba abajo y deseó con todas sus fuerzas que alguien encendiera una luz; en las películas sucedían cosas así.

—¿Por qué? —indagó el fumador, bajando el tono de voz.

Lástima que la oscuridad le impidiera examinarlo a fondo, pensó completamente atontada. Las facciones que las sombras solo le dejaban adivinar le hicieron pensar que no andaba muy desencaminada cuando dudaba de que él y ella pertenecieran al mismo planeta.

—¿Por qué… quiero vengarme? —repitió como una tonta, sin separarse del cuerpo del adonis.

—Sí. ¿Por qué quieres hacerle daño a tu padre? Piénsalo con calma. —El tono que estaba utilizando ese espécimen de las estrellas dejaba claro que la respuesta de ella era importante.

Brooke respiró con fuerza.

—Ha sacado a mi madre de la clínica en la que se encontraba sin haber completado el tratamiento —reconoció en voz alta, aunque sin aclarar la causa del ingreso. No pretendía revelar más intimidades de la cuenta—. El motivo: acudir a esta cena. Se merece que su hija le dé un escarmiento.

El muchacho permaneció pensativo unos segundos.

—Estoy de acuerdo —afirmó sin dudarlo—. Hagámoslo.

A partir de ese momento todo se volvió muy extraño.

Él se inclinó sobre ella y, sin ser muy consciente de lo que iba a ocurrir, Brooke acabó con la espalda apoyada en la pared y el corazón a galope tendido. Entonces, a modo de prueba, permitió que la lengua del desconocido le repasara la boca muy lentamente. A su acompañante le sorprendió el desconcierto que le había provocado tan poca cosa y le dedicó una sonrisa pequeñita e íntima que la hizo temblar como una hoja.

Ciertamente, solo era una mala de pacotilla.

Y, ahora, ese chico también lo sabía.

—¿Estás preparada? —indagó él, a pesar de conocer la respuesta. Aquella criatura parecía plastilina entre sus brazos. Claro que no estaba preparada. Sin embargo, le había caído bien y deseaba ayudarla—. Creo que deberías utilizar el móvil. O mejor, déjame a mí. Soy un especialista en cualquier cosa que se suba a las redes.

Brooke ni siquiera sabía lo que hacía.

Le entregó su teléfono y, después de unos segundos, lo vio depositarlo sobre uno de los escalones.

—Es el momento —le dijo él, acercando sus labios a los de ella.

Brooklyn perdió la noción del tiempo.

No supo si se trataba de un beso o de varios. Lo cierto era que recibió la caricia con los labios abiertos y lo dejó jugar con su boca, sumida en una especie de sopor. Enseguida, el chico la sostuvo con más fuerza y comenzó a acariciarle la espalda, al tiempo que se pegaba a ella con mayor anhelo. Cuando la mano de

él se desplazó al seno izquierdo de ella y lo amasó con desesperación, Brooke supo que debía volver a la realidad. No deseaba acabar como Dalila, ella pretendía vivir para contemplar su venganza.

Con dificultad, se separó del muchacho.

—Lo siento —le dijo, poniendo las manos sobre el pecho masculino a modo de protección—. Ni siquiera nos hemos presentado.

Brooke lo sintió respirar sobre su frente antes de recibir un casto besito.

¡Joder, estaba tan atontada que se había olvidado del grano!

—Soy… Hunter Bramson —contestó su falso amante, con la voz rota por la excitación—. A tu servicio para lo que desees.

Brooke sonrió con verdaderas ganas.

—Gracias, pero creo que ya no es necesario acudir a él.

El muchacho negó con la cabeza y suspiró de forma enigmática.

—En ese caso, soy… Sansón… siendo desarmado por una bella mujer.

Brooke le lanzó un beso con la mano mientras ponía distancia entre los dos. De repente, la experiencia del muchacho le parecía demasiado peligrosa para alguien como ella, que a lo máximo que había llegado era a tintarse el pelo y a subirle el dobladillo a sus faldas.

—De acuerdo… entonces yo soy Dalila —respondió bajito, sin dejar de mirarlo—. Aunque no temas, no voy a cortarte la melena.

El muchacho permaneció inmóvil en la escalera mientras ella se alejaba por el pasillo. Durante un instante, estuvo a punto de impedirle que se marchara. Enseguida se arrepintió y volvió a sentarse en la escalera, lo que Sansón aprovechó para volver al regazo masculino.

—No me importaría perder el pelo a manos de una Dalila tan extraordinaria… —le dijo al perrito, mientras lo acariciaba con ternura—. Además, ahora volvemos a estar solos. Tú, ¿qué opinas?

No obtuvo respuesta, pero estaba seguro de que al chucho también le había caído bien la vengativa desconocida.

Capítulo 5

Brooke se tapó los ojos con las manos.

Aquello no tenía remedio.

En su santa ingenuidad había imaginado que las fotografías serían magníficas, tipo *El beso* de Klimt. Su padre se escandalizaría al verlas y su madre sonreiría, embriagada de orgullo maternal.

Nada más lejos.

La escandalizada allí era ella.

Tanto, que no podía subir *semejante cuadro* a las redes.

La chica parecía estar sumida en una especie de trance místico, sin duda, inducido por la fascinación que le provocaba el tipo que tenía delante. El término *subyugada* se le quedaba corto. Nada que ver con una mujer del siglo veintiuno que disfrutaba de la vida con libertad y madurez.

¡Qué vergüenza!

Por más que intentaba que se impusiera la objetividad y el sentido común, las fotos mostraban a una joven desmayada en los brazos de un chico que la contemplaba con más condescendencia de la que su dignidad podía soportar.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Andrew Harper—. No has ido a clase. Oye, no tienes buena cara. ¿Te encuentras mal? ¿Quieres que te acompañe a la enfermería?

Brooke parpadeó nerviosa.

Sabía que su piel se había ido mimetizando con la de un tomate mientras examinaba las fotografías. Lo que no esperaba era que hubiera un testigo de ello.

—Estoy bien, Andrew —contestó, sin mirarlo a los ojos—. Un poco acalorada. He llegado prácticamente corriendo.

Su compañero miró a su alrededor y movió la cabeza, dubitativo.

—Pero, aquí no hay nada —respondió el muchacho con la extrañeza escrita en la cara—. No puedo entenderte, apenas hace calor. Quizá tengas fiebre y no te hayas dado cuenta. Deja que te acompañe a…

Brooke se arrepintió de no haber inventado una excusa mejor. Su amigo tenía algunas limitaciones y ella no podía contemplar su preocupación con indiferencia.

—Andrew, de verdad que no me pasa nada —le susurró, cogiéndole las manos—. Estoy acalorada porque iba detrás de un… perrito que necesitaba ayuda.

Sabía que Harper amaba a los animales, así que era un buen motivo.

Su colega la examinó muy despacio y, finalmente, le sonrió.

—¿A qué te refieres con que «necesitaba ayuda»?

Brooke resopló mentalmente.

Había olvidado los pequeños detalles que hacían de ese muchacho alguien tan especial. Andrew Harper se quedaba *pillado* cuando no entendía algo.

—Busco… perros extraviados para devolvérselos a sus dueños. —a veces, lo mejor era decir la verdad, pensó ella, con la esperanza de haber satisfecho la curiosidad de su compañero—. A propósito, no me vendría mal que me echaras una mano. Tengo que seleccionar a los animales y no dispongo de mucho tiempo. —Lo vio dudar y trató de simplificarle la situación—. Solo tenemos que escoger los anuncios más adecuados, me refiero a localización y recompensa.

Harper no respondía bien a la inactividad, por ese motivo tenían que ponerse en acción. Brooke observó las distintas reacciones que desfilaron por el rostro de su compañero hasta que pareció convencerse de que aquello era lo correcto.

Durante la siguiente hora ninguno de los dos habló.

Ella, porque seguía dándole vueltas a las dichosas fotografías; y su amigo, porque estaba concentrado, aunque de vez en cuando le planteaba alguna cuestión que le venía a la cabeza.

—Explícame de nuevo por qué estamos haciendo esto —insistió Andrew, mientras iba examinando los carteles que mencionaban a mascotas perdidas y, si cumplían las condiciones, los arrancaba sin dudarlo—. No lo entiendo. Además de ayudar a los dueños, ¿tienes que hacer alguna estadística? ¿Se trata de una actividad de clase?

Mientras decidía lo que le iba a contar a su amigo, Brooke continuó examinando el panel informativo, que se encontraba rebosante de noticias de todo tipo. Era consciente de que no le había dado ninguna respuesta medianamente satisfactoria a la docena de preguntas directas que su compañero le había formulado desde que empezaron a buscar posibles candidatos unas horas atrás. Mentirle abiertamente era absurdo porque ese chico tenía el coeficiente intelectual más alto de toda la universidad. Así que no le quedó más remedio que contarle la verdad.

—Vale, Harper, tú ganas. Sigo castigada, me han cancelado las cuentas bancarias y han anulado mis tarjetas de crédito. El único dinero que llevo encima se lo debo a Taylor. No puedo seguir así —confesó sin alzar la voz y sin dejar de mirar a su amigo—. Después de un estudio concienzudo, he llegado a la conclusión de que puede ser muy lucrativo encontrar mascotas perdidas para cobrar las recompensas. Mira este anuncio de aquí —señaló con el dedo índice —. Ofrecen una gratificación de mil dólares. Algo así solucionaría mis problemas de liquidez.

Harper no sonreía mucho, pero en aquella ocasión lo hizo con facilidad.

—Los tuyos, los míos y los de cualquiera —respondió el muchacho con un desparpajo nuevo—. Tengo una idea, pero necesitamos capital inicial y debes aceptarme como socio.

Brooke sabía que la familia de su amigo tenía una empresa de equipos informáticos y nadaba en la abundancia. Le sorprendió que quisiera asociarse con ella.

—Oye, he visto tus tarjetas de crédito. ¿Cuál es tu problema? —le preguntó Brooke sin ningún rodeo.

Andrew Harper se pasó la mano por la cabeza, despeinándose en el proceso.

—Mis padres son el problema —contestó cabizbajo—. Temen que si manejo dinero acabe siendo embestido por todos los vicios conocidos por la humanidad. Si por ellos fuera, ni siquiera utilizaría el metro. Es mi médico el que impuso que debía utilizar transporte público y desplazarme solo por toda la ciudad.

Brooke empezó a sentir algo parecido a la culpa.

Hasta ese momento no se había planteado nada que no fuera pensar en sí misma y en sus problemas. Ese chico parecía necesitar a un amigo y ella creía serlo solo por compartir sus almuerzos con él.

Joder, qué egoísta estaba siendo.

—En unos días te presento un proyecto de inversión y un plan de trabajo —le dijo Andrew, sin advertir la rayadura mental de Brooke—. Debemos maximizar esfuerzos y no excedernos en la inversión. Puede que tengas razón, cuanto más lo pienso más posibilidades empiezo a verle al negocio. Un momento… mira este anuncio.

Brooke se acercó a su colega y contempló el cartel que sostenía en la mano.

—¿Por qué no nos dedicamos a las personas? —inquirió Harper, sorprendentemente exaltado—. Piénsalo, cinco mil dólares por una pista sobre el paradero de esta chica… Cifras de esa envergadura nos permitirían amortizar todas las inversiones en poco tiempo.

Brooklyn ni siquiera parpadeó.

Estudió la imagen que le mostraba su compañero con perplejidad. Se trataba de una muchacha joven y pelirroja, luciendo un modelazo de lentejuelas en color azul que se adaptaba a su cuerpo como una segunda piel. No tuvo la menor duda de que era la misma mujer que la atropelló en su alocada carrera por el pasillo del ayuntamiento. Según el cartel, desde la noche del sábado no se sabía nada de Stefanie Borowitz, que al parecer era su nombre.

Madre mía.

¿Estaba huyendo esa muchacha de alguien?

¿Del tipo del beso clandestino?

Desde luego, cuando ella se topó con él, no parecía que tuviera prisa por perseguir a ninguna persona. Sin darse cuenta de lo que hacía, Brooke se acarició el hombro izquierdo y suspiró preocupada.

Otra vez pensando en ese muchacho…

—No sé Andrew, prefiero dedicarme a los animales perdidos —le confesó con sinceridad—. Buscar a personas desaparecidas debe afectar mucho más. De hecho, a mí ya me sucede; estoy segura de que el sábado pasado vi a esa chica en la gala del Ayuntamiento —decirlo en voz alta le ocasionó un problema de conciencia—. Sí, no me cabe la menor duda de que se trata de la misma persona que chocó conmigo en mitad de un pasillo.

Su amigo la miró como si le hubieran crecido dos cabezas.

—Creo que vas a ser una fantástica *reina Midas* —murmuró Harper, al tiempo que giraba en redondo inspeccionando la zona de una sola pasada. Brooklyn comprendió que su amigo se aseguraba de que no hubiera testigos de sus palabras—. Te acompaño a comisaría para cobrar la recompensa. Necesitamos un montón de cámaras con las que vigilar los alrededores del campus y no creo que mi padre esté por la labor de realizar una donación.

Brooke asintió sin saber muy bien qué decir, porque en lo único en lo que podía pensar era en la descripción que Steven había hecho del vicioso de Hunter Bramson como un *rey Midas*. Era curioso que su compañero la describiera a ella de la misma forma.

Enseguida se impuso la realidad; ser la hija de un senador…

Joder, estaba harta de ser la hija de un senador de los Estados Unidos.

No lo meditó, ni lo consultó con nadie. Si lo hacía, el asistente de su querido progenitor acabaría convenciéndola de que la publicidad no le haría ningún bien a su padre y tenía el pálpito de que lo que había visto aquella noche era importante.

Así que Harper y ella echaron a andar y no se detuvieron hasta que divisaron el edificio dedicado a la seguridad en el campus.

—Debes cerciorarte de que toman bien tus datos —le dijo su compañero con insistencia—. Hay que conseguir la recompensa.

Brooke estuvo a punto de aclarar que no hacía aquello por dinero. Si le había sucedido algo a aquella chica, nunca se perdonaría no haber ayudado en la investigación. Sin embargo, no dijo nada. Andrew no podía empatizar y no sería ella la que se lo recordara.

Las escaleras de la entrada no eran nada en comparación con las que tuvieron que subir para encontrar la recepción de la División de Seguridad Universitaria. A través de una ventanilla, un hombre uniformado escuchó a

Brooke mientras tomaba nota y la contemplaba con absoluta indiferencia.

—¿Está segura de no conocer el nombre de la persona que la acompañaba en la cena del ayuntamiento? —le preguntó el policía, con un deje crítico en la voz.

—Muy segura —masculló ella, enfadada consigo misma por no saber con quién había intercambiado fluidos aquella noche.

—Afirma que eran las once de la noche cuando cree que chocó con Stefanie Borowitz. —El hombre apenas la miró, mientras esperaba su respuesta con desgana—. Según sus palabras, acababa de mirar la pantalla de su teléfono. ¿Es correcto?

Brooke asintió con brío. Ya lo había explicado en dos ocasiones.

El tipo la evaluó de un solo vistazo.

Y, debió decidir que era inofensiva y muy tonta porque no insistió ni le preguntó nada más. Se quedó con el cartel de la chica desaparecida que ellos habían llevado y los despidió con un formal: «Gracias por colaborar», que sacó a Andrew de sus casillas.

—Deseamos un documento que recoja la hora, el día y la información que hemos aportado —matizó su compañero, a todas luces muy decepcionado—. Es para que no haya ningún problema con la *recompensa*.

El policía se midió visualmente con su amigo y se supo perdido. Entonces abandonó su asiento, hizo una fotocopia de la nota que había redactado y le estampó el sello de la división policial con más fuerza de la necesaria, para que quedara bien patente que hacía lo que le habían solicitado.

—Aquí tienen. Uno se olvida de que las personas solo se mueven por el *interés* —matizó el agente de la autoridad con cierto tonillo, mientras les facilitaba el documento.

Andrew Harper se deshizo del agarre de Brooke, se acercó a la ventanilla y respiró hondo antes de hablar.

—«Ningún hombre tiene el derecho de imponer a otro una obligación no escogida, un deber no recompensado o un servicio involuntario» —soltó Harper, casi con violencia—. Por si no lo sabe, la mujer que defendió la frase que le he citado fue Ayn Rand y también defendió que el egoísmo es una virtud. Es más, debería de estar agradecido de que hayamos facilitado alguna información, sin importar las motivaciones que subyacen detrás.

Brooke admiró la brillantez intelectual de su compañero.

—¿Derecho o Filosofía? —le preguntó el hombre con displicencia—. Eso que cuenta está muy bien como teoría. En la práctica, el egoísmo va a acabar con el ser humano.

Andrew negó con la cabeza y salió sin añadir nada más.

Brooke comprendió que su amigo había necesitado una voluntad de hierro para marcharse y no continuar argumentando en favor de su tesis. Ese chico estaba madurando a pasos agigantados.

—Según mi psicoterapeuta, solo puedo dar mi opinión una vez y no insistir —le explicó nervioso—. Me habría quedado ahí toda la mañana demostrando a ese hombre que se equivoca, pero no quiero perder privilegios.

Brooke enlazó su mano y se la apretó con fuerza.

—Es más fácil aún—le dijo, guiñándole un ojo—. A mí este tipo de cosas no me afectan porque no le doy a cualquiera el poder de hacerme daño. Si no me hacen daño ni me afectan, no me importan y, si no me importan… me resbalan. Y, ahora viene lo mejor, si me resbalan… puedo concluir en un «que les den».

Andrew pensó en lo que le decía y trató de sonreír con ella. Sin embargo, unos minutos después comenzó a ver la situación de otra manera.

—¿Te resbala todo de verdad? ¿Por eso prefieres buscar animales y no a personas? —le preguntó preocupado—. Esa indiferencia puede ser el principio de algún tipo de trastorno. ¿Has hablado de ello con algún especialista?

Brooke trató de sonar indiferente.

—No, Andrew. Solo significa que sé distinguir lo principal de lo accesorio. Por ejemplo, ¿qué era importante hasta hace unos minutos? Nuestro negocio. Algo que nos va a dar el dinero que tanta falta nos hace —dicho lo cual, permaneció callada hasta que tuvo claro lo que podía verbalizar—. En cuanto a dedicarnos a personas desaparecidas, creo que el asunto es demasiado serio y nosotros no tenemos ni los conocimientos ni los medios para realizar un buen trabajo. Por otra parte, y para ser sincera, no creo que yo pudiera manejar más problemas.

Su compañero procesó la información y terminó asintiendo.

—Lo siento, mi psicólogo siempre me advierte sobre ello —manifestó cabizbajo—. Yo sí podría hacerlo porque tengo problemas para identificarme con los demás y no me afectaría como a ti —lo repitió como si lo hubiera escuchado muchas veces—. Brooke, creo que tienes razón y debemos concentrar todas nuestras energías en el negocio más seguro y lucrativo.

En ese momento, Sally y John se unieron a ellos.

—¿Negocio? ¿De qué negocio estamos hablando? —les preguntó la muchacha con interés—. Me he gastado toda mi mensualidad en reforzar la memoria de mi ordenador. Necesito un trabajo urgente.

—¿Se trataría de actividades comerciales de las que proporcionan dinero de verdad y no son ilegales? En ese caso, me apunto —manifestó John Wright, dando por hecho que podía participar—. Sin embargo, debo declinar vuestra oferta si se trata de un negocio virtual o del que puedo acabar entre rejas. Por

otra parte, no deseo ver truncadas mis expectativas…

Brooke resopló con fuerza, impidiendo que su colega comenzara uno de sus interminables monólogos a cerca de los riesgos que conllevaba confiar en la actual economía de mercado.

—Sí, se trata de algo muy real —confirmó, empezando a pensar que se habían vuelto todos locos—. Tan real que te puede pegar un bocado.

Solo Andrew y ella se rieron a carcajadas.

Media hora más tarde, todos habían comprendido el chiste y todos sonreían ante las extraordinarias perspectivas que se abrían ante ellos.

Brooke, sin embargo, lo único que deseaba era que no se cumpliera el tópico de que los negocios y el dinero acababan con la amistad.

Porque… empezaba a sentir verdadero afecto por aquellos chicos.

Capítulo 6

Brooklyn contempló su imagen en el espejo y resopló enfadada.

Con aquel vestido no hacía falta que le advirtieran que no entablara amistades peligrosas. Si se trataba de permanecer a salvo de sádicos viciosos, tipo Hunter Bramson, con semejante modelito no había miedo. Cualquiera que tuviera algún sentido de la estética saldría corriendo al verla.

Menuda putada.

La falda le tapaba las rodillas y el pecho estaba blindado por una capa de tela suelta que parecía no tener nada que proteger. Además, todo el conjunto era de un terrorífico rosa chicle que daba ganas de vomitar.

—Estás preciosa —le dijo la vieja Marie, sonando muy sincera.

Brooke hubiera gritado de impotencia, pero esa mujer había sido el ama de llaves de sus padres desde que tenía uso de razón y había crecido amándola y respetándola. Además, hacía con la ella lo que quería; ya fuera usando la ropa de su madre -sin que la susodicha se enterara- o buscando su complicidad en todas sus locuras.

—Bueno, cuando se consigue alejar de la cabeza la imagen de un merengue rosa… —matizó Brooklyn, sabiendo que le arrancaría una sonrisa— no está mal del todo. Se me ocurre una idea para que no parezca que soy parte de un pastel de boda. Necesito unos minutos. Voy a deshacerme de este volante y, si encuentro un cinturón decente, puede que incluso me envalentone y salga en alguna fotografía.

Marie Harrison movió la cabeza apesadumbrada.

—Haremos lo siguiente: yo no sé nada y, en este instante, voy a acudir a la cocina por si necesitan mi ayuda —declaró la mujer con voz seria—. Dispones de quince minutos para cualquier transformación. Después, tendrás que ponerte el *merengue* como esté. A propósito, mira en el cajón de la izquierda del nuevo chifonier de la habitación de invitados. Allí es donde hemos llevado los cinturones que tu madre ha descartado para esta temporada.

Brooke ya no le prestaba atención.

Provista de unas tijeras, cortaba el volante delantero con la maestría que le daba la experiencia. Cada vez que debían asistir a un evento sucedía lo mismo. Su madre lucía espectacular y su padre también. A ella, sin embargo, le reservaban aquellas versiones de vestidos misioneros que le provocaban, además de urticaria, una vergüenza infinita.

Sin la tela colgando de la parte superior, el vestido había adquirido un aspecto más normal. Ahora solo faltaba encontrar un cinturón que le diera un

estilo menos mojigato. Brooke corrió hasta la habitación del final del pasillo y buscó en el interior del mueble. Marie se había equivocado y en esa cómoda solo encontró pañuelos y jerséis de cachemir. En el último cajón, debajo de una pila ordenada de bufandas de seda y alpaca, descubrió una cajita cuadrada con incrustaciones de cristales que simulaban florecillas de todos los colores. Fue la curiosidad la que le hizo abrirla. Le sorprendió encontrar una docena de cartas atadas con un artístico lazo blanco. Durante un eterno segundo dudó si leer o no el contenido. Al final pudo más la necesidad de dar nombre a aquellos fantasmas que, a menudo, merodeaban por su cabeza. Apenas abrió el primero de los sobres, se arrepintió de haberlo hecho. No existía ninguna duda, aquella letra pequeña y ovalada era de su madre, aunque hubiera preferido no reconocerla porque las líneas que su progenitora había escrito le pusieron la piel de gallina:

«Mi amantísimo J:

Después de estos meses creía que ya me habías olvidado. Al recibir tu nota mi pecho se llenó de júbilo, exactamente igual que cuando era una cría y me llamabas a tu lado. Claro que iré, amor mío. Tuya siempre, S.E.»

«Susan Evenson», repitió Brooke hasta que pudo asimilarlo. No había duda de que se trataba de su madre.

Entonces soltó la nota como si quemara.

Al recogerla a toda prisa descubrió por qué había sido guardada. En la parte de atrás del papel, alguien había escrito con trazo firme y alargado: «Te amo» y había estampado un garabato sofisticado e ilegible.

Ahí estaba.

Siempre había temido descubrir la infidelidad de alguno de sus padres. Si la cuestión no fuera tan penosa, tendría que reconocerse que nunca hubiera esperado que fuera su madre la desleal. En aquella lotería su padre siempre había llevado todas las papeletas.

Maldición.

—¿Has encontrado los cinturones? —le preguntó Marie desde la entrada—. Pero, ¿dónde estás buscando? Me refería a este mueble cercano a la puerta.

Brooklyn salió del vestidor con una sonrisa resplandeciente en la cara.

—He descubierto estos tacones maravillosos que me estaba probando —confesó abatida, mientras le mostraba los pies. Todos conocían su pasión por los zapatos, por lo que la mujer no se extrañó—. No creo que me permita lucirlos. ¿Qué piensas, Marie? ¿Se los pido prestados?

La señora Harrison la contempló con resignación y terminó con los brazos en jarra.

—Conoces la respuesta tan bien como yo —le dijo, simulando estar perdiendo la paciencia—. Tus padres están a punto de salir, debes darte prisa si

deseas que tu vestido no parezca un hojaldre.

Brook asintió como si no pasara nada.

—¿Hojaldre? —protestó con una sonrisa, esforzándose en ocultar su nueva preocupación—. No, no parece un hojaldre… más bien un *merengue*. Uno enorme y rosa, muy rosa…

◆◆◆

«No le gustaba la ópera».

Sabía que decirlo en voz alta era poco menos que un sacrilegio, pero era la verdad. La única que conocía su tirria al género dramático musical era su madre. Normalmente, la ayudaba a escaparse de ese tipo de encerronas. Sin embargo, en esa ocasión no tuvo tanta suerte. Susan Graves parecía vivir dentro de su propio mundo -repleto de pastillas de todos los colores y sabores, por cierto- y no estaba para pensar en nadie que no fuera ella misma. De hecho, su situación actual era tan alarmante que Brooke dudaba de que pudiera pensar en algo.

Miró de reojo a su progenitora y contuvo el aliento.

Su belleza era tan impresionante que atraía todas las miradas, incluida la del senador. En algún momento debieron estar muy enamorados, pensó con tristeza. Lástima que su amor hubiera acabado de aquella manera: su madre convertida en amante de un desconocido y su padre haciendo gala de una indiferencia rayana en el delito. Y, todo ello, sin mencionar los problemas con el alcohol de su progenitora.

Joder, qué vida tan complicada.

Un alarido agudo y penetrante le recordó que había vuelto a sucederle lo mismo de siempre. Hacía unos minutos que había dejado de atender a la obra y ahora se encontraba perdida entre las lágrimas de una pastorcilla y los exabruptos de un tipo que parecía maldecir a todo el género humano. No tenía excusa posible; todos sabían que conocía el italiano a la perfección, así que no necesitaba ir leyendo la traducción que iba desfilando en una pantalla situada sobre el escenario.

Disimuló un bostezo y miró la hora en su reloj de pulsera. El tiempo se había congelado entre aquellas tristes arias. De repente, el palco situado justo enfrente del que ocupaba su familia se iluminó por el efecto de la luz del pasillo, lo que no estaba permitido. Brooke le pegó un codazo a su madre para que tomara nota de que no era la única que no soportaba el espectáculo. Curiosamente, su progenitora no perdía detalle de lo que sucedía en el balcón que tenían delante. Para alguien que a esas horas de la noche había consumido más de veinte pastillas, no era lo más normal, así que aquello le dio mala espina

y utilizó los binoculares de su padre. Ella no disponía de algo parecido, dado el escaso interés que el drama le producía.

Con aquel artefacto de bronce y nácar, imitación perfecta de uno de los *impertinentes* más sofisticados del siglo XIX, Brooke pudo apreciar con total nitidez qué familia osaba interrumpir el desarrollo de la representación.

Alucinante.

De nuevo, Alister Bramson.

Su madre parecía no perder detalle de ese hombre.

Brooke observó el palco con mayor atención.

El empresario estaba flanqueado por una chica joven y un tipo que parecía sacado de una revista de moda. Aunque, para ser justa con la verdad, los tres parecían sacados de la misma publicación. La muchacha era pequeña y menuda, de piel muy clara y pelo rojo. En Irlanda pasaría desapercibida, pero en Nueva York era difícil por el tono tan intenso de su cabello. El vestido azul que llevaba le recordó otro que había visto recientemente y cuya propietaria se encontraba en paradero desconocido. Por lo demás, los rasgos de la cara de la muchacha eran muy normales. A tenor de la cantidad de maquillaje que llevaba encima, estaba claro que no se sentía muy segura con su imagen. Su madre siempre lo decía: «La pintura que uno exhibe en la cara es una declaración de principios. Si supiéramos lo que habla de nosotros, no saldríamos de casa sin la compañía de un buen abogado». Por supuesto, lo decía cuando la bebida no le impedía articular palabra.

Dejó a un lado a la chica y se centró en el patriarca.

Vale, era uno de esos hombres que daba igual la edad que tuviera porque siempre sería atractivo. Incluso sin un centavo, Alister Bramson rezumaría la clase de personalidad que lo haría atrayente. No conocía la edad del empresario, pero no aparentaba más de sesenta, aunque no tenía ni una arruga y el bótox estaba al alcance de cualquiera. En fin, en aquel mundo de oropel todos visitaban el quirófano, incluso el senador se retocaba cada seis meses.

Ahora que lo pensaba, era raro que el empresario tuviera el mismo tipo de melena que su padre. Lo que los distinguía era el color del cabello; Bramson lucía un rubio ceniza absolutamente espectacular y el senador, un tono negro igual de conseguido. Lo más destacable de aquel tipo era una refinada perilla que le confería un aire europeo y distinguido, quizá para contrarrestar las líneas tan agresivas de su cara.

Era un hombre extremadamente atractivo, aunque su padre lo superaba con creces.

Algo era algo.

Había dejado para el final el análisis del marqués de Sade, o lo que era lo

mismo, a Hunter Bramson, porque estaba segura de que el chico que estaba sentado a la derecha del empresario del año solo podía ser su famoso hijo.

Lo despachó de un solo vistazo.

Feo, medio calvo y flacucho.

Hubiera sido maravilloso que fuera así…

Sin embargo, el tipo que contempló a través de los prismáticos era, simple y llanamente, imposible. Una distopía hecha hombre. No existían personas con esa pinta en la vida real. La melena despeinada le venía de familia y el rubio también, aunque esperaba que el suyo fuera de nacimiento. La forma de los ojos masculinos la sobresaltó; Hunter no perdía detalle del escenario y su mirada estaba envuelta en una oscuridad que le confería un extraño magnetismo. El resto de su cara era perfecto; empezando por las cejas pobladas y cuidadas, prosiguiendo con la nariz y terminando con la boca de labios carnosos. En ese momento apretados por la emoción del momento.

Joder, hasta ese Bramson apreciaba el espectáculo.

Se dio vergüenza a sí misma y volvió a retomar el drama que se representaba delante de sus narices. Eligió mal momento, la pastorcilla caía sobre el escenario y el tipo que la acompañaba lloraba desconsolado.

Ni la ficción le permitía un instante de felicidad, pensó Brooke, mientras fingía sentirse tan emocionada como el público de la sala.

◆◆◆

Media hora más tarde, lamentó no haberse quedado en casa.

—Nos han invitado y no podemos negarnos —soltó su padre, sin disimular su nerviosismo—. Alister Bramson quiere que cenemos con él y su familia. Seguro que desea conocer algún aspecto de la nueva Ley de Sociedades que se aprobará la semana que viene en el Senado. Hay quien dice que ese hombre acostumbra a jugar sucio y me va a encantar comprobarlo.

Brooke salió de su ensimismamiento en el acto.

La función había terminado y una muchedumbre ruidosa y elegante abandonaba el teatro.

Solo se permitió un ligero carraspeo, con el que quería dejar bien claro el fastidio que la noticia le provocaba. Sin embargo, mantuvo la boca cerrada; conocía sus obligaciones a la perfección y sabía que acompañarlos era una de ellas. No obstante, le sorprendió descubrir que su progenitora volviera a la vida al escuchar aquellas palabras. Gracias a Dios, el nombre del empresario no empezaba por «J», porque empezaba a creer que había algo entre los dos.

Mientras esperaban a que Taylor sacara el coche del aparcamiento, Brooke

se concentró en descifrar las microexpresiones que iban apareciendo en la cara de su madre. Si las unía a su nueva postura corporal, el resultado era inquietante: la ansiedad de Susan Graves había aumentado, así como su nivel de alerta. Incluso en la comisura de sus labios había empezado a aparecer una risita tonta que le costaba mantener a raya. Brooke empezó a sospechar que reunirse con los Bramson hacía feliz a su madre, lo que le arrancó un súbito alarido que enseguida se mereció uno de los correctivos visuales del senador.

Odiaba que la reprendiera de aquella manera.

Porque su padre acostumbraba a imponerse sin perder las formas. Le bastaba una de sus miradas especiales, de las que te ponían la piel de gallina.

Justo como la que le acababa de dirigir.

Fiel a su nueva política de no agresión, Brooke se disculpó con un gesto y deseó con todas sus fuerzas que todo aquel lío no fuera más que fruto de su imaginación.

Ojalá se equivocara, pero cuanto más lo pensaba, más claro tenía que era la única forma de explicar la luz que de repente animaba las facciones de su madre. Incluso parecía haber rejuvenecido en esos pocos minutos.

Taylor les abrió la puerta del Mercedes y, en esa ocasión, no tuvo que recordarle a la esposa del senador que debía tomar asiento. Susan Graves se introdujo en el interior del vehículo como si no estuviera bajo los efectos de ningún sedante y lo peor de todo era que ya no disimulaba la alegría que le proporcionaba la inesperada cena.

—Estupendo —dijo la señora Graves, mientras se frotaba las manos con fuerza—. Estoy muerta de hambre.

Brooke, por el contrario, había perdido el apetito. Es más, hubiera dado todo lo que tenía por desaparecer de aquel lugar.

«¿Qué se hace cuando sientes que te encaminas hacia un precipicio?», se preguntó con miedo.

Como le venía sucediendo últimamente, fue incapaz de responderse.

Capítulo 7

El restaurante no era un restaurante, sino un barco.

Un maldito y extravagante barco de un montón de metros de eslora que le dificultó la respiración en el mismo instante en que lo pisó. Buscó a su madre en busca de ayuda, pero ésta permanecía al margen de todo, mientras comentaba alguna cosa graciosa con una pareja de edad madura. Genial, ella a punto de echar el hígado por la boca y, su progenitora, de cachondeo con unos desconocidos.

Primero, la ópera y después, aquello.

Esa noche querían acabar con ella, no había duda.

No eran los únicos invitados y eso complicaba la situación. Desde que tenía uso de razón había vomitado en los barcos. Así que la experiencia le decía que cuanto antes se tomara algo para prevenir el mareo, mejor que mejor.

—He comentado tu problema con un camarero y me ha dicho que bajes a la zona de cocina. Al parecer, disponen de un botiquín con dimenhidrinato y difenhidramina —le dijo su padre al oído—. Me ha asegurado que estos medicamentos nunca faltan en un barco de este tamaño.

Brooke suspiró con desánimo cuando se dio cuenta de que las posibilidades de desaparecer de ese lugar eran nulas. Susan Graves seguía de cháchara y no la miraba ni por casualidad.

—Tal y como se están desarrollando los acontecimientos —subrayó ella, tratando de mantener las formas—, ¿no crees que sería mejor que Taylor me llevara a casa? Ya me encuentro enferma y todavía seguimos en el muelle. Además, esto está lleno de gente. Seguro que me harán un montón de fotos y el verde amarillento en las mejillas no me favorece nada, te lo aseguro…

Su padre negó con la cabeza.

—No te preocupes por palidecer por el mareo —le dijo sonriendo, como si estuviera manteniendo una conversación distendida con su querida hija—, pediremos que retoquen las imágenes en las que no salgas favorecida.

Brooke suspiró preocupada.

—Pero, no me necesitas… —insistió ella en voz baja—. Está perfectamente, no creo que vaya a…

La cara del senador exteriorizó algo más que cariño y simpatía. Brooke conocía demasiado bien el gesto. Algo dentro de ella se rebeló, pero al instante fue exterminado por la severidad de la mirada paterna que le recordó que todavía estaba castigada.

—Ni se te ocurra dejar sola a tu madre —farfulló Daniel Graves con

gravedad, olvidando que nunca mencionaban los nombres de los «problemas» en público—. Es importante que consiga mantenerse serena. No podré estar pendiente de ella toda la noche. —Ni siquiera le dolió que su progenitor reconociera lo poco que le importaba su hija en esa situación—. Tómate todas las pastillas que puedas tolerar, pero ni se te ocurra dejar sola a tu madre. Los dos sabemos de lo que es capaz… y sería *nuestro* fin.

Brooke contempló a su padre y se mordió la lengua.

No le gustaban los posesivos en los que no tenía voz ni voto, así que se dio media vuelta, dispuesta a buscar esas pastillas milagrosas. Porque solo con un milagro podría permanecer en un barco sin acabar echando hasta la primera papilla.

Por favor, con los nervios no había advertido que el barquito era en realidad un rascacielos. Lo comprendió cuando vio los ascensores y los mapas indicativos de la zona en la que se encontraba.

—De acuerdo. —Suspiró resignada—. Dame, al menos, una hora. Esto es tan grande como un transatlántico y, por lo que veo, la cocina está en la parte opuesta, tres pisos por debajo de este lugar. —Brooke se permitió demostrar la preocupación que empezaba a experimentar y miró al senador con los ojos cuajados de lágrimas, como si en verdad fuera ese buen padre de familia que tanto se esforzaba en aparentar—. Si esta bañera comienza a moverse, me lanzaré por la borda. ¿Hay alguna posibilidad de que pueda volver a casa? Solo por esta vez, por favor…

Daniel F. Graves sonrió a su hija.

—Siempre he dicho que has nacido para la interpretación —expresó, mientras se alejaba tras los pasos de su querida e indiferente esposa—. No tardes mucho, imagino que servirán la cena en la cubierta principal.

Brooke apretó los puños con nerviosismo.

En momentos como ese, lamentaba no tener una familia a la que recurrir. Respiró hondo, tratando de reunir coraje para encontrar la cocina antes de que ese artefacto del demonio se pusiera en marcha y ella se transformara en un géiser humano.

◆◆◆

Siempre se había orientado bien.

Hasta ese momento.

Porque estaba claro que se había perdido.

A pesar de saberse el dichoso mapa de memoria, había acabado en una terraza de menos de diez metros cuadrados frente a la inmensidad del océano.

Por lo que no había que ser muy lista para darse cuenta de que le había dado la vuelta al barco.

Comprendió en el acto que siempre había una primera vez para todo y buscó la brújula en su teléfono móvil. No sería muy complicado encontrar la cubierta principal, todas se orientaban hacia el mismo punto.

—¿Te ha enviado Hunter? —le preguntó de repente una voz masculina—. Íbamos a empezar sin él.

Brooke estaba tan absorta en sus propios pensamientos que ni siquiera se sobresaltó. Se dio la vuelta, contempló la mesa plegable y las barajas y sonrió con desparpajo al chico que le estaba hablando.

—Yo soy Alex Fitzgerald y éste de aquí es Lucas Baker—continuó el atractivo moreno, mientras señalaba a sus amigos—. Las chicas son Jenny Sanders y Pamela Wells.

Brooke asimiló enseguida lo que sus ojos estaban viendo.

—Encantada —contestó sin mentir—. Soy Brooklyn.

No aclaró que no la mandaba ningún Bramson y, por supuesto, no dijo su apellido; lo obviaba siempre que podía.

Aquellos incautos parecían estar aguardando para empezar alguna partida de cartas, porque eso era lo que destacaba encima de la mesa: un montón de barajas de cartas dispuestas en dos ordenadas filas. Iba a ser verdad que Hunter Bramson tenía todos los vicios conocidos, aunque aquel en concreto podía sacarla de la ruina durante una buena temporada.

Así que asintió con rapidez y buscó su monedero para contar el dinero.

Sabía que contenía un solo billete de veinte dólares porque lo había estado reservando durante la última semana, pero hizo honor a su fama; simuló una contrariedad que no sentía y volvió a sonreír.

—Tendremos que empezar con veinte dólares, me he gastado el resto —expresó con despreocupación—. No os inquietéis, he nacido para jugar a las cartas y no temo al éxito…

Si pretendía una buena acogida, lo consiguió.

Durante la siguiente media hora, Brooke ganó todas las manos y comenzó a apilar billetes a su alrededor. Esos pijos eran unos auténticos pardillos y les estaba aligerando el peso de sus billeteras. Las muchachas se retiraron en cuanto perdieron un par de cientos, pero los chicos continuaron, curiosamente, sin dejar de sonreír.

—¿Puedo unirme a *mi* fiesta?

No le gustaban los posesivos, aunque en esa ocasión no le llamó la atención la frase, sino la especie de *déjà vu* que sufrió al escuchar la voz. Hubiera jurado que la conocía, pero era imposible, por lo que supuso que la habría oído en el

mismo barco y continuó jugando, aprovechando que el barquito continuaba anclado en el muelle y seguía siendo la dueña del contenido de sus tripas.

—Por supuesto, veinte dólares la jugada…

Terminó guiñándole un ojo al desconocido, como si ella fuera una crupier experimentada y el tipo, un piltrafilla que pidiera a gritos que se quedaran con su dinero.

¡Joder, ganar pasta le había hecho olvidarse de todo!

¡Ese tío era el mismísimo Hunter Bramson!

Ciertamente, ella estaba en *su* fiesta.

Y… le estaba dedicando a *su* invitada una mirada de lo más enigmática.

◆◆◆

Hunter llevaba un buen rato observando cómo jugaba aquella chica y estaba maravillado. No hacía trampas, pero estaba claro que contaba las cartas y era muy buena haciéndolo. Sus amigos eran idiotas, siempre lo había sospechado, y ahora lo estaba constatando. Se habían dejado engañar por el vestido y la coleta y aquella criatura los estaba dejando sin blanca.

—Juguemos de verdad; la cifra de veinte dólares resulta poco motivadora —le dijo, retándola con la mirada—. Veinte… mil dólares suena mejor. No disponemos de mucho tiempo. Mi padre va a llegar en cualquier momento para advertirnos que la cena está lista. ¿Qué me dices? ¿Te atreves con algo más fuerte o eres una *mala de pacotilla*?

Brooke hizo un esfuerzo para no mirar hacia otro lado.

En toda su vida había visto unos ojos como aquellos. Eran de un gris extraño y azulado que la dejaron sin habla. Fue la mención del tiempo la que disolvió la nube tóxica que la envolvía. En cuanto el barco comenzara a moverse, se transformaría en una especie de zombi vomitadora. Además, con veinte mil dólares no habría chucho que se les resistiera, incluso podrían invertir en algún otro negocio. Andrew la iba a adorar después de aquello, ya lo estaba viendo.

No había nada que pensar, Brooke asintió y después respiró hondo. Dentro de su cabeza alguna conexión chirrió extrañada, pero la descartó por absurda.

No conocía a esos chicos. Es más, a pesar de haber coincidido en algún evento, jamás había hablado con el tipo que tenía delante.

Alguien así no se olvidaba.

Ahora entendía tanta advertencia para que no se relacionara con ese muchacho.

Nunca, nunca, nunca había visto tanto atractivo masculino reunido en una

sola persona. Podía tirarse a sus brazos y besarlo como una loca, pero prefirió contener su imaginación y centrarse en las cartas. El dueño de la fiesta se sentó frente a ella y accedió a una nueva baraja con una facilidad mosqueante. Ella le había dedicado varios minutos a la misión imposible de quitarle el envoltorio a la última y había estado a punto de mordisquear el plástico. Contemplar la limpieza con la que ese guaperas rasgaba el paquete encendió todas las alarmas que le quedaban.

Maldición, ese chico parecía un experto de verdad.

Uno de los muchachos se retiró antes de comenzar la partida y eso la puso más nerviosa aún. Para empeorar la situación, el chico se situó detrás de Hunter y su cara adoptó una expresión concentrada que hablaba de las veces que habría hecho lo mismo. Brooke tembló de miedo. Había aprendido a jugar a las cartas con Barbie y Ken, cuando todos juntos visitaban las playas de California y, después de bajarse del descapotable rosa, se aburrían tomando el sol… y había continuado en los talleres de matemáticas a los que su padre la apuntaba sin preguntar. Las combinaciones y las apuestas le habían resultado un juego de niños y, si a ello le unía su capacidad para el teatro, el resultado era que en la actualidad se podía considerar una buena jugadora.

Vale, todo lo buena que se podía ser en teoría, porque esa era la primera vez que jugaba en la vida real.

Hunter y el chico de su derecha colocaron un montón de billetes en el centro de la mesa y ella hizo lo mismo con los suyos. A continuación, una de las muchachas se incorporó al juego repartiendo los naipes. Brooke se transformó en parte del mobiliario antes de mirar las cartas que le habían tocado en suerte. Después de examinar las suyas, el jugador que tenía a su lado decidió aumentar su apuesta inicial. Al contemplar el botín, el muchacho se acarició la barbilla haciéndose el interesante y terminó desafiando a Bramson con la mirada. De repente, Brooke comprendió que estaban todos compinchados. En realidad, la habían estado cebando para llevarla a aquel momento, lo que no lograba entender era el motivo. De todo aquel dinero en metálico, solo le pertenecían veinte dólares…

¿Qué querían aquellos ricachones de ella?

—Debes igualar o retirarte —le recordó Hunter, mirándola fijamente—. Puedo prestarte dinero. Confío en ti, no pareces una timadora profesional.

La sonrisa descarada del muchacho contestó a la pregunta que se había formulado unos segundos antes: querían tener poder sobre ella, quizá hacerle chantaje para que les descubriera algún secreto que tuviera que ver con el trabajo de su padre. Hunter Bramson era dueño de una empresa de tecnología y se iba a aprobar en el Senado una ley que quizá le afectara…

Brooke sonrió por primera vez sin ningún filtro.

—Creo que me retiro —declaró, mientras cogía su billete de veinte y dejaba sobre la mesa el resto que había ganado—. Oye, ¿dónde puedo conseguir pastillas para el mareo? Era lo que andaba buscando cuando os he encontrado —informó, sin darle importancia al gesto descompuesto del dueño de la fiesta—. En cuanto este barco comience a moverse me convertiré en un surtidor humano.

Hunter se puso delante de ella y la observó con mayor atención.

—En la gala del ayuntamiento no me pareciste una cobarde —le dijo al oído—. He debido equivocarme. ¿Qué me dices, Brooklyn? ¿Sigues queriendo fastidiar al senador? Tenemos tiempo para una partida y tú pareces estar sin blanca… Veinte mil dólares son mucho dinero —le recordó Bramson, pegándose a ella con total naturalidad.

Brooke era consciente de que su espalda había acabado apoyada en una de las puertas que daban acceso a la terraza pero, aun así, hizo el ademán de retroceder.

Completamente inútil, ya lo sabía.

Sin embargo, le sirvió para asimilar el significado de las palabras de aquel engañabobos y, sobre todo, empezó a comprender por qué había experimentado el extraño *déjà vu* cuando escuchó su voz.

—Vaya… —Suspiró desconcertada—. No sé qué decir… Salvo que debiste disfrutar de lo lindo… a mi costa.

Joder, comenzó a sentirse como una imbécil integral.

«*—¿Me harías un favor?* —le pidió la noche de autos, en un arrebato de estupidez suprema—. *No es gran cosa, necesito que parezca que nos besamos y después subiré las fotos a internet diciendo que eres Hunter Bramson. Si ese tipo es como dicen, no creo que le importe y yo te estaría eternamente agradecida…*».

Brooke decidió borrar de su memoria los minutos que había estado en los brazos de ese sinvergüenza. También eliminaría las fotos de su móvil. Lo que fuera necesario para olvidar que un desconocido le había metido la lengua hasta la campanilla, después de que ella prácticamente se lo suplicara.

Madre mía, qué humillante sonaba ahora.

Tenía que darle la razón a Taylor; normalmente era una persona muy equilibrada, pero perdía el norte cuando se trataba de fastidiar a su padre. Observando al tipo que tenía delante, comenzó a empatizar con Dalila, Hunter Bramson irradiaba tal aura de peligro que sería bueno encontrar su punto débil. Desde luego, la impresionante melena despeinada que lucía en ese momento no era lo suficientemente generosa; alardeaba de estilo, no de extensión. La imagen de un perrito al que le hacía falta un buen corte de pelo apareció de repente en su

cabeza y la ayudó a no dejarse afectar por el dueño.

—Habría sido más justo para mí si hubieras jugado… al descubierto —subrayó ella con un mohín gracioso—. Por supuesto, salvo que ahora confieses que en realidad vienes de Krypton y que tu padre te envió a la Tierra para salvarte la vida.

Hunter no perdía ni un detalle de todos los gestos que iban desfilando por la cara de la muchacha. Al cabo de unos inquietantes segundos, la vio sonreír con ganas y entonces pudo respirar mejor; le gustó comprobar que esa chica no hacía un escándalo de nada.

—En realidad, te dije quién era —le aclaró él innecesariamente—. Fuiste tú la que no me creyó. Y, volviendo a la apuesta, ¿qué me dices? Te he visto jugar y no lo haces nada mal. —Desde luego, ese chico no conocía el significado de una negativa, pensó Brooke, a punto de enviarlo a paseo—. Si te estás planteando por qué insisto, te aseguro que no lo vas a acertar. Por favor, di que sí y empezaremos a pasárnoslo bien…

Brooke trató de concentrarse, lo que no era nada fácil teniendo a *Superman* delante.

De repente, algo parecido a la voz de su conciencia le recordó que ese chico era la encarnación de todos los excesos conocidos y que su cuenta bancaria seguía congelada. Tampoco había olvidado que estaba en un barco y todos los que la conocían sabían lo que eso significaba para ella: les temía más que al hombre del saco.

¡Esa sí que podía ser una jugada maestra!

Desde pequeña le habían enseñado la inutilidad de pedir si no ofrecía algo a cambio.

Pues, acababa de encontrarlo.

Solo esperaba que fuera lo suficientemente convincente para persuadir al senador.

Y que ella tuviera valor para llevarlo a cabo.

Capítulo 8

—No dispongo de veinte mil dólares —informó Brooke, mostrando su único billete— y, lo que es más importante, no voy a empezar esta noche ninguna carrera delictiva. Me da igual lo que tú desees de mí… porque no hay nada que yo quiera de ti —no tuvo que mentir demasiado, era absolutamente cierto que solo necesitaba la compañía de ese hombre durante unas pocas horas —. Espero que no te ofendas, pero me gustan las cosas claras.

Hunter la contempló casi con veneración.

No había nada que esa imprudente de pacotilla quisiera de él, eso acababa de decir la única hija de Daniel Graves.

¿Se trataba de un farol o iba en serio?

Era la primera vez en toda su vida que se encontraba con una criatura como aquella.

—Bueno, estás sin blanca, es más que obvio y, a riesgo de parecer un maldito esnob, a mí me sobra el dinero —dijo él, sin mostrarse ofendido y sin dejar de reír—. No pido mucho, sé mi pareja esta noche. La chica que me han endosado es insoportable. —Hizo un gesto con la mano que reforzaba el comentario—. Mi padre no me soltará uno de sus sermones cuando vea quien me acompaña; eres la primogénita del senador que puede lograr que pague menos impuestos. ¿Qué me dices? Si ganas, te embolsas veinte mil dólares. —Le dejó tiempo para que fuera asimilando la idea—. Y, si pierdes, me concedes el placer de tu compañía. No pido mucho.

Brooke lo miró a los ojos.

No parecía estar mintiendo, lo que era más extraño aún. Podía ser verdad lo que decía y que deseara perder de vista a una futura esposa.

Bien pensado, ella solo necesitaba pasearse con ese tipo y que su padre o Steven Harris la vieran. Quince minutos serían suficientes, concluyó Brooke, cada vez más convencida de lo que quería hacer.

—Sabes que todo esto suena muy raro, ¿verdad? —manifestó ella con extrañeza. Un pensamiento repentino comenzó a tomar forma en su cabeza y suspiró contrariada, mientras miraba a su alrededor con mucha atención—. ¿Se trata de una cámara oculta? No encuentro ningún otro motivo por el que quieras regalarme tu dinero. Además, como creo que ya sabes, soy la última persona a la que el senador confiaría un secreto de Estado. Es más, para que te hagas una idea, después de mi última metedura de pata no se fía ni de la ropa que me pongo. —El suspiro que se le escapó confirmó que no exageraba—. Cualquiera pensaría que las fotos de su teléfono son una demostración de afecto… —Se

interrumpió de repente. Ese hombre tenía algo que le hacía soltar todo lo que llevaba dentro—. En fin, que no vas a sacar nada de mí.

Hunter respiró con fuerza al escuchar las palabras de la muchacha.

Empezaba a estar harto de que su fama le precediera, pero se abstuvo de mencionarlo. Le hubiera recordado con gusto que ya le sacó unos besos en el ayuntamiento, aunque, fueron tan poca cosa que prefirió pasarlos por alto.

Maldita sea.

Sin embargo, no era sexo lo que tenía en mente con aquella chica. Se trataba de algo mucho más complicado de entender, a lo que no sabía ni poner nombre.

—No hay ninguna cámara oculta, al menos, que nosotros sepamos —confirmó él, comenzando a sentirse mejor al pillarla contemplando su boca. Estaba claro que los dos recordaban el intercambio de caricias que habían protagonizado cuando ninguno sabía quién era el otro.—. Y yo no he dicho que te vaya a dejar ganar —matizó Hunter con ironía, sabiendo que dispondría de más opciones si se ceñía solo al juego—. De hecho, vas a perder y serás mía esta noche…

Terminó mirándola fijamente.

El tonillo guasón desmentía la profundidad de los ojos masculinos y, por un instante, Brooke sí deseó algo de ese chico: conocerlo. Conocer sus intereses, sus opiniones e inquietudes… cualquier cosa que le permitiera descartarlo de un plumazo o, por el contrario, darle cabida en su complicada vida.

El sentimiento era de lo más tonto, pero ahí estaba.

Entonces recordó las palabras de Steven Harris sobre ese donjuán y, sin pensar demasiado, ganaron los quince minutos. Su instinto de supervivencia le decía que no le duraría ni un asalto a un tipo como él. Incluso los novecientos segundos le parecían ahora demasiado tiempo.

—De acuerdo. Solo una partida —soltó ella a bocajarro, dejándose llevar por su calamitosa situación financiera—. Si gano, me llevo veinte mil dólares —dijo en voz alta, intentando encontrar la trampa—. Si pierdo, seré tu acompañante esta noche. Nada de secretos paternos, nada de sexo y nada de todo lo demás… Lo siento, pero sigo sin entenderlo. Sé que soy maravillosa y que tengo una conversación amena y fluida, pero como diría un colega a quien admiro mucho: *No me mientas, a no ser que estés completamente seguro de que nunca descubriré la verdad.*

Las dudas habían logrado que se le escapara una de las frases más habituales de Andrew Harper, quizá porque no paraba de darle vueltas a la idea -rocambolesca, sin duda- de que todo aquello estaba preparado.

—¡Menudo razonamiento! —dijo Hunter, guiñando un ojo a sus amigos—.

¿Quién es tu colega? ¿Google? No, no es tan complicado —subrayó sonriendo —. No deseo alardear, pero la cifra que te propongo no es gran cosa… para mí, por supuesto —Juntó las manos en actitud suplicante, como si pidiera perdón por tener dinero—. Nos gastamos mucho más los fines de semana. Puedes preguntárselo a estos impresentables. —Esperó por si ella decidía hacerle caso y, en vista de su fracaso, continuó como si tal cosa—. Me gustas, eres original y divertida y yo me aburro con frecuencia. Sé que quizá suene demasiado superficial, pero es la verdad. Y, lo más importante, sé que no vas a acudir a ningún medio de comunicación. ¿Qué me dices? ¿Una partida? Se hace tarde y debemos acudir a la cubierta principal para cenar. —De pronto, movió la cabeza como si le fastidiara alguna cosa—. No puedo faltar, parte de la ampliación de mi empresa depende de ello.

Brooklyn comprendió que no era la única que tenía una familia disfuncional.

No tenía ni idea de lo que significaban aquellas palabras y tampoco se lo iba a preguntar. Esa noche no deseaba grandes tragedias; ya tenía bastantes en su vida. Por otra parte, no había que ser un genio para darse cuenta de que allí había gato encerrado. Sin embargo, era incapaz de imaginar qué podía querer Hunter Bramson de alguien como ella. Se conformaba con algo normalito, como fastidiar a Bramson padre. Incluso podía admitir que ese chico pretendiera divertirse a su costa. Lo que no estaba dispuesta a aceptar era que la utilizara para dañar la imagen de su desgastada familia.

—De acuerdo —concedió ella, pensando en sus propios intereses—. Una única partida. Veinte mil dólares o unas horas de compañía «blanca». —El adjetivo causó bastantes risas entre los presentes y se vio obligada a explicarse —. Lo he leído en algún sitio. Ya sabéis: sin sexo, sin estupefacientes, sin alcohol, sin secretos, sin…

—Lo hemos entendido perfectamente —indicó Hunter, conteniendo la risa —. Aunque daría otros veinte mil por conocer a qué tipo de lecturas dedicas tu tiempo libre — lo dijo examinándola con interés—. Voy a ser muy bueno y pensaré que tus palabras querían decir… para todos los públicos.

Brooke estuvo a punto de echarse atrás.

Los amigos de Hunter se estaban partiendo de risa y eso terminó de escamarla.

¿Qué querían esos tipos de ella?

◆◆◆

Enseguida, dejó de plantearse lo que buscaban aquellas personas para

centrarse en lo que ella necesitaba.

Perder.

Debía perder para ganar.

Por supuesto, sin que se notara cuál era su objetivo real, es decir, fastidiar a su padre compartiendo unas horas con ese crápula.

Fácil.

Tomó asiento frente a Bramson y, al instante, fue consciente de que aquello no iba a funcionar. Ese tipo debió de ser Adonis en una vida pasada, pensó ella, enfadada consigo misma por sentirse tan atraída por la belleza de un hombre. Mientras tanto, el susodicho sonreía como un bendito. Se le habían formado unas arruguitas alrededor de los ojos y sus mejillas exhibían unos hoyuelos descomunales que le proporcionaron un aspecto aún más perturbador.

Ahora entendía el éxito de ese chico.

Belleza, simpatía y dinero.

En cantidades ilegales, por cierto.

El asunto se complicaba porque Hunter la miraba como si quisiera memorizarla y saberse el centro de su interés le estaba afectando más de lo que era capaz de reconocerse a sí misma. Las manos comenzaron a temblarle y, si seguía sudando a mares, ese mito griego era capaz de cambiar las reglas del juego y dejarla sin objetivo.

Decidió entonces dedicarse a algo menos peligroso y se concentró, con toda la indiferencia que pudo fingir, en la facilidad con la que una de las chicas le quitaba el plástico a un paquete de naipes. Después, la muchacha los barajó como si *crupier* fuera su nombre en clave.

Aquel grupo jugaba a las cartas a menudo, ya no le quedaba ninguna duda.

Había que joderse… y ella sin más experiencia que la de compartir unas tardes en la playa con sus muñecos.

Brooke se hubiera partido de risa, pero el ambiente se había enrarecido y no parecía muy apropiado. Si esos ilusos supieran que se iba a dejar ganar, quizá cambiaran sus posturas corporales, se dijo con ironía, mientras contemplaba las miradas que intercambiaban aquellos tarambanas entre sí.

Entonces sucedió algo impensable.

Jen, que así se llamaba la Chica Crupier, repartió las cartas y, de repente, Brooke tenía cuatro ases en las manos.

Así, sin anestesia.

La quinta carta era una reina.

Joder, Hunter Bramson quería regalarle veinte mil dólares.

O, deseaba algo de ella, eso estaba claro.

Brooke no movió ni un solo músculo de su cuerpo. Durante unos segundos,

incluso contuvo el aliento. Contempló las cartas de nuevo, como si no supiera lo que tenía entre los dedos, y con absoluta tranquilidad seleccionó tres de ellas para entregárselas a Jen. Con algo de suerte, la baraja no estaría preparada para surtir más trucos y entonces tendría su oportunidad.

La Chica Crupier permaneció impasible.

Si se trataba de representar un papel, aquella criatura le ganaba sin discusión. Brooke comenzó a dudar de que conociera lo que escondían aquellos naipes. Sin embargo, al repartir en esa ronda cambió de postura y ese gesto involuntario la delató.

Brooke no alteró su respiración.

Las nuevas cartas volvían a ser extraordinarias: un rey, una jota, y un diez. Si las unía a la reina y al as, que no había descartado para no hacer visible su jugada…

¡Qué locura!

Ahora le servían en bandeja una *escalera real*.

Estaba claro que no se lo iban a poner fácil.

Brooke no sabía si reír o llorar.

Echó un vistazo a sus cartas y contempló los corazones rojos en todas ellas. La mano era invencible: as, rey, dama, jota y diez, todos ellos del mismo palo.

Joder.

El asunto se iba haciendo cada vez más interesante porque Hunter decidió que no le gustaban sus cartas y devolvió las cinco que le habían repartido. Algo inaudito cuando se quiere engañar al contrario.

Fue en ese momento cuando Brooke comprendió que *el hábito hace al monje.*

En definitiva, que si vistes como una pardilla… te van a tratar como tal. No quería pensar en las cartas que le hubieran repartido si hubiera conservado el volante del modelito y el lazo en la cintura.

Trató de no sonreír, pero le resultó imposible. Así que lo hizo a lo grande e incluyó varias carcajadas cuando Hunter examinó su nueva mano con una ceja alzada.

—Lo siento —murmuró Brooke, limpiándose las lágrimas de los ojos—. Es que no estoy acostumbrada…

Fantástico.

Ahora todos pensaban que, además de hortera, le faltaban algunas neuronas.

—No te preocupes, debe ser maravilloso que te sonría la suerte —le dijo Hunter, olvidando que los naipes no estaban al descubierto.

Brooke respiró hondo y le mostró al mayor tramposo de todos los tiempos lo que era una interpretación magistral.

—Nada más lejos —reconoció ella con humildad—. Son tan malas que ni siquiera las puedo mostrar. He perdido —admitió, dejando las cinco cartas sobre la mesa en posición invertida para no revelar la jugada—. El afortunado aquí eres tú. Soy tuya las próximas horas…

En ese preciso momento, un tipo hizo acto de presencia en la terraza.

Brooke no lo conocía, pero debía de ser todo un personaje porque los chicos enmudecieron en cuanto lo vieron aparecer.

—Hunter, la cena está servida —informó el hombre con seriedad, sin dejar de mirar las cartas—. Señorita Graves, permítame presentarme, soy Stuart Jones, asistente personal del señor Bramson. Alister Bramson, por supuesto —aclaró, como si referirse al hijo fuera una ofensa—. El senador la estaba buscando, así que le aconsejo que se adelante para no preocuparlo innecesariamente.

Brooke sabía que una de las funciones de ese hombre consistía en conocer la identidad de todos los que se acercaban a la familia, pero aun así le sorprendió que la reconociera con tanta facilidad. Por otra parte, el tono que empleó el asistente era tan dictatorial que empatizó al instante con el heredero, incluso se olvidó del intento de estafa que acababa de protagonizar. Las similitudes que empezaba a descubrir entre su vida y la de ese calavera eran preocupantes. Quizá por eso decidió fastidiar al hombre que le recordó a Steven Harris.

—Encantada, señor Jones. —Brooke decidió mostrarse delicada y angelical mientras señalaba los naipes sobre la mesa—. He obligado a Hunter y a sus amigos a enseñarme a jugar. En unos días tendré un examen de combinatoria en la universidad y suelen aparecer problemas de cartas —le informó sin perder la sonrisa—. Ha sido el senador el que me ha dado la idea. Y ahora, si nos disculpa, estos chicos y yo debemos bajar a la cocina en busca de algún medicamento para prevenir el mareo. —Entonces se acercó al hombre y bajó la voz—. Es algo que no debe saberse, pero padezco «mareo del viajero» desde que tengo uso de razón.

Stuart Jones se dirigió a la muchacha como si no fuera rival para él.

—Llevamos una hora aproximada de travesía —declaró el asistente, mirándola fijamente—. Me alegra comprobar que ha superado su malestar sin acudir a la… enfermería, que está en la misma cubierta que el banquete que ha empezado hace ya un buen rato —el tonillo sarcástico que estaba utilizando era un pelín humillante. Ese hombre no creía que sufriera problemas de ningún tipo —. Será mejor que se olvide de las pastillas y suban todos a cenar.

Brooke se adelantó unos pasos y miró hacia el horizonte absolutamente maravillada.

Increíble.

El barco estaba navegando y ella se mantenía en pie.

—Yo te creo —murmuró Hunter muy cerca de ella—. Ahora mismo tienes la mayor expresión de perplejidad que he visto en toda mi vida.

Antes de contestar, Brooke comprobó que el asistente no estuviera cerca. Tampoco vio a los amigos de Hunter, por lo que respiró hondo y trató de calmarse.

—Oye, siento que no haya colado el rollo que le he contado al asistente de tu padre —expresó ella, todavía desconcertada por la situación—. Esperaba sacaros del aprieto. En honor a la verdad, no todo lo que he dicho era falso.

Hunter se encogió de hombros.

—No te preocupes, se agradece igualmente el intento —le dijo con una mezcla de admiración y resignación—. Ahora siento curiosidad, cuando llegaste a la terraza mencionaste las pastillas, pero las olvidé por completo.

Brooke se examinó de arriba abajo y terminó sonriendo.

—La única verdad que he dicho en toda la noche —matizó ella entre susurros, sin acabar de creerse que siguiera entera— es que necesito atiborrarme de pastillas para viajar en barco. Los dos sabemos que todo lo demás ha formado parte de una puesta en escena. Lo que buscas tú, no lo sé. Lo único que puedo decir es que sigo queriendo fastidiar al senador, para mí es así de simple.

Hunter se metió las manos en los bolsillos y comenzó a balancearse suavemente mientras encontraba las palabras adecuadas.

—Para mí… no es tan sencillo —confesó cabizbajo—. De hecho, se sigue complicando, y de qué manera…

Brooke lo miró por el rabillo del ojo y le extrañó el gesto de dolor que lucía el rostro masculino.

—«Huye de las cosas complicadas y problemáticas —le indicó ella, con la seguridad del que es un experto en el tema—. Y, si vas a llorar, que sea por reír demasiado». También lo dice mi amigo, el de Google. Hace tiempo que no me permito ningún pensamiento negativo y me va mejor. Mírame, ya ni siquiera me mareo en un barco. Joder, esto debo inmortalizarlo —se dijo a sí misma, sacando el teléfono móvil—. Hazme una foto, por favor, y que se vea bien que estamos navegando.

Hunter se acercó a ella con la intención de aparecer en la imagen.

—No, prefiero que no salgas a mi lado. —Suspiró Brooke, poniendo los ojos en blanco—. Eres tan guapo que acabaré olvidando que en una ocasión mi cerebro venció al resto de mi cuerpo.

Hunter la contempló con respeto.

Acababa de descubrir qué tenía esa criatura para que no pudiera despegar los ojos de ella: personalidad. Brooklyn Graves tenía una de esas personalidades arrolladoras y fascinantes que te hacían querer permanecer a su lado.

Personalidad… y un físico espectacular.
Hunter suspiró con ansiedad.
No podía gustarle la hija de Susan Evenson y el senador Graves.
—De acuerdo, pero solo porque has reconocido lo atractivo que soy.
Brooke soltó una risita íntima que le puso a Hunter la piel de gallina.
No, no podía gustarle aquella chica.
De ninguna manera.

Capítulo 9

Brooke siguió a un camarero hasta la cubierta principal del barco.

Sabía que no debía sentirse decepcionada, pero lo estaba.

Después de hacerle varias fotos, su atractivo acompañante había desaparecido con un lacónico «hasta la vista». Los veinte mil dólares eran historia, al igual que su propósito de compartir velada con el fotógrafo para fastidiar al senador. Ni siquiera le había dado la oportunidad de recordarle el acuerdo al que habían llegado.

«Maldita sea, he perdido a las cartas», estuvo a punto de gritarle a la espléndida espalda masculina, antes de que ésta desapareciera de su vista.

Seguía pensando que no daba el perfil, pero quizá debiera plantearse -muy seriamente- que Hunter Bramson solo fuera un inmaduro y malcriado niño rico. Todo el mundo no podía estar equivocado todo el tiempo, se dijo Brooke con insistencia, cuando descubrió que no le importaría jugarse la mitad de su herencia por compartir unas horas con ese chico.

Desde la distancia lo vio reunirse con Jones, que parecía estar esperándolo para echarle un buen rapapolvos -los movimientos de su cabeza y manos así lo indicaban- y volvió a otorgarle el beneficio de la duda; incluso la había dejado en manos de un tipo que, por la distinción de su traje, parecía el jefe de comedor.

La sonrisa abierta y espontánea de Susan Graves la distrajo momentáneamente.

Tal y como le sucedía desde que tenía uso de razón, estar cerca de su madre hacía que se olvidara de todo lo demás. En cuanto la atisbó y comprendió que seguía entera, respiró mejor. Como no se fiaba, la espió de reojo: no exhibía risitas fuera de tono y su cuerpo parecía guardar un equilibrio perfecto. Era difícil de creer que esa mujer, rebosante de dinamismo y vitalidad, fuera la misma que unas horas atrás permanecía en estado catatónico en el interior de un coche.

Antes de sentarse frente a ella, Brooke estuvo a punto de abrazarla por el esfuerzo que estaba haciendo. La mesa estaba atestada de botellas de vino de las mejores marcas y Susan Graves parecía sobria.

Increíble.

Brooke se hubiera despachado a gusto con la persona responsable de que la mesa luciera como una destilería. Era indignante que no hubiera ni un solo plato de comida y, sin embargo, los camareros siguieran proporcionando botellas de alcohol. Entonces examinó -con la pericia de una experta- las copas de cristal que estaban al alcance de la mano de su progenitora y, para su sorpresa,

comprendió que el estado que la embargaba solo podía ser debido a la felicidad… porque en aquellos vasos solo había agua. El senador captó enseguida la preocupación de su hija porque asintió en su dirección.

Todo estaba bien, dedujo Brooke, permitiendo que su corazón recuperara los latidos perdidos. Su madre solo ingería el líquido elemento y su padre también parecía estar en su elemento. Además, ella permanecía en alta mar sin vomitar, ni querer hacerlo…

¿Los hados se habían apiadado, por fin, de su caótica existencia, y empezaban a echarle una mano?

Por si acaso, no iba a probar nada. Lo que no supondría ningún problema; en todos aquellos eventos «se comía en vaso», como solía decir su madre.

Hablando de comida, en el centro de la mesa no encontró ninguna fuente repleta de fruta, ni siquiera las flores características, sino un trípode dorado con una tarjeta negra: «Senador Graves y Cecil York» eran las palabras que aparecían serigrafiadas en oro. Los términos «y acompañantes» apenas si se podían leer. Brooke comprendió entonces por qué los habían invitado a aquella insólita cena. El señor Cecil York, maduro multimillonario y filántropo inglés, debía su riqueza a las minas de oro y diamantes que había heredado en suelo africano, lo sabía porque el asistente de su padre lo había mencionado en el coche, justo antes de llegar al muelle. Estaba claro que iba a expandir su imperio y nunca venía mal tener de su lado a un senador norteamericano, intuyó ella con facilidad. Su padre debía de pensar lo mismo porque mostraba la expresión seria y concentrada que guardaba para las grandes ocasiones.

El anciano, aunque bien conservado, señor York iba acompañado de una atractiva y jovencísima mujer. Incluso Susan Graves parecía mayor al lado de la chica. Quizá se tratara de su secretaria, pensó Brooke, al comprobar que la fémina no lucía joyas de ninguna clase, lo que no era habitual en ese tipo de eventos. Además de la secretaria -por el momento, era lo que parecía-, tres individuos más acompañaban a la pareja. Brooke supuso que serían los asistentes y letrados americanos del septuagenario inglés.

—Buenas noches —dijo de repente una voz femenina, excesivamente modulada y correcta—. Espero que la cena esté resultando del agrado de unos invitados tan selectos. —La sonrisa de la muchacha era extremadamente agradable y, durante un instante, todos los presentes le respondieron de la misma manera—. Senador Graves, vengo a llevarme a su hija. Mi padre ha dispuesto una mesa para mis amigas y deseo que Brooklyn se cuente entre ellas.

Daniel Graves siguió con la mirada la dirección que indicaba la joven y asintió de inmediato. Al final de la sala, junto a la piscina, una mesa rectangular estaba ocupada por las jovencitas de las mejores familias de todo el Estado de

Nueva York. Era un honor poder ocupar una de aquellas sillas y la cara de su padre así lo confirmó.

Mientras Brooke se dejaba guiar por su alucinante anfitriona, llegó a la conclusión de que todos los Bramson actuaban de la misma manera: el padre agrupaba a las personas según sus intereses y los hijos parecían hacer lo mismo. No tenía ni idea de lo que quería Hunter de ella y ahora tenía que descubrir lo que pretendía la hermana. Y, por si la situación careciera de interés, no podía olvidar que su madre se transformaba cuando estaba cerca del patriarca de ese clan.

Maldita sea, esa familia no le daba tregua.

◆◆◆

—Me llamo Alice —le dijo la benjamina de los Bramson— y creo que somos de la misma edad —comentó sonriendo, sin llegar a confirmar edad alguna—. Estas reuniones son tan aburridas que mis amigas y yo hemos inventado una versión… mucho más apropiada —a continuación, miró a su alrededor con tanta elegancia que Brooke se apuntó mentalmente el gesto, por si debía imitarlo en algún momento—. En menos de una hora iremos abandonando gradualmente la mesa para reunirnos en la cubierta trasera. No te preocupes, lo tenemos todo previsto. Además, los invitados estarán lo suficientemente bebidos como para no darse cuenta. Será entonces cuando comience nuestra fiesta, pero antes debes contestar a una pregunta.

A esas alturas de la noche, Brooke estaba tan desconcertada por la actuación de los dos hermanos que ni siquiera fingió indiferencia. Contempló a la muchacha con interés y se preparó para desentrañar lo que, sin duda, sería un enigma de los buenos.

Le chiflaba resolver misterios y aquellos dos no hacían otra cosa que proporcionárselos.

—¿Estás aquí por Hunter? —indagó Alice con una frialdad exquisita.

Las chicas que ocupaban la mesa se callaron de inmediato y, de pronto, la atmósfera de esa parte del barco se congeló. Brooke comprendió que todas ellas habrían pasado la misma prueba y no le importó convertirse en la excepción.

¿Tenía que responder a semejante chorrada como si se tratara de un acertijo ingenioso? Edipo se habría partido de risa si la esfinge le hubiera salido con aquello…

Fue la decepción la que le hizo resoplar sin filtro alguno.

—He conocido a tu hermano unas horas antes —precisó, sin mentir del todo—. ¿Por qué estaría aquí por él? ¡Por favor, estoy aquí obligada por mis

padres! —refunfuñó, sin guardar ninguna compostura—. Para serte sincera del todo, me gustaría estar en cualquier otro lugar; odio los barcos, aunque sean tan alucinantes como este. —En ese momento se dio cuenta de que se lo estaba diciendo a la dueña de aquella bañera de lujo y suspiró—. Lo siento, pero siempre acabo vomitando y el malestar me dura una semana.

La expresión radiante que adoptó la cara de Alice Bramson le reveló, sin necesidad de palabras, cómo le había ido en aquel jueguecito.

—Perfecto —subrayó Alice, volviendo a sonreír con delicadeza—. No soporto a las chicas que me utilizan para estar cerca de mi querido hermano. —Después de su declaración, puso cara compungida y parecía auténtica—. Me afecta demasiado descubrir lo falsa que puede llegar a ser la amistad y prefiero ser clara desde el principio. Así, no me siento culpable después.

Brooke asintió.

—Te entiendo —coincidió ella sin proponérselo—. Odio que se me acerquen por ser la hija del senador Graves.

Alice Bramson la contempló en silencio.

La chica era excesivamente agraciada, claro que con aquellos padres era difícil no serlo, pensó con envidia. Sin embargo, el lazo que adornaba su coleta de pelo planchado, el vestido aniñado y los zapatos de tacón bajo acabaron de convencerla. Parecía una estudiante de secundaria, ni su hermano se atrevería a caer tan bajo.

—Espero que no te enfades —admitió finalmente, dedicándole un mohín gracioso—, pero Hunter nunca se fijaría en ti. Créeme, eso no es malo. Las mujeres le duran menos de una semana —alzó una mano para indicar al resto de chicas que prestaran atención—. Queridas, ¿podéis ayudarnos? Necesito poner en situación a nuestra nueva amiga. ¿Cómo explicar el tipo de mujer que atrae a mi hermano? —Era muy obvio que conocía la respuesta. No obstante, arrugó la nariz y simuló tener problemas para expresar la respuesta—. ¿Lizzie?

La aludida, una muchacha con evidente sobrepeso, sonrió mostrando unos dientes perfectos y muy blancos.

—*Barbie vigilante de la playa,* sin duda —informó, guiñándoles un ojo.

La mesa entera estalló en carcajadas.

El problema radicaba en que Brooke no consumía televisión y no entendió el chiste, pero se mimetizó con el entorno y sonrió como si lo hubiera pillado. En ese momento descubrió dos pastillas junto al vaso de agua que estaba a su derecha. Miró a su anfitriona y esta se elevó de hombros.

—Un camarero las ha traído —contestó Alice con indiferencia—. Dijo que las andabas buscando.

Brooke se dio media vuelta para localizar a la única persona que podía

haberle facilitado los fármacos, pero no lo encontró. Lo sintió de verdad, porque no tendría ninguna otra ocasión para darle las gracias a ese *dechado de virtudes*.

A propósito…

Acababa de darse cuenta de que se estaba dejando llevar por la opinión que otras personas tenían de él y decidió dejar en *stand by* la suya propia. Si analizaba con cuidado todo lo que había compartido con ese chico, tenía que reconocer que se había portado como todo un caballero con ella. Le dolía pensar en ello pero hasta los besos… se los dio después de que ella se lo pidiera… casi implorara.

¡Joder!, ¿¡seguía sin superarlo!?

Cambiando de tema, ese chico incluso se había preocupado de conseguirle el medicamento para prevenir el mareo. Definitivamente, Brooke decidió no aceptar los juicios de valor de otras personas. Hunter Bramson se había ganado el derecho a que ella misma se formara su propia opinión.

Lo que iba a ser difícil, le dijo la voz de su conciencia, preocupada por el interés que ese muchacho empezaba a despertar en ella. Si tenía en cuenta las veces que se había cruzado en el camino de ese chico, las posibilidades de volverlo a ver eran casi nulas.

Y, eso era bueno.

Muy bueno, en realidad.

O quizá no…

—No estás comiendo nada —le recordó Alice, mientras le señalaba una bandeja llena de artísticos y diminutos canapés. Brooke estuvo a punto de abrazar a la muchacha por haber interrumpido los derroteros que estaban tomando sus pensamientos—. ¿Sigues alguna dieta? Tu madre y tú estáis muy delgadas… No respondas, seguro que lo negarás —entonces bajó la voz para que solo ella la escuchara—. Yo cumplo una muy estricta de lunes a viernes. —Resopló con tal fuerza que Brooke imaginó alguna salvajada—. Solo los fines de semana me doy algún capricho y es en lo que estoy —le dijo sonriendo con naturalidad, al tiempo que se zampaba un canapé de salmón salpicado de caviar —. Cincuenta kilos, es lo que peso y es lo que quiero mantener —aclaró sin que nadie le preguntara.

Brooke sonrió sin saber qué contestar.

Era evidente que aquella chica se mentía a sí misma y a todos los demás. Probablemente pesara diez kilos más, lo que seguía estando muy bien; la hermana de Hunter se veía esbelta y delgada y, sobre todo, muy sana.

Nunca sabía cómo tratar el tema del peso.

En su casa era difícil engordar porque Susan Graves había impuesto un estilo de vida muy saludable. Su progenitora siempre alardeaba de sus

conocimientos sobre nutrición y lo que no sabía lo consultaba con expertos en la materia. A ello debía sumarle la actividad física que los tres cumplían a diario. Lástima que el etilo hiciera su aparición, porque hasta ese momento la existencia de los Graves había sido perfecta.

Ahora que lo pensaba, quizá demasiado.

Alice esperaba una respuesta y ella la saldó sonriendo, mientras cambiaba de tema.

—Si no he escuchado mal antes, habías dicho que nuestra fiesta se animaba en cuanto los invitados empezaban a empinar el codo —improvisó Brooke, con la esperanza de que la siguiente prueba no consistiera en comparar los índices de sus masas corporales—. Alice, los camareros ya están retirando las botellas vacías de las mesas.

Como si buscara aumentar el clímax del momento, la pequeña de los Bramson repartió el contenido de una de las fuentes de comida entre sus seis invitadas. Después, con una parsimonia fuera de lo normal, echó un vistazo a su alrededor para constatar que los invitados estuvieran contentos y, solo entonces, le contestó.

—Perfecto. Estos panecillos son mis preferidos —explicó, mientras esperaba a que Brooke probara la miniporción. Cuando la vio tragar el pequeño bocado, prosiguió como si no hubieran transcurrido varios minutos—. Chicas, creo que ya podemos pasar a la sala contigua.

Brooke contempló el espectáculo con curiosidad.

Cada poco tiempo una de las chicas se alejaba de la mesa para no volver. Nadie parecía notar la ausencia y al cabo de unos minutos otra joven la seguía con idéntico resultado. Era cierto que las desapariciones pasaban desapercibidas, ni siquiera su padre trataba de controlarla aquella noche.

De repente, unos retortijones conocidos hicieron acto de presencia. Brooke se sujetó el estómago con miedo, sabía que no debía comer nada pero no había podido evitarlo. Rezó para que las pastillas le hicieran efecto, aunque, por si las moscas, buscó con la mirada el camino de los servicios. Lo único que descubrió fue a Hunter apoyado en una pared mirando en su dirección. Le guiñó un ojo, que esperaba que él viera, y siguió a Alice hasta la famosa cubierta.

Brooke quedó encantada con el sofá en forma de U que apareció ante ella. Necesitaba reposar el contenido de sus maltrechas tripas y se dejó caer en el asiento sin ningún recato especial. Si Susan Graves la hubiera visto, aplastando la legión de cojines que adornaban aquel oasis del descanso, hubiera puesto el grito en el cielo pero, a Dios gracias, su querida y refinada madre se encontraba en medio de una fiesta pasando olímpicamente de su hija. En cuestión de segundos volvió a sentirse mareada, aunque esta vez no tenía nada que ver con

sus intestinos.

—Comencemos —dijo Alice con voz divertida—. Tengo una sorpresa: he invitado a mi hermano y ha aceptado. Esta noche jugaremos acompañadas —dicho lo cual, sacó una urna de material transparente y la puso en el centro de la mesa que tenían delante.

Brooke contempló los papelitos doblados que abarrotaban el interior del recipiente y volvió a implorar a los hados, esa vez para que la misión que le tocara llevar a cabo no fuera demasiado vergonzosa. Estaba casi segura de que acabaría recorriendo el barco, realizando la estupidez que se le ocurriera a alguna de aquellas niñas ricas. Lo único que la mantenía allí, además de sus tripas, era saber que Alice no permitiría ninguna gilipollez, tipo *beso*, con el buenorro de su hermano.

Vale, por las risitas nerviosas que nadie pudo disimular cuando llegó Hunter, Brooke comprendió que quizá se equivocara.

Capítulo 10

—¿Tus amigos no van a unirse a la fiesta? —preguntó Alice Bramson a su hermano en cuanto lo vio llegar solo.

Brooke observó el gesto involuntario de Hunter y lo tradujo sin problemas: «prefieren tirarse por la borda antes que compartir espacio con vosotras». Si lo pensaba con cuidado, también ella prefería ser pasto de los tiburones antes que participar en aquellos juegos infantiles. Lo que la llevaba a hacerse otra pregunta: ¿qué hacía un chico como él entre aquellas alucinadas criaturas, ella incluida? Allí no había naipes, ni bebidas, ni las amigas de Alice pertenecían a su liga. Aunque lo último tenía que investigarlo, Brooke estaba segura de que *las vigilantes de la playa* no tenían nada que ver con aquellas muchachas. Siendo objetiva, Lizzie, Cindy y Mona eran simpatiquísimas, pero la dieta no les funcionaba. En cuanto a Anne y Sally, a estas les sucedía todo lo contrario y les faltaban los kilos que les sobraban a sus amigas.

Y, luego estaba ella…

¿En qué categoría la habría puesto su anfitriona para permitirle compartir el mismo oxígeno que su hermano?

Seguro que en ninguna peligrosa y no sabía si eso le gustaba.

—Apenas son las doce —aclaró Hunter con cara aburrida—. Vendrán más tarde. ¿Qué toca esta noche, hermanita?

Alice Bramson entrecerró los ojos y contempló al único hombre presente en aquella estancia con una gran sonrisa.

—Acción —soltó sin más preámbulos. Consciente de que había sido excesivamente escueta en su respuesta, se sintió obligada a explicarla—. Ya sé que no te gustan los juegos de roles, ni los cooperativos, ni los de guerra, tampoco los de preguntas… además, contestas lo primero que se te ocurre. Así que solo nos queda la posibilidad de ir resolviendo enigmas para descubrir dónde se ocultan los distintos tesoros. —La agitación que le provocaba el pasatiempo era tan evidente que se expresaba de forma atropellada—. Esto lo explico por Brooklyn: cuando hablamos de «tesoros» nos referimos a tres piezas de ajedrez y pueden estar en cualquier parte del barco. Para que el juego sea justo, gana el que encuentra más piezas —precisó la muchacha, mientras observaba de reojo la reacción del otro Bramson presente en aquella habitación.

Hunter sonrió con descaro cuando escuchó el término «justo».

—Para evitar suspicacias —prosiguió Alice con retintín, mirando directamente al desconfiado de su hermano—, puedes elegir al empleado que desees y que sea este el que esconda las tres figuras. —Las últimas palabras

trataron de ser más persuasivas que el resto. Incluso su tono de voz había cambiado; ahora no parecía un capitán al mando de un ejército de sirvientes—. Los acertijos tienen que ver con la zona del barco en la que se ocultan las figuras y están recogidos en un *librito* de más de trescientas páginas. Es imposible memorizarlos todos, además del absurdo que eso supondría, por supuesto. No, no es fácil hacer trampas en este juego.

Brooke suspiró de fastidio mientras contemplaba la ceja alzada de Hunter. Lo único que le apetecía en aquellos momentos era recostarse en aquel inmenso y cómodo sofá y dejar que el vaivén del barco la durmiera, pero con aquellos locos al mando cualquiera sabía cuándo dejarían de hacer el ganso. Lo único positivo era que los dos hermanos se conocían tan bien que limaban asperezas antes de que comenzara la batalla.

—De acuerdo, yo elijo al empleado —indicó Hunter, con más seriedad de la esperada—. Pero, debes permitir que sea Jen la mano inocente que asigne las parejas.

Brooke estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva.

¿Esa chica tenía una mano inocente?

¡JAJAJA!

—Hermanito, pero de qué guindo te crees que me he caído —refunfuñó la organizadora de aquellos juegos de verano, sin duda, versada en los trucos que la aludida era capaz de hacer con una baraja de cartas—. Ni hablar de que sea tu amiguita, alias la Tramposa, la que decida las parejas. —Brooke comprendió el apodo y, por una vez, estuvo de acuerdo con la hermana. Que esos dos se conocían era más que evidente, lo que no terminaba de ver claro era si las consecuencias serían positivas—. ¿Qué te parece Brooklyn? Me fío más de la hija de un senador que de una jugadora profesional.

Brooke se lo tomó con filosofía; que la mencionaran como si no estuviera presente era una constante en su vida.

Hunter movió la cabeza con pesar.

Se diría que las palabras de su hermana le habían creado ciertos problemas de conciencia, porque le dirigió a Brooke una enorme sonrisa de disculpa. La misma que sustituyó al instante para guiñarle un ojo con disimulo.

Por raro que pudiera parecer, Brooke creyó entender el gesto.

Primer adjetivo para formarse una opinión de ese chico: *encantador*.

Brooklyn confiaba en que el guiño no se lo hubiera ocasionado una pestaña, porque estaba a punto de suplir a la Tramposa y, en breve, sería ella la que surtiera el mismo tipo de magia que la crupier para convertirse en la pareja de juego de ese chico.

Por favor, se estaba echando a perder solo para agradar al buenorro del año.

—Perfecto —aceptó Hunter Bramson, sellando el acuerdo con la pardilla de su hermana por medio de un apretón de manos—. Será la «justa e imparcial» señorita Graves la que determine las parejas de juego.

Brooke carraspeó nerviosa.

Segundo adjetivo para formarse una opinión de él: *cínico*.

No lo olvidaría.

—Recordadme el premio, por favor —solicitó ella para ganar tiempo y poder pensar en cómo salir del atolladero. Mientras tanto, Mona iba escribiendo el nombres de los participantes en pequeñas tarjetas de color blanco—. Espero que sea lo suficientemente atractivo.

La carcajada de Hunter fue magnífica.

—Yo también lo espero, la verdad —recalcó el muchacho con tonillo afectado—. Yo soy el premio. Mi querida hermana me vende al mejor postor. ¿Cuánto tiempo han pensado en esta ocasión, señoritas?

Brooke se había perdido.

Vio a las chicas hacer un corro en torno a Alice y aprovechó para mirarlo a él. Hunter le sonrió con dulzura, después juntó las manos como si le suplicara algún favor y ese hombre encantador y cínico terminó moviendo la cabeza con resignación.

—Una hora —sentenció Alice con voz segura—. Los veinte minutos de la última vez fueron insuficientes —dijo, haciéndose eco de la opinión de sus compañeras de diversión—. Tienes que compartir una hora de tu tiempo con las ganadoras, incluyendo piscina.

Joder, Hunter Bramson participaba en aquellas tontadas sólo para contentar a su hermana…

Tercer adjetivo para formarse una opinión de ese chico: *bondadoso*.

Ahora comprendía que sus amigos no lo acompañaran.

—Un momento, hay algo que no entiendo —señaló ella, para saber exactamente dónde se estaba metiendo—. Si el premio es compartir tiempo con Hunter, ¿qué sucede si gana él? ¿Cuál es su premio?

El ceño fruncido de Alice le dijo que Hunter se defendía como buenamente podía.

—Somos hermanos —le recordó la muchacha de forma innecesaria—. Digamos que nos ayudamos mutuamente. ¿Verdad, hermanito?

Brooke captó mucho mejor el significado del gesto implorante de Hunter. Aquella bruja le hacía chantaje y lo tenía comiendo de la palma de su mano.

Cuarto adjetivo para formarse una opinión de ese santo: *tolerante*.

Alice volvió a sellar el trato con su hermano, pero esta vez chocando los nudillos. Entonces, de una bolsa de terciopelo negro sacó tres objetos que dejó

sobre la mesa.

—Antes de empezar —dijo Brooke, deseando no tener que hacer trampas de ninguna clase—, me gustaría saber si es posible que sea yo la compañera de Hunter en el juego. No deseo el premio, quiero decir… —Dejó de mirar a las chicas para dirigirse a él—. En fin, Hunter, no te enfades, pero mis padres no me permitirían estar ni un minuto a solas contigo. Qué digo, ni solos ni acompañados. Esa es la cruda realidad.

Las risas de las jóvenes participantes fueron tan excesivas que Brooke enrojeció hasta la raíz del pelo. Vale, acababa de meter la pata. No añadió ni una palabra, cuanto más dijera, peor quedaría. Se encogió de hombros y le pidió disculpas al susodicho con la mirada. Para su desconsuelo, Hunter parecía dolido, ni siquiera fue capaz de ofrecerle algo parecido a una risita comprensiva y absolutoria.

En ese preciso instante, el mismo *maître* que horas antes guio a Brooke hasta su mesa, apareció escoltando a la secretaria del filántropo inglés.

—Señor Bramson, la señorita York desea unirse a ustedes —expuso el hombre, con la soltura del que estaba al tanto de todo lo que se cocía en ese barco—. Espero que no sea tarde para poder participar en el pasatiempo.

Brooke estuvo a punto de partirse de risa.

Las allí presentes habían tardado cuarenta minutos en reunirse en aquella cubierta que, por lo que parecía, conocía todo el mundo. Para terminar de arreglarlo, no solo era popular el lugar, sino también lo que hacían en él.

Todo un misterio, vamos…

—Seré yo la pareja de Hunter —soltó de repente la secretaria, transformada en hija multimillonaria. Brooke se hubiera abofeteado por imbécil; estaba perdiendo facultades, después de aquella pifia a ver cómo volvía a liderar el grupo de Estudios Avanzados—. Espero que no te importe, Alice. Deseo participar en vuestro juego ayudando a Hunter a conseguir las piezas. Y, sobre todo, quiero ser yo la que comparta todo el tiempo posible con él.

Brooke ni siquiera parpadeó.

Vale, la chica era tan directa que daba algo de repelús. Empezó a entender al tramposo encantador que tenía al lado y lamentó no poder ayudarlo, pero aquella no era su guerra y optó por permanecer callada.

—Lo siento, querida —dijo de repente Alice Bramson, en un tono que no admitía réplica—. Pero será Brooklyn la que forme pareja con él, ya estaba decidido cuando tú has llegado —«¡Bien por Alice!», hubiera gritado Brooke hasta perder la voz. Cerraba filas en defensa de Hunter y eso la honraba. A ver, era su hermano.

Nadie tuvo valor para contradecir las palabras de aquella altiva reina.

Desde luego, Hunter no se dio por aludido.

Por la risita que asomó en la comisura de los impresionantes labios masculinos, Brooke comprendió que estaba satisfecho con la decisión de su hermana.

Madre mía, al final iba a ser verdad que deseaba librarse de la compañía de una posible esposa; se refería a la hija de Cecil York.

Ese chico no dejaba de sorprenderla, había pensado que mentía y que buscaba algo de ella.

Quinto adjetivo para formarse una opinión de él: *¡¿sincero?!* (solo a veces, pero por el momento lo iba a dejar así).

◆◆◆

El jueguecito consistía en encontrar una reina, un rey y un peón de unos diez centímetros de altura que algún *illuminati* iba a esconder en un lugar tan grande como un transatlántico. Sería más fácil encontrar una aguja en un pajar, pensó Brooke, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no exteriorizar ninguno de sus pensamientos. Sobre todo, el que la mantenía en vilo y la hacía flotar como si estuviera en el espacio exterior. Nunca hubiera imaginado que pensar en ese chico le provocara aquellos espasmos en el estómago. Si esas eran las famosas mariposas, no estaba de acuerdo con la metáfora. En su caso, parecían más bien enormes y corpulentas palomas.

En realidad, podía haber sido peor.

Como ser la media naranja de la Secretaria (esa chica siempre lo sería para ella) o de la misma Alice, eso sí que le hubiera provocado un tsunami vomitador imposible de controlar.

—Puedes llamar a la persona que desees para que esconda las figuras —le indicó Alice Bramson a su hermano, mientras observaba con una sonrisa divertida la expresión furibunda de la multimillonaria, a quien había despachado con un NO bien grande.

Brooke también examinó a la señorita York.

Se había quedado corta cuando pensó que esa chica era atractiva.

Entre uno y diez… ¡Joder! Alcanzaba el sobresaliente sin dificultad.

El único pero -sabía que se estaba pasando- era su altura, quizá metro sesenta. Por lo demás, era muy bella. Tenía carita redonda, ojos rasgados y abundante cabello negro que había recogido en un sencillo moño. El vestido era un modelo soso y anodino de color azul marino que se ceñía a la cintura con un cordón diminuto de piel negra. Todo en aquella chica indicaba que quería pasar desapercibida, lo que no se ajustaba al tipo de personalidad que acababa de

exhibir unos minutos antes. En un ring de boxeo podía enfrentarse a Alice con bastantes posibilidades de salir ilesa, ironizó Brooke, dejándose llevar.

Bien pensado, confundirla con una secretaria no parecía tan descabellado. Como era su perspicacia la que estaba en entredicho, decidió echarle la culpa a las joyas, o mejor, a la ausencia de estas. Por Dios, ¿qué heredera multimillonaria asiste a una cena como aquella sin presumir de un mísero colgante de hojalata para animar ese muermo de color?

Vaya, cada día se parecía más a su madre…

Ese pensamiento la sobresaltó lo suficiente como para devolverla al juego y ayudarla a concentrarse en los «tesoros».

Las piezas parecían talladas a mano.

A Brooke le gustó el color dorado de la figura femenina. En aquella competición parecía ser la más importante, quizá porque lucía la corona con una altanería exquisita. No quiso buscar parecidos, pero no pudo evitar pensar en Alice Bramson. El rey era plateado y no destacaba tanto. En cuanto al peón, lucía un tono bronce brillante y llamativo. La gama cromática estaba clara. La dificultad residía en el tamaño de las piezas, que no era muy grande, por lo que iba a ser prácticamente imposible localizarlas en ese rascacielos convertido en bañera extragrande.

Un personaje sofisticado y estrafalario vestido con un traje morado hizo acto de presencia. Después de una reverencia formal, que les dedicó con aire burlesco, desapareció llevándose la bolsa de terciopelo negro mientras hacía gala de una amplia sonrisa en la cara. El tipo tendría unos sesenta años, o incluso más, si se pensaba en la magia de un buen bisturí. Se encontraba extremadamente delgado y lucía una abundante cabellera de pelo injertado. A Brooke le gustó; había que ser muy valiente para lucir ese color y además hacerlo con clase.

—Es el jefe de mi gabinete jurídico, a quien he tenido que recurrir a tenor de las críticas vertidas sobre mi persona —informó Hunter. Brooke reconoció en su tono de voz una ironía sutil y divertida. Le gustaba el estilo de ese chico, no podía evitarlo—. Leonel Stone es una de las personas más rectas que conozco, además de insobornable —Hunter no pudo continuar, si lo hacía terminaría partiéndose de risa y no parecía lo más adecuado en aquellas circunstancias. Le guiñó un ojo a su pareja y después esperó el veredicto de la malpensada de su hermana.

Brooke no dudó en abandonar el sofá para acercarse a Hunter. Deseaba chocar la palma de su mano con la de él para demostrarle el respaldo inquebrantable a su causa.

—Buena elección, compañero —le dijo sin cortarse.

En ese momento, el barco debió balancearse porque ella también lo hizo. Para no caerse se apoyó en su colega y sonrió por haber salido indemne del contratiempo.

—¡Uy! —exclamó, encantada de haber encontrado un asidero perfecto al que anclar su cuerpo—. He estado a punto. Si no llega a ser por ti… me hubiera caído por la borda… aunque quizá debería pensármelo… —Una risita preciosa acompañó sus palabras—. Estoy maravillada; es la primera vez que bromeo estando en un barco. ¡Joder! Me he estado perdiendo un montón de cosas.

Hunter se sorprendió de que Brooke se le echara literalmente en los brazos mientras murmuraba frases entrecortadas. No parecía propio de ella actuar de aquel modo. Fue la conducta de la mano femenina, buscando algo en el interior del bolsillo de su pantalón, lo que le hizo examinarla con mayor atención. Aquella criatura le estaba sobando la pierna delante de todos, aquello no era normal.

—Necesito un pañuelo —le explicó Brooke con desenvoltura, como si el motivo justificara que pudiera hurgar en pantalones ajenos.

Hunter dejó de prestar atención a las chicas que lo rodeaban, para examinar las pupilas de la muchacha que se apoyaba sobre su pecho mientras le metía una mano en el bolsillo.

Lo que sospechaba.

—Me haces cosquillas en el muslo —le susurró preocupado, al tiempo que la sometía a un riguroso análisis—. Brooklyn, ¿has comido algún pastel que mi hermana te haya recomendado? —le preguntó al oído, fingiendo estar compartiendo algún detalle importante con ella.

Brooke contestó, pegada al cuerpo masculino.

—Siiiip —afirmó sin perder la sonrisa, poniéndose de puntillas para hablarle de la misma manera—. Todas menos la Secretaria… quiero decir la hija de Cecil York, hemos compartido una exquisita empanada.

Hunter resopló enfadado.

Alice y sus travesuras.

Alguien debería poner a esa chica en su sitio, cada día se tomaba más libertades y podía ser peligroso. Mezclar semillas de cannabis con la comida no tenía mucha gracia cuando estabas en un barco y no las tolerabas bien. Lo que Brooklyn Graves había dicho como una frívola broma podía convertirse en una triste realidad y terminar en medio del océano. Pensar que pudiera pasarle algo a aquella fascinante criatura lo alteró tanto que acabó incrustándola en su pecho.

—Verás… —exclamó Brooke, tratando de escabullirse del agarre sin mucho éxito—. Hueles estupendamente y estoy genial pegada a ti como si fuéramos siameses… —aclaró para no herir susceptibilidades—. Pero, si no

conseguimos un pañuelo… mis mocos te van a mojar ese brazo que Dios y… el gimnasio te han dado…

Hunter profirió una palabrota mientras permitía que la hija del senador Graves se limpiara la nariz con el bajo de su camisa.

Capítulo 11

El barco zozobraba tanto que era difícil guardar el equilibrio.

Brooke aceptó de buena gana la mano de Hunter y se dejó guiar a donde quiera que la llevara. Sabía que Alice los acompañaba y pensó que la reunión tendría que ver con algún truco de última hora. Esos dos eran peligrosos por separado. Estaba a punto de descubrir que cuando se unían se volvían impredecibles.

—Alice Bramson, ¿estás loca? —le gritó Hunter a su hermana, después de cerrar la puerta del lujoso cuarto de baño. Antes, se había asegurado de que Brooke no acabara en el suelo; la había sentado con mucho cuidado en una banqueta de madera blanca y había comprobado que la espalda de la muchacha se mantuviera apoyada en una de las paredes de la habitación—. Pensaba que te había quedado claro: nada de condimentar la comida con drogas de ningún tipo. ¿Qué es lo que no entiendes? —le preguntó con impotencia—. ¿Debo decírselo a papá? Es al único que respetas.

La muchacha contempló a Brooke con cara seria, después bajó la cabeza y suspiró preocupada.

—No sabía que se iba a poner así… —reconoció, adoptando un tono muy parecido al arrepentimiento—. Solo han sido unos gramos y se han cocinado correctamente. Se trataba de una broma… Cualquier bebida es más peligrosa —subrayó la muchacha con énfasis—. Las chicas apenas han notado los efectos, tú las has visto. —Dejó que las palabras calaran en su hermano antes de proseguir —. Joder, Hunter, esta criatura parece sacada de otro mundo, como si no se hubiera excedido nunca. Prometo que solo han sido dos bocados y no estoy exagerando.

Hunter no pudo contestar porque salió corriendo para evitar que la cabeza de Brooke acabara estrellada contra el suelo.

—Vaya, el barco está empezando a columpiarse… —Suspiró la hija del senador Graves, sin dejar de sonreír a su salvador—. No te preocupes por mí, Hunter. Estoy en la gloria, ¡quién me lo iba a decir! —Ese pensamiento debió de parecerle muy gracioso porque la risa terminó transformándose en un ataque de histeria.

El muchacho la contempló con ojo crítico y bufó enfadado.

—Esta *criatura* ha tomado un medicamento para el mareo que potencia los efectos de cualquier droga —informó a su hermana con gravedad—. Así que no ha salido de otro planeta. Maldita sea, Alice. ¡Es la hija del senador Graves! ¿Cómo vamos a explicar su estado?

Escuchar el nombre de su padre logró que Brooke recuperara cierta compostura.

—No hay problema… Por supuesto, siempre que tengamos algo que ofrecerle a cambio… —canturreó ella, moviendo los brazos sin control—. Pero que el senador se entere de que estamos juntos, por favor. También tiene que vernos Steven Harris, ese es el importante —Brooklyn elevó la voz para que quedara clara la importancia del individuo en cuestión—. Esta vez tengo que conseguirlo… Tenerme sin un céntimo debe atentar contra algún tratado internacional, estoy segura…

Alice no podía despegar los ojos de Brooklyn.

La chica parecía sacada de un fumadero de opio y ella no estaba dispuesta a cargar con las consecuencias. Viendo a Hunter sostener una toalla húmeda sobre la frente de la muchacha, supo que su hermano no las dejaría tiradas. Ese chico era una de las personas más responsables del planeta; con belleza o sin ella, jamás abandonaría a una cría en aquel estado. Mientras contemplaba la risa descontrolada de Brooklyn Graves, la pequeña de los Bramson comenzó a pensar en una salida.

Era una especialista en encontrarlas.

—Vaya, acaba de reconocer que está sin blanca —expresó Alice con desconcierto. Después sacudió la cabeza y prosiguió con frialdad—. Ciertamente, la situación se ha complicado, aunque la solución está muy clara: no pueden descubrir que la hemos drogado —resumió sin piedad, incluyendo a su hermano en el asunto. Por supuesto, no se dio por aludida ante la estupefacción que apareció en la cara de este—. Así que… hay que hacerla desaparecer del barco —improvisó, sin pestañear siquiera—. No creo que podamos colar que se sentía indispuesta y que se ha metido en la cama. Lo digo porque sus padres parecen de esos que dan las buenas noches y, si no lo son, esta noche lo serán para resultar *políticamente* correctos. —Sonrió, esperando que su hermano la felicitara por su ingenio. Conseguido el reconocimiento (una simple ceja alzada, pero menos era nada), prosiguió con su desparpajo habitual—. Soy la mejor, ya lo sé. También sé que tengo razón: debemos abandonar el barco los primeros, aunque tampoco sea políticamente correcto —Volvió a sonreír, encantada de su agudeza verbal. En esa ocasión no se molestó porque su hermano no hubiera pillado el chiste. Comprendió que Hunter rumiaba algo por la forma en que contemplaba a la muchacha. Esta se había recostado sobre una alfombra y dormía como un angelito. A Alice le molestó la belleza de la muchacha; era tan devastadora que te atrapaba sin remedio. Allí estaba, drogada y tirada en el suelo, y lo único que podía hacer era pensar en la hermosura de su rasgos. No era justo, ella deseaba provocar el mismo efecto que aquella inútil

despertaba en su hermano. La ansiedad de su deseo fue tan intensa que tuvo que hacer un esfuerzo para controlar la ira que también solía acompañarla—. Te dejo a ti los pormenores, pero sigo pensando que es la única opción.

Unos toques discretos en la puerta los sobresaltaron.

—¿Hunter? —preguntó Alex Fitzgerald sin elevar la voz—. ¿Estás ahí? Cuando acabes con todo esto, puedes encontrarnos en el jacuzzi del gimnasio… Pero, si nos buscas en cualquier pantalla, estamos en el salón —precisó entre susurros—. Ya sabes a qué me refiero…

Hunter abrió la puerta a toda velocidad.

—¡Acabas de salvarnos la vida! —declaró el primogénito de los Bramson con alivio, después de cerciorarse de que el pasillo estuviera desierto—. Pasa, tenemos mucho trabajo y poco tiempo…

◆◆◆

—Papá, vuelvo a repetirte que abandonaríamos el barco en helicóptero y lo haríamos en menos de una hora —explicó una Brooke muy despierta por enésima vez—. El motivo: poder prepararnos y asistir a la inauguración del nuevo Museo de Arte Contemporáneo en Manhattan. Como ya te he explicado, se celebra a mediodía y van a acudir personalidades del mundo de la política y del arte. Por supuesto, el evento va a estar cubierto por los medios de comunicación de todo el país —continuó Brooke sin perder las formas, a pesar de llevar diez minutos contando lo mismo—. Los Bramson han donado un montón de dinero y Alice es la encargada de cortar el lazo. Me acaba de incluir en su lista de acompañantes. —Sonrió con simpatía—. Pero si crees que debo declinar su oferta, te haré caso y volveré con vosotros —dejó que su voz sonara decepcionada—. Todas las chicas han sido invitadas y, por supuesto, han aceptado. También Samantha York.

Daniel Graves dejó de mirar su teléfono para atender a su asistente.

—Concédeme unos minutos, querida —le dijo a su hija con cariño, al tiempo que movía con mucho cuidado el móvil para que no advirtiera que Steven estaba comprobando la información.

Cuando Harris terminó de leer la noticia en una tableta electrónica, asintió con la cabeza a su jefe.

—Está bien —admitió el senador con gesto orgulloso —. Brooklyn, ya sabes lo que espero de ti. No me defraudes. —Entonces pareció pensar alguna cosa de última hora—. Si todo sale bien, podemos hablar de recuperar tus tarjetas.

La risita esperanzada de Brooke fue recibida con agrado. El senador

contempló la imagen de su hija en el teléfono como si no diera crédito a lo que escuchaba.

—Papá —le respondió ella adoptando un gesto encantador—. Estarás tan orgulloso de mí que no solo me aumentarás la asignación y me devolverás las tarjetas… Cuando la preciosa hija del senador Graves salga en todas las televisiones y nos asocien a la cultura de este país, me regalarás un deportivo nuevo, ya lo verás.

Daniel Graves sonrió sin poder evitarlo.

—¿Quién eres tú? —exclamó, simulando extrañeza—. Devuélveme a mi hija… Si ese es el resultado de relacionarte con Alice Bramson, puedes quedarte a vivir con esa chica —dijo su padre, aumentando la sonrisa—. Pásalo bien, cariño, pero no olvides lo único importante: ¡estamos en campaña!

Brooke le devolvió la sonrisa y levantó el pulgar en señal de aprobación. Después cortó la comunicación con su padre.

—¿Qué tal lo he hecho? Soy genial ¿verdad? —preguntó una exultante Alice al único público que había presenciado la función—. Puedo engañar a cualquiera, ya os lo había dicho.

Hunter resopló al mirar a su hermana.

—¡Joder!, Alice —gruñó nervioso—. Te has pasado bastante. Una cosa es la inteligencia artificial, que ha hecho que te vieras como la hija de Daniel Graves, y otra muy distinta que le doraras la píldora a ese hombre —le dijo su hermano—. Brooklyn parece estar permanentemente enfadada con su padre, no creo que se hablen en esos términos. Has estado a punto de echarlo todo a perder.

Alice Bramson negó con la cabeza.

—No lo creo —señaló con altanería—. Le he dicho al senador lo que quería oír. Además, hemos seguido los consejos de su propia hija y le hemos ofrecido algo a cambio. Si fuera mi padre, lo tendría comiendo de mi mano —aclaró, consciente de que todos pensaban lo mismo—. Tendré que hablar con esta pobre infeliz. La guerra es un arte que domino a la perfección.

Mientras recogía los cables de su formidable ordenador, Alex Fitzgerald asintió, sin percatarse de que lo hacía.

—Sí, seguro que eres mejor que el «Maestro Sun», pero ya te digo que sin inteligencia artificial no alardearías tanto —señaló el mejor amigo de su hermano y, a la vez, jefe de la división tecnológica de su empresa—. He conseguido que te vieras como Brooklyn Graves y que tu voz sonara igual que la suya. Por muy buena que seas en tus maquinaciones, tú sola no hubieras logrado algo así —insistió Alex —. A propósito, no creas que a partir de ahora me vas a utilizar para cualquiera de tus líos. Esto lo he hecho por tu hermano.

Alice masculló alguna cosa mientras buscaba en internet el significado de las palabras del muchacho.

—Vaya, alguien que conoce *El arte de la guerra* —musitó Brooke con los ojos cerrados—. Alice, creo que este chico te admira —farfulló con dificultad y sin acabar de enfocar la mirada—. «El maestro Sun Tzu» … Te ha comparado con un increíble general militar chino… que escribió sobre estrategia y tácticas militares.

Después de contemplar a Brooklyn con una ceja alzada, Alice se concentró en el colega de su hermano.

—¿De dónde demonios sale esta cría? —le preguntó de forma retórica—. Alex, querido —dijo, envanecida por las palabras de Brooklyn—, con inteligencia artificial y sin ella, el chino ese no me llega ni a la suela del zapato. Te lo aseguro. —De repente, dejó de actuar para hablar con seriedad—. Vale, soy consciente de que en esta ocasión debo compartir el éxito contigo, pero tú también sabes que mi actuación ha sido magistral. Ese hombre ha creído que estaba hablando con su hija y tu *inteligencia* no habría podido hacerlo sola.

Alex le concedió el tanto y para demostrárselo se llevó los dedos a la sien. Un saludo militar era lo correcto para tratar con alguien como ella, pensó con ironía.

—Lo sabemos, Alice —admitió el muchacho, imitando la gravedad de la comedianta—. Y, deja que te diga, que a veces das miedo…

La carcajada abierta y encantada de la muchacha acompañó las palabras de Fitzgerald.

—Cada día me caes mejor —le confesó la benjamina de los Bramson en un alarde de sinceridad—. No es fácil reconocer el mérito a otra persona.

El muchacho sonrió, esa vez sin disimular la admiración que la chica le causaba.

Hunter, sin embargo, no estaba por la labor de aumentar el ego (ya estratosférico) de su querida y problemática hermana.

—Peloteo aparte, ahora tenemos otros problemas —recordó el hermano mayor, pasándose las manos por el pelo—. ¿Cómo convencemos a nuestro querido e inteligente padre para que te lleve a la inauguración y te deje cortar el dichoso lazo? Estoy seguro de que el senador va a seguir la noticia y no creo que debamos meter en más problemas a esta preciosidad.

¡¿Preciosidad?!

Mientras enviaba un mensaje en el móvil, Alice observó a su hermano de reojo. La ternura con la que Hunter miraba a Brooklyn Graves la tenía desconcertada. Normalmente, reservaba ese comportamiento para sus amigos y para ella misma. La hija del senador era una simple desconocida y no acaba de

entender lo que estaba sucediendo.

—¿Eso que detecto es preocupación? —quiso saber, sin dejar de teclear a toda velocidad—. No dejas de sorprenderme, hermanito. Tranquilízate, como le he dicho a Alex, soy una experta en conseguir lo que quiero. —Le mostró el teléfono y sonrió—. Ya está todo en marcha. He convencido a las chicas y esta noche dormimos en Manhattan. En cuanto a Alister Bramson, déjamelo a mí —prosiguió, encantada de poder demostrar su valía—. Mañana lo acompañaré y cortaré el lacito, no te quepa la menor duda. —En ese momento miró hacia Brooke y torció el gesto—. Mientras yo voy a buscar a nuestro excelso progenitor, vosotros deberíais hacer algo para poner en pie a la chica —enfatizó molesta—. No me extrañaría que acabara metiendo la pata; es una *friki tocapelotas* —profetizó con objetividad—. No lo digo yo, lo dice la prensa de todo el Estado. La *preciosidad* cursa estudios avanzados experimentales, sean lo que sean. —Estaba claro que se había tomado su papel en serio; para demostrarlo exhibió el teléfono como prueba de que había investigado la vida de la muchacha antes de la puesta en escena—. Debería de aprender del padre; ese sí que es una buena pieza. —Antes de abandonar la habitación, se dio media vuelta y les apuntó con el dedo—. Nada de desnudarla para meterla en la ducha. Llamad a vuestras amiguitas, las de las trampas, y que lo hagan ellas. Bye, queridos.

Hunter respiró aliviado cuando su hermana salió de la habitación.

—No sé cómo la aguantas, ella sí que es una buena *tocapelotas* —dictaminó Alex Fitzgerald sonriendo al ver la expresión de su amigo—. La hija del senador, sin embargo, no encaja en ese perfil. Me ha caído estupendamente. Hablando de papeles y de interpretaciones, no me importaría compartir con ella palomitas y cualquier otra cosa en la oscuridad de un cine…

Hunter contempló la risita estúpida de su amigo y le dio un sopapo en la espalda.

—¡Espabila y déjate de pamplinas! —le dijo, sin ningún miramiento—. Hay que llamar a los demás. —Como no estaba seguro del todo, lo señaló con el dedo—. Tú, *Señor Palomitas*, ni te atrevas a mirarla…

Alex Fitzgerald le dedicó a su amigo una mirada cargada de rayos X.

¿Celos?

El manotazo en el hombro y la mala leche así lo indicaban.

Le resultaba casi imposible, pero por primera vez el frío e indiferente Hunter Bramson empezaba a comportarse como el resto de los mortales.

Ese sí que era un espectáculo que no quería perderse.

Capítulo 12

Brooke contempló su imagen en el espejo que tenía delante.

Y… se gustó.

La hermana de Hunter le había prestado unos pantalones negros de tela fluida que le llegaban a la altura de los tobillos y una camiseta blanca de un algodón tan alucinante que debía de ser de marca, se notaba por el tacto aterciopelado que sentía sobre la piel. Para no parecer maleducada -y comprobar en el acto quién podía fabricar aquella sencilla y delicada prenda-, se entretuvo en abrocharse las extraordinarias sandalias cubiertas con piedrecitas de Swarovski que había llevado esa noche, único complemento del que se sentía orgullosa.

Su vestido merengue había pasado a mejor vida. O -según cómo se mirara- una vida mejor había venido a llevárselo… En realidad, se había enganchado la falda en uno de los cajones del lavabo y la había rasgado por la mitad.

«Lástima», pensó, embobada con su nuevo *look*, mientras daba una vuelta sobre sí misma para verse desde todos los ángulos.

—Vaya, eres la prueba viviente de que también se hereda la hermosura —le dijo Pamela Wells con una sonrisa encantadora—. Hace menos de una hora no habría apostado ni un centavo por ti. Y, mírate ahora, parece que vas a desfilar en cualquier momento. Tienes un cuerpazo impresionante, quién lo diría.

Jenny Sanders levantó la cabeza del teléfono móvil y de una rápida pasada valoró el aspecto de la muchacha.

—Cuando Samantha York descubra que tiene competencia —especuló, poniendo los ojos en blanco—, ni Alice va a poder ayudarnos.

Ambas amigas resoplaron al unísono, sin importarles que Brooklyn las estuviera observando. Pues, ella no estaba en condiciones de resolver el enigma ni tenía ganas de hacerlo. A pesar de la ducha de agua fría y de la tonelada de pastillas de cafeína que le habían hecho tomar, seguía flotando en un limbo algodonoso que la mantenía al margen de las frivolidades del mundo terrenal. Y, sobre todo, estaba encantada con el aspecto que aquellas chicas le habían proporcionado. De la nada, habían conseguido un maletín de maquillaje que atesoraba en su interior más pintura que el MOMA y, tras unas sencillas pruebas, se habían decantado por los tonos rosáceos que, ciertamente, le sentaban de maravilla.

Después de secarle el pelo, la habían ayudado con el moño flojo que se había empeñado en lucir aquella noche. El resultado era que, por primera vez en muchísimo tiempo, no parecía que fuera a ingresar en una orden religiosa.

—Gracias, amigas, muchas gracias. No sé si es por mi actual estado de éxtasis… —se interrumpió de inmediato; todas conocían a la causante del mismo y no deseaba criticarla, a fin de cuentas, le había facilitado un cambio de estilo y eso no tenía precio para ella—. Pero, me siento tan bien como me veo. —Las chicas no se rieron de sus palabras. Curiosamente, asintieron como si comprendieran lo que quería decir y, para su asombro, se encontró desnudando su alma ante aquellas desconocidas—. A veces, pienso que mis padres no se han dado cuenta de que he crecido y luego está el tema de la política… —Suspiró con fuerza, negándose a que sus fantasmas personales camparan a sus anchas para fastidiarle el momento—. Pero, eso no importa ahora. ¿Dónde están todos? Estoy deseando que empiece el juego.

Las muchachas intercambiaron miradas sospechosas antes de dirigirse hacia la salida.

—Se ha suspendido. ¿No te ha explicado Hunter que ha habido un cambio de planes y que vas a seguir la juerga en Manhattan? Dejas el barco en helicóptero, en este momento lo están preparando —le comunicó Jen, sacudiendo su melena de pelo negro con gesto resignado —. Tu padre ha permitido que acompañes a las chicas aunque, antes de hablar con tu familia, debes hacerlo con Hunter. Él y Alice son los artífices de todo esto. —La joven sonrió, mientras se pasaba todo el cabello a un lado de su esbelto cuello—. Pronto te darás cuenta de que con esos dos cerca, puede pasar cualquier cosa.

Brooklyn Graves asintió, completamente desconcertada.

Sí, ya había notado que su vida se había transformado en una montaña rusa. Sin embargo, le pareció una insignificancia en comparación con lo que estaba a punto de hacer: «Dejas el barco en helicóptero…», había indicado la muchacha.

A Brooke le daba igual la excentricidad que los hermanos hubieran urdido mientras su cuerpo trataba de asimilar el dichoso cannabis; lo único importante era que la gente más alucinante del planeta Tierra la acababa de incluir en sus planes y que sus padres no figuraban en ellos.

Joder, ese fin de semana no lo iba a olvidar jamás.

◆◆◆

La hija del senador Daniel Graves comprendió enseguida que las cosas nunca eran tan fáciles como uno las imaginaba.

Se sentía monísima y seguro que se veía monísima, pero apenas podía mantenerse de pie en aquel inmenso pasillo. Para colmo de males, las amigas de Alice habían aparecido en tropel y sus charlas incesantes y gritonas le habían provocado un dolor de cabeza capaz de acaparar un Récord Guinness. Para

aumentar el colmo y los males, Samantha York se había unido al grupo luciendo sonrisa malvada y vestido nuevo; en esa ocasión, nada de traje insulso. Una versión explosiva de licra en tono beige gritaba a los cuatro vientos lo orgullosa que estaba de su cuerpo. Joder, si se agachaba quedarían al descubierto todos sus secretos, porque el modelito no alcanzaba a cubrirle su fibroso trasero.

—Alguien debería haberle explicado las reglas a ese hombre —escuchó decir a la chica que iba delante de ella. Brooke dejó de prestar atención a la Secretaria para centrarse en los comentarios de la muchacha—. Las pistas no pueden cambiarse y mucho menos sacárselas de la manga —proseguía la joven, sin ocultar su enfado—. La adivinanza es ridícula. Se nota que es abogado; su pedantería le ha impedido utilizar una de las tarjetas del juego y ha escrito él mismo el acertijo. Menos mal que no vamos a jugar. —Suspiró aliviada—. No sabría por dónde empezar.

Brooke comprendió que había sucedido algo importante porque las quejas de la muchacha recibieron el asentimiento unánime de todas las presentes.

—¿Qué me he perdido? —le preguntó a la chica que estaba a su lado.

La muchacha suspiró con dramatismo y le pasó una cuartilla de papel satinado. Incluso aturdida, Brooke pudo apreciar la calidad del material y la belleza de la caligrafía. No parecía muy apropiado suplicar que se lo leyeran, así que después de varios intentos, consiguió poner cada letra en su sitio y, finalmente, desentrañar el significado de aquellas palabras: «Lluvia de diamantes en una escalera de sol, repleta de luz y color, surge un caracol. Si lo atrapas, localizarás el trébol escondido en su crisol».

Tampoco era para tanto.

—¿Solo hay una pista? —preguntó ella, dándole la vuelta a la cartulina, por si la parte posterior contuviera otra adivinanza.

Negativo, el reverso estaba inmaculado.

—Solo una y, además, inventada por el vejestorio de morado —resumió Cindy Hart sin mucha delicadeza—. No sé a quién quiere impresionar; esto no es un tribunal de justicia. ¡Por favor! ¡Salvo que fueras el puto Sherlock Holmes, nadie en su sano juicio podría descifrar ese jeroglífico! Estamos acostumbradas a chorradas como: «aunque tengo cuatro patas no puedo correr» y mierdas parecidas. —La muchacha parecía igual de perjudicada que ella, pensó Brooke, al percatarse de su incontinencia verbal—. Es una suerte que Alice nos haya invitado a la mansión para seguir la fiesta. Buscar las piezas con esa única pista iba a ser un aburrimiento —de repente bajó el tono y comenzó a susurrar—. Hunter compartirá el almuerzo con nosotras. —Sonrió, alardeando de haber pillado, como mínimo, una buena borrachera—. Alice hace con él lo que quiere. Esa chica es increíble, ¿verdad?

Brooklyn no contestó porque las invitadas chillaban a pleno pulmón y ella no estaba para grandes alharacas. Tenía que bloquear todo aquel griterío que le estaba impidiendo dedicarse a lo importante y fue lo que hizo. Apoyada en la pared de aquel interminable pasillo, sacó unos minúsculos auriculares de su bolso y los conectó a su teléfono. Mientras la música fluía con lentitud, su cabeza colocaba las palabras del acertijo terminadas en «-ol» en el lugar adecuado y visualizaba la solución. «Sol, caracol, trébol y crisol», resolvió sin dificultad.

Un pisotón la bajó de las nubes.

La Secretaria, reconvertida en modelo de lencería, acababa de pasar junto a ella y le dejaba su impronta en el pie derecho. Ni la chica se disculpó, ni ella se lo pidió, pero le había tocado las narices. Estaba claro que buscaba a Alice porque cuando la localizó se dirigió hacia ella sin vacilar.

—No voy a abandonar el barco en ningún helicóptero —declaró la sirena, alto y claro—. Ya he hablado con mi padre y ambos te damos las gracias por la invitación, pero prefiero quedarme.

Los murmullos de Alice eran completamente ininteligibles, por lo que Brooke se quedó con las ganas de ver a la muchacha en plena acción. Hubiera sido interesante contemplar cómo trataba de convencer a la Secretaria para que las acompañara sin que el hermano estuviera incluido en la ecuación.

—Esto pinta mal —gruñó Jen, que se mantenía a su lado—. Alice ha utilizado la baza de esa chica para convencer a su padre. Si Alister Bramson sospecha que su hija lo está utilizando, acabará haciendo responsable a Hunter. Siempre sucede lo mismo —dijo enfadada—. Ese hombre no atiende a razones, da igual lo que se le diga.

Brooke entendió perfectamente la situación; su padre pertenecía a la misma escuela que Bramson.

—Samantha York hará cualquier cosa para permanecer cerca de Hunter —añadió Pam en voz baja—. Alice tenía que haberlo pensado mejor; si su hermano no abandona el barco, la hija de Cecil York tampoco lo hará, era fácil de deducir —insistió Pam, sacudiendo la cabeza—. La chica sabe que lo tiene pillado, su papaíto pertenece a la Junta General del banco al que Hunter ha pedido el préstamo para la ampliación.

Brooklyn aguzó el oído para escuchar lo que contestaba Jenny. El dinero siempre dificultaba las cosas, lo sabía por experiencia propia.

—No sé, quizá soy demasiado blanda, pero me da pena la heredera —susurró la joven—. Ya sabemos cómo actúa Hunter…

En esa ocasión las dos amigas bufaron en señal de entendimiento, lo que preocupó a Brooke más que las palabras.

—Sí, pero también sabemos cómo se comportan todas las mujeres que lo conocen —subrayó Jen sin alzar la voz—. Y no lo digo por defenderlo.

Brooke se paró de golpe para mirarlas con atención.

—¿Cómo actúan las chicas que conocen a Hunter? —les preguntó directamente. Ir hasta arriba de cannabis le daba otra perspectiva de las cosas y, sobre todo, la eximía de cualquier tipo de responsabilidad ante la comisión de una imbecilidad como aquella.

Las dos jóvenes reaccionaron de la misma manera: se encogieron de hombros y sonrieron con suficiencia.

—Todas quieren… ¡liarse con él! —manifestó Jen, simulando meditar la respuesta.

Brooke negó con la cabeza.

—No todas —subrayó con tranquilidad, imitando la seguridad de ellas.

Jenny Sanders la contempló sin perder la sonrisa.

—Date tiempo, querida —le dijo guiñándole un ojo—. Lo tuyo está tan claro como el agua. El problema es que siempre perdemos las mismas y esto empieza a ser molesto —pronunció las palabras con demasiada vehemencia. Quizá por eso, trató de rectificar a toda prisa—. No te preocupes, no te vamos a dar ningún consejo; ya estás en sus *redes*, no hay más que veros juntos.

Un mazazo no hubiera sido más efectivo.

Brooke dejó las indirectas para analizarlas cuando recobrara plenas facultades. Así que, *redes* aparte, esas dos muchachas eran algo más que simples amigas de Hunter.

Altas, delgadas, esbeltas y muy atractivas. Jen era morena y Pam una rubia poco natural. Estaba claro que cualquiera de ellas podía aparecer en la portada de una revista de moda y, ahondando en la cuestión, las dos usaban una talla de sujetador de tres cifras. Lo bueno de su análisis era que ya no necesitaba investigar las palabras de Lizzie; era obvio lo que quería decir al hablar de *las vigilantes de la playa*.

Brooke se hubiera abofeteado por imbécil. ¿Quién, en su sano juicio, podría evitar prendarse de ese chico?

En ese momento recordó la labor que se había autoimpuesto y la prosiguió. Sexto adjetivo para formarse una opinión sobre ese ser mitológico: *irresistible*.

Joder, ese calificativo le gustaba menos que los anteriores.

—¿Vosotras también… también? —a ver cómo lo decía sin dejar mal a nadie.

La risa espontánea de las dos chicas fue tranquilizadora.

—Sí, pero de eso hace tanto tiempo que no nos acordamos —aclaró Pamela Wells mirando a su amiga Jen, que se había tapado la cara con las manos—.

Vale, puede que nos acordemos, pero ahora conocemos el juego y sabemos que las cartas están trucadas.

Brooke hubiera gritado de impotencia ante tanto enigma sin resolver. Por Dios, ¿tenían que hablar con dobles y triples significados? Con lo fácil que era decir lo que se pensaba…

—Me niego a analizar vuestras palabras —confesó ella sin ningún filtro. Empezaba a estar cansada de tanta trampa, incluso la empanada la tenía—. Mi cabeza dejó de funcionar hace un buen rato. Ahora, vayamos a lo importante —Suspiró con fuerza—. ¿Por qué debo hablar con Hunter antes que con mis padres?

Como si la sola mención fuera suficiente para que este apareciera, Hunter Bramson emergió en medio del pasillo. Comentó alguna cosa con sus colegas -examantes, en realidad- y estas desaparecieron a toda prisa.

«Menuda tropa», pensó ella, completamente alucinada al conocer realidades tan diferentes a la suya.

Entonces reparó en el tipo que la tenía elaborando una lista mental de adjetivos y suspiró de forma ruidosa. ¿Por qué no podía ser como el noventa y nueve por ciento de la población masculina?, se preguntó indignada, mientras trataba de calmar los latidos de su ridículo corazón. A partir de ese momento, sería más rigurosa en la selección de los calificativos; no se podía estar tan bueno y además hacerle sombra a cualquier Nobel de la Paz.

Comprendió que la desaparición de su objeto de estudio se había debido al cambio de vestuario (no todas las personas iban a tener las mismas dificultades que ella para vestirse). Hunter llevaba ahora unos pantalones beige -que le sentaban tan bien que daban ganas de aplaudirle- y la camisa blanca había sido sustituida por otra de color negro. Joder, quizá fuera una alucinación producida por la droga. Se encontraba tan aturdida que tuvo que comprobar que aquel tipo fuera real. Así que hundió su dedo índice en el estómago masculino y, cuando se topó con la musculatura del muchacho, le sonrió con timidez.

—Lo siento —le dijo, dedicándole una expresión de absoluta ingenuidad—. Pero tenía que asegurarme de que no fueras producto de mi imaginación. —Brooke comprendió que se había excedido cuando lo escuchó suspirar con resignación. Entonces se dio cuenta de que su mano actuaba por sí sola y acariciaba la tableta que se adivinaba a través de la tela de la camisa masculina. Rápidamente, apartó los dedos del abdomen como si quemara. No era lo que deseaba hacer, eso seguro, pensó desconcertada—. Reconoce que este *look* que te has marcado es bastante distinto al anterior.

Hunter se pegó a ella con una familiaridad desconcertante.

—Alguien se ha limpiado la nariz en mi camisa, quizá la conozcas —

manifestó, intentando sonar disgustado—. No me ha quedado más remedio que buscar algo que ponerme. —Decidió no seguir bromeando con ella, si esa criatura continuaba mirándolo de aquella manera, no respondía de su comportamiento. Así que pasó por alto el aspecto de la chica, que era impresionante, para pisar terreno más seguro—. Pequeña, ¿crees que podrás volar? Se te ve… ¿bien?

Brooke afirmó con la cabeza y de repente se encontró con la frente apoyada en el pecho masculino.

—Sí, aunque me cuesta mantenerme erguida, pero si eliminamos ese pequeño detalle, estoy fenomenal —explicó ella entre susurros—. Puedo volar incluso sin helicóptero. —Fue la única que se rio de su chiste, lo que no encajó bien—. Sabes que se trataba de una ocurrencia, ¿verdad? Incluso yo diría que tenía su gracia.

Como había enterrado la cabeza en los pectorales masculinos, tuvo que auparse para contemplar la cara de ese ser irresistible.

—Te aseguro que cuando esto acabe me voy a morir de la risa —le aseguró Hunter, sosteniéndola con delicadeza—. Mientras tanto, necesito que te concentres. Esto es importante.

Brooke abrió los ojos de golpe y volvió a cerrarlos.

—No veo una mierda…—balbuceó preocupada.

Hunter le retiró un mechón de pelo que le dificultaba la visión y después la estudió con detenimiento. Aquella cría tenía la cara más bonita que había visto en toda su vida. Al instante, la voz de su conciencia apareció para aguarle la fiesta. Sí, era preciosa, pero se trataba de la hija del senador y de Susan Evenson. Así que, mejor apartaba la mirada de los labios femeninos y se dedicaba a algo más útil.

—Problema resuelto —le dijo, fingiendo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir—. Estás peor de lo que pensaba.

Brooklyn arrugó la nariz y le sonrió encantada.

—Hala, ya puedo verte… muy bien, por cierto. —Después recordó que tenía que concentrarse y trató de hacerlo. Cualquier cosa con tal de hacer feliz a ese chico—. Estoy en perfecto estado, te lo aseguro.

Hunter levantó los ojos al cielo y se prometió a sí mismo que era la última vez que ayudaba a su hermana a salirse con la suya.

—Por tus palabras en el baño, creo que sigues pensando en darle a *alguien* su merecido. —Hunter había descubierto que mencionar al padre era el mejor remedio para espabilar a la hija—. He conseguido que el senador te autorice a acompañar a mi hermana, pero es mejor que no hables con él. Alice se hizo pasar por ti y en este momento está encantado contigo —le aclaró sin

extenderse demasiado y, sobre todo, haciendo un esfuerzo para no tocarla—. Brooklyn, si quieres hacer realidad esa venganza tuya que nunca llevas a cabo, es mejor que utilices los wasaps o, mejor aún, no hagas nada en las próximas horas. Mañana, cuando te encuentres bien, te explicará Alice lo que hemos hecho. Por ahora, insisto en que es preferible que no te vea el senador. —Estaban tan cerca el uno del otro que Brooke cerró la boca para no compartir el mismo oxígeno—. Joder, se te ve hecha polvo, ha desaparecido el iris de tus ojos. Si te descubren con esta pinta, ni mi hermana podrá ayudarte. —Pensó Hunter en voz alta—. Créeme, debes salir de aquí YA.

Brooke sintió que la burbuja en la que se encontraba estallaba en mil pedazos.

Bajo ningún concepto iba a permitir que la pillaran drogada. Si por un accidente de tráfico le habían suspendido el crédito hasta nuevo aviso, por drogarse de forma involuntaria, aunque indemostrable (salvo que acusara a Alice de la bromita), el senador sería capaz de ingresarla en un convento.

Total, ya la vestían como a una monja.

Sin mencionar la cuestión de la venganza que, como le había recordado Hunter, nunca llevaba a cabo.

—¡Voy con tu hermana al fin del mundo! —exclamó ella, temiendo perder alguna batalla ganada—. ¡Por favor, guardadme un asiento en ese caballo alado!

Hunter no pudo evitar sonreír.

—Dios mío ¿qué voy a hacer contigo? —se preguntó entre susurros—. Sí, por supuesto que hay un sitio para ti en el helicóptero —le dijo, intentando permanecer serio a pesar de la salida de la muchacha—. Pero antes debemos convencer a la señorita York para que os acompañe sin que yo lo haga —añadió él con voz apagada—. He ahí la cuestión.

Brooke contempló a la interfecta sin piedad.

Era una buena cuestión.

Por la forma en que Samantha York observaba a Hunter, ni bajo amenaza de bomba conseguirían que la muchacha abandonara el barco sin que él formara parte de su séquito.

—Déjate de tonterías y acompáñanos —se le ocurrió a Brooke de repente —. Tampoco es para tanto. En cuanto lleguemos a Manhattan, desapareces y asunto concluido. Maldita sea, en comparación con lo que me puede suceder a mí… —Suspiró, enfadada consigo misma. Aunque se esforzaba por permanecer seria, la risa le salía sola y estropeaba el efecto que pretendía causar en el muchacho—. Soportar unas horas con una ex, o futura ex, no parece tan grave.

La estancia volvió a mecerse bruscamente.

El cuerpo de Brooklyn no opuso ninguna resistencia y hubiera acabado en

la otra punta del barco si Hunter no lo hubiera impedido. Con una ternura infinita, el muchacho la sujetó por la cintura y, después de asegurarse de que la tenía bien anclada a su cuerpo, le dio un casto besito en el pelo.

—Vaya, debe haber un temporal ahí afuera —balbució ella, empezando a preocuparse de verdad—. Creo que deberíamos buscar un chaleco salvavidas. No me gustaría acabar en el fondo del mar.

Hunter no fue capaz de explicarle que el océano parecía una balsa de aceite. La única tempestad que había allí estaba dentro de ella. Se limitó a sonreírle y la abrazó con más fuerza.

Su hermana se había pasado con esa criatura.

Como siempre que se trataba de su querida Alice, se sintió responsable y se dio por vencido.

—Yo te sujeto, no te preocupes —le susurró al oído—. De acuerdo, tú ganas. Voy con vosotras, pero que conste que me debes una y muy grande; esa chica es insoportable.

Brooke apuntó mentalmente otro adjetivo para ese tipo: *tierno*.

Quién lo iba a decir.

Hunter Bramson era tan tierno como un bizcochito.

Capítulo 13

Brooke contemplaba el espectáculo desde un cómodo sofá.

La habían aparcado con mucho cuidado en una habitación acristalada desde la que podía ver un helicóptero de dimensiones escalofriantes. El aparato estaba en reposo mientras un montón de operarios iban y venían por la pista, sin duda, tratando de asegurarse de que aquel trasto volara sin problemas. La *Operación Empanada* estaba en marcha, pensó ella con regocijo. El nombre que le había dado a aquella locura le arrancó una sonrisa y fue entonces cuando se percató de que no estaba sola. En algún momento habían entrado en la habitación tres personas y la contemplaban como si le faltara un tornillo.

—Esta chica está fatal. ¿No sería mejor que se quedara en el barco? —preguntó la Secretaria sin ningún tacto—. Es mejor que nos mantengamos alejados, puede traernos problemas.

Brooke bufó con disimulo.

Lo suyo no tenía remedio, incluso la hija de Cecil York hablaba de ella como si no estuviera presente. Sin embargo, en ese momento se encontraba tan a gusto que prefirió no darse por aludida.

—Brooklyn viene con nosotros —manifestó una voz masculina con tranquilidad—. Yo me hago responsable de ella. No está tan mal.

De haber tenido las fuerzas suficientes, Brooke hubiera aplaudido, pero se limitó a contemplar a Hunter con una sonrisa enorme en la cara. Después cayó en la cuenta de que ese tipo compartía ADN con la encargada de la empanada y la sustituyó por una mueca estoica y afectada.

—No estoy de acuerdo. Esta chica no puede viajar —prosiguió Samantha con una frialdad envidiable—. Busquemos una habitación y que duerma la mona. Imaginad lo que dirá la prensa si la fotografían en este estado. Tiene que quedarse —concluyó la muchacha de forma convincente—. Yo no puedo permitirme el lujo de que se ponga en duda mi comportamiento y creo que vosotros estáis en la misma situación.

Brooke empezó a sentirse incómoda.

La sola posibilidad de aparecer en un periódico tan… expuesta le puso la piel de gallina. «Estamos en campaña», le había recordado su padre antes de salir de casa. Si la pillaban luciendo ojos al más puro estilo panda, todos sus esfuerzos se irían al garete, se dijo a sí misma, haciendo un esfuerzo por controlar la ansiedad que la consumía por dentro.

—Por favor, no deseo crear ningún problema. Yo solo he asistido a esta cena en calidad de invitada —aclaró ella, con la esperanza de que la chica

comprendiera que estaban en las mismas circunstancias—. No creo que pueda imponer ninguna condición. Iré en cualquier helicóptero, con Hunter o sin él. Sola o acompañada, me da igual —estuvo a punto de continuar, pero prefirió callarse. Decir que lo único importante era que su familia no la encontrara en aquel lamentable y exaltado estado le pareció dar muchas pistas y cerró la boca.

La Secretaria torció el gesto ante la compostura de la que Brooke hacía gala. Incluso drogada, la hija del senador Graves aparentaba tener más clase que ella. Sin embargo, se negaba a darse por vencida. Buscó con la mirada a la única persona que podía ayudarla en aquella situación y, como Hunter no dijo nada, comenzó a escribir a toda prisa en su teléfono.

La decepción que se leía en la cara de Samantha York era tan evidente que Brooke entendió el comentario de Jenny. A pesar de ser tan desagradable, la muchacha inspiraba cierta pena. Estaba claro que también se había liado con el Irresistible, pensó ella en plena euforia cannábica, sin necesidad de que ninguna *vigilante de la playa* se lo explicara.

—Brooklyn demuestra su exquisita educación y no se equivoca —insistió Alice Bramson con cara de pocos amigos—. Si deseas acompañarnos, tendrás que aceptar nuestras reglas. —Se estaba haciendo muy evidente que quería librarse de la muchacha. Algo que todos compartían, por cierto—. Ha sido idea mía que continuemos la fiesta en Manhattan. Sin olvidar que los helicópteros también lo son.

Brooke comprendió que la Secretaria no estaba acostumbrada a no salirse con la suya. La cara desencajada y los puños cerrados se lo dejaron muy claro. De repente, algo pareció animar las facciones de la chica.

—Bien pensado, quizá me pertenezcan a mí, me refiero a los helicópteros. Si tenemos en cuenta que mi padre os ha prestado cantidades ingentes de dinero, podemos considerarlos… una especie de bienes comunes—indicó Samantha, encantada con su nueva línea de argumentación—. ¿Algo que alegar, Alice? ¿Crees que puedo opinar respecto de las personas que pueden viajar con nosotros?

Un silencio opresivo los envolvió.

¿Estaría dispuesta la benjamina de los Bramson a recoger el guante que la Secretaria le había lanzado?

Esa sí que era una buena cuestión.

Brooke observó a Alice y comprendió que a la muchacha solo le importaba su hermano. El pelo alborotado y el gesto ausente de este hablaban por sí solos del nerviosismo que estaba experimentando el joven empresario.

Brooke maldijo para sus adentros.

Alice se medía visualmente con la hija de Cecil York y su hermano parecía

estar entre la espada y la pared.

¡Joder, se iba a quedar varada en aquella habitación!

La única que iba a perder allí era ella, conforme pasaba el tiempo se iba haciendo más evidente. Lo que significaba que su familia acabaría enterándose del problemilla que había surgido con el maldito pastel de carne. Durante una milésima de segundo se vio castigada de nuevo, sin dinero, sin venganza y sin nadie a quien recurrir.

Se espabiló de golpe.

Temiendo que aquella prepotente terminara convenciendo a los dos hermanos, Brooke se lanzó hacia las escaleras sin perder ni un segundo.

—Vale, voy a ganarme el derecho de admisión —exclamó, mirando a Alice Bramson—. Diez minutos, no creo que vaya a necesitar más.

El brazo de Hunter la detuvo en seco.

—La experiencia me dice que esto puede acabar mal —le dijo el muchacho con ternura—. ¿Se puede saber adónde vas corriendo como una loca? No deseo ofenderte, pero ni siquiera eres capaz de mantenerte de pie.

Brooke decidió perdonarlo.

Estaba preocupado por ella, lo entendía. Sin embargo, con amigos como él, quién necesitaba enemigos. No le quedó más remedio que erguirse con dignidad, mientras se preparaba mentalmente para modular la voz sin que se notara que tenía la lengua trapajosa.

—Samantha, quiero demostrarte que no estoy tan mal como mis… ojos gritan a los cuatro vientos —señaló Brooklyn con desparpajo, desafiando a la muchacha con la mirada—. ¿Qué te parece si encuentro «las famosas y legendarias piezas de ajedrez» en unos… diez minutos? Imagino que algo así será suficiente para que te convenzas de que puedo ir con vosotros. ¿Aceptas el reto? Incluso puedes intentarlo tú y comprobar quién las localiza antes —expuso ella con ligereza—. Aquí está la única pista, la llevo conmigo por casualidad, la he memorizado y no la necesito. Puedes quedártela. —Le tendió la cartulina con un gesto amistoso que fue completamente ignorado por la Secretaria.

Si no se equivocaba, la soberbia de Samantha York le haría caer en la trampa.

Aquella chica tenía el ego a la altura del trasatlántico en el que navegaban; no debería ser difícil conseguir que lo sacara a relucir. ¡Joder, resultaba alucinante que ya se manejara como una experta entre tantos engaños!

Samantha York sonrió con condescendencia.

—¿Estás hablando de las «tres» piezas de ajedrez? —le preguntó con ironía.

Lo dicho, una auténtica profesional del timo.

—Por supuesto, debemos localizar las «tres» piezas —insistió ella, incluyendo a la Secretaria en el proyecto.

La hija de Cecil York miró la pantalla de su teléfono.

Le había pedido a su asistente que encontrara las figuras para impresionar a Hunter. Sin embargo, hasta el momento no había tenido éxito porque el abogado no se había dejado sobornar.

Sería divertido poner en su sitio a la pazguata de los Graves, pensó Samantha. Todavía no le había perdonado que la dejara en mal lugar delante de Hunter.

—De acuerdo —admitió por fin—. Pero que quede claro: deben ser las «tres» piezas y solo participas tú. —La sonrisa de la Secretaria adquirió tintes perversos—. Y, para demostrar mi «buena fe» en todo este asunto, que sean quince minutos. Así dispones de cinco por cada pieza.

Hunter elevó una ceja y bufó como un toro.

—Si queréis contar con mi presencia, añado otra condición —dijo de repente el muchacho, suavizando la voz al mirar a la primogénita del político más famoso de todo Nueva York—. Brooklyn, esto no es negociable: debes permitir que te acompañemos. No puedes moverte por el barco en tu… estado actual. Sin duda, mi hermana y Samantha están de acuerdo conmigo —el tono que estaba empleando dejaba claro que no permitiría insubordinaciones—. Bien, creo que ya estamos listos para esta locura.

Hablando de fe… Brooke lamentó la poca que demostraba el suspiro entrecortado con el que Hunter finalizó su intervención.

De pronto, el silencio se mezcló con algunos murmullos y abundantes risitas.

¡Madre de Dios, la habitación se había llenado de gente y ella no se había enterado! Quizá tuviera razón la Secretaria y debiera meterse en una cama, se dijo Brooke, empezando a dudar de sí misma. Claro que, a tenor del bullicio, ya era tarde para eso.

—*Alea jacta est* —exclamó, elevando la voz, mientras ponía el minutero de su teléfono en funcionamiento.

Un motín en forma de gritos y desorden ruidoso acompañó sus palabras. Ella aprovechó el alboroto para acercarse a Hunter, que se había situado cerca de la salida, y hablarle al oído.

—Esto es un juego de niños —le susurró, apoyándose en el brazo masculino con confianza—. Enseguida resuelvo el enigma y nos largamos juntos a… donde sea. Así quedarás bien con la hija de tu banquero, te devuelvo el favor y hago realidad mi *vendetta* personal. ¡Por favor, confía en mí!

No se quedó para escuchar lo que el muchacho tenía que decirle.

Sin embargo, debían durarle los efectos del cannabis, porque antes de desaparecer por el único pasillo que la conectaba con el resto del barco, se dio media vuelta -en uno de los actos más heroicos de toda su existencia- y esperó el veredicto del cotizado muchacho sin ningún miedo.

La sonrisa masculina le dijo todo lo que necesitaba saber.

◆◆◆

Lo bueno de tener memoria fotográfica -en realidad, eidética- era que no necesitaba pensar demasiado para guiarse por las imágenes que se iba sucediendo de forma ordenada en su cabeza.

Brooke sonrió al mirar disimuladamente por encima de su hombro. Una corriente humana, más numerosa de la esperada, la seguía en silencio. Si no estaba equivocada, daba igual que estuvieran callados o que gritaran como posesos, porque el abogado había escondido las piezas en la otra punta del barco. Lo más alejadas posible de la cubierta en la que se celebraba el banquete. Era obvio que un sibarita como él no deseara interrupciones durante la cena.

Brooke miró el cronómetro y aceleró el paso.

Habían transcurrido cuatro minutos y estaban muy lejos del objetivo. No podía utilizar los ascensores porque eso supondría alterar el camino que había utilizado para llegar a la terraza en la que había jugado a las cartas con los colegas de Hunter. En realidad, buscaba la sala contigua a ese lugar. Cuando enfiló el pasillo que la llevaba hasta ella, Brooke buscó con la mirada a Hunter.

Se sorprendió de que estuviera a su lado y le sonrió encantada.

Durante unos segundos se planteó la posibilidad de hacer el ridículo y de no encontrar nada, pero entonces pensó en la empanada. Si no localizaba las «tres» piezas, le echaría la culpa al cannabis, lo que era alucinante de verdad porque en toda su vida había dispuesto de ninguna excusa para salir de los aprietos en los que se metía.

Brooke se adentró en la pequeña habitación, seguida de toda una cohorte de niñas pijas. Debía ser verdad que tenía un talento especial para la escena porque, con una teatralidad propia de una actriz, dejó vagar su mirada por las paredes del cuarto hasta que se topó con los lienzos que estaba buscando. Conocía perfectamente la ubicación de los dos cuadros, pero quería impresionar a su auditorio y decidió imitar la sapiencia de un detective privado, tal y como se divulgaba en las novelas del género.

Joder, aquello le estaba encantando.

Localizada la pintura, Brooke se aplaudió a sí misma, logrando con el gesto que las chicas se envalentonaran y comenzaran a cuchichear entre ellas.

A continuación, se situó delante de un aparador de caoba.

Dos óleos lucían en la pared en la que se apoyaba el exquisito mueble. El primero de ellos era de dimensiones considerables y mostraba unos trigales bañados por la luz del sol del mediodía. Sin embargo, no era ese el que interesaba a la sagaz investigadora. Situado prácticamente sobre el aparador, un segundo cuadro monopolizó toda su atención. En comparación con el del trigo, era pequeño y su marco estaba mucho más desgastado. Era evidente que se trataba de una obra auténtica en la que se había respetado la moldura original del lienzo. Brooke admiró la línea de la escalera de caracol que aparecía fielmente plasmada en la pintura.

El público presente en la sala había contenido la respiración, lo que no pasó desapercibido para ella. La sensación fue tan mística que deseó dedicarse a ello el resto de su vida. Jamás se había sentido tan viva ni tan despierta como en ese momento.

El mueble estaba cerrado con llave y eso la despistó.

Entonces, volvió a reproducir en su cabeza la única pista de que disponía: «Lluvia de diamantes en una escalera de sol, repleta de luz y color, surge un caracol. Si lo atrapas, localizarás el trébol escondido en su crisol». En el instante en que se percató de que solo uno de los tiradores de los cajones se veía desgastado y tenía forma redonda, Brooke comprendió que iba por buen camino. Ahora, le faltaba localizar la dichosa llave. Para que no se notara que los nervios empezaban a pasarle factura -y siguiendo con su representación-, pasó la mano por detrás del cuadro con delicadeza. Si no se equivocaba, el hilillo de luz que se reflejaba tenuemente en el espejo de la entrada anunciaba algún tipo de alarma silenciosa. Solo por si acaso, no lo descolgó. Mantuvo un gesto de entendida en la materia y cuando sus dedos rozaron el metal, tuvo que controlarse para no gritar como una energúmena. Parecía imposible, pero la llave de aquel extraordinario armario estaba sujeta a la parte posterior del óleo con una imperceptible cinta adhesiva.

Increíble.

Brooke no daba crédito a su buena suerte.

Los tres primeros cajones del mueble parecían estar unidos entre sí. Localizar la cerradura le llevó unos segundos; estaba en un lateral, disimulada con un remache dorado. Cuando comprobó que la llave encajaba y además le daba acceso al interior del mueble, supo que había encontrado los *diamantes*, ya no le quedaba ninguna duda.

Sonrió al toparse con una elegante cubitera repleta de hielo ficticio. Sin perder más tiempo, Brooke introdujo la mano dentro del cubilete metálico y, gracias a todos los hados celestiales y extracelestiales, cuando la mostró a su

auditorio iba acompañada de dos de las tres piezas. Al instante, sacó la tercera y miró el reloj.

En ese breve instante, Brooke fue feliz.

—¡Catorce minutos y treinta segundos! ¡Enhorabuena a la ganadora! Puedes disfrutar de tu premio: dispones de una hora en la compañía de Hunter, por tanto, viajas a solas con él —exclamó Alice con satisfacción—. ¡El resto, incluida Samantha York, vayámonos! Es muy tarde y Manhattan nos espera…

Nadie se opuso a las palabras de la organizadora de los juegos, ni siquiera la Secretaria, que había palidecido de golpe. Brooke sabía que Hunter continuaba cerca de ella, se dio media vuelta y le sonrió extasiada, mientras le mostraba las figuras.

—Me has ganado, te lo aseguro —le susurró el muchacho al oído, mostrándose sorprendentemente tímido.

Abrumada por el impacto de la declaración, Brooke no pudo contestar.

Menudo lío.

Aquello se le estaba yendo de las manos…

Capítulo 14

—¿Puedo cambiar de idea? —preguntó Brooklyn entre suspiros, mientras contemplaba el segundo y minúsculo helicóptero—. A ver, no quiero que te enfades, pero prefiero a *papá monstruo*. ¿Se lo puedes decir al piloto, por favor?

Hunter se paró en seco y esperó con curiosidad el nuevo y sorprendente giro de los acontecimientos. Con esa chica todo era posible, empezaba a darse cuenta de ello.

—Tú dirás… lo que se te ofrece ahora —inquirió completamente perdido —. En cuanto a los aparatos, te aseguro que son de confianza. Ambos tienen menos de dos años y pasan revisiones técnicas con regularidad —mientras hablaba, estudiaba las reacciones de la muchacha y concluyó que estaba muerta de miedo—. Si el problema son los pilotos, solo contratamos a los mejores, como puedes suponer tú solita.

Brooke le dedicó una de sus mejores sonrisas.

Aparatos y pilotos.

Joder, solo hacía unas semanas que había sufrido un accidente de tráfico. No podía meterse en aquel trasto ligero como una libélula, todo cristal y poco acero, en medio del Atlántico y en una noche tan oscura como la boca de un lobo.

No le gustaba tanto ese chico…

—Reitero disculpas, pero escojo el más grande —insistió ella, señalando uno de los dos helicópteros con resolución. Hunter siguió la dirección de la mano de la muchacha y, fue entonces cuando empezó a entender sus palabras. Si comparaba los dos aparatos, el seleccionado ganaba por goleada, ni siquiera el color negro conseguía disimular lo excesivo de su tamaño. Era la primera vez que reparaba en las letras doradas que se habían impreso en la parte delantera del rechazado: «Monster», leyó sorprendido. Incluso drogada, aquella chica era capaz de apreciar un detalle que, durante dos años, había pasado completamente desapercibido para él. En su defensa solo podía decir que la situación y el tamaño de los caracteres no eran los más adecuados—. Además, en el pequeño es difícil que se puedan meter tres personas.

Hunter no pudo evitar sonreír.

Estar delante de los dos helicópteros no ayudaba demasiado. Ciertamente, el que ella consideraba «pequeño» parecía un mosquito endeble y delicado. El tono burdeos tampoco contribuía, pensó Hunter, dándole vueltas al hecho insólito de no haber reparado en el nombre del aparato.

—No te equivocas, esta preciosidad es biplaza —respondió él sin perder la

sonrisa, mientras tocaba el frontal del más ligero para detectar si los caracteres eran digitales o alguien los había colocado recientemente—. «Papá monstruo», como tú lo has llamado, puede llevar hasta diez pasajeros por lo que, salvo que alguien se quede en el barco, necesitamos los dos aparatos. Pero te garantizo que este *chaval* es completamente seguro. Como puedes ver —indicaba con la mano —, está equipado con flotadores fijos que proporcionan mayor seguridad en las operaciones sobre el agua y no le restan mucha velocidad.

Un carraspeo los sobresaltó.

—Perdonad que interrumpa explicaciones tan interesantes —dijo Alice con cierta sorna en la voz—. Pero, según mis fuentes, en unos cinco minutos nuestros queridos padres harán acto de presencia en esta plataforma. La finalidad no es otra que echarse unas fotos con sus retoños -o sea, nosotros- para alardear en las redes —aclaró, moviendo la cabeza con elegancia—. Brooklyn, no tenemos tiempo para chorradas, sube de una maldita vez a ese cacharro —expresó sin disimular su fastidio—. Hermano, tú sales primero, pero antes hay algo que deseo comentarte —dicho lo cual, se dirigió a la hija del senador y le dedicó un guiño inesperado—. Graves, te agradezco el detalle, ha sido espectacular. Si no supiera que no estaba preparado, no me lo habría tragado. Ya me explicarás cómo has logrado descifrar el jeroglífico que se ha sacado Leonel de la manga. Bye, querida.

Brooke no se permitió dudar más.

Hunter le abrió la puerta del biplaza y en menos de un nanosegundo estaba sentada en un sillón acolchado de cuero marrón.

—Echa un vistazo mientras hablo con mi hermana —le pidió el muchacho con una tímida sonrisa en su atractiva cara—. Prometo que no te pasará nada, llevo volando desde que era un crío.

Ella abrió los ojos como platos.

¿Cuándo había dejado de ser un crío?, se preguntó nerviosa.

No estaba preparada para asimilar que su acompañante también fuera el piloto de aquel insecto volador. ¡Madre mía, cuando unos minutos antes le había dicho que solo contrataban a los mejores… se estaba refiriendo a él!

¡¿Quién hablaba de sí mismo en esos términos?!

Brooke maldijo en silencio.

Debería de estar prohibido que alguien por debajo de los cuarenta pudiera manejar un cacharro que surcara el cielo.

Sin embargo, era demasiado tarde para salir corriendo. Y, por otra parte, tampoco tenía las fuerzas suficientes para poder hacerlo. Así que se acomodó lo mejor que pudo y comenzó a rezar todo lo que sabía. A través del cristal del aparato, reparó en los aspavientos que Alice Bramson realizaba; esa chica era

excesiva en todas sus manifestaciones, su lenguaje corporal no podía ser de otra manera. Después de un intercambio llamativo de gestos por parte de los dos hermanos, Hunter se sentó a su lado, la ayudó con los auriculares y le ajustó el cinturón. A pesar de que no la había tocado, se sintió tan expuesta como si lo hubiera hecho. Su corazón tampoco debió entenderlo porque comenzó a bombear como si el piloto le hubiera metido mano. Tal y como estaban las cosas, lo único que le faltaba era que el asiento tuviera algún sensor extraño y también midiera las pulsaciones. Al cabo de unos minutos comprendió que no era así y volvió a respirar con normalidad. Solo después de tenerla hecha un paquete en el asiento, procedió él con sus medidas de seguridad.

Brooke había perdido la capacidad del habla.

Los siguientes minutos fueron una locura técnica. El experimentado aeronauta -o eso esperaba ella- encendió todas las luces de aquel juguete de lujo y comunicó por radio que despegaban. Lo hizo con tanta seguridad que Brooke terminó desconfiando. *Dime de lo que alardeas y te diré de lo que careces*, pensó ella de forma atropellada. Solo por si acaso, continuó sin abrir la boca, aquel chico parecía saber lo que hacía. Aunque también ella había creído saber conducir antes de que el dichoso perro se le atravesara en la carretera.

El suspiro que se le escapó se ganó la mirada risueña del piloto.

—Deberías alegrar la cara, nos hemos escapado por los pelos —expresó Hunter, sonriendo con ternura—. Para tu información, acumulo varios cientos de horas de vuelo y, aunque te cueste trabajo creerme, cualquier chica daría lo que fuera por perderse en una isla desierta conmigo.

Brooke prestaba mucha atención a los artilugios y mecanismos que la rodeaban. Estaba fascinada, incluso se había olvidado de la identidad del responsable del vuelo. El miedo a estrellarse en un lugar remoto del océano había pasado a un segundo plano. Ahora, lo importante era aquella maravilla de la tecnología que se desplazaba a ciento cincuenta kilómetros sin emitir ni un solo exabrupto. Un mundo fascinante e inesperado se abrió ante ella y, por primera vez en años, se sintió libre.

«Libre y feliz… dos veces en un mismo día», pensó asombrada.

—Sí, no lo pongo en duda —admitió ella, mientras suspiraba de forma exagerada—. El problema será encontrar una isla en estas aguas, tendremos que conformarnos con algún peñasco. Así que será mejor que te concentres porque he visto un montón de películas de tiburones y ya sabes cómo acaban los helicópteros. —Entonces recordó el comportamiento de Alice y decidió comprobar si podía fiarse del hermano—. Oye, eso que ha dicho tu hermana era una treta para que abandonara el barco sin perder más tiempo… Ningún padre se acercaba para hacerse unas fotos, ¿me equivoco?

Hunter la observó de reojo.

Esa criatura era la hostia, pensó impresionado.

¿Existiría algo que se le escapara a su preciosa cabeza? Él no hubiera encontrado las piezas de ajedrez ni en un millón de años, tampoco se había dado cuenta de la palabra «Monster», a pesar de que estaba impresa digitalmente y, por tanto, venía así de fábrica. Y, todo eso estando drogada. Empezaba a creer que, si terminaban perdidos en una isla desierta, el único afortunado sería él.

—Sí, así es Alice —confesó abatido—. Ya la irás conociendo. Para ella los límites no existen; si acaso, para saltárselos —reconoció sin pudor—. Creo que la hemos malcriado entre todos.

Brooke había dejado de prestarle atención; acababa de concebir una idea mucho más interesante que pensar en niñas mimadas y consentidas.

—No te preocupes —musitó, entusiasmada con el panel de luces que tenía delante—. Estoy dispuesta a disculparos, pero no olvides la máxima de mi familia —le recordó con un mohín encantador—. Te estoy viendo manejar este aparato y creo que yo también puedo hacerlo. Soy una experta conductora de toda clase de vehículos. —Quizá se había pasado en lo de «experta», pero no esperaba que lo comprobara. Total, ese día estaba aprendiendo a manejarse entre trampas y engaños—. Sería un premio increíble para alguien que ha encontrado las piezas de ajedrez.

Hunter frunció el entrecejo y, después de pensarlo bien, estalló en carcajadas.

—De acuerdo, tú ganas —susurró, seducido por la temeridad de la muchacha—. Coge el timón con fuerza, pueden utilizarlo indistintamente cualquiera de los dos pasajeros.

Brooke le dedicó una sonrisa extraordinaria antes de lanzarse al extraordinario universo del vuelo a motor sin tener la menor idea. El muchacho tampoco se arriesgó demasiado, la dejó revolotear con lentitud y enseguida posó su mano sobre la de ella. Al instante, una corriente eléctrica barrió el cuerpo de Brooklyn. El corazón se le aceleró, pulverizando su marca anterior, y las sienes comenzaron a latirle con fuerza. La sorpresa le hizo soltar el mecanismo y, como resultado, la máquina se desestabilizó bruscamente.

Hunter tomó el control sin perder la calma.

—¡Vaya, por fin algo que no se te da bien! —murmuró el piloto, sin perder la sonrisa—. No te preocupes, lo que te ha sucedido es muy frecuente.

«A mí no», se dijo ella mosqueada, mientras respiraba a trompicones y lo examinaba con recelo.

«¿Eso que estaba sintiendo eran las infames mariposas destroza-corazones?», por su bien, esperaba que no. Debía de tratarse del relleno de la

empanada, dedujo a toda prisa, decidida a no darse por vencida. Esa idea surtió un efecto reparador en ella: las pulsaciones de su pobre corazón comenzaron a descender, sus manos dejaron de necesitar guantes y sus piernas ya no se mostraban inquietas y nerviosas.

Durante los siguientes minutos, ninguno de los dos habló.

Brooke no podía despegar los ojos de Hunter. La pericia de ese chico la había pillado desprevenida. Seguro que durante su adolescencia le habían permitido realizar cualquier actividad que implicara caerse o mancharse. A ella no la dejaban salir de casa si tenía la nariz roja por un resfriado. Como si los Graves no tuvieran los mismos mocos que el resto de la humanidad, pensó ella con ironía.

—Gracias —susurró Brooke de repente, analizando la situación desde una perspectiva menos complicada—. Sobre todo, por la confianza. Es algo a lo que no estoy acostumbrada y lo valoro especialmente.

Era verdad.

No recordaba la última vez que alguien había confiado de ella.

Buscó los ojos del muchacho para hacerle llegar la sinceridad de sus palabras y se sorprendió de que Hunter eludiera su mirada. Enseguida, la voz de su conciencia vino a su rescate: «después de haber perdido el control del helicóptero, ¿qué esperas? ¿Que te contemple como si admirara tu pericia?». Porque era imposible que sus palabras hubieran afectado a ese tipo, pensó Brooke de repente, superada por sus propios pensamientos. Sin embargo, una idea terca y tontorrona comenzó a hacer de las suyas: ¿podía ser que alguien como ella hubiera llamado la atención de Hunter Bramson? El muchacho la espiaba por el rabillo del ojo, eso estaba claro. También la había defendido de la Secretaria y la había cuidado mientras recorrían el barco. Sin embargo, no había flirteado con ella, ni le había recordado el beso de la noche del ayuntamiento.

Ni el cannabis podía hacer milagros de ese calibre, le dijo de nuevo la voz que habitaba en su cabeza y que normalmente iba por libre. ¡Por Dios, ese chico ni siquiera compartía el mismo planeta que ella!, concluyó su conciencia, sin ninguna delicadeza.

Después de estamparse contra una realidad tan cruel, la desilusión la puso rápidamente en su sitio. Incluso pudo impostar una risita y volver a respirar con calma.

—De nada, me has recordado lo fabuloso que es poder estar aquí arriba —respondió Hunter, sin despegar la vista de las luces que empezaban a vislumbrarse en el horizonte. Esa chica lo desarmaba con solo mirarlo. Ahora estaba comprobando que también lo hacía de otras formas—. Me encanta volar; cuando lo hago me siento realmente libre. Creo que entiendes lo que digo.

Joder, hasta pensaban de la misma forma.

Mientras asentía con preocupación, Brooke apuntó mentalmente un adjetivo doble. Madre mía, ahora lo consideraba *atento* y *amable*. ¿Cuándo aparecerían los calificativos negativos? Empezaba a necesitarlos.

Con urgencia.

Ya.

◆◆◆

Brooke sabía que los Bramson tenían dinero y poder. Sin embargo, los comentarios maliciosos de Steven Harris, el secretario de su padre, no la habían preparado para asimilar lo que estaba viendo.

Una mansión monstruosa -por seguir con la misma familia léxica del helicóptero- apareció ante sus ojos. El estilo moderno dejaba claro que se había construido recientemente, por lo que sorprendía aún más. La magnífica atalaya en la que se encontraba le permitió distinguir una edificación principal y seis anejas, varias pistas de tenis y otras tantas piscinas. Amén de toda una pradera que terminaba en un acantilado sobre la playa.

Aquello no podía ser real.

—Bienvenida a *Green Meadow* —le dijo Hunter con una sonrisa—. No te dejes impresionar, con la única excepción del mar y las puestas de sol, todo lo demás se puede comprar con dinero.

Brooke disimuló su estupefacción con una sonrisa.

—Llegas tarde —le contestó suspirando—. Ya estaba impresionada antes de descubrir el océano, ahora solo trato de asimilar el descubrimiento. Y, por si fuera poco, lo has empeorado al mencionar las puestas de sol —Entonces reparó en que estaban solos. Miró a su alrededor y no vio a «papá monstruo»—. ¿Cuándo llegan los demás? Creía que iban a seguirnos.

Hunter carraspeó nervioso.

Antes de contestar, se pasó las manos por el pelo y la contempló con los ojos entornados. Brooke empezaba a conocerlo y comprendió que los problemas seguían creciendo.

—Ellos… se dirigen a Manhattan —respondió su acompañante, intentando aparentar naturalidad—. No podíamos arriesgarnos a que te captara algún periodista y se nos ocurrió que podías pasar la noche aquí —lo dijo sonriendo con cortedad, lo que Brooke no esperaba era que se le marcaran unos hoyuelos cerca de la comisura de la boca. ¡Joder, si se lo decía de esa manera no podía enfadarse con él!—. Una ducha de agua fría y unas horas de sueño te vendrán bien. En cuanto amanezca, saldremos para Nueva York. No te preocupes, esto

está desierto, no se enterará nadie.

Brooke abrió la boca para quejarse, pero acabó cerrándola.

«Bueno, al final sí hemos acabado en una especie de isla desierta y cuando el senador se entere de esto, la venganza del conde de Montecristo no me va a llegar ni a la suela de los zapatos», se dijo aturdida por lo inesperado de la situación.

Un nuevo adjetivo empezó a tomar forma en su cabeza y esa vez no era tan positivo como los anteriores: *manipulador*. Ese chico era igual de manipulador que su hermana, solo la forma de mover los hilos los diferenciaba: Alice actuaba con la impetuosidad que le daba la mala crianza, mientras que Hunter disimulaba con una sonrisa divina el mismo modo de proceder.

Un alivio inmediato la reconfortó.

Descubrió que ese era el apelativo que había estado buscando desde que comenzó a elaborar la lista. Necesitaba algo con lo que poder defenderse de la atracción que ese tipo ejercía sobre ella y lo acababa de encontrar. Toda su vida había sido utilizada por cuantos la rodeaban, daba igual que fueran familia o amigos, y lo odiaba.

Lo bueno del asunto era que no necesitaba alejarse de esa persona, como era recomendable, porque después de esa noche Hunter Bramson no volvería a aparecer en su vida.

Brooke lo miró a los ojos y le sonrió, sintiéndose más feliz que una perdiz.

En esa ocasión, ni siquiera le pareció tan atractivo.

Vale, eso no era cierto, pero estaba en ello.

Capítulo 15

Jadeando como si acabara de correr los cien metros lisos, Brooke consiguió liberarse del cinturón de seguridad. Probablemente se hubiera estrellado contra el suelo si los brazos de Hunter no hubieran detenido su caída. Se sorprendió de la rapidez con la que su acompañante había abandonado el aparato y continuaba cuidando de ella, ayudándola con aquellos correajes del demonio. Solo por eso, tuvo que luchar consigo misma para no seguir engrosando la lista de términos favorables. Por el momento utilizaría una saludable pausa, a la espera de recuperar las facultades perdidas.

—Gracias —musitó Brooklyn, respirando con dificultad—. Creo que necesito esa ducha de agua fría con urgencia.

Hunter contemplaba sus esfuerzos con una sonrisa.

Joder, cuando su acompañante sonreía de aquella manera, era difícil apartar los ojos de su cara. Los hoyuelos habían hecho acto de presencia y Brooke tuvo que esforzarse para no babear.

—No te preocupes —le dijo Hunter el Manipulador, acentuando sonrisa y hoyuelos—, yo te sostengo. Tú concéntrate en caminar, no queremos que te hagas daño. Sujétate a mi brazo, este camino es bastante resbaladizo.

PAUSA.

¡Madre mía, de seguir así iba a santificar a ese chico!

PAUSA.

Brooke buscó con la mirada algún sitio donde poder sentarse. Una arboleda impresionante rodeaba el perímetro del helipuerto. A lo lejos, varias pistas de tenis permanecían tenuemente iluminadas por el resplandor que emitían las luces del camino. Siguiendo el sendero de piedra, llegaron hasta una piscina con cascada. Brooklyn estaba tan cansada que cuando su consciente reparó en la casita anexa a aquella bañera de superlujo, se paró en seco y contempló a su acompañante con carita de niña buena.

—¿Hay tumbonas en ese maravilloso estanque? —le preguntó entre suspiros—. No puedo dar un paso más y salvo que quieras llevarme en brazos… Hunter, no exagero, necesito descansar.

No le dio tiempo a que pudiera negarse.

Brooke avanzó hasta el filo de la piscina y sonrió extasiada mientras contemplaba la belleza de la construcción. No habían escatimado en metros y, literalmente, un trozo del trópico se había colado en aquella magnífica mansión. Incluía palmeras, gruta natural tallada en una gigantesca roca, chimenea de piedra y un césped mejor cuidado que la cabellera que lucía su madre. La

iluminación era cálida y relajante y se había distribuido sabiamente por todo el terreno, lo que ponía de manifiesto que aquel sitio se usaba con regularidad. Era fácil imaginar al patriarca de los Bramson recargando las pilas en ese lago artificial, incluso disponía de cocina para no tener que depender del edificio principal. En aquel momento, sumergirse en agua fresca era todo lo que Brooke le pedía a la vida. Desde hacía un buen rato, su cuerpo parecía haber entrado en ebullición y un malestar extraño y molesto le hacía sentirse enferma.

No lo pensó.

Adelantó un pie y… no tuvo remedio.

Los gritos de Hunter le llegaron amortiguados por el agua. Desde el fondo de la piscina, Brooke contempló los aspavientos afectados del muchacho. Lo que no esperaba era que se lanzara de cabeza y buceara con desesperación para llegar a su lado. Entonces, tiró de ella sin ninguna delicadeza y, al instante, ambos se encontraban respirando en la superficie. Hunter se limpió los ojos con las manos y la examinó con preocupación. Brooke tuvo mucho cuidado de adoptar una expresión de total abatimiento con la esperanza de librarse de una buena reprimenda. Cuando escuchó el suspiro aliviado del muchacho mientras le retiraba el cabello de la cara, supo que podía sonreír con total libertad. Madre mía, ese chico ni siquiera se iba a quejar.

Qué locura.

PAUSA. PAUSA. PAUSA.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Hunter, mientras le sostenía con mucho cuidado la cabeza fuera del agua—. ¿Te has golpeado alguna parte del cuerpo?

Brooklyn negó con un movimiento, sin despegar la mirada de los inquietantes ojos masculinos. La intensidad del color azulado la turbó. Solo esperaba que no fuera la preocupación la que los había convertido en dos ascuas oscuras.

Hunter Bramson se pegó al cuerpo femenino y trató de avanzar con ella como apéndice. Brooke no deseaba que la sensación que estaba experimentando terminara tan pronto. En cuestión de segundos saldrían de la piscina y volverían al mundo real. No le gustó la idea. Así que se separó de su salvavidas y comenzó a flotar con los ojos cerrados y los brazos abiertos. La sensación de relax era tan intensa que trató de saborearla al máximo. Cuando notó que Hunter tiraba de su brazo para ayudarla a abandonar aquel remanso de paz, Brooklyn huyó de él a toda prisa. El agua era su elemento, pensó sonriendo. En el aire no era nadie, pero en una piscina era toda una autoridad. Tenía un montón de medallas que daban fe de ello.

—Estoy bien. En este momento no existen los problemas —manifestó ella

con vehemencia, lo más alejada posible de él—. Ni padres, ni trabajo, ni ningún otro ser humano. Solo tú y yo estamos aquí —chilló sin dejar de moverse para que la temperatura del agua no le fastidiara la fiesta—. Cinco minutos, es todo lo que pido. El agua es para mí lo que para ti es el cielo. Por favor…

Permaneció callada, segura de que el muchacho atendería sus súplicas.

¡Joder!

PAUSA.

—De acuerdo, pero no te alejes de mí —aceptó Hunter—. Esto puede ser tan peligroso como cualquier *monstruo* volador.

PAUSA.

Brooke le agradeció el detalle dedicándole una sonrisa espontánea y chispeante.

—¿Sabes? —le dijo mientras nadaba hacia él—. Hunter Bramson, quiero que sepas, que digan lo que digan sobre ti… yo siempre te ayudaré porque empiezo a creer que eres una persona decente.

Hunter recibió el impacto de sus palabras con la fuerza de un proyectil. Era la primera vez que alguien lo describía en esos términos y se sintió perdido. Se suponía que él era la encarnación de todos los vicios conocidos por la humanidad. De repente, toda su entereza se vino abajo y extendió los brazos para atraer a aquella chiquilla hacia su pecho. Se fundió con ella hasta que la sintió quejarse por la fuerza de su agarre. Entonces, bajó la cara y buscó los labios femeninos con un anhelo inoportuno y poderoso. El beso fue lento y electrizante. Hunter perdió la batalla contra sí mismo y durante esos pocos minutos se olvidó de todo lo que no fuera la sensación de profundo bienestar que esa criatura le provocaba.

Brooke sintió que no quedaba en su boca ni un resquicio por explorar, ese chico chupó sus labios y lamió su lengua con unas ansias desconocidas para ella. De pronto, el cielo se llenó de fuegos artificiales en consonancia con los latidos de su apabullado corazón y se permitió abrazar a Hunter con la misma intensidad que él lo estaba haciendo. Sin embargo, en cuanto el muchacho se sintió estrechado por los brazos femeninos, se separó de ella con brusquedad.

Brooke tuvo la sensación de haber dado un paso en falso.

La pirotecnia se esfumó tan rápido como había aparecido, quizá porque el material explosivo no contuviera carga suficiente, reflexionó ella completamente perdida. Lo que sucedió a continuación la dejó más perpleja aún. Molesto consigo mismo por alguna razón que Brooke no conseguía adivinar, Hunter volvió a su lado para acariciarle el cabello y mirarla con preocupación. Después, el muchacho le dio un tierno besito en la frente que la fastidió más que la desaparición del festival de luces y sonido que estaba viviendo a su lado. Por

último, la ayudó a salir del agua tocándola lo menos posible. Le extrañó que no buscara una caña de bambú para que ella sujetara el otro extremo.

¡Joder, como si a esas alturas no pudieran darse la mano!

—Voy a buscar unas toallas —dijo Hunter con voz grave—. No te muevas, por favor.

Tal y como se estaban desarrollando los acontecimientos, Brooke aceptó la oferta con un simple movimiento de cabeza. Su única preocupación era disimular los temblores que todavía recorrían su cuerpo.

No sentía frío, sino miedo.

Hunter Bramson estaba despertando en ella sentimientos que prefería que siguieran aletargados. Un pánico atroz e irracional la conmocionó de repente.

Le gustaba ese hombre.

Joder, joder, joder.

◆◆◆

Unos minutos más tarde, una señora de mediana edad vestida de gris oscuro se acercó a ella con una toalla en los brazos.

—Buenas noches, soy la encargada del personal de la mansión. Mi nombre es Julia Murphy —le dijo la mujer, mientras la ayudaba a incorporarse de la hamaca—. Hunter me ha pedido que le traiga un albornoz y que la acompañe a una habitación. También desea que le recuerde que mañana saldrá a primera hora y que debe descansar. —Entonces titubeó antes de proseguir—. Sé que es la hija del senador Graves. No se preocupe, señorita, cuidaremos bien de usted.

Brooke miró a su alrededor, pero no encontró al susodicho.

—¿Dónde está Hunter? —le preguntó, disimulando el enfado—. Me iba a mostrar las instalaciones.

La señora la miró con pena y algo tan nimio la trastornó.

Era evidente que no se trataba de la primera chica a la que dejaba plantada. Imaginó las legiones de *vigilantas* que aquella mujer habría atendido y comenzó a sentirse humillada.

Un momento, ella había sido la besada, se recordó de inmediato.

«Y la abandonada», le dijo la voz de su conciencia, chafándole la sensación de victoria.

—Hunter se ha retirado a sus habitaciones —informó el ama de llaves con un deje molesto en la voz. No quería que insistiera, era tan obvio que Brooke decidió no exponerse más—. Me temo que si él no la ha invitado, yo no puedo indicarle cómo llegar a ellas. Es tarde, ahora debemos descansar.

Brooke miró a la mujer con seriedad, pero terminó sonriendo.

—Debería concederme, al menos, la presunción de inocencia —expuso ella, mirando a la señora a los ojos—. A pesar de lo que pueda parecer, no estoy aquí por Hunter, sino por una broma pesada de su hermana Alice. Muy pesada, por cierto. —Brooke resopló indignada, sin necesidad de mentir—. Tanto, que me han quitado de en medio sin advertirme que acabaría en una especie de paraíso perdido en medio de la nada.

Después de analizar las palabras de Brooke, el ama de llaves terminó asintiendo. Brooke notó el suspiro impaciente de la mujer y comprendió que no era la primera vez que la benjamina de los Bramson metía la pata.

—Lo siento, señorita Graves —admitió Julia Murphy, con una sonrisa de disculpa bien grande—. Ese chico es un imán para las mujeres.

Las palabras de la señora Murphy coincidían con las de Jen y Pam. En ese instante, sintió algo parecido a la compasión por ese muchacho. Empezaba a creer que todas las personas que rodeaban a Hunter pensaban lo mismo de él.

PAUSA. PAUSA. PAUSA.

Se negaba a ponerse del lado de ese impresentable.

Así fue como el décimo adjetivo, que se le había estado resistiendo, apareció por arte de magia: *cobarde*. ¡Ese chico era un cobarde de cuidado!

¡Qué fuerte!

Hunter Bramson estaba huyendo de ella.

Lástima que no pudiera comprobarlo.

◆◆◆

Brooke siguió a Julia Murphy en silencio.

Le parecía inapropiado hablar con aquella encantadora señora sobre Alice y le parecía igual de inoportuno mencionar al huido. Entonces cayó en la cuenta de que el conjunto que llevaba la mujer en una bolsa de plástico no le pertenecía.

—¿Tendrá arreglo la ropa? Me la ha prestado Alice —reconoció, señalando el bulto que el ama de llaves cargaba con elegancia—. Ahora que lo pienso, no tengo nada que ponerme por la mañana y se supone que vamos a un evento importante.

La mujer asintió con un gesto comprensivo.

—No se preocupe, si hay algo que sobra en esta casa es ropa femenina —afirmó la señora Murphy con un movimiento de cabeza—. En la habitación que va a ocupar encontrará cualquier cosa que pueda necesitar.

Brooke sonrió encantada.

Los Bramson le caían mejor por momentos.

—No quiero que piense que Alice ha tenido algo que ver en la desaparición

de mi vestido —confesó ella con cierto embarazo—. Bueno, Alice ha intervenido pero de otra forma… Al final, mi traje acabó rasgado y ella me prestó esa ropa.

La mujer no detuvo la marcha en ningún momento. La contempló con el ceño fruncido y le indicó con la mano que se subiera al cochecito que las esperaba al otro lado del camino.

—Súbase, llegaremos antes —le dijo, mientras miraba la hora en su teléfono con algo de disimulo—. En realidad, prefiero no saber lo que ha hecho esa muchacha.

Brooke espió a Julia Murphy por el rabillo del ojo y descubrió algo perturbador. La señora estaba harta de los excesos de la muchacha, no había más que analizar el gesto de desaprobación que lucían sus labios. Los siguientes minutos se sucedieron en silencio, salvo por el ruido agónico del motor de aquella miniatura de cuatro ruedas.

Brooke reparó en el carraspeo malhumorado de la mujer cada vez que el sonido se producía, aunque dejó de prestarle atención para concentrarse en el canto de los grillos, en el cielo estrellado y en la luminiscencia de alguna luciérnaga extraviada. La mansión estaba rodeada de una vegetación de colores intensos y aromáticos que le hicieron cerrar los ojos y suspirar de placer.

—¡Qué maravilla de lugar! —exclamó ella sin poder evitarlo—. Es como tener el cielo en la tierra.

La señora Murphy la contempló con una sonrisa.

—Así es —confirmó el ama de llaves con una expresión nueva en la cara —. Ciertamente, debo pedirle disculpas de nuevo. Es la primera vez que una invitada aprecia la belleza de este lugar. Hasta ahora, solo admiraban a Hunter.

Brooklyn soltó una risita espontánea y sincera.

—Bueno, creo que llegadas a este punto —susurró Brooke sin perder la sonrisa—, debemos admitir que lo uno no está reñido con lo otro. Ese chico es tan atractivo que da algo de miedo —declaró como si el tema no fuera con ella —. Y, por otra parte, soy sincera cuando digo que si yo fuera la propietaria de este lugar, no saldría de aquí.

Julia Murphy también sonrió.

—Mientras hablo con Arnold y le consigo un pase de seguridad, puede bajarse si quiere y echar un vistazo —le dijo la mujer, señalando los alrededores —. Pero no se aleje demasiado.

Brooke asintió encantada, aunque le pareció feo no saludar al guarda de seguridad, máxime cuando este debía de facilitarle un pase. Así que, haciendo honor a la buena educación de la que hacían gala los Graves, Brooke acompañó a la señora Murphy al interior de la caseta e intercambió saludos con el hombre.

—El motor sigue haciendo un ruido extraño —informó el ama de llaves al guarda—. No estoy segura de que podamos llegar a la casa.

Arnold Himes buscó una linterna en el interior de un cajón.

—Déjame echarle un vistazo —dijo el hombre, intentando ganar puntos con la atractiva y algo madura señora Murphy—. Se suponía que le habían cambiado las bujías.

Brooke no salió con ellos.

Descubrió una máquina de bebidas en la pared opuesta a la entrada y un montón de monedas en un cesto de mimbre.

—¿Puedo tomar un café? —preguntó, sacando la cabeza por la puerta—. No tengo dinero, pero puedo hacerles un Bizum…

Julia Murphy soltó una carcajada sonora y espontánea, que no logró sofocar a la sorprendida del guarda.

—Esta criatura no acompaña al joven Bramson… —le aclaró la mujer al hombre, como si eso lo explicara todo—. Las monedas son proporcionadas por la familia. Antes teníamos una máquina que no necesitaba dinero pero se estropeaba a menudo. Los Bramson son unos jefes espléndidos, en el sentido económico del término —manifestó la señora Murphy pareciendo muy sincera. A Brooklyn no le pasó desapercibida la precisión y se preguntó en qué otro sentido no eran tan espléndidos—. No necesita ninguna aplicación para el café; puede utilizar las monedas con total libertad.

Un capuchino con extra de leche cremosa estuvo a punto de achicharrarle la mano, pero solo por el olor había merecido la pena. Ciertamente, la máquina era un prodigio de la técnica. Entonces miró al frente y vio los monitores.

Maldita sea, sabía que no debía hacerlo.

Tardó un nanosegundo en comprobar que el ama de llaves y el guarda seguían inspeccionando el motor de aquel cacharro. Después, fue fácil seleccionar la cámara correcta y rebobinar las imágenes hasta encontrar lo que andaba buscando.

Por supuesto, tras ese conato de delito, borró las huellas de su búsqueda y sonrió tan tranquila.

—¿Has terminado? —le preguntó Julia Murphy, que había entrado en la garita sin avisar—. Debemos ponernos en marcha, es tarde.

Brooke estaba sentada junto a la ventana, saboreando aquella exquisitez con fruición.

—Este café está de vicio —afirmó, bebiéndose de un solo trago lo que le quedaba—. Podemos irnos, estoy muerta de sueño.

Mientras el cochecito seguía quejándose con fuerza, la voz de su conciencia empezó a recriminarle lo que acababa de hacer. Los estertores del motor

sirvieron para amplificar su propia voz interior y Brooke terminó sintiéndose culpable.

Por qué había buscado la habitación de Hunter Bramson, solo Dios lo sabía.

Una hora antes había decidido olvidarlo.

Ahora, solo cabía esperar que se comportara con el decoro que los Graves le habían enseñado y se obligara a permanecer en la habitación que le hubiera tocado en suerte.

Capítulo 16

Después de tomar un baño repleto de sales relajantes, Brooke examinó su preciosa melena con ojo crítico. La había secado y alisado con un difusor de porcelana y brillaba más que el cuadro de los girasoles del barco. Entusiasmada con el aroma que exhalaba su cabello, lo aspiró profundamente antes de someter su rostro a un estudio meticuloso. Las ojeras habían desaparecido y sus pupilas ya no invadían territorios contiguos. Todo volvía a la normalidad, canturreó sonriendo.

A continuación, se limpió la piel con los productos que encontró en un armario abarrotado de marcas de lujo. En aquel opulento cuarto de baño hasta el algodón tenía pedigrí. Estaba claro que Alice Bramson no necesitaba buscar canes extraviados; le bastaría con vender cualquiera de aquellas fruslerías en alguna plataforma de internet para disponer de efectivo, ironizó Brooke, mientras se lavaba los dientes con la ilusa pretensión de borrar las huellas de cualquier sustancia adictiva… Lo malo de mirarse los labios fue revivir a cámara lenta el beso que ese chico mega adjetivado le había dado en la piscina.

Le pareció que Hunter se sentía tan sobrepasado como ella, aunque quizá se equivocara y todo fuera producto del cannabis. De todas formas, estaba segura de que nadie la volvería a besar de esa manera, así que se permitió rebobinar la caricia una y otra vez hasta que empezó a sentir lástima de sí misma.

¡Joder!

No podía darle a un beso más significado que el de intercambiar fluidos, le dijo la voz de su conciencia que, como siempre, corría a su rescate. Y, ya se sabe, para cambiar de pensamiento había que modificar el escenario, por lo que aprovechó para buscar un pijama.

Tal y como la señora Murphy le había dicho, el vestidor estaba atestado de ropa femenina de plena temporada. Optó por dos sencillas piezas de algodón blanco que le parecieron cómodas y livianas y se acostó con la sana intención de dormirse.

Veinte minutos después, maldijo la idea del capuchino.

¿Quién se tomaba un café antes de meterse en la cama?

Por favor, los efectos de la cafeína duraban seis horas en el organismo.

De nada servía quejarse.

Se dio media vuelta y lo intentó de nuevo.

De repente, se sentó en la cama y miró hacia el ventanal.

En poco tiempo amanecería, reflexionó mientras se levantaba y salía a la terraza de su habitación. Un tufillo a tabaco se coló en su pituitaria y buscó al

fumador con la mirada. Dos balcones a su derecha detectó una sombra y supo que se trataba del único aficionado al humo que conocía. En ese preciso instante, sucumbió a la idea de explorar aquellos voladizos. Para no darle munición a la voz de su conciencia, antes de embarcarse en una nueva y descabellada aventura, Brooke comprobó la solidez de la estructura. Para su tranquilidad, la construcción era nueva y, salvo que adoleciera de algún vicio oculto, ella no detectó grietas ni fisuras que hicieran presagiar que aquellas cornisas pudieran desplomarse por soportar unos cuantos kilos de peso.

El informe técnico resultante de la pericia estaba claro.

Aquellas balaustradas eran perfectas para darse un paseo, dictaminó Brooke sin el menor atisbo de duda. Por si eso no era suficiente, el hecho de que el suelo estuviera a pocos metros terminó de persuadirla. No creía que pudiera acabar despanzurrada en aquellos idílicos jardines. Si acaso, y con mucha mala suerte, con alguna extremidad rota. Total, que en el peor de los escenarios tendría que soportar unos meses de escayola y santas pascuas.

Escayola o Hunter.

La elección era tan fácil que no tuvo que hacerla.

Brooke entró en la habitación, buscó unas zapatillas y comprendió que era la cercanía del muchacho la que le impedía conciliar el sueño. De haber ignorado su paradero quizá hubiera podido descansar.

«Caprichos del destino», pensó mientras se colaba en las terrazas vecinas sin ninguna dificultad. Vislumbró pronto su objetivo. Si la fortuna no hubiera querido que esa noche volviera a encontrarse a ese chico, no le habría puesto delante de las narices un monitor para que pudiera descubrir dónde estaba su habitación, ni hubiera terminado durmiendo prácticamente a su lado.

—¡TOC, TOC! —Al sentirse de pronto fuera de lugar, Brooke improvisó llamar a una puerta. Algún día aprendería a pensar antes de actuar, se dijo a sí misma—. ¿Puedo pasar? —La pregunta era bastante tonta porque estaba sentada en la cornisa de piedra, a la espera de que el muchacho le confirmara que podía tomar tierra—. Esto es algo vergonzoso; parezco Romeo, persiguiéndote en un balcón.

La risita que se le escapó se ganó la mirada enigmática de Hunter.

—Prefiero que seas Julieta —contestó él, mientras se ponía de pie para ayudarla a entrar en la terraza—. No suelo besarme con Romeos.

Brooklyn suspiró de alivio al comprender que era bien recibida.

Sin embargo, se dio cuenta de que el chico hacía todo lo posible para no tocarla y eso la decepcionó, así que decidió fastidiarlo sentándose muy cerca de él. Se acababa de jugar las dos piernas y los dos brazos en aquella excursión y él se comportaba como si temiera pillar algún virus a su lado.

Un momento, ¿qué buscaba en aquella terraza la hija de un senador de los Estados Unidos?

Pues, no lo tenía nada claro.

Ella y sus locuras, le dijo la voz de su conciencia al darse cuenta de que Hunter podría haberla mandado a hacer gárgaras y, entonces, seguiría siendo la hija de un senador, pero bastante más humillada.

—Solo con Julietas —se recordó Brooke en voz alta, haciendo énfasis en el plural.

De improviso, Hunter enlazó la mano de ella entre las suyas, como si fuera lo más natural del mundo.

—Solo con Julietas —repitió él con voz cansada.

Brooke se sintió extrañamente afectada.

Había captado el tono que el muchacho había utilizado y, sin proponérselo, las payasadas le salieron solas.

—Quizá te preguntes qué demonios hago escalando balcones… —le dijo bajito—. No te rayes, acostumbro a hacer este tipo de estupideces —le explicó encogiéndose de hombros—. He salido a la terraza, he detectado el olorcillo de tu tabaco y… aquí me tienes, dispuesta a seguir drogándome. Madre mía, esto empieza a sonar raro.

Hunter le soltó la mano, pero solo para pasarle el brazo por los hombros y atraerla hacia él.

—Sí que parece algo extraño —le dijo mientras le daba un besito en la cabeza—. Una chica preciosa y medio desnuda acaba de colarse en la terraza de mi dormitorio. Eso es nuevo, aunque suena a lo de siempre.

Brooke advirtió un cambio sutil en la entonación. Además, los ojos grises que le miraban los pechos con descaro se oscurecieron drásticamente. Y, para terminar de desconcertarla, la atmósfera se había enrarecido.

¡Joder, hasta los grillos habían enmudecido!

Nunca pensaba en las consecuencias de sus actos. Ella se lanzaba al vacío y antes de pegarse contra el suelo buscaba una corriente de aire que le hiciera el golpe más soportable. Algún día tenía que pasarle algo como aquello.

Hunter le elevó la cara con un solo dedo y la miró directamente a los ojos.

—Esto… no creo que sea una buena idea —susurró, apoyando su frente en la de ella—. No podemos… no puedo… Eres la hija del senador y…

Sus palabras contradecían lo que sus manos estaban haciendo.

Brooke contempló extasiada cómo ese chico le amasaba los pechos y tiraba de sus pezones con delicadeza. Debía de ser una persona de ideas fijas porque acababa de meter una mano debajo de su camiseta y seguía negando con la cabeza.

Cuando Hunter acarició los senos femeninos sin ningún tipo de coraza gritó como un condenado. Le sorprendió encontrarlos pesados e inflamados. La situación se le estaba yendo de las manos y ese era el único lujo que no podía permitirse, lo sabía bien. No le quedó más remedio que separarse de ella y, a riesgo de parecer un crío patoso e inexperto, no volvió a mirarla hasta que comprobó que hubiera unos metros de seguridad entre los dos. Era consciente de que no había disimulado como hubiera sido deseable, pero bastante había hecho con poner fin a aquella tortura.

La sorpresa hizo que Brooke abriera los ojos.

—Vaya, para mí esto sí que es nuevo —exclamó ella, avergonzada y extrañada a partes iguales—. Me refiero a lo de que un chico me toque las tetas y salga corriendo despavorido. En fin, no es que esperara que te arrodillaras para expresar la belleza de mi cuerpo, ni nada de eso, pero alejarte como si tuviera la peste me parece excesivo. —Trataba de parecer calmada; lo último que deseaba era inspirar lástima y se obligó a disimular con alguna ocurrencia—. Déjame decirte que me he embadurnado con todos los productos que he encontrado en el armario del baño. Como se enteren todas esas marcas de lujo de que has salido corriendo, te van a llevar a los tribunales.

A Hunter le dolió descubrir el esfuerzo que estaba haciendo aquella maravillosa criatura para no llorar.

Maldita sea.

Hasta ese momento se sentía orgulloso de sí mismo. A pesar de lo mucho que le gustaba la chica, esa noche había hecho lo correcto y se había alejado de ella.

Que hubiera asaltado su balcón lo había dejado indefenso. De hecho, estaba pensando en ella cuando la vio aparecer con aquel pijama que dejaba pocos detalles a la imaginación.

Hunter se revolvió el pelo con las manos y respiró hondo antes de dirigirse a su Julieta.

—No sé por dónde empezar —dijo, convirtiendo su voz en un susurro ahogado—. No podemos mantener relaciones sexuales —soltó de golpe, sin ningún tipo de preámbulo, ni explicativo ni paliativo—. Yo, es decir, nosotros… —al instante se calló. Después de lo que pareció una eternidad, prosiguió con determinación—. Estoy esperando el resultado de unas pruebas.

Brooke aguardó expectante a que siguiera hablando.

Sin embargo, su acompañante no añadió nada más.

Menuda aclaración, pensó ella mientras experimentaba un calor sofocante en la cara.

—No te preocupes, lo entiendo —manifestó en legítima defensa. De

continuar enrojeciendo iba a terminar estallando delante de ese imbécil—. No es necesario que me des ninguna explicación.

Brooke estuvo a punto de chillar como una mona. ¡Claro que era necesario y obligatorio que le diera explicaciones! Joder, había decidido perder la virginidad en ese maravilloso sofá y con aquel donjuán enfermizo.

Aquel día se estaba convirtiendo en una puta locura.

No lo miró, era demasiado vergonzoso hacerlo.

Se levantó del sofá, dispuesta a marcharse. Sin embargo, lo de las salidas silenciosas nunca había sido lo suyo.

—¿Sabes? —le dijo volviéndose hacia él—. Esta situación solo es comparable a aquella otra en la que después de volver del servicio me di cuenta de que no era el bolso lo que llevaba bajo el brazo, sino un rollo de papel higiénico cuyo extremo caía hasta el suelo.

Dicho lo cual, le guiñó un ojo y desapareció en la terraza vecina.

Hunter sonrió con tristeza.

La hija de Daniel Graves salvaba obstáculos con la misma facilidad y desenvoltura que se alejaba de su lado.

Cuanto más tiempo pasaba con ella, más le gustaba.

La angustia que comenzó a sentir lo obligó a trepar hasta el balcón contiguo. En ese instante, se escuchó un sonoro clic y supo que su Julieta había cerrado con ímpetu el ventanal de su habitación.

Mejor así, se dijo Hunter, intentando apaciguar los latidos de su corazón mientras volvía a su terraza.

Mejor así.

◆◆◆

Brooke no permaneció en la casa mucho más tiempo.

Dos horas después de su cita unilateral y clandestina, Taylor la recogió en la puerta de la mansión con una expresión cercana a la crítica despiadada.

—Gracias por venir, Taylor —le dijo abatida, haciendo un esfuerzo para sonar como siempre—. No es un buen momento; te agradecería que dejaras el sermón para mañana —solicitó ella con humildad, cortando las palabras que el chófer tenía en los labios—. Esta vez sí que me he lucido… — confesó para sí misma, antes de cerrar los ojos y quedarse frita en el asiento de atrás.

El hombre condujo en silencio.

En varias ocasiones marcó el teléfono del hospital más cercano, pero volvió a colgar sin hacer la llamada. Drogas y alcohol, dedujo Taylor con facilidad. Entonces imaginó el revuelo que la noticia provocaría; la prensa destrozaría a

esa preciosa niña y probablemente acabara como su madre. Luego estaba la cuestión del senador, que lo despediría si buscaba asistencia médica sin la protección de los contratos que hacía firmar a todo el que se acercaba a la familia. Como siempre que le daba vueltas a la misma situación, concluyó que no le haría ningún favor a aquella chiquilla si se alejaba de su vida. Brooklyn Graves necesitaba que alguien cuidara de ella. Así que descartó la posibilidad de llevarla a urgencias.

La preocupación le mantenía la vista pegada al espejo retrovisor.

Era la primera vez que se la encontraba con aquel aspecto tan enfermizo y estuvo a punto de desviarse hasta una comisaría de policía para denunciar la desidia de sus famosos padres.

Sin embargo, prosiguió hasta llegar a Manhattan, sin desvíos ni denuncias, exactamente igual que si no pasara nada.

Capítulo 17

Unos meses después...

El sonido del timbre retumbó en la gigantesca sala de estudio.

Brooke miró la hora en su teléfono y resopló preocupada; llegaba tarde al aula de Microeconomía, una de sus asignaturas favoritas. Desde que se había convertido en la responsable de la única empresa de la zona dedicada a la búsqueda de mascotas extraviadas, su vida académica se estaba yendo al garete. En ese momento, por ejemplo, se había despistado analizando el balance trimestral de ingresos y gastos que había elaborado Sally y ahora necesitaría diez minutos para llegar a la otra punta del campus.

Maldiciendo en todos los idiomas que conocía, recogió sus bártulos de forma caótica y corrió hasta la salida del edificio. Casualmente, Andrew Harper circulaba por la zona y se detuvo a su lado.

—Sube —le dijo el muchacho, como si condujera un vehículo provisto de asientos y cuatro ruedas—. Es muy tarde y voy en la misma dirección.

Brooke bufó como un toro, pero no dudó en subirse al patinete eléctrico de su amigo. Andrew se lo había comprado con el dinero que repartieron el mes anterior y desde entonces apenas se había bajado de ese cacharro. La cuestión del patinete la tenía hecha polvo. La familia de su amigo no sabía que Andrew había dejado de utilizar las piernas para usar dos ruedas. Brooke imaginaba que acabarían enterándose porque su colega sufría todo tipo de percances (minúsculos, por supuesto, a tenor de la velocidad que alcanzaba el aparato). Lo único que deseaba era que no se produjeran en ese momento.

—Sabes que este vehículo puede alcanzar 25 kilómetros por hora —le explicó su amigo por enésima vez desde que lo adquiriera—, pero solo cuando viaja una sola persona. Ahora tendremos que conformarnos con ir a la mitad de esa velocidad.

Brooke asintió con una sonrisa, mientras se agarraba a la cintura de su socio y mantenía el equilibrio con dificultad por el peso de su bolso. No se iba a engañar, sabía que la estampa que ofrecían era muy penosa, sobre todo, cuando aquel chisme renqueante se venía abajo en las pequeñas cuestas. Aunque, lo peor con diferencia era que cualquiera que caminara con algo de brío los dejaba atrás sin ninguna dificultad. Sin embargo, no le podía importar menos. Su amigo disfrutaba llevándola en su flamante vehículo y no sería ella la que le aguara la fiesta.

Sorprendentemente, aquel día el patinete no se quejaba ni parecía necesitar

una bebida energética. Por arte de algún maleficio extraño, el cacharro subió todo el camino a una velocidad endiablada y terminaron chocando contra un banco que habían pintado de verde para que cualquiera que pasara por allí se abriera la cabeza sin advertirlo siquiera. Por supuesto, Andrew no vio el obstáculo, ni el cartel que anunciaba que la pintura estaba fresca.

El tortazo fue de antología.

—No me lo puedo creer —se quejó su amigo, mientras se levantaba del suelo con dificultad—. Ayer no estaba aquí este objeto. Te lo juro, Brooke, esto lo han puesto esta misma mañana. —Al acercarse a su compañera, Andrew comprendió que aquella caída no se iba a saldar con la misma facilidad que las últimas veces—. ¡Valeeee, no te asustes!, pero tenemos que ir a la enfermería. Creo que te has abierto una brecha en algún sitio.

Brooke se había destrozado la muñeca.

Sin embargo, no fue su mano la que le preocupó, sino el reguero de sangre que descendía por su cara y manchaba su abrigo beige sin ninguna piedad. Le dio miedo descubrir que tenía la cabeza abierta, por lo que se mantuvo muy quieta y empezó a respirar a trompicones.

—Harper, mírame —le pidió ella, empezando a entrar en pánico—. Necesito que me digas de dónde procede la sangre. Ya me conoces, no soy muy valiente.

En ese momento comprendió que se iba a desmayar.

Le sorprendió que unos brazos la sostuvieran con fuerza porque su amigo no se había movido.

¿Quién la estaba sujetando? Había quedado con Taylor mucho más tarde, así que no podía ser él.

—Empiezo a creer que los problemas te persiguen —masculló una voz conocida y malhumorada antes de que el vacío la engullera.

◆◆◆

Brooke creyó que alucinaba.

Solo así podía estar escuchando a Hunter Bramson.

El tipo menos recomendable de todo Nueva York parecía estar de un humor de perros (nunca mejor dicho). En ese preciso instante, le estaba echando un rapapolvo a su colega y le recordaba la obligación de llevar casco.

¡Joder, los cascos!, pensó Brooke, visualizando dos objetos negros decorados con filigranas plateadas. Su amigo los había comprado junto con el patinete, aunque se olvidaba de ellos con más frecuencia de la recomendable. En aquel momento permanecían colgados en el único perchero de la habitación que

usaban como local de negocio.

Algo así no había pasado desapercibido para un tipo tan avispado como Hunter y, detectada la imprudencia, no daba tregua a su desdichado amigo, que había empezado a tartamudear.

Aquello no iba a terminar bien, pensó Brooke mientras se incorporaba con dificultad y, por fin, abría los ojos para mirar a su alrededor.

Estaba en la enfermería del campus, lo sabía porque había acompañado a Andrew seis veces en el último mes. Entonces, todo lo sucedido se agolpó en su cabeza y suspiró nerviosa.

¿De dónde procedería toda aquella sangre?, pensó preocupada, controlando las ganas de palparse el cuerpo entero. Imaginó una cicatriz enorme afeando su cara y empezó a hiperventilar. En ese momento las voces que susurraban detrás de la cortina se detuvieron y, de repente, tres personas la miraban con preocupación.

—Has empezado a gritar… Tranquilízate, no hemos terminado tan mal. Todo ha sido *fortuito y muy leve. Sí, fortuito y muy leve* —repitió Andrew con la ansiedad que lo caracterizaba cuando no sabía qué expresión debía adoptar su cara—. Tú tienes cinco puntos en una ceja y la muñeca dislocada. A mí no me ha pasado nada.

No era del todo cierto, su socio tenía la cara inflamada y llena de magulladuras. En pocos días, las contusiones adquirirían la tonalidad violeta a la que parecía estar abonado desde que se había motorizado.

Brooklyn miró a la enfermera, a la espera de que certificara lo que su amigo le acababa de decir. Ese chico era extraordinariamente optimista en las situaciones más apuradas, lo conocía bien. Además, todos sus accidentes eran «fortuitos y muy leves».

—Tu compañero te está diciendo la verdad —corroboró Clarisse Wilson, una de las enfermeras de la universidad—. Habéis tenido suerte. Esos patinetes son peligrosos… diga Andrew lo que diga —expresó la mujer, dirigiéndose al muchacho—. Deberías caminar de nuevo. Es lo mejor para el corazón y, por lo que veo, para conservar a los buenos amigos. La semana pasada te caíste con John y la anterior con Sally… Ahora con Brooklyn. Señor Harper, la estadística nos está diciendo que algo no marcha bien. ¿No crees, muchacho?

Andrew no contestó.

Brooklyn lamentó que Clarisse fuera tan directa porque nadie sabía cómo acababa digiriendo las cosas ese muchacho. Si sumabas el sermón de Bramson a la reprimenda de la mujer, el resultado podía ser explosivo.

—Andrew, tienes que encargarte del pastor alemán —le recordó ella, intentando sacarlo del ensimismamiento en el que parecía estar sumido—.

Venían esta mañana. También debes llamar a tu terapeuta. Ya sabes que esa era la condición.

Harper asintió mecánicamente, proporcionándole a Brooke un alivio inmediato. La había escuchado, algo era algo. Su amigo había adquirido el patinete con la aquiescencia de su médico, pero con la obligación de que le informara de todo lo que le ocurriera. Ahora que lo pensaba, lo único positivo de la caída era que quizá sirviera para que la familia de Harper se enterara de que el muchacho utilizaba el cacharro para desplazarse por todo el campus.

¡Estaba tremendamente arrepentida de haber insistido en repartir beneficios!

Si ese chico no hubiera dispuesto de efectivo suficiente, no se habría comprado aquel artefacto del demonio. Lo único que podía decir en su defensa era que ni bajo los efectos de una empanada narcotizada hubiera imaginado que su socio se iba a comprar un patinete eléctrico para dar vueltas por las inmediaciones de la universidad tras la pista de cualquier chucho perdido.

—Sí, creo que debo marcharme.

No dijo nada más, salió de la habitación a toda prisa y sin mirar atrás. Estaba jodido, pensó Brooke, mirando a la enfermera con cara de pocos amigos.

—Sí, ya lo sé —dijo la mujer, sintiéndose culpable y no disimulándolo—. Me he pasado hablando, pero hasta que no se abra la cabeza o se la abra a alguno de sus compañeros no va a parar —explicó, agitando las manos con nerviosismo —. Voy a avisar a John Wright y a Sally Webster para que cuiden de él, conozco perfectamente el protocolo.

Brooke asintió.

Le caía bien aquella mujer delgada como un alfiler y arrugada como una pasa. La vio desaparecer y supuso que estaría buscando la lista de teléfonos del alumnado. Durante las horas siguientes era importante que sus amigos localizaran a Andrew y no lo dejaran solo.

Brooke miró hacia la ventana en un intento desesperado de reunir fuerzas para hacer frente al guaperas que se mantenía a su lado, tieso como un poste.

Ese muchacho había pasado de ella.

Sin anestesia y sin preaviso, ese tipo se había negado a intercambiar fluidos con la hija de un senador de los Estados Unidos.

¡Qué vergüenza!

Ahora, solo quedaba saber si el tema de las pruebas médicas era cierto o se trataba de una excusa piadosa.

Por favor, ¿qué demonios hacía ese chico en su universidad?

Lo único que la había mantenido entera era pensar que no volvería a verlo.

Hunter carraspeó para indicarle que empezaba a impacientarse, pero ella no

se dio por aludida.

¡Joder, acababa de tener un accidente y necesitaba algo de tiempo!

Brooke se acarició con cuidado la zona de las cejas hasta notar el apósito en la derecha. Su mano derecha también estaba vendada, lo que era un fastidio porque no sabía hacer nada con la izquierda.

La vida era tremendamente injusta, pensó molesta. No había habido un día en aquellos cuatro meses en el que no hubiera imaginado que se topaba con ese chico vistiendo como una modelo de lencería y, tenía que ser precisamente cuando se cayera de un patinete y su cara pareciera estar inflando un globo, cuando coincidiera con el susodicho. Así no había planeado su venganza.

Claro, que podía haber sido peor, le dijo su sentido común, recordando el golpe.

Evocar el castañazo, cual quijotes contra molinos, provocó que Brooke se removiera inquieta en la cama. Para su sorpresa, no parecía tener más heridas y, salvo alguna ligera molestia, no notó ningún dolor. Clarisse Wilson no la había engañado, el accidente se había saldado con una ceja partida y la muñeca fastidiada.

No podía seguir evitando la mirada del tipo que la contemplaba como si ella fuera la responsable de todos los males de la humanidad.

—Hola, Hunter —susurró con la voz más angelical que pudo articular. Vale, ese chico no había querido meterle mano, pero había cuidado de ella; algo era algo—. Creo que debo agradecerte que me sostuvieras antes de perder el sentido. Si no recuerdo mal, creo que sucedió de esa manera.

Hunter la miró con tal intensidad que Brooke se sintió pequeña e indefensa.

Por Dios, ¿dónde estaba esa enfermera? Necesitaba a alguien a su lado; la expresión del muchacho daba miedo.

—Te ayudo a ponerte los zapatos —soltó de improviso ese ser del espacio interestelar—. Nos vamos a un hospital, ya se lo he comunicado a tu familia. —Brooke lo miró con cara de incredulidad. ¿Había contactado con su familia? ¿En serio? ¿Cómo lo había hecho? Que se lo explicara, porque ella no había tenido tanta suerte. A pesar de las heridas, su cara debió expresar lo que pensaba porque después de un carraspeo, Bramson parecía dispuesto a aclarar sus palabras—. Bueno, tus padres no estaban en casa, he dejado el recado al ama de llaves. No admito un no por respuesta, debes hacerte un chequeo completo. Vi la caída y fue… espeluznante —le dijo con gravedad, retándola con la mirada—. Si no te hubieras protegido con los brazos, probablemente estaríamos ya en un hospital y tú en un quirófano. —Entonces se acercó a ella con el rostro alterado por la preocupación, o eso interpretó Brooke—. Me has dado un susto de muerte, ni se te ocurra negarte a venir conmigo.

La hija del senador Graves exhaló el aire que, sin darse cuenta, había estado conteniendo. Hubiera sido fantástico contestarle que sus padres no tardarían en llegar y que serían ellos los que la llevarían a un hospital, pero nada más lejos de la realidad. Su madre estaba ingresada en una nueva clínica y su padre se encontraba en la otra punta del Estado, dando una conferencia sobre las diferencias sociales.

Nada nuevo bajo el sol.

—De acuerdo, deja que avise a mi chófer —le contestó, cerrando los ojos para que Hunter no advirtiera que las lágrimas empezaban a hacer de las suyas. No podía añadir más efectos especiales a los que su rostro ya evidenciaba—. Salgamos por detrás. No sé si te lo he dicho, pero odio las cámaras de los teléfonos móviles. A propósito, ¿qué haces en el campus? Que conste que no me quejo; me parece providencial que hayas aparecido para evitarme otro golpetazo. —Tuvo que callarse, si continuaba hablando acabaría llorando a moco tendido.

Antes de contestarle, Hunter le retiró un mechón de pelo de la cara y le acarició la mejilla buena.

—¿Qué es esta mancha de color verde? No digas nada, estás hecha una pena —susurró enternecido, al comprender los esfuerzos que estaba haciendo la muchacha para controlar las lágrimas—. El rectorado me había invitado para dar una conferencia. Al parecer soy el único empresario menor de treinta años que ha conseguido un volumen de negocio que supera los ocho dígitos. Sea lo que sea, no sale… —murmuró mientras le frotaba la piel con delicadeza.

Brooke levantó una ceja y aulló de dolor.

—¡Joder! —exclamó ella, empezando a comprender la situación—. Tú eres el invitado de Micro, el que iba a dar la conferencia sobre el número de empleados necesario para el funcionamiento de una empresa… Mierda, me interesaba mucho esa charla. —A continuación rebobinó sus palabras y suspiró abatida—. Si es verde, me refiero a la mancha, debe tratarse de la pintura del banco que nos hemos tragado…

Hunter le señaló la ceja magullada para recordarle que no hiciera muchos gestos con la cara.

—Pues, la charla ha sido suspendida —le explicó el empresario con una sonrisa encantadora en su atractiva cara—. El ponente se ha sentido indispuesto y en unos minutos acudirá a urgencias. Quizá quieras acompañarlo — dicho lo cual, volvió a frotarle la mejilla con mucho cuidado—. Parecía un hematoma, pero tienes razón, es pintura.

Brooke se calló de inmediato.

—Lo siento —murmuró sintiéndose fatal—. Puedo ir sola, me refiero al hospital. También puede acompañarme Taylor; es mi chófer y la única persona

que últimamente cuida de mí.

Hunter carraspeó nervioso.

«Llevo cuidando de ti cuatro meses», estuvo a punto de confesar. Sin embargo, la situación era tan complicada que optó por un silencio protector.

Lo que no conoces, no puede hacerte daño, pensó incómodo.

—En este caso, vas a tener la suerte de que te acompañe yo —manifestó entre susurros, dedicándole una mirada enigmática—. En nada estaremos en las urgencias del General. Es el hospital más cercano y, además, pertenece a mi familia.

Brooke realizó mentalmente el recorrido, volvió a elevar una ceja y, por tanto, a chillar de dolor.

—¿En «nada»? —preguntó, cerrando los ojos por las punzadas que estaba sintiendo en las sienes—. Creo que no tienes ni idea de dónde estamos.

Hunter movió la cabeza y volvió a recordarle con un guiño que debía tener cuidado con la herida.

—Quizá lo hayas olvidado —expuso con dulzura, como si le hablara a una niña pequeña—, pero me desplazo en helicóptero. Así es como he llegado al campus y así es como vamos a salir de aquí. Aunque, hoy no soy yo el que maneja el aparato.

Brooke asintió con una sonrisa.

—Estupendo —convino tan contenta que en esa ocasión fue Hunter el que elevó una ceja—. Consigamos una gorra y algo de ropa masculina. Puedo simular ser tu acompañante. Oye, no sabía que el General era de tu familia —añadió igual de satisfecha—. Eso garantiza que puedan hacerme las pruebas sin que se filtre nada a la prensa. Gracias, Hunter. Te debo una.

Hunter volvió a experimentar la extraña sensación de querer proteger a esa cría. Contempló su preciosa y lastimada cara, mientras le sonreía con timidez, y estuvo a punto de acunarla entre sus brazos.

Aunque, lo que realmente deseaba, era comérsela a besos.

Vale, besos, abrazos y todo el conjunto que los acompañaba, pensó inquieto. Aunque, cada cosa a su debido tiempo. Antes, debía llevarla al hospital.

El destino parecía querer echarle una mano.

Solo esperaba que no fuera al cuello…

Capítulo 18

Brooke contempló el paisaje a través de la ventana de su aséptica habitación.

Estaba anocheciendo y su familia no había dado señales de vida. Solo había recibido una llamada de teléfono y era de otra madre distinta a la suya. Laura Harper se había enterado del accidente y quería saber cómo se encontraba. La responsabilidad le hizo repetir un centenar de veces lo que se alegraban de que estuviera bien y que se harían cargo de la factura del hospital. Los Harper eran buena gente, pensó ella, sintiéndose más sola que nunca.

—No debes preocuparte por nada, los gastos corren de nuestra cuenta —le había dicho la señora, creyendo que su parquedad se debía a la lealtad y no a la culpabilidad—. Lo importante es que todas las pruebas que te han hecho indican que estás muy sana. Además, hemos decidido que Andrew tenga un coche. Después de meditarlo, hemos llegado a la conclusión de que debemos darle un voto de confianza. Él siempre ha querido conducir y, además, su médico considera que es responsable y que puede hacerlo bien. No creemos que sea más peligroso que manejar un patinete eléctrico. —Brooke no las tenía todas consigo. Andrew con un volante en las manos… ¡Qué terrorífico! Sin embargo, no manifestó sus dudas—. Tampoco sabemos de dónde ha sacado el dinero para comprarlo y él no quiere decírnoslo. Cariño, ¿tú sabes algo?

Brooke se aclaró la voz mientras ideaba alguna salida decente. En verdad, no tuvo que pensar demasiado.

—Andrew es un gran ahorrador —mintió con descaro, esa vez sin sentirse nada culpable—. Además, no tiene gustos caros y su principal gasto es permitirse un sándwich de vez en cuando. —En realidad, era ella la que le daba su almuerzo, pero eso no tenía por qué decírselo a aquella preocupada madre—. Eso explica que haya podido disponer de ese dinero, no me cabe la menor duda.

La mujer se despidió, convencida de que su hijo era poco menos que una hormiguita ahorradora y austera. Brooke suspiró preocupada; con la única excepción de un acorazado tipo tanque, no veía qué vehículo podía conducir su amigo con alguna seguridad.

No esperaba visitas y ya era tarde para que le practicaran más pruebas, así que agradeció que alguien abriera la puerta de su habitación y que interrumpiera sus pensamientos porque lo que estaba rumiando no le hacía ningún bien. La soledad era mala consejera, lo sabía por experiencia. Además, su amigo no iba a tener más accidentes, se dijo para poner fin al ataque de ansiedad que estaba empezando a experimentar.

Fue maravilloso descubrir que no se trataba de una enfermera.

Hunter Bramson entró en la habitación con una sonrisa en los labios.

—Ya queda menos —susurró acercándose a ella—. Las últimas pruebas han salido bien. Si sigues así, mañana te largas de este lugar.

Brooklyn no supo cómo sucedió, pero cuando lo escuchó hablar fue como si alguno de los diques que había construido con tanto esfuerzo se viniera abajo y, como resultado, un mar de lágrimas barrió cualquier intento de mantenerse serena.

Lo peor fue sentirse estrechada entre sus brazos.

Joder, si seguía consolándola de aquella manera no iba a parar de llorar.

De repente, comenzó a notar el calor que irradiaba el cuerpo del muchacho a través de la suave tela de su camisa y, sin proponérselo, se encontró inhalando con fuerza para absorber la fragancia que exhalaba la piel masculina. La mezcla de cítricos y maderas le recordó a quién le estaba abriendo su corazón y, durante un breve instante, temió estar revelando a un perfecto desconocido una parte de sí misma que nunca se había permitido compartir con ningún otro ser humano. Sin embargo, las dudas desaparecieron al instante, desterradas por una inexplicable sensación de seguridad. No era la primera vez que la abrazaban, pero cuando lo hacía ese chico… se olvidaba de todo y empezaba a sentirse una persona distinta, más fuerte, casi inexpugnable…

Madre mía, aquello empezaba a sonar extraño, incluso en su cabeza.

Para empeorar el asunto, el pecho masculino se acababa de transformar en su lugar favorito en el mundo.

Quizá porque ambos estaban igual de confundidos, cuando su visitante nocturno comenzó a acariciarle el cuello, Brooke levantó la cabeza con timidez para contemplarlo con sus preciosos ojos azules, rebosantes de un brillo nuevo. Hunter la tomó de la barbilla y, con la misma naturalidad con que respiraba o sonreía, le limpió las lágrimas y unió sus labios a los femeninos en una caricia interminable, que sirvió para que ambos comprendieran que nada de lo que estaba sucediendo era un juego.

El sonido de la puerta los devolvió a la realidad.

Una enfermera entró llevando un carrito y tosió al darse cuenta de que interrumpía un beso.

—Lo siento —dijo la mujer, poniendo cara de circunstancias—. Pero falta una analítica. No tardaré mucho, lo prometo.

Brooke notó la preocupación en los ojos masculinos.

—Hunter, ¿todo bien? —le preguntó, cogiéndolo de la mano para impedirle la huida—. ¿Puedes acompañarme mientras me sacan sangre? —le pidió nerviosa—. Tengo muchas cualidades, te lo aseguro, pero odio los hospitales y

las agujas me dan pavor.

Su acompañante asintió y ella respiró mejor, aunque no entendía por qué la expresión del muchacho se había transformado. En tan solo unos minutos, el gris azulado de su iris se había oscurecido hasta casi parecer negro y mantenía las mandíbulas apretadas en un gesto que debía ser característico en él porque no era la primera vez que lo descubría en su cara.

—No debe preocuparse —informó la enfermera, sonriendo beatíficamente —. Se trata de una prueba de las mucosas bucales. No hay que pinchar, solo recoger una pequeña muestra del interior de las mejillas.

Brooke suspiró con alivio, mientras permitía que la mujer le introdujera un bastoncillo alargado en la boca y lo removiera con seguridad hasta empaparlo de saliva.

—¿Qué buscamos con esta prueba exactamente? —inquirió ella con curiosidad.

Un carraspeo en el fondo de la habitación les indicó que no estaban solos. Hunter se dio media vuelta y resopló preocupado.

—Deberías trabajar para la CIA —le dijo a su hermana, sin disimular lo molesto que se sentía—. No sé cómo lo haces, pero das miedo… En serio, ¿cómo demonios sabías dónde encontrarnos?

La sonrisa de Alice Bramson fue sincera, se notaba que le encantaba fastidiar a su hermano.

—Hola a todos, incluido el maleducado que prefiere no tenerme cerca —saludó dirigiéndose a Hunter—. Querido, a menudo olvidas que yo también trabajo. Este trimestre toca contabilidad. —La cara de Hunter fue todo un poema. Brooke se dio cuenta de que la fama de Alice no era de trabajadora, precisamente—. Vale, has armado un revuelo en recepción y ahora todo el hospital sabe que el guaperas de mi hermano está aquí con una chica. Si no me crees, pregúntale a la enfermera que está atendiendo a Brooke. —La mujer asintió con gravedad mientras guardaba el material a toda prisa—. Y, ya me conoces, quería conocer a la belleza que te había hecho abandonar una de tus muchas obligaciones.

Alice Bramson abrió la puerta para que la sanitaria abandonara la habitación. Lo hizo con una mueca enigmática en la cara que le produjo a Brooke cierta inquietud. Sin embargo, el gesto desapareció tan deprisa que empezó a pensar que lo había imaginado. A fin de cuentas, estaba sedada y atontada por… todo lo demás.

—Hola, Alice —le contestó Brooke con una sonrisa—. Gracias por venir. Imagino que, si estabas en la recepción de este lugar, sabías que se trataba de mí. Esta mañana he sufrido un accidente en el campus y Hunter se ha prestado a

traerme. Ha sido todo producto de la casualidad. —Entonces recordó lo mal que llevaba esa chica las relaciones del hermano y estuvo a punto de contar mucho mejor su versión de los hechos para que no imaginara que minutos antes el susodicho había intercambiado fluidos con ella. Vale, si lo pensaba mejor, era verdad que la presencia de la muchacha en el cuarto daba algo de miedo—. Eso es todo.

Alice sonrió con agrado.

Después se acercó a la cama y le dio dos sonoros besos al aire, porque no llegó a tocar la piel de Brooke.

—Sí, por supuesto que estaba al corriente de que eras «tú» —le susurró con un gesto gracioso—. Quería conocer de primera mano cómo te encontrabas y llevarme a este pesado para que puedas descansar. Porque sabes que estás molestando, ¿verdad, hermanito?

Hunter cerró los ojos, mientras respiraba con calma.

Brooke volvió a maravillarse de la personalidad del muchacho que le impedía mandar a su hermana a ese lugar donde abundan las moscas.

Definitivamente, el chico era un encanto. Además de toda la retahíla de adjetivos que había llegado a adjudicarle, por supuesto.

—Sal tú primero —le dijo Hunter a la espía de la CIA, en un tono que no admitía réplica—. Solo necesito unos minutos para despedirme de Brooklyn.

Alice Bramson frunció el ceño, aunque asintió con la cabeza. Sin embargo, Brooke supo que no se conformaría tan fácilmente por la forma en que la miró.

—De acuerdo, entiendo que quieras comentarle el significado de alguna de las pruebas que le han practicado. Por lo que he podido observar de la última…

—Tienes razón —la cortó Hunter de repente—. Dejemos a la paciente descansar.

Brooke empezó a preguntarse de qué iba todo aquello.

Hunter agarró a su hermana del brazo y tiró de ella sin muchos miramientos. En cuanto abandonaran la habitación, llamaría a alguien para que le explicara en qué consistía la última prueba. No recordaba quién le había dicho que con esos dos cerca cualquier cosa era posible, pero empezaba a pensar que tenía razón.

Antes de abandonar el cuarto, Brooke sintió la mirada analítica de Alice recorriéndola de arriba abajo y supo que la muchacha le estaba reservando una jugada de última hora.

—Tienes una marca verde en la mejilla —le dijo la benjamina de los Bramson con un énfasis extraño—. Te cuidado, el verde no simboliza nada bueno. Si no me equivoco, en el Surrealismo había autores que equiparaban ese color a la muerte.

Brooke trató de sonreír y de quitarle importancia al asunto.

—No te preocupes, Alice, es pintura. Acababan de pintar el banco con el que mi amigo y yo hemos chocado esta mañana.

No recibió respuesta.

¡Joder, con la malcriada de los Bramson!

¡Le había puesto la piel de gallina!

◆◆◆

Cerca de la media noche, Brooke no sabía qué pensar.

Nadie en el hospital estaba al corriente de la dichosa prueba y, por supuesto, ninguna especialidad médica se hacía responsable de su realización. Incluso la hora resultaba extraña para llevar a cabo la recogida de una muestra, le dijeron con franqueza. Por la información que obtuvo, en ese hospital se respetaba un horario muy estricto en lo que a análisis clínicos se refería.

Lo único bueno era que nadie parecía dudar de sus palabras, aunque le recordaron -muy sutilmente, eso sí- que había tomado una buena dosis de analgésicos y tranquilizantes. Antes de ponerse a gritar como Jodie Foster en la peli *Plan de vuelo* (en la que hace de madre cuya hija desaparece en un avión sin dejar ningún rastro), Brooke se planteó llamar a Hunter para que confirmara los hechos, pero le pareció muy sospechosa la actitud de los dos hermanos y prefirió dejarlo todo en suspenso, hasta que se sintiera más lúcida que en aquel momento. Curiosamente, tenía el mismo problema que la protagonista del film, es decir, que temía que la tomaran por loca.

—No se preocupe —le dijo una enfermera muy joven y excesivamente amable—. Seguro que tiene una explicación. No suele ser habitual, pero han podido equivocarse de habitación y quizá le hayan practicado la prueba de otro paciente. Por otra parte, no tiene sentido buscar bacterias u hongos en su saliva por el tipo de accidente que ha sufrido. —El último argumento la convenció más que ningún otro—. Descanse y disfrute de la sensación —proseguía la enfermera —. No creo que tenga muchas oportunidades para darse un «respiro» de este tipo, aprovéchelo.

La muchacha abandonó la habitación después de sonreírle con agrado.

Brooke estaba cansada, le dolía todo el cuerpo y apenas podía mantener los ojos abiertos. Así que se permitió ese respiro de tipo químico al que había aludido la enfermera.

Antes de dejarse vencer por el sueño, comprendió que su madre llevaba mucho tiempo permitiéndose un respiro del tipo… alcohólico, y se prometió que nunca volvería a consumir ninguna sustancia que la llevara a sentirse tan

«respirada».

Capítulo 19

El lunes de la semana siguiente, Brooke se incorporó a su ordenada existencia.

La cicatriz estaba ahí y se notaba bastante, pero le pareció una bandera digna de ser enarbolada: «En dos palabras puedo resumir todo lo que he aprendido sobre la vida: que sigue…», había dicho Robert Frost.

Sí, la vida seguía, pensó Brooke mientras se recogía el pelo en una coleta tirante y se enfrentaba a su chófer con una risita tan falsa como las pestañas de su madre.

No debió de hacerlo bien porque, en cuanto la vio aparecer, el hombre ocupó el asiento del copiloto y aguardó a que ella se sentara a su lado. Entonces le apretó el antebrazo y no hubo necesidad de añadir nada más.

Taylor la dejó conducir sin sermonearla ni una sola vez, ni siquiera cuando alcanzó los ciento cuarenta kilómetros en la autopista. No supo si su estado de ánimo había mejorado con el acelerón o porque había vislumbrado la uni, pero cuando se bajó del vehículo se sentía mucho mejor.

Un tipo sabio, su único y leal amigo.

En realidad, no estaba tan mal; la soledad se había convertido en una especie de manta protectora y empezaba a sentirse cómoda con su inesperado calor. Además, recibió una llamada de su padre preocupándose por su estado de salud, así que todo estaba bien. Ella sola se había lamido sus heridas y ella sola había aceptado su destino. Tampoco tenía otra alternativa, le recordó la voz de su conciencia, sin duda, celosa por el entendimiento al que había llegado con su otra inseparable amiga.

Brooke recorrió animada los escasos metros que la separaban del diminuto local que habían alquilado en el campus. Había sido convocada por John Wright para hablar de números y entró en el local con ganas. Había echado de menos a aquellos chicos, esa era la pura verdad.

La habitación medía exactamente ocho metros cuadrados, pero el gigante escandinavo, y por solo trescientos dólares, había contribuido a que pareciera el despacho de cualquier alto ejecutivo. Muebles blancos salpicados de madera clara habían obrado el milagro. En una esquina de la habitación, una exquisita mesa de cristal limitada por una alfombra de tonos cálidos y suaves conferían a la estancia un aire sofisticado del que Brooke se sentía especialmente orgullosa. Ambos elementos no eran suecos como el resto, sino americanos y bastante caros, pero no se lo había dicho a sus amigos. Solo Taylor y ella conocían su procedencia, que no era otra que una de las casas de su madre. Todo lo demás -

estanterías, dos sillones, un ridículo sofá y una lámpara de pie- constituía una mera comparsa de las piezas principales. Lo mejor de todo era que se encontraba en una planta baja y que disponía de un amplio ventanal por el que entraba tanta luz que tuvieron que comprar una pegatina grande y opaca. Lo peor era que el adhesivo tenía forma de perrito, idea de Sally. Lo que rompía la línea elegante y exclusiva del interior, pero después de ver las caras de sus compañeros al comprobar el efecto del can en el cristal, decidió que no era importante y admitió el detalle como una muestra más de la extravagancia de sus amigos.

Le encantaba aquel sitio, se recordó al mirar a su alrededor.

Sus compañeros abandonaron sus quehaceres y se acercaron a ella a toda prisa. Andrew apenas la saludó; le soltó un regalo en las manos que estuvo a punto de terminar en el suelo y continuó con la mirada perdida en la pared de enfrente. Los demás la abrazaron como si volviera de la guerra.

—Espero que sea un buen libro —le dijo a su amigo, dedicándole una gran sonrisa con la esperanza de que superara el episodio del patinete de una vez por todas.

Harper se rascó la cabeza y negó compungido.

—Estaba seguro de que querrías un libro —informó incómodo—, pero mi madre acostumbra a salirse con la suya y te ha comprado un… pañuelo. Según ella, debes tener muchos libros. Yo le advertí que también tienes muchos pañuelos, pero me ignoró.

Brooke abrió la cajita echándole mucho teatro a su improvisada actuación, pero fue completamente sincera en la exclamación que se le escapó al contemplar una delicada bufanda en tonos crudos. Era de alpaca de la buena y sonrió encantada.

—Madre mía, Andrew, debes hacerle más caso a tu madre —amonestó al muchacho siendo muy sincera—. Este regalo supera a cualquier libro conocido y, deja que te diga que no es un pañuelo, sino una maravilla que voy a estrenar ahora mismo.

Andrew la contempló como si no la creyera.

Sin embargo, al analizar el estado rosado de sus mejillas y el dibujo de las líneas de su boca concluyó que decía la verdad. Solo después la miró a los ojos; le daba pánico reflejarse en las pupilas de la gente, pero con Brooke lo hacía a menudo. Esa chica era más transparente que el agua y con ella no sentía miedo alguno. Los gestos de Brooklyn no mentían nunca, le gustaba el regalo. Algo distinto eran las bromas que le gastaba, esas eran… No sabía lo que eran, pero algún día lo descubriría.

—Sigo pensando que un libro es mucho mejor —continuó Harper, incapaz de creer que su amiga lo defraudara de aquella manera tan tonta—. Que te guste

más un pañuelo o una bufanda o lo que sea… te convierte en una persona superficial y muy simple.

Brooke alzó una ceja y sonrió a su compañero con ganas.

—Ya te digo —admitió ella, mientras utilizaba el espejo del móvil para ver el efecto que causaba la delicada tela sobre su abrigo celeste—. Nunca he negado mi superficialidad, con una madre modelo no se puede esperar mucho de mí. ¿No crees, Harper? Ahora bien, si mi querida progenitora hubiera sido astronauta probablemente habría elegido el libro…

—En este momento te estás riendo de mí, ¿verdad? —le preguntó Andrew, que ya empezaba a reconocer el tono burlón de su voz.

Brooke asintió mientras trataba de ajustar la bufanda a su cuello con un artístico pliegue. La prenda era de un color ideal y quedaba perfecta con el paño azul de su chaqueta.

—Sí, Harper, pero solo de manera *fortuita y muy leve* —le respondió, sabiendo que su colega admitía las bromas, aunque seguía sin entenderlas del todo.

Todos menos el implicado sonrieron con el comentario.

En ese preciso instante, el timbre que habían instalado sonó con un repiqueteo insistente y monótono, consiguiendo que todos los presentes suspiraran de alivio; últimamente, el negocio había dejado de ser negocio y empezaban a impacientarse.

Antes de abrir, Sally comprobó de un vistazo que el interior estuviera presentable. Solo entonces les guiñó un ojo a sus colegas y les sonrió complacida.

—Hola, si se ha extraviado su mascota —expresó la muchacha con desparpajo—. Ha venido al lugar correcto. ¡Oh!... ¡Vaya!... Esto es… Madre mía… ¿Hola?

El asombro de su compañera era tan excesivo que consiguió que Brooke despegara los ojos de su nuevo accesorio para contemplar al responsable de que aquella madura e inteligente chica no supiera qué decir. Le hubiera gustado que cerrara la boca para que no fuera tan evidente lo que pensaba del buenorro que tenía delante, pero Sally no estaba para tomar grandes decisiones en aquel momento.

—¡Es Hunter Bramson, chicos! Tampoco es para tanto —soltó ella sin ningún filtro, cuando miró hacia la entrada y contempló al tipo que tenía embelesada a su compañera—. No es un cliente. Imagino que ha venido para… No tengo ni idea de por qué ha venido, salvo que vaya a dar la conferencia que tenía prevista y que todo el campus se perdió por mi culpa.

Andrew había bajado la cabeza y se retorcía las manos con fuerza. Era

evidente que no había olvidado la reprimenda que le largó ese tipo y apenas si podía estar en la misma habitación que el empresario.

Al menos uno de los presentes no había caído bajo el embrujo de aquel ser celestial, pensó Brooke con objetividad, después de advertir que John trataba de despeinarse para que su melena adquiriera un estilo similar a la del recién llegado. Si se tenía en cuenta que Wright solía echarse gomina en el pelo, el resultado fue exactamente igual que si hubiera metido los dedos en un enchufe. Joder, si ese guaperas no se marchaba pronto iba a acabar con la buena opinión que tenía de sus colegas.

—Gracias por la acogida, es la primera vez que me reciben diciendo que mi presencia no es para tanto —declaró Hunter mirándola fijamente, mientras fingía no darse cuenta de la admiración que había despertado en Sally y del deterioro capilar que estaba sufriendo la imagen de John—. He venido por dos motivos. El primero es para disculparme con tu amigo. El otro día me excedí —admitió, dirigiéndose a Harper, aunque sin acercarse a él. Estaba claro que le habían explicado la enfermedad del muchacho—. Vi el accidente y temí que Brooke se hubiera roto algo… Eso me volvió loco. Así que te pido disculpas y, para demostrar mi arrepentimiento, por favor, acepta un patinete que mi empresa está promocionando. —Parecía sincero, de hecho, sonaba sincero. Claro que también podía ser un buen actor, pensó Brooke—. ¿Qué me dices, Andrew? Si prometes ponerte el casco cuando lo conduzcas y no subes a nadie contigo, este increíble artefacto es tuyo.

Andrew echó un vistazo detrás de Hunter para comprobar la veracidad de sus palabras. Efectivamente, en la entrada había un gigantesco aparato envuelto en papel transparente y, como si no llamara la suficiente atención, lo habían adornado con un artístico lazo rojo. Era un patinete destinado a impresionar, no había duda de ello.

Brooke tuvo que reconocer que ese chico sabía excusarse.

—Estás disculpado, Bramson —manifestó Harper a toda prisa, quizá por el temor a perder el vehículo *protogaláctico* que tenía delante de sus narices—. Prometo usar el casco cuando lo conduzca y no te preocupes por los acompañantes, ya había decidido no llevar a nadie conmigo. —Contempló a sus colegas y negó con la cabeza—. Aunque me lo pidan de rodillas, no accederé. ¿Es un trato?

Hunter asintió con su sonrisa hacedora de amigos y le tendió la mano al muchacho. Todos los presentes contemplaron sorprendidos la facilidad con la que Andrew se dejaba tocar. Ese muchacho odiaba que cualquiera lo rozara, verlo estrechar voluntariamente la mano de un desconocido los conmocionó.

—Gracias por tu comprensión —insistió Bramson—. El aparato es

excepcional, puede llegar a alcanzar los cuarenta kilómetros y es extremadamente ligero porque está hecho de fibra de carbono. Estoy seguro de que sabrás apreciarlo.

Andrew ya no lo escuchaba, se ponía su cazadora y repasaba visualmente las estanterías del cuarto. Brooke le facilitó la búsqueda, le entregó el casco que su nerviosismo no le dejaba ver, y le guiñó un ojo.

—Creo que es mucho mejor un *libro* —dijo ella, tratando de no sonreír—. Que te guste más un patinete te convierte en una persona *superficial y muy simple*. Quizá prefieras que Hunter lo cambie por cualquier buen *ejemplar*…

Andrew se detuvo en seco y analizó los rasgos de la cara de su amiga. Ojos brillantes, piel rosada y ligero temblor en la comisura de los labios. Estaba controlando la risa.

—Mi terapeuta me dice todos los sábados que debo agradecer tenerte en mi vida —le dijo a Brooke con seriedad—. Pues, te lo agradezco, pero sigo pensando que preferir una bufanda a un buen libro es de necios. Sin embargo, preferir un patinete no lo es. El valor económico está de mi lado en este caso —aclaró del tirón—. Ahora debo dejaros, Hunter Bramson espera que lo conduzca y no deseo decepcionarlo.

La habitación se quedó en silencio cuando Harper salió.

—En fin, no sé de qué iba el tema del libro… Me habían dicho que Andrew tenía ciertas dificultades —admitió Hunter—, pero parece más listo que yo.

Dicho lo cual, los presentes estallaron en carcajadas.

—Sí, bueno —convino Brooke sin dejar de reír—. Andrew posee el coeficiente intelectual más alto de toda la universidad, puedes hacerte una idea tú solo de lo que eso significa. —Entonces recordó que había mencionado dos motivos—. ¿En qué podemos ayudarte, Hunter?

El recién llegado le dedicó una expresión destinada a ganársela.

Al contemplar los hoyuelos y la sonrisa de oreja a oreja, Brooklyn comprendió que Hunter le estaba dedicando el lote entero y tuvo que reconocer que el resultado era perturbador.

—Me han dicho que tus amigos y tú os dedicáis a encontrar mascotas extraviadas —murmuró el recién llegado casi sin voz—. He perdido a… Sansón. —Brooke advirtió que le costaba trabajo mencionar el nombre del perrito—. Alice me pidió la semana pasada que lo llevara al veterinario y esa bola de pelo ha desaparecido. No puedo ni pensar en lo que me hará mi hermana si ese chucho no aparece. Se suponía que venía conmigo cuando me bajé del helicóptero, después nos olvidamos de él. El accidente… tú, llena de sangre… Mi piloto y yo mismo olvidamos que ese sinvergüenza me acompañaba, esa es la verdad. —Parecía destrozado por la pérdida del animal—. Hemos puesto carteles

y contratado a una legión de personas para que rastreen la zona, pero no hemos obtenido ningún resultado. Por eso estoy aquí.

Brooke cerró los ojos y suspiró.

—Tu hermana me va a destrozar cuando se entere de que estoy implicada —musitó ella nerviosa—. Hay que encontrar a ese perro a toda costa. Joder, no puedo tener ni un minuto de paz.

Hunter la contempló con cariño.

—No te preocupes —le dijo con resolución—. Estoy seguro de que lo vamos a encontrar. Disponemos de una semana.

Brooke resopló inquieta.

—¿Una semana? —repitió como una autómata—. A veces tardamos meses en encontrar una pista… Esto es Nueva York.

Hunter movió la cabeza rítmicamente.

—Lo sé —señaló con impaciencia—. Pero mi hermana vuelve de San Francisco la semana que viene. Si no lo encontramos antes, no sé lo que hará conmigo. Incluso, contigo. Tú la conoces…

Brooke asintió pensativa.

Entonces se dio cuenta de que sus colegas no habían abierto la boca y los contemplaban con interés.

—Chicos, ya lo habéis oído… —murmuró, sintiéndose azorada de repente —. Hay que trabajar.

Sally le guiñó un ojo a John y ambos sonrieron al unísono.

—Sí, claro que lo hemos oído —convino su compañera sin dejar de reír. Aprovechó que Hunter miraba las fotos de los canes recuperados para bajar la voz—. También que desea ayudarte y que se volvió loco cuando vio la sangre… tu sangre, en realidad.

Brooke suspiró resignada.

Gracias a Dios, Hunter no se había enterado de lo que pensaban sus amigos. El muchacho permanecía ensimismado contemplando las fotografías del panel cercano al ventanal.

—Os aseguro que la dueña de ese perrito es peor que Cruella de Vil —aseveró Brooke, sin importarle que su hermano estuviera presente.

—¿No te estás equivocando? —matizó John—. Cruella es famosa por su obsesión por los abrigos… La hermana de Hunter no puede ser tan mala.

La carcajada de Bramson los sobresaltó.

Pues, sí que estaba escuchando.

—Tenéis razón —indicó Hunter con un sentido del humor encomiable—. No creo que piense en hacerse un abrigo con la piel de ningún perrito. Sin embargo, con la piel de Brooke o con la mía… ya no estoy tan seguro.

En esa ocasión, solo ella y Hunter sonrieron, y no de alegría precisamente.

Capítulo 20

Una hora más tarde, Brooke se despidió de sus colegas, dedicándoles más aspavientos de los habituales para que Hunter tomara buena nota y también se marchara.

Sin embargo, el empresario no se dio por aludido.

—Te acompaño —soltó de repente Hunter—. Mis estudios no incluían clases abarrotadas de gente, ni paseos por el campus. Ni siquiera sé lo que es tomarse un refresco en una cafetería universitaria.

Brooke se detuvo en seco y lo contempló como si hubiera perdido la cabeza.

—Oye, ¿hay algo que no me hayas contado? ¿Hastío supremo, quizás? A ver, ¿dónde están esos amigos tuyos que te siguen a todas partes? —le preguntó desconcertada—. No vamos a encontrar a Sansón en ninguna de las aulas de esta universidad —exclamó con seguridad—. Hunter, no puedo ser tu guía universitaria, espero que lo entiendas —prosiguió, sin llegar a creerse que ese chico se estuviera planteando seriamente asistir a una de sus clases—. Verás, aunque te cueste entenderlo, esto es importante para mí —lo dijo con vehemencia, como si tuviera que recordárselo a sí misma—. Por otra parte, no pasas desapercibido en ningún sitio. ¿Qué sucederá cuando las *alumnas* de esta Facultad descubran que Hunter Bramson está de visita? —Era una pregunta retórica, pero tenía que hacerla—. Luego está el tema espinoso de la charla que estaba previsto que dieras la semana pasada. Cuando te vean aparecer más fresco que una lechuga, ¿cómo lo vas a explicar?

Hunter le dedicó una sonrisa destinada a recordarle lo impresionante que era.

Además, la contemplaba con tanta atención que durante un instante Brooke olvidó dónde se encontraban. El muchacho se había acercado a ella y sus pechos se rozaban, lo que no estaba bien porque…

Buena pregunta.

¿Por qué tenía que alejarse de ese chico?

Por primera vez en toda su vida, Brooke lamentó que Steven Harris no estuviera cerca. Ese tío tenía las respuestas a todas las preguntas.

—¿Te duele? —le preguntó Hunter, mientras le acariciaba con mucho cuidado la ceja herida y hacía oídos sordos a todo lo demás. Brooke comprendió que estaba acostumbrado a salirse con la suya. Ni siquiera había perdido la sonrisita engreída al escucharla—. No te va a quedar ninguna marca, son puntos internos y están sanando muy bien. —La expresión de Brooke perdió fuerza;

bastaban un par de frases y unos hoyuelos para desarmarla. Hunter entendió mal el gesto y se sintió obligado a explicarse—. Te cosió el mejor cirujano plástico de todo el hospital, creía que lo sabías. Yo se lo pedí, no podía consentir que esta preciosa piel se viera afeada.

Entonces le dio un besito en la sien, muy cerca de la herida. Brooke alzó la cabeza para mirarlo a los ojos y Hunter aprovechó el detalle para besarla suavemente en los labios.

—Tengo una idea —le dijo sobre la boca femenina, como si fuera normal entre ellos achucharse cuando se quedaban solos—. Aquí tenéis todo un arsenal de accesorios que puedo utilizar —manifestó, sin hacer ningún ademán por separarse—. Parece que hayáis pensado en mí.

Brooke no sabía a qué se refería.

Sentía el aliento masculino en la cara y se debatía entre alejarse o comerle los labios hasta sentirse completamente saciada…

Debía hacer lo primero.

Pero, hizo lo segundo.

De repente, se puso de puntillas y, con toda la parsimonia del mundo, acercó su boca a la masculina sin llegar a tocarlo. Entonces lo contempló, dándole tiempo para que pudiera retirarse. Hunter entrecerró los ojos y esperó con curiosidad a ver en qué quedaba el desafío.

Brooke no necesitó más.

El tiempo se paró cuando comenzó a chupar los labios masculinos.

Enseguida, su lengua se introdujo en la boca de Hunter y aleteó en su interior como si supiera exactamente lo que quería hacer. Su acompañante se prestó gustoso hasta que la situación se le fue de las manos. Las caricias se hicieron más atrevidas y los gemidos crecieron hasta convertirse en un delirio agónico y desordenado. Brooke pensó en el sofá de la habitación y bufó enfadada; sabía que era pequeñísimo cuando lo compró, pero ahora le parecía ridículo. No podían tumbarse ni sentarse, así que terminó a horcajadas sobre las piernas del muchacho, como si la postura hubiera sido elegida libremente. Por su cabeza pasó la idea de que debían de tener cuidado porque el diminuto asiento era blanco como la nieve, pero enseguida se olvidó de todo lo que no fuera ese chico y sus trabajados pectorales.

Joder, tocar las líneas de su abdomen la conmocionó.

El abrigo de ella estaba abierto y Hunter lo consideró una invitación. Sin pensarlo, su mano derecha se adentró en territorio prohibido y fue ascendiendo en busca de los montículos que se adivinaban bajo la ropa. Ni siquiera se había planteado lo que iba a hacer, apartó el sujetador y apretó con fuerza los pezones de la muchacha, que se derritió al sentir la caricia. Cuando Hunter escuchó el

suspiro ahogado de Brooke, supo que estaba perdido.

Maldición.

No podía continuar con aquello… hasta que algunos extremos importantes fueran aclarados. Rumiando disyuntivas aterradoras y con el pene dolorido e inflamado, Hunter reunió la fuerza de voluntad suficiente para poner fin a sus caricias.

—Lo siento —le dijo con voz grave.

Después tosió, carraspeó e incluso resopló, pero estaba claro que no iba a continuar estrenando el minúsculo sofá.

Brooke lo contempló con rencor.

No podía culparla.

La mirada femenina estaba velada por un claro deseo sexual, tenía los labios hinchados y sus mejillas mostraban un rojo furioso e intenso. Iba a grabar esa imagen en su memoria, se dijo Hunter, profundamente abatido. Jamás había contemplado tanta belleza reunida en la misma persona y jamás renunciar a un polvo lo había trastornado tanto como en aquella ocasión. Durante un instante titubeó, era tan fácil prescindir de su conciencia… Sin embargo, algo dentro de él se rebeló con una firmeza insólita y desconocida.

Enfadado con el mundo entero, Hunter se comportó como el caballero que no era y, después de repasarle a aquella adorable y despeinada criatura el pelo con los dedos, la abrazó para disculparse por no seguir adelante.

—¿Me invitas a desayunar? —le preguntó él, lamentando haber empezado algo que no podía terminar.

Brooke asintió con cara de pocos amigos.

—Por supuesto —aceptó suspirando—. Si no deseas nada más…

Hunter movió la cabeza y sonrió con tristeza.

—Dame tiempo —le susurró, estrechándola con más fuerza—. Entonces lo querré todo, te lo aseguro.

Brooke se recordó que los Bramson jugaban a los acertijos para pasar el tiempo. Pues, ella no estaba para pensar mucho en aquel momento. Por favor, ¿dónde estaba ese ser amoral del que la había prevenido todo el mundo? Esperaba que ese chico no tratara de redimirse precisamente con ella.

Tal y como estaban transcurriendo los acontecimientos, no tuvo más remedio que sonreír para ocultar su decepción y confió en que aquel comportamiento tan extraño tuviera alguna explicación razonable.

Vale, con que tuviera una explicación le bastaba.

Un momento, nada de *una* explicación.

Ya le debía *dos* explicaciones.

Como la dichosa enfermedad por la que demoraban lo inevitable no

estuviera a la altura del Ébola, no veía la forma de poder perdonarlo.

◆◆◆

—Ese tipo es soporífero —le dijo Hunter al oído, al tiempo que le acariciaba la mejilla con la mano—. Vámonos, te invito a almorzar en cualquier sitio. Estoy muerto de hambre

Brooke le dedicó una mirada furibunda a su nuevo compañero.

—Te recuerdo que no estás obligado a estar aquí —farfulló ella bajito—. Además, siempre estás muerto de hambre. Deberías hacértelo mirar…

Hunter elevó una ceja y sonrió.

—Soy joven y estoy sano… —expuso sin darle importancia—. Es lo que tiene estar vivo, que hay que comer. Acompáñame, sin ti no será lo mismo…

Brooke lo contempló con el ceño fruncido.

—¿Sano? —le preguntó con retintín—. Avísame cuando lo confirmes… Te recuerdo que tenemos algo pendiente.

De repente, Hunter había dejado de sonreír para apretar las mandíbulas bajo toda aquella barba falsa y poblada.

—Ardo en deseos de confirmarlo… —murmuró, acercándose tanto a Brooke que la muchacha parecía estar en sus brazos—. Te aseguro que serás la primera en saberlo.

Se encontraban en plena clase de Derecho Penal, su acompañante le había pasado el brazo por los hombros y le hablaba al oído como si se hallaran en cualquier garito de moda.

—Nos van a echar al pasillo —le advirtió ella entre dientes, apartando la cara para que dejara de hacerle cosquillas con los dedos—. Compórtate, por favor. Es el catedrático de la asignatura y el autor del libro de texto. ¡Cállate y aprende algo!

El tipo barbudo con gafas modernas y peluca cobriza que estaba junto a ella sonrió con docilidad. A continuación, escribió en la palma de la mano de su preciosa y juiciosa acompañante.

«Me aburro», leyó Brooke, sin importarle lo más mínimo que Hunter Bramson no se lo estuviera pasando de miedo en una de sus clases favoritas.

«Quince minutos», escribió ella, a su vez, en la mano de él, aunque sin dejar de mirar hacia la pizarra.

Hunter respiró hondo y contempló la pantalla de su teléfono.

Quince minutos escuchando a aquel arrogante ególatra le parecieron excesivos. No obstante, saber que era el autor del cartapacio que Brooklyn llevaba a cuestas le inspiró cierto respeto. Solo por eso trató de prestar atención a

lo que el hombre decía, el problema era que no podía estar en más desacuerdo con él.

—Veo que hay un joven que disiente de lo que acabo de exponer —dijo de repente Lewis C. Harrelson con voz divertida—, o por lo menos, está negando con la cabeza como si dudara de mis palabras. Por favor… ¿su nombre es? Sí, me refiero al chico de la barba y la camisa blanca.

Brooke suspiró alucinada.

El joven que discrepaba y tenía barba era un imbécil disfrazado y aburrido que no podía mantener el perfil bajo.

—Mi nombre es John Williams, señor —explicó Hunter con soltura, sin importarle lo más mínimo que el profesor estuviera comprobando sus datos en la pantalla de una *tablet*—. Es cierto que no estoy de acuerdo con lo que acaba de afirmar; el número de delitos sin resolver me da la razón —continuó, como si dominara el tema—. Creo firmemente que puede existir el crimen perfecto. De hecho, yo podría estar mintiendo en este momento y no ser John Williams. No es difícil conseguir documentación falsa —expuso con seriedad—. Y, siguiendo con las hipótesis, he podido incluso asesinar a una chica y estar aquí sentado tan tranquilo.

Lewis Harrelson se atusó su magnífico bigote. Como era costumbre en él, carraspeó con carácter para lograr que su auditorio dejara de comentar en voz baja lo que aquel alumno había expuesto.

—Me temo, señor Williams, que no es tan fácil —argumentó el profesor, encantado de poder demostrar su sapiencia—. En primer lugar, su nombre aparece en la lista de alumnos matriculados en esta clase, por lo que tendría que haber falsificado sus datos al inicio del curso y dudo mucho que entonces supiera que iba a asesinar a una persona —informó sonriendo—. En segundo lugar, le advierto que con ese cabello no debería ir matando a chicas, imagino que atractivas; en su caso, no se necesitaría ni una prueba de ADN. Cualquiera podría comprobar de un vistazo que se trataba de usted. —El hombre sonrió de su propio chiste y los asistentes se vieron obligados a imitarlo, incluida una preocupada Brooke que ya veía a Hunter quitándose la peluca y las gafas para demostrarle a ese individuo lo equivocado que estaba —. De cualquier forma y, por si se le ocurre cometer algún delito, déjeme decirle que hoy en día es casi imposible engañar a todas las personas todo el tiempo. En cuanto uno empieza a escarbar en el pasado de un sujeto, comienzan a aparecer los fantasmas. Y, créame, el hedor que desprende un secreto enterrado contamina hasta la existencia más perfecta.

Como si se hubiera cronometrado, en el instante en que el famoso catedrático terminó su alegato, sonó el timbre que anunciaba el fin de la clase.

Hunter se puso de pie y aplaudió al profesor, consiguiendo con ello que lo secundara el resto del alumnado. El hombre abandonó el aula con una sonrisa en los labios. Estaba claro que Hunter no era el único que se aburría.

—Este tipo no tiene ni idea —cuchicheó el empresario disfrazado cerca del oído de Brooke—. En realidad, ha sido gracioso.

Brooke se separó unos pasos para mirarlo fijamente.

—¿Por qué John Williams? —le preguntó con curiosidad.

Hunter se alzó de hombros y sonrió.

—Hay cuatro personas con ese nombre en la clase —informó él sin dudar —. Yo también sé hacer los deberes.

Joder con el señor buenorro Bramson, pensó ella, acordándose de repente de la joven del ayuntamiento.

—¿Asesinar a una chica? —repitió Brooke sin darse cuenta—. ¿Cómo se te ha ocurrido algo así?

Hunter le pasó el brazo por los hombros y tiró de ella para animarla a caminar.

—Estoy hambriento; te aseguro que puedo asesinar por un mísero desayuno —murmuró con indiferencia—. Te invito.

Brooke ya había descubierto que ese chico tenía dificultades para contestar a sus preguntas. ¿Qué otras cosas se guardaría bajo la manga?

La aparición de Andrew acompañado del resto de colegas interrumpió el curso de sus pensamientos. La sola mención del asesinato de una mujer le había puesto la piel de gallina. Brooke examinó a Hunter con ojo crítico, pero no encontró nada sospechoso en el muchacho, acaso una sensación de victoria por haber engañado al señor Harrelson. Por lo demás, parecía tan inocente como un lindo corderito.

No obstante, tomó buena nota de lo sucedido.

Capítulo 21

Brooke revisó las cámaras de seguridad con mucho cuidado.

Habían tenido la precaución de que apuntaran hacia el suelo y con ello esperaba que no estuvieran infringiendo muchas leyes. Por supuesto, los dispositivos eran diminutos y no grababan sonido alguno. Se trataba de localizar mascotas, no de desarticular una banda de malhechores.

—¿Qué tipo de pasatiempos tiene Sansón? —le preguntó a Hunter, mientras examinaba las imágenes una y otra vez—. ¿Le gustan las personas? ¿Corretea siempre que puede? Aquí no hay nada. Tampoco aparece en las grabaciones del día del accidente ¿Os habéis planteado que no estuviera en el helicóptero?

Sentía la presión del tiempo como una losa que iba a terminar por aplastarla. Habían transcurrido cinco días y no disponían de ninguna pista sobre el paradero del perrito. Por otra parte, no sabía cómo asimilar lo que sucedía entre ese chico y ella. La gama de caricias, arrumacos y demostraciones de cariño que Hunter Bramson le dedicaba al día era tan excesiva como la barba o la peluca que había escogido para pasar desapercibido. Solo esperaba que al menos no fuera tan falsa.

Hunter pareció salir de su ensimismamiento en ese preciso instante.

Prestaba tanta atención a las imágenes que se iban sucediendo en la pantalla del ordenador que daba algo de pena. Observó a Brooke, suspiró con vehemencia y movió la cabeza.

—Estaba en el helicóptero, estoy seguro —afirmó sin vacilar—. Tenía que llevarlo al veterinario porque lo iban a vacunar, por ese motivo no acompañó a mi hermana. Le prometí a Alice que cuidaría bien de él —prosiguió preocupado —. ¿Te imaginas a esa chica enfadada? Es capaz de cualquier cosa.

Brooke asintió.

La sola mención de la hermanísima la ponía nerviosa.

Esa criatura malcriada y consentida la había amenazado en el hospital, no tenía la menor duda. Daba igual que lo hubiera hecho aprovechando que tenía una mancha verde en la mejilla. «El color de la muerte», le había dicho, sin inmutarse siquiera.

¿Se trataba de un juego más de la muchacha?

Brooklyn resopló desanimada, mientras trataba de convencerse de que todo lo sucedido fue fruto de los sedantes.

—¿Estás bien? —le preguntó Hunter, intentando alisar con el dedo índice las arrugas que habían aparecido en la frente de ella—. No te preocupes, estoy seguro de que lo vamos a encontrar.

Brooke decidió probar suerte.

—¿Recuerdas la noche que me visitaste en el hospital? —Intentó que su voz sonara calmada, aunque la caricia se lo estaba poniendo difícil—. No he podido acceder al resultado de todas las pruebas que me practicaron. ¿Puedes ayudarme? Al fin y al cabo, el hospital es de tu familia.

Hunter interrumpió el roce de sus manos para mirarla fijamente.

—Por supuesto. Espero que no estés nerviosa por eso —le contestó con una sonrisa espectacular—. ¿Temes padecer alguna enfermedad que el hospital no te haya comunicado? Déjame decirte que si hubieran encontrado cualquier anomalía, del tipo que fuera, te la habrían comunicado. Al igual que a tu familia, por cierto. Y, ya puestos —desapareció la sonrisa del rostro masculino. En su lugar apareció un gesto muy parecido a la timidez—, debo confesar que a mí también.

Vale, en voz alta y visto de aquella manera, quizá pudiera parecer un pelín paranoica. Brooke suspiró con impaciencia.

—¿De qué iba la prueba del bastoncillo? —indagó directamente—. Tú estabas en la habitación, incluso tu hermana llegó en ese momento. No me han comunicado nada al respecto y siento curiosidad.

Hunter se elevó de hombros y sonrió con indolencia.

—No recuerdo nada, pero te aseguro que ese hospital es un lugar serio y respetable que puede explicar cada una de las pruebas que realiza —expuso sin dejar de mirarla—. Cuando quieras, podemos acercarnos y resolver todas tus dudas.

Ella asintió.

Mientras Hunter se ponía la peluca, Brooke lo espió de reojo y comprobó que no se había alterado. Parecía estar diciendo la verdad. Lo que podía significar que lo hubiera imaginado todo: a Alice amenazándolo con revelar de qué iba la prueba del bastoncillo extralargo; a él llevándose a su hermana a toda prisa de la habitación y, por último, a medio hospital negando la existencia de la misteriosa prueba.

Cuando lo pensaba en su cabeza sonaba a confabulación, nada que ver con la simpleza que parecía cuando él lo verbalizaba, se dijo Brooke, en una intensa conversación con su «yo» interior. Así que decidió dejarlo por el momento; tampoco podía hacer otra cosa y tenía que centrarse en Sansón.

De repente, se le ocurrió una idea.

Sin embargo, no puedo compartirla con nadie porque su acompañante acababa de largarse con un simple «nos vemos» que la dejó confundida y desconcertada.

¿Era Sansón el responsable de la huida o tenía algo que ver la maldita

prueba que acababan de comentar?

En momentos como ese, Brooke echaba en falta disponer de un coche que le permitiera seguir su instinto. Entonces, pensó en el patinete de Andrew, pero se impuso la amarga y cruel realidad: el automóvil que manejaba Hunter Bramson tenía más de trescientos caballos, lo único que podía hacerle sombra a semejante artefacto era un cohete supersónico.

◆◆◆

La idea era correcta.

Tenía que hablar con el veterinario de Sansón.

Brooke accedió sin autorización a la ficha del animal y la repasó hasta encontrar la dirección que andaba buscando. Ella misma había creado un programa de ordenador que facilitaba los datos de los animales sin necesidad de indagar en todas las clínicas veterinarias del país. Ciertamente, se trataba de un *hacking* en toda regla, ya que se vulneraban sistemas informáticos de todo tipo para obtener información, sin embargo, se había autoconvencido de que practicar el bien restaba ilegalidad a la actividad y lo hacía sin pestañear ni sentirse culpable.

Antes de cerrar la aplicación, le llamó la atención el último dato que habían registrado en la documentación del cachorro: Sansón había recibido el recordatorio de la Polivalente y de la Rabia el día anterior.

«El día anterior».

Lo que era materialmente imposible.

Claro que también podía ser un truco de Hunter para que su hermana no sospechara nada. Conociendo a los implicados, todo era factible.

—¡Qué bien que estés aquí! —exclamó Andrew, con una expresión cercana a la felicidad —. Me han entregado el coche esta misma tarde, lo estoy probando. ¿Quieres dar una vuelta conmigo?

Brooke miró a su amigo con verdadera satisfacción.

—Síppppp —respondió, mientras cogía la chaqueta y se enroscaba la bufanda al cuello de cualquier manera—. Tenemos que pasar por *Maine Street*, es importante. Al parecer, vacunaron AYER a Sansón. Debemos que averiguar qué hay de cierto en ello. ¿Ha mentido Hunter o está engañando a su hermana? Ha salido corriendo, así que no he podido preguntarle.

Andrew Harper ayudó a su socia sosteniéndole la mochila y aguardó pacientemente a que esta bajara la cortina metálica de la entrada.

—Existe el formato digital —informó Harper con gravedad, mientras sopesaba el bolso de ella —. Ideal para que no sufras ningún problema de

cervicales —después de aclarar lo que pensaba de los veinte kilos de peso que su compañera llevaba a cuestas, Harper se centró en la información que esta le había proporcionado—. Ese chico me da mala espina. No me interpretes mal, me cae genial, pero me pregunto todos los días por qué me regaló un patinete de tres mil dólares. —Como siempre que algo le ocasionaba problemas, Andrew comenzó a dar vueltas sobre sí mismo—. Ya me conoces, se lo pregunté al día siguiente.

Brooke detuvo el movimiento de su amigo sujetándolo del brazo.

—Me muero por saber lo que te contó —musitó ella sin muchas esperanzas —. A mí me soltó que lo había hecho para compensar sus exabruptos contigo, pero resultan unos bufidos muy caros, ¿No crees?

Andrew asintió con expresión sombría.

—A Sally le dijo que desea conocerte —señaló, bajando la voz—. Lo que parece cierto. A John -y esto es lo más raro-, que te debe una buena disculpa. —Esperó el veredicto de ella: ninguno, así que prosiguió—. A mí me repite una y otra vez que lamenta lo sucedido el día del accidente. Pero, no menciona nunca a Sansón… Si no fuera tan mal pensado como soy —indicó con una mueca que representaba una sonrisa—, diría que sabe dónde se encuentra ese animal.

Brooke suspiró derrotada.

Había intentado engañarse, pero ella pensaba lo mismo.

Había conocido a bastantes dueños de mascotas y todos manifestaban las mismas características: ansiedad, inquietud, nerviosismo, desazón, preocupación… Pero ese chico estaba tan tranquilo. De vez en cuando parecía atormentado, pero la tormenta le duraba lo que un suspiro.

—Creo que le gustas —sentenció Andrew como colofón final—. Si no, ¿qué demonios hace con nosotros? Incluso parece estar pasándoselo bien. No sé si me entiendes… —Su compañero aguardó pacientemente hasta que Brooke asintió con la cabeza—. Llegados a este punto me asaltan otras cuestiones: ¿qué hace un empresario de éxito, ocupado y agobiado por el trabajo, ligando como cualquier universitario? ¿Le van tan bien los negocios que puede permitirse el lujo de perder el tiempo? Graves, no le encuentro ningún sentido a su comportamiento. En fin, no deseo estropear nada, pero todo esto es muy extraño.

Brooke entendía demasiado bien lo que su socio quería decir.

Hasta ese momento no habían hecho muchos amigos en aquella universidad y, de repente, un buenorro extraterrestre, empresario del año, con un montón de amistades y una agenda más ocupada que la de un ministro, se disfrazaba y compartía con ellos todas las horas que podía con la excusa de estar buscando el perrito de la hermana.

De la susodicha prefería no decir nada.

Allí había gato encerrado.

Mejor dicho, perro encerrado.

De cualquier manera, lo iba a comprobar en las dos siguientes horas.

◆◆◆

¿En serio?

Brooke parpadeó encantada.

Un SUV compacto de color blanco aguardaba estacionado en el aparcamiento del campus.

—Joder, Harper, no me habías dicho que te iban a comprar un Lexus —exclamó a punto de un colapso de envidia.

Su compañero se encogió de hombros y suspiró resignado.

—Yo prefería un deportivo negro como el de tu admirador nada secreto, pero no ha podido ser —informó compungido—. Según tengo entendido, este cacharro tiene el honor de ser el coche más seguro del año.

Madre mía, los de las estadísticas no sabían lo que se les venía encima, ese chico iba a fulminar todos los registros, pensó ella, sin exteriorizar lo que rumiaba.

—Las llaves, por favor —solicitó, incapaz de disimular una risilla de lo más tonta—. Me debes una y me la voy a cobrar ahora. Me flipa este coche.

Andrew le pasó el llavero, aunque antes de dejar que ella lo cogiera, la contempló con los ojos entrecerrados.

—¿Te debo una? —le preguntó desconcertado, ensombreciendo el gesto—. Me habías perdonado el accidente.

Brooke le guiñó un ojo mientras abría las puertas del coche.

—No digas tonterías, no hay nada que perdonar; fue un accidente —expuso ella con soltura mientras se sentaba al volante—. Me refiero a que gracias a mí tienes un nuevo patinete.

Andrew negó con la cabeza antes de ocupar el asiento del copiloto.

—Sabes que te aprovechas de una persona con ciertas dificultades de comprensión, ¿verdad? —resumió el muchacho sin ningún complejo.

Brooke soltó una carcajada tan intensa que Andrew la imitó sin darse cuenta.

—Sí —admitió, mirándolo de reojo—, pero solo un poquito y de forma muy leve…

El muchacho bufó como un toro.

Sin embargo, escuchando la sonrisa de su amiga y analizando su gesto distendido, no pudo evitar contagiarse de ella y terminar sonriendo.

Según su terapeuta, esa chica le hacía mucho bien y, por primera vez, Andrew no tuvo que pensar demasiado para darle la razón. Brooklyn Graves era una persona positiva y parecía satisfecha consigo misma. La energía que irradiaba a su alrededor era capaz, por sí sola, de cargar las pilas de cualquiera. Entendía que Bramson buscara su compañía; el tipo parecía vivir continuamente en un día nublado.

Andrew era especialista en estudiar gestos y posturas corporales. Llevaba haciéndolo toda la vida; de ello dependía el trato que dispensaba a las personas que lo rodeaban. Hacía mucho tiempo que dejó de ser una conducta aprendida para transformarse en otro aspecto más de su personalidad. Pues bien, sabiendo que hasta ese momento se había equivocado muy pocas veces, había elaborado su propia teoría al respecto de ese chico: Hunter Bramson buscaba algo y Brooklyn Graves parecía tener la llave para encontrarlo, era así de sencillo.

Su amiga era el elemento clave, estaba seguro.

Eso explicaría los gestos ansiosos del joven empresario, que se apaciguaban por arte de magia cuando ella aparecía. O la inquietud con la que la contemplaba cuando creía que nadie lo observaba. Según su madre, el amor transformaba a las personas, sin embargo, él no acababa de estar convencido de que ese fuera el sentimiento que predominaba en Hunter. Que el padre de su amiga fuera senador de los Estados Unidos y que Bramson tuviera que pagar impuestos millonarios por sus empresas era preocupante.

Andrew contempló a Brooke y contuvo la respiración.

La belleza de su socia era extraordinaria. La muchacha conducía canturreando y la dicha que exhibía su cara amplificaba su atractivo, si eso era posible.

¿Se trataba de algo tan simple como la superficialidad de la perfección anatómica?

Le costaba trabajo asimilar esa idea, pero de todas maneras, lo comprobaría pronto. No creía que un tipo como Bramson mantuviera durante mucho tiempo una situación tan insólita como aquella.

Capítulo 22

La clínica estaba situada en un edificio moderno y lujoso.

Y era apabullante.

Joder, todo un inmueble de diez plantas estaba destinado a la comodidad y al cuidado de la élite de la sociedad animal.

El mármol negro de la pared, los adornos dorados y la madera de ébano que rodeaba las enormes y opacas cristaleras les dijo que el lugar estaba destinado a desplumar al dueño de la mascota.

—¿Cómo se me ve? —le preguntó Brooke a Andrew, deteniéndose bruscamente en la entrada para arreglarse la bufanda—. Había oído hablar de la existencia de sitios como este, pero no había tenido la ocasión de conocer ninguno. —Como su acompañante había enmudecido, le sonrió para infundirle valor—. Debemos aparentar que nos sobra el dinero y que deseamos informarnos porque tenemos una perrita súper pija. ¿Qué te parece, Harper? ¿Podrás hacerlo? No necesitas decir nada, basta con que me acompañes.

Brooke aguardó sin perder la sonrisa. Su amigo la miraba fijamente y ella esperaba cualquier salida de las suyas.

—Estás perfecta… No, no soy exacto. Estás mejor que perfecta… Déjame ser más explícito: quiero decir que ahora estás mucho mejor que hace unos minutos, porque no parece que vayas a morir estrangulada por el regalo de mi madre —dicho lo cual resopló nervioso, volviendo a la cuestión principal—. Ahí dentro no seré capaz de hablar y no voy a estar a gusto —reveló su colega con sinceridad—. Probablemente me ponga a dar vueltas y a tartamudear. ¿Estás segura de que quieres que te acompañe?

Brooklyn no tuvo que fingir las carcajadas. Ese chico comenzaba a desarrollar un extraordinario sentido del humor y a ella le encantaba ser la artífice del mismo.

—¿Estrangulada? ¿Así de mal? —exageró a propósito—. Chico, podías habérmelo dicho. Bastaba con un: «Brooke, la bufanda parece una boa constrictor» —prosiguió, regocijándose con el apuro que empezaba a descubrir en su amigo—. Andrew, no debes preocuparte por nada. Te recuerdo que tienes el coeficiente intelectual más alto de toda la universidad —le sintetizó ella con expresión angelical—. Además, eres muy atractivo y, cuando sonríes, provocas el suspiro de toda fémina a tu alrededor, lo que quizá nos venga bien. —Le guiñó un ojo para infundirle valor—. Harper, probablemente pueda acceder al ordenador de la clínica y entonces necesitaré tu colaboración. Si Hunter Bramson está jugando con nosotros, debemos saberlo —insistió ella con dulzura

—. Por otra parte, estamos en números rojos. Este mes no habrá beneficios que repartir. Así que, haz un esfuerzo por el bien de nuestra empresa. —Sabía que el dinero era uno de los motores que animaba a su socio a salir de su zona de confort—. Puede que te anime pensar en los privilegios que conseguirás si le cuentas a tu terapeuta un logro tan importante. Además, no vas a estar solo; yo permaneceré a tu lado.

Terminó sonriéndole con cariño y aguardó sin mostrarse impaciente. Era importante que su colega no se sintiera presionado, solo así podría resultar de ayuda.

Brooke fijó su mirada en la placa de la entrada.

Las últimas plantas de la clínica estaban destinadas a acoger temporalmente a animales de tipología diversa. Le interesó la séptima: «canes con pedigrí».

Imaginó que, al igual que en un hotel de lujo de seres humanos, los dueños de mascotas de pura raza no deseaban la posibilidad de que la sangre de los animales se mezclara con la de aquellos menos afortunados.

Andrew tardaba en decidirse.

Brooke observaba a su amigo de reojo, pero lo disimulaba a la perfección.

Se habían acostumbrado a manejar algo de dinero; saber que ese mes no dispondrían de ningún centavo extra daría que pensar a la bien amueblada cabeza de Harper. Así que confiaba en que en ese minuto su socio hubiera hecho cuentas y le dieran los mismos resultados que a ella.

—De acuerdo —admitió Andrew, después de valorar los pros y los contras —. Intentaré no ponerme nervioso para no entorpecer la excentricidad que se te ocurra; cuando improvisas eres un peligro público —lo dijo con inquietud, como si temiera que su amiga acabara en prisión—. Brooklyn, sería aconsejable que respetaras la ley; no quiero recordarte de quién eres hija…

Brooke resopló con virulencia, agarró la mano de su amigo y tiró de él para que no se echara atrás. Al instante, estaban en el interior de la mayor clínica veterinaria de todos los tiempos. También era la más lujosa y, a tenor de los precios que se exhibían en un panel digital, también era la más cara.

—Hola —saludó Brooklyn con simpatía a la mujer que estaba detrás de un mueble descomunal de color celeste—. Tenemos una *bichoncita* de dos años, obediente y muy educada, a la que no podemos llevar con nosotros en un viaje de trabajo. Nos han hablado muy bien de esta clínica y de su residencia canina. ¿Podríamos ver las instalaciones? *Tiffany* es muy importante para nosotros.

La señora le devolvió el saludo y le facilitó un folleto digno de un concurso de diseño gráfico.

—Ahí pueden encontrar todo lo referente a las distintas estancias —expuso la mujer, mientras la repasaba con la mirada. Brooke advirtió que el traje que

lucía la empleada estaba hecho a mano. Increíble pero cierto—. También disponemos de precios especiales en el caso de que se vayan a usar los servicios de la residencia con frecuencia.

Brooke asintió mientras ojeaba la primera página.

No le extrañaba que le comentara la posibilidad de precios más asequibles; pasar un día en aquel lugar costaba la friolera de mil dólares. Agradeció que Laura Harper le hubiera regalado una bufanda con pedigrí porque la empleada los examinaba con una desagradable superioridad.

Inesperadamente, el gesto de la mujer cambió. La altanería dio paso a algo parecido a la cordialidad y Brooke temió que la hubiera reconocido.

—Podemos ofrecerles un recorrido por todo el edificio para que conozcan nuestras excepcionales instalaciones. Perdone mi curiosidad, pero me suena su cara —terminó diciéndole a Brooklyn—. ¿Es famosa? Lo siento, no consigo recordar dónde la he visto antes.

Efectivamente, en la transformación de la mujer había «gato encerrado».

—Mi amiga es la hija del senador Daniel Graves —soltó de repente Andrew—. Probablemente, recuerde su cara por eso.

Para no querer hablar, ese chico no se estaba cortando ni un pelo, pensó Brooke, sin perder la sonrisa y prometiéndose vengarse de ese bocazas en cuanto pudiera. Nada de regalarle su postre durante al menos una semana. Harper sabía perfectamente que ella odiaba hacer uso de las influencias familiares.

Debía haber omitido la parte de la pérdida de beneficios, ahora lo sabía. Su colega era tremendo cuando intervenía la microeconomía, se recordó Brooke, conteniendo las ganas de reír al darse cuenta de que parecía el comienzo de una canción de rap.

A partir de ese momento, se hizo el milagro: un apuesto joven apareció vestido de riguroso traje negro y los acompañó a los ascensores. Era alto, moreno y con los ojos verdes más claros que Brooke había visto en su vida. Ellos necesitarían a alguien con esa pinta para captar clientes, reflexionó afectada. Muy a su pesar, no podía dedicarse a admirar al empleado, otro enigma mayor la asediaba: cómo había sido llamado aquel tipo. Apostó mentalmente por alarmas insonoras bajo el mostrador y se dio cuenta de algo así podía suponer un problema.

—Soy Sam Rodríguez —dijo aquel galán de cine, sin perder la sonrisa—. Voy a ser su cicerone. Este lugar es enorme y es fácil perderse. Las tres primeras plantas están dedicadas a urgencias, clínicas y quirófanos. La cuarta y quinta, a animales estabulados. La sexta, a felinos y la séptima, a canes. Las tres últimas se utilizan como residencia. —El ascensor llegó en ese momento y el conserje-modelo los invitó a entrar—. Me temo que solo la décima planta cuenta con

alguna plaza libre —prosiguió, como si lamentara de verdad no poder ofrecerles más posibilidades.

—No se preocupe —contestó Andrew, sintiéndose obligado a responder al darse cuenta de que su socia había perdido la capacidad del habla y solo tenía ojos para el empleado—. Nos basta con que nuestra perrita se pueda quedar una semana.

Brooke asintió con la cabeza.

Se había despistado, impresionada por la pinta de ese hombre. Menos mal que Andrew era de fiar en ese aspecto. Cuando no le afectaba algo, se mostraba tan insensible como un témpano de hielo.

El cicerone-conserje-modelo los acompañó hasta una terraza acristalada desde la que podían observar un paisaje de césped verde repleto de canes felices y entretenidos. En uno de los laterales había varias cintas para que los perros se pusieran en forma y, en cada esquina, unas artísticas fuentes evitaban que aquellos privilegiados chuchos se deshidrataran. Un grupo de personas vestidas con batas azules cuidaban de los animales. Las pelotas, los peluches, y los juguetes de goma abundaban por toda la zona.

—En la otra ala están los dormitorios —comunicó el empleado con orgullo —. Acompáñenme, por favor.

En ese momento, Brooke recibió una llamada telefónica.

—Andrew, acompaña al señor Rodríguez —solicitó con una sonrisa—. Enseguida voy yo.

La dejaron sola delante de una pantalla digital.

Cinco minutos más tarde ya sabía cuanto necesitaba.

◆◆◆

—¿Estás segura? —volvió a preguntarle Andrew al llegar al coche.

Brooke puso los ojos en blanco y suspiró con desesperación.

—Te lo repito por enésima vez —aseguró ella, fingiendo enfadarse—. No había registrado ningún bichón maltés cuyo dueño fuera un Bramson. Es más, no había ningún animal de esa raza en todo el complejo. Y, para tu información, el sistema no tenía ni un mísero «cortafuegos». Así que, no he tenido que infringir ninguna norma. Ha sido tan fácil acceder a los datos que hasta yo estoy preocupada. —Sonrió con ironía—. Imagino que no están acostumbrados a defender la intimidad de sus *clientes*.

Andrew tomó asiento y la miró fijamente.

—Está bien —admitió el muchacho sin mucho convencimiento—. Entonces, el cachorro blanco que bebía agua en la fuente de la décima planta.

¿De qué raza era?

Brooke volvió a negar con la cabeza. Se puso el cinturón y pulsó el botón de arranque con suavidad.

—Joder, Andrew, te voy a tener que quitar el título del más listo… —expresó tan tranquila—. Era un bichón frisé, una especie de primo del bichón maltés. El pelo del frisé es rizado y el que buscamos lo tiene tan lacio como si se lo hubieran alisado en una peluquería… En serio, no se parecen. Incluso el tamaño es distinto. El que tú has visto es mucho más pequeño que el que buscamos.

Andrew Harper utilizó su teléfono para comprobar los datos que Brooke le estaba facilitando. Solo después de leer todo lo que le salió al paso respecto de ambas razas, aceptó la información y la tesis posterior de su amiga.

—De acuerdo, confío en tus palabras, pero debes entender que no suelo equivocarme —declaró con algo parecido a la sorpresa—. Tengo que admitir que esperaba descubrir a Sansón en ese lugar para perros ricos y, ya puestos, eso confirmaría mi teoría de que Hunter Bramson busca algo de ti.

Brooke volvió a suspirar, aunque no disimuló el cariño que empezaba a sentir por aquel chico.

—Siempre hay un primer momento para todo, Harper —sentenció ella encantada—. También para equivocarte. ¡Bienvenido al club!

Andrew no parecía muy alegre por pertenecer a un grupo tan poco selecto. De hecho, durante todo el viaje no dejó de mascullar alguna cosa.

—¿Le han podido ensortijar el pelo en ese lugar? —se preguntó a sí mismo en voz alta—. Por mil dólares al día hasta yo me rizaría el pelo.

El bufido de Brooke lo devolvió a la realidad y, al instante, ambos se partían de risa.

◆◆◆

Brooke condujo el Lexus hasta su casa.

En situaciones normales habría dedicado una oda a la excelencia del vehículo. Sin embargo, ese día no podía perder tiempo; se despidió de su amigo y aguardó en la acera hasta que lo vio desaparecer -sin ningún percance- al final de la calle.

Entonces volvió a la clínica.

Ese era el día libre de Taylor y no quería tener problemas con el senador por coger el coche sin permiso, así que pidió un Uber y lo pagó con todo el dolor de su alma.

Debía ser verdad eso de que *Dios aprieta pero no ahoga* porque el vestíbulo

de la clínica estaba atestado de personas que esperaban acompañadas de sus mascotas. Si todo marchaba como esperaba, no necesitaría contratar unos días de estancia canina para comprobar si estaba en lo cierto o no. Agradeció a los hados que solo hubiera un mostrador con dos empleados. Fingió leer uno de los paneles cercanos a la recepción del lugar mientras enviaba un wasap a Hunter:

—¡Buenas noticias! ¡Hemos encontrado a Sansón sano y salvo! —escribió ella a toda velocidad—. ¿Podemos vernos?

Al instante aparecieron las rayitas azules.

El mensaje acababa de ser leído.

—Por supuesto —contestó Hunter—. Ven a casa y lo celebramos.

Su móvil recibió una localización y ella comenzó a ponerse nerviosa.

Si las cosas no salían como esperaba, iba a hacer un ridículo espantoso. Entonces sucedió algo mágico: el teléfono de recepción comenzó a sonar y la empleada más cercana a su posición contestó con formalidad.

«Un momento, lo compruebo… —dijo la mujer, mientras tecleaba en el ordenador—. Señor, según el registro, su perrito continúa en nuestras instalaciones: planta novena, habitación 915. No es ninguna molestia. Que tenga un buen día».

Brooke no esperó mucho más.

Ocupó una mesa auxiliar, de las que estaban atestadas de chuches para mascotas, y comenzó a redactar una autorización para recoger al afortunado Sansón. No fue difícil, sobre todo porque, gracias al contrato que Hunter había firmado con ellos, disponía de una copia escaneada de su licencia de conducción, que utilizó para rellenar el documento. Por último, envió el escrito a la residencia canina con una identidad que atribuyó al dueño del can. Añadió sus propios datos y una hora después, Brooke abandonaba la clínica acompañada de un cachorro ávido de volver al mundo exterior.

Aunque no tanto como ella de conocer los motivos que habían llevado a Bramson a gastarse una fortuna para que el perrito disfrutara de aquellas vacaciones caninas. Seis mil dólares le había costado la estancia del chucho en aquel hotel de lujo. Lo curioso era que habían devuelto mil -a través de la tarjeta de crédito con la que se acordó- porque se exigía el pago por adelantado y el dueño había contratado siete días con sus noches.

Joder, ¿sería posible que Hunter hubiera ideado aquella estupidez tan cara solo para estar cerca de ella?

La mera posibilidad ya la ponía nerviosa.

Incluso Andrew lo pensaba.

Por supuesto, no se iba a dejar amedrentar por las reservas de su amigo, ni por las suyas propias.

Bueno, ahora solo quedaba preguntárselo al susodicho…

Capítulo 23

Brooke se bajó del segundo Uber con Sansón en brazos.

Sumó mentalmente las cantidades que había pagado por no disponer de coche propio y suspiró de frustración. Le quedaban cincuenta dólares en el banco. Con lo que le había supuesto la última carrera, podría haber sufragado unas cuantas horas en la residencia para canes y varios días completos en un hotel para humanos proletarios.

El perro estaba encantado con el hueso de plástico que Brooke había cogido de la mesita de la entrada por la módica cantidad de diez dólares. Era barato si tenía en cuenta que las galletas costaban veinte y que ya no había ninguna otra cosa que su maltrecha economía pudiera pagar.

En realidad, le pareció un animal muy bien educado, algo que la sorprendió gratamente porque el conductor del Uber le puso cara de perro cuando la vio acompañada por uno. El hombre le proporcionó una manta que había conocido tiempos mejores y aceptó el encargo por el precio tan desorbitado que había pagado el cliente (o sea, ella), estaba segura.

—Vamos, Sansón —le susurró al animal, mientras contemplaba sorprendida el edificio que tenía delante de las narices—. Hay alguien que nos debe una explicación.

La decepción fue estratosférica.

Hunter Bramson no le había enviado la dirección de su casa, apartamento o cualquier inmueble destinado a una vivienda. No la iba a recibir con una gran sonrisa y la iba a estrechar entre sus brazos cuando le pidiera explicaciones. Tampoco habría declaraciones de amor, ni practicarían sexo de una maldita vez. Por supuesto, superada la enfermedad-infección-virus-malestar o inconveniencia que tuviera.

Maldita sea.

Ese engreído, extraterrestre y buenorro, la esperaba en su empresa.

La desilusión fue tan grande que hasta Sansón lo notó. El cachorro comenzó a lamerle la mano para infundirle ánimo y ella se lo agradeció acariciando su extraordinaria pelambrera con los dedos. Después lo dejó en el suelo, donde el perro permaneció tieso como una vela, confiando en que ella no tardaría en decidirse a entrar.

En fin, Hunter era el empresario del año, se recordó Brooke para no venirse abajo, lo normal era encontrarlo trabajando. Algo que Andrew aplaudiría, sin ninguna duda.

Vale, a ella no le ayudaba nada pensar que fuera un tipo responsable y

trabajador. De tener cerca al secretario de su padre le hubiera dicho cuatro cosas… Por favor, ¿dónde podía encontrar al representante del vicio a gran escala del que le habían advertido todos?

Sansón observó la poca intención que tenía su acompañante de acceder al inmueble y le echó una mano, colándose entre las piernas de un grupo de personas que acababan de salir.

El edificio era un rascacielos sólido y moderno, cubierto de acero y vidrio. En el interior, una colosal H unida a una B proclamaban orgullosas a quién pertenecía aquella reformada construcción.

Brooke empezó a sentirse mal.

Solo en la entrada, contó siete empleados. Si a ello le añadía los muebles de diseño y los murales ultramodernos de las paredes, aquel entorno resultaba abrumador. Algo así no encajaba con un tipo disfrazado que se lo pasaba en grande compartiendo su tiempo con unos frikis universitarios.

En ese momento, Brooklyn deseó no haber descubierto el escondite de Sansón; era penoso reconocerlo, pero esa semana había sido la más feliz de toda su vida. Observando todo lo que la rodeaba, comprendió que la dicha que últimamente le hacía más liviana su existencia estaba a punto de desaparecer.

◆◆◆

Hunter cerró los ojos y se obligó a respirar.

Esa misma mañana le habían comunicado que recibiría los resultados de las pruebas en mano y allí estaba, mirando como un cordero degollado la puerta de su despacho. En breve, una persona con un sobre lacrado lo haría el hombre más feliz de la tierra o el más desgraciado… Era una extraña casualidad que Brooke hubiera escogido ese momento para aparecer con Sansón.

Una señal del destino, estaba claro.

Esa idea lo tranquilizó de inmediato. Ni siquiera se sobresaltó cuando el sonido del teléfono interior interrumpió los derroteros que estaban tomando sus pensamientos.

Todo iba a salir bien, imploró en realidad.

—La señorita Graves ha llegado… acompañada de… Sansón —informó su secretaria, con un deje extraño en la voz—. La paso, tal y como me has pedido.

Al instante, la puerta se abrió y la criatura más bella del universo apareció ante sus ojos, seguida de una bola de pelo blanco. Curiosamente, el animal permanecía junto a la chica sin transformarse en *Mr. Hyde*. Hunter contempló la estampa que formaban completamente atónito. Una semana atrás, ese sinvergüenza habría corrido hasta él y lo hubiera lamido hasta cansarse. Prefería

no pensar en los bocados que le habría propinado para recordarle lo mucho que le gustaban las galletitas de avena y nueces con las que lo chantajeaba.

En aquel momento, can y humana hacían lo mismo: ponerle ojitos…

¡Joder!

A ella se la comería entera.

Sin embargo, optó por algo más comedido y le ofreció a Sansón un dulce con forma de hueso. En cuanto olió los frutos secos, la corrección del chucho se fue al garete y lo saludó a la vieja usanza, es decir, con babas, mordiscos y arañazos.

«Algunas cosas no cambian», pensó Hunter sonriendo.

—Te he ahorrado mil dólares —espetó ella como saludo, mirándolo fijamente—, aunque a tenor de la choza que te puedes permitir —abrió los brazos como si quisiera abarcar el edificio entero—, no hay duda de que te sobran. Por favor, no te cortes, puedes incluirlos en la factura como un donativo especial por haberte aguantado durante esta semana. Los chicos van a apreciar el gesto.

Hunter no perdió la sonrisa.

Era maravillosa, pensó mientras controlaba las ganas de estrecharla entre sus brazos.

—¿Los chicos solamente? —le preguntó, llevándose una mano al pecho—. Eso me ha dolido.

Como siempre, Brooke no había pensado en nada. Se había subido en dos vehículos que le dejaron la cuenta corriente temblando y esperaba…

¿Qué esperaba?

Desde luego, no esperaba encontrarse con aquel atractivo e irresistible individuo luciendo un Armani, alardeando de empresario del año. No localizó su chaqueta, por lo que dedujo que estaría detrás de alguno de los tableros grises con los que habían forrado las paredes. La camisa blanca destacaba el moreno de la piel masculina y el chaleco azul con una delgadísima línea celeste acentuaba el color de los ojos de aquel espécimen de las estrellas. En una novela se habría remangado la tela de la camisa para exhibir antebrazo y recopilar suspiros. En la realidad, lo que exhibía era un par de gemelos tan sofisticados que casi conseguían causar el mismo efecto.

¡Joder, sabía que era mega rico, pero hasta ese momento no lo había sentido tan real!

El despacho respondía a lo que algún diseñador de moda había considerado apropiado para un tipo como él. La mesa de caoba era enorme, los sillones de cuero le parecieron excesivamente modernos y algo excéntricos. El cuadro modernista de tamaño colosal centraba la atención en torno a la mesa y, en uno

de los laterales, un sofá gris con mesa rectangular extragrande y sillones a juego, delimitaba distintos espacios. Las alfombras, los muebles de las paredes, la pantalla que ocupaba casi toda una pared y los cuadros eran alucinantes y muy caros. Incluso las mesitas auxiliares eran de madera de sequoia americana.

Brooklyn resopló nerviosa.

¿Estaba segura de querer seguir adelante?

Descubrir que Sansón había estado localizado y en un balneario para perros todo aquel tiempo le había hecho creer que quizá aquel tipo guapísimo y encantador -no iba a empezar con los adjetivos- estuviera interesado en su persona…

¿Estaba perdiendo el juicio?

Hunter se había acercado a ella, su aroma la avasallaba y parecía reclamar un tímido reconocimiento. Brooke no se apartó, permitió en silencio que él le diera un besito en la frente y, sin que ninguno de los dos lo tuviera planeado, acabaron uniendo sus labios en una caricia sutil e inocente.

Al darse cuenta de lo que hacía, Hunter se apartó con delicadeza. Aquella cría lo volvía loco y con suerte se lo demostraría en la próxima hora, se dijo nervioso, al comprender que estaba a punto de mandarlo todo al diablo y lanzarse al vacío.

De nuevo el destino interrumpió sus deseos, comprendió aterrado, al escuchar el interfono.

—Lucius Green ha llegado —dijo una voz femenina—. ¿Lo hago pasar a la sala de reuniones?

Hunter contuvo el aliento al contemplar a la hija del senador Graves.

—Sí, la sala de reuniones estará bien. Gracias, Kim —respondió con voz rara—. Voy enseguida.

Brooke comprendió que sucedía algo fuera de lo normal por el gesto que adoptó la cara de Hunter.

—¿Puedo ayudarte? Te has puesto pálido de repente —manifestó ella con preocupación—. Ya me conoces, lo mismo encuentro un perro escondido en un hotel de lujo que resuelvo acertijos en transatlánticos… Una todoterreno, vamos, y por un módico precio. —Sonrió, encogiéndose de hombros—. Ya te digo, estoy planteándome cambiar el negocio y reconvertirlo en una guardería para chuchos ricos. Creo que nos iría mejor…

Su objetivo era hacerlo reír, pero fracasó estrepitosamente.

Hunter la contempló de forma enigmática y negó con la cabeza.

—Con suerte, no voy a precisar más tu ayuda —expresó él, dirigiéndose hacia la puerta—. Esto… no me llevará más que unos minutos. Después hablaremos.

Brooke asintió con impotencia.

Por favor, no deseaba más adivinanzas en su vida. De hecho, no deseaba más misterios sin resolver en lo que le quedaba de existencia.

Era el momento de obtener respuestas, no de aumentar los enigmas.

Lo vio salir de la habitación seguido de una bola de nieve en forma de perro. El animal no se separaba del tipo del Armani más que unos pasos. Claro que, después de las vacaciones que le había negociado el empresario, ella también lo seguiría.

Brooke agradeció que hubiera paredes que le permitieran intimidad, porque estaba a punto de registrar el despacho. Que la hubieran dejado sola suponía una invitación que no iba a desaprovechar. Necesitaba encontrar de una maldita vez la respuesta a tanta pregunta. Por otra parte, todo lo que sucedía era tan extraño que no se sentía mal por cometer aquella diminuta infracción.

Gracias a Dios, y a su *deformación* profesional, antes de iniciar sus pesquisas miró a su alrededor. La habitación estaba equipada con dos cámaras de seguridad que no disimulaban la brillantez de una lucecita verde.

Vale, estaban encendidas.

Así las cosas, no le quedaba otra que comportarse como la hija de su padre. Brooke tomó asiento en el descomunal sofá gris y contempló los libros que descansaban debajo del cristal de la mesa. Descartó los más alejados y, después de ojear algunos ejemplares sobre economía para principiantes, se centró en el que parecía esconder algo entre sus páginas.

Fingió interés sin ninguna dificultad, porque realmente era lo que sentía. Seis fotografías contenía el volumen de Paul Samuelson. El mamotreto le permitió examinar las imágenes con total libertad.

Era ella en la primera: sola, quizá muy sola.

Era ella en la segunda. Tan sola como en la anterior.

En la tercera y cuarta, aparecía acompañada por sus colegas de universidad. Estaban sentados bajo la sombra de un platanero y sonreían por alguna estupidez. «Frikis al poder», pensó al contemplarse.

La quinta era ella de nuevo.

Y la sexta volvía a ser ella, pero en esa ocasión solo habían captado su cara. Menos mal que era fotogénica porque las dimensiones de su rostro daban repelús. Entonces se dio cuenta de que era la misma fotografía que había encontrado en primer lugar, lo que significaba que alguna persona había estado interesada en reconocer sus rasgos faciales. O, que le gustaba mucho a alguien, le dijo esa voz que de vez en cuando le alegraba las fiestas.

Brooke examinó la parte posterior de las fotografías. En una de las esquinas, unos números manuscritos encajaban con lo que podían ser las fechas

en que las hicieron. Y, por la ropa que llevaba en las fotos, estaba de acuerdo.

Qué alucinante, el año anterior había sido espiada por Hunter Bramson.

Madre mía.

En cuanto fue consciente de que el interés del muchacho no era fruto de su imaginación, el corazón se le desbocó dentro del pecho y las sienes comenzaron a palpitarle con fuerza. Al instante, estaba tan agitada como Sansón cuando creía que iba a recibir su ración de chucherías.

¿Podía ser cierto que le gustara a ese chico?

Y, ¿qué significaba que llevara un año vigilándola?

Eso no le gustó tanto, pero seguro que tenía explicación.

«Sí, muy seguro», le dijo su conciencia de nuevo, aunque esa vez con cierta ironía.

Capítulo 24

Brooke trató de disimular el nerviosismo que le corroía por dentro.

Quince minutos antes se había entretenido mirando a través del cristal de una de las ventanas. Como estaban en la planta cuarenta, era difícil ver otra cosa que no fuera edificios y nubes. No sabiendo qué hacer, comprobó los mensajes que había recibido, le envió algunas aclaraciones a Sally y verificó el último presupuesto que le había remitido John Wright. Además, indagó el precio del coche de su amigo y envidió su suerte. De seguir trabajando a ese ritmo, en un siglo aproximadamente se podría permitir un cacharro parecido.

El empresario seguía sin dar señales de vida, constató Brooklyn, dándose una vuelta por la habitación para terminar sentándose en el mismo sitio.

Llevar internet enlatado en el teléfono era ideal para momentos como ese, hasta se iba a permitir el lujo de ojear los periódicos de mayor tirada. Las noticias se sucedían con desorden hasta que una de ellas llamó su atención: «Hallado el cuerpo sin vida de Stefanie Borowitz. La joven, que llevaba desaparecida varios meses, ha sido encontrada esta madrugada cerca de Coney Island. Se barajan distintas hipótesis, entre las que podría estar el asesinato, ya que el cuerpo presenta señales de violencia…». La fotografía de la chica luciendo el vestido de lentejuelas le hizo recordar el tropiezo que tuvo con ella la noche de la gala del ayuntamiento. La seguridad de que se trataba de la misma persona seguía incólume. Brooke trató de localizar más información al respecto, pero no obtuvo ningún resultado. De repente, un nerviosismo obstinado y desagradable la obligó a llamar a la estación de policía donde prestó su declaración. Un agente se puso al teléfono y le comunicó que, en cuanto pudieran, se pondrían en contacto con ella. Al parecer, no era la única que había llamado, estaban recibiendo cientos de llamadas afirmando haber visto a la desaparecida en distintos sitios y necesitaban las líneas libres. Seguidamente, el tipo cortó la comunicación.

Brooke suspiró intranquila, parecía increíble que le hubiera sucedido algo a aquella muchacha. Parecía tan llena de vida… Imaginó el sufrimiento de los Borowitz y bufó agobiada. Si ella desapareciera, confiaba en que al menos Taylor la echara de menos.

Empezaba a quedarse sin distracciones y Hunter no aparecía.

Durante unos interminables minutos, estuvo tentada de largarse de allí, pero la curiosidad pudo más y volvió a sentarse en el espléndido sofá de diseño. Había pasado tanto tiempo desde que el empresario del año abandonó la habitación que incluso la excitación inicial se había transformado en un simple

cosquilleo dentro del pecho.

Cuando las agujas del reloj marcaban una hora exacta de abandono y aburrimiento, Hunter entró en el despacho, escoltado por la misma bola de pelo blanco que la había suplantado sin ningún remordimiento. El perro corrió hacia las manos femeninas en busca de alguna golosina. Desilusionado con el resultado, se olvidó de su rescatadora para repantigarse en un cojín de suelo que alguien, con mucho afecto, había situado en uno de los laterales de la mesa.

«Como la vida misma», reflexionó Brooke, comparando el comportamiento del animal con el de algunos humanos. Entonces Hunter buscó en un cajón y, como si de un truco de magia se tratara, sacó una mantita beige (sin duda, con pedigrí de más de tres dígitos), extrasuave y extraconfortable, que utilizó para tapar a un dócil Sansón. A continuación, el animal cerró los ojos y comenzó a roncar como cualquier individuo satisfecho con su suerte.

—Le encanta ese trapo —aclaró su cuidador sin necesidad—. ¿Por dónde nos habíamos quedado? Siento haberte hecho esperar. A veces, las cosas se complican, como ha sucedido hoy.

El tono de voz que había utilizado el empresario extraterrestre y buenorro le hizo recelar. Al instante, Brooke supo que pasaba algo y tuvo miedo. Con el paso del tiempo se había preguntado por qué se lanzó al vacío sin ninguna red que la protegiera; solo tenía que haberlo dejado hablar primero. Quizá había manipulado sus recuerdos para sentirse mejor consigo misma, pero no conseguía librarse de la imagen de un Hunter nervioso y desanimado. Pudo haber sido el gesto angustiado del rostro masculino o que el gris azulado de sus ojos se hubiera transformado en un sorprendente antracita. Incluso los aspavientos que hacía con las manos resultaban exagerados.

Eran tantos los indicios que detectó… que tenía que haber sido más prudente. Había leído en algún sitio que guardar silencio hace más inteligente al sujeto que lo practica, además, éste cae mejor y lo hace más poderoso. Lástima que hubiera procesado la información demasiado tarde.

—Me gustas —le soltó ella a bocajarro—. Pero creo que eso ya lo sabes. No sé por qué has entrado en mi vida. Ni por qué has fingido haber perdido a Sansón. —El perrito alzó la cabeza al oír su nombre, olisqueó el aire en busca de comida y, al comprobar que había sido una falsa alarma, volvió a acomodarse en su asiento acolchado—. En realidad, no entiendo una mierda… Unas veces, parece que estés colado por mí —prosiguió ella, mirándolo fijamente—. Otras, sin embargo, huyes despavorido. ¿Te gusto?... O, mejor aún, ¿estás jugando conmigo, Hunter Bramson? ¿Es eso?

Hunter entrecerró los ojos y sonrió.

No podía seguir contemplándola; la admiración que sus palabras

despertaron en él sería tan evidente que nada de lo que le dijera tendría algún sentido. Bajó la vista al suelo y tomó aire con fuerza. A todas las cualidades que sabía que esa criatura tenía, debía sumarle la de la valentía. «Me gustas», le había dicho clavándole aquellas preciosidades azules…

Azules…

¡Joder, la amaba tanto que dolía!

—Sí, sé desde hace algún tiempo que te gusto. —Admitió él sin perder la sonrisa—. Lo que ha dejado de ser… atrayente. —Brooke advirtió un pequeño tic en los labios masculinos y se preguntó por qué no estaba siendo sincero del todo—. Mañana te habría comunicado que salgo del país en viaje de negocios o que inicio una relación con alguna modelo… Lo siento, Brooke. En realidad, después de conocerte decidí que serías mi «semana libre» —reconoció sin sentirse culpable—. Tus amigos y tú me habéis ayudado a cargar las pilas y por eso os estaré eternamente agradecido. Por supuesto, añadiré varios ceros al cheque…

Brooke no supo encajar sus palabras.

—¿En serio? ¿Tu «semana libre»? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme? —expresó, sin ocultar la decepción que sus palabras le provocaban—. No te creo… hay algo más, tiene que haberlo… —se dijo a sí misma—. ¿Por qué te molestaste en seguirme hace un año? He encontrado en el Samuelson de tu mesa una selección de algunos de mis mejores momentos. ¿Por qué me espiaste el año pasado, Hunter? ¿Es así como eliges tus «semanas libres»?

Hunter frunció el entrecejo y entrelazó las manos.

Descubrió enseguida que ella analizaba todos sus gestos y trató de mantenerse calmado, lo que era materialmente imposible. Para no alargar la tortura, abandonó su asiento y fue hasta el interfono. Después hizo algo a lo que estaba acostumbrado.

—Kim, por favor —solicitó con frialdad, sin añadir nada más.

A continuación, su perfecta y curvilínea secretaria entró en el despacho y le dejó un papelito sobre la mesa. La chica aguardó unos segundos y salió después con elegancia.

Hunter tomó el cheque y lo depositó sobre el libro que estaba delante de Brooke.

—Las fotos son de Alice. Mi hermana se toma muy en serio los papeles que interpreta —susurró contrariado—. Las bajó de internet para hacer de hija arrepentida con el senador. No estabas tan drogada como para no poder recordarlo —indicó, bajando la voz hasta convertirla en un susurro imperceptible —. Te las pensaba dar ella misma… Lo siento, Brooke, pero a mí no… me gustas. Creía que lo había dejado claro al no mantener sexo contigo. —Cerró los

ojos al decirlo—. Una semana, no quería nada más.

Brooke sintió que un agujero negro se abría bajo sus pies.

—Joder, Hunter, tú sí que sabes romper el corazón de la gente. —Sonrió abatida—. Qué digo… nada de roto, me lo acabas de extirpar —señaló, poniéndose de pie—. Aunque, nada que no pueda solucionar una tonelada de tortitas con sirope que, como sabes por la maravillosa «semanita» que te has dedicado, son mis preferidas. —Tras la parrafada, la sonrisa le salió mejor—. Y, ahora hablemos de negocios. Tú has estado «jugando», pero para nosotros no era ningún juego. Así que este trozo de papel no paga tu excentricidad, sino el trabajo de cuatro personas. Me lo quedo, Hunter. Los negocios son los negocios… —reconoció, elevando los hombros con indiferencia—. Dicho esto, espero no volver a verte en lo que me queda de vida.

A continuación, metió el cheque en su bolso y salió con tanta elegancia como la secretaria unos minutos antes. Por supuesto, sin mirar a ese descerebrado; se estaba tragando las lágrimas y temía que al final lo echaran todo a perder. No soportaba las despedidas indignas, había visto las suficientes de su madre como para saber lo que se pensaba al presenciarlas.

Al salir del despacho chocó con alguien.

Realmente la culpa no fue de ella, daba la impresión de que la persona estuviera escuchando detrás de la puerta, porque solo así podía explicarse el encontronazo.

Brooke parpadeó sorprendida al descubrir de quién se trataba.

—Lo siento…

Alice Bramson la contempló con frialdad.

—Sí, deberías sentirlo —afirmó la chica, sin explicar nada más—. Cumple tu palabra y no vuelvas a ver a Hunter, ni siquiera veas a mi perro. Eres como todas… Bye, Brooklyn.

Estaba claro que la hermanísima estaba al tanto de la decorosa despedida que le había soltado a Hunter.

Brooke podía haber dicho muchas cosas, pero en esa ocasión hizo lo correcto y no echó más leña al fuego, tampoco estaba en su mejor momento. «No te preocupes —le hubiera dicho encantada—, tengo tantos de deseos de volver a ver a tu querido hermano como tú a mí». Sin embargo, contempló el rostro extremadamente maquillado de la chica y solo asintió. «Eres como todas», le escupió la hermana, y quizá tuviera razón. Lo que Brooke no acababa de entender era la ofensa que todo aquello ocasionaba a la muchacha. Que ella supiera no era tan extraño que una mujer se colara por un hombre, tuviera éste hermana, perro o gato.

Se obligó a sí misma a continuar siendo la dueña de sus pensamientos y no

contestó. Sabedora de que no conocía aquellos pasillos, Brooklyn siguió la dirección que indicaba el dibujo de una de las sofisticadas alfombras con la esperanza de que la llevara hasta los ascensores. Por supuesto, no miró atrás; sentía los ojos de la muchacha taladrándole la espalda y no le daría ese gusto.

Acertó, la línea verde del suelo la condujo hasta el rellano de los elevadores y allí pudo respirar con más calma. Esa chica tenía la rara habilidad de erizarle el vello de todo el cuerpo, pensó mientras se acariciaba los antebrazos.

Bueno, lo de las tortitas podía ser una buena idea, aunque una tonelada no sería suficiente, le dijo la voz de su conciencia, a la que agradeció que eludiera el hecho de que en ese momento se sintiera más sola que nunca.

◆◆◆

Brooke contempló su imagen en el espejo y se dio lástima.

Tenía unas ojeras profundas y despiadadas alrededor de los ojos que le recordaron que llevaba tres días sin dormir. Sabía que podía conseguir pastillas para quedarse grogui con solo visitar el baño de su madre, pero no estaba dispuesta a depender de los barbitúricos, como le sucedía a su querida progenitora. Por tanto, tenía que superar el rollo amoroso y esperaba hacerlo en menos de una «semana». Su orgullo y su autoestima estaban en juego, se dijo a sí misma, tratando de reunir cualquier atisbo de dignidad que aún no hubiera desertado de sus filas.

Siguiendo la filosofía de Susan Graves, Brooke se embadurnó cara y cuerpo con todas las cremas que encontró en su baño y, además, se perfumó con la última fragancia floral que le habían regalado en Navidad. El pijama era una maravilla rosada de dos piezas de algodón satinado, cuyo tacto la hizo suspirar. Dejó el pelo para el final porque no pensaba emplear demasiado tiempo; lo secó con el difusor y permitió que aparecieran los preciosos rizos que la acompañaban desde la niñez. Al día siguiente se haría una coleta, pensó mientras abandonaba la estancia y entraba en su alcoba. Sus padres tenían unas normas muy estrictas en cuanto al pelo: los rizos restaban seriedad a sus *outfits*, así que nada de cabello ensortijado.

Al apagar la luz se prometió a sí misma que ese día se dormiría en menos de cinco minutos. No iba a darle vueltas a lo sucedido con Bramson, ni trataría de encontrar motivos ocultos en las palabras con las que la despachó. Lo que peor llevaba era la cuestión de las «semanas libres». Cuando pensaba en ello se indignaba hasta el punto de permanecer en vela hasta el amanecer. Sin embargo, estaba segura de que esa noche lo lograría. Incluso notó los espasmos involuntarios de los músculos de una de sus piernas.

Al instante, un ruido procedente de la terraza la sobresaltó.

Trató de obviarlo; apenas habían transcurrido unos minutos desde que decidió que esa noche dormiría como un tronco y no deseaba darse por vencida tan pronto. Sin embargo, era evidente que había alguien en su balcón porque podía escuchar la retahíla de improperios que estaba soltando. Finalmente, una tonta sospecha la hizo levantarse y plegar el estor.

Joder, no se equivocaba; al otro lado del cristal estaba el tipo que le había quitado el sueño y, por su aspecto, podía asegurar que estaba como una cuba. Brooke actuó a toda prisa; Hunter gritaba como un loco y no deseaba que despertara a toda la casa. Haciéndole gestos para que dejara de chillar, deslizó la puerta francesa con cuidado y permitió que entrara en su cuarto.

—¡Shhh! —repitió el muchacho, llevándose el dedo índice a los labios con mucha dificultad—. Gracias… me he hecho polvo con la barandilla… —gimió, mientras intentaba mantener la verticalidad del cuerpo.

Brooke contempló la muñeca inflamada que su visitante se frotaba con dificultad y suspiró resignada.

—No sé qué haces aquí —susurró, mostrándole la entrada de su baño—. Pasa, anda, te vendaré la mano. ¿Cómo se te ha ocurrido escalar hasta mi balcón? Te has podido hacer daño de verdad… Por otra parte, la «semana» llegó a su fin —le recordó con rencor—. Quizá lo has olvidado…

De repente, unos brazos se anclaron a ella y la estrecharon con tanta fuerza que le impedían respirar.

—Tú lo hiciste primero, me refiero al balcón —declaró Hunter con desenvoltura, a pesar del estado de embriaguez—. Te echo de menos… No puedo vivir sin ti… Lo digo en serio. Todos creen… que en pocos días te olvidaré… pero esto va empeorando… No sé qué hacer —reconoció, hablando para sí mismo—. Esto no tiene arreglo… ¡Por Dios, no tiene arreglo!… ¿Qué hago, Brooklyn? Necesito que me ayudes…

Brooke trató de alejarse pero Hunter no estaba por la labor, así que se contentó con poder renovar, de vez en cuando, el aire de sus pulmones.

—Sería importante que le dieras nombre a «esto» —susurró ella, elevando la cara para mirarlo a los ojos—. ¿A qué te refieres? ¿Qué cosa no tiene arreglo, Hunter? ¿Estás enfermo y por eso me apartas de tu lado? —Brooke aguardó con impaciencia a que le diera una respuesta. Sin embargo, no parecía que Bramson estuviera dispuesto a hacer ninguna revelación, así que prosiguió indagando con la esperanza de que el alcohol contestara por él—. ¿Cuál es el problema? Habla conmigo, cariño… para que pueda entenderlo. ¿Estás enfermo? ¿Es eso?

Hunter la contempló con una ternura infinita.

—Sí, enfermo… de amor. —Sonrió con estridencia—. No lo había pensado,

pero encaja perfectamente.

Las risas dieron paso a los lamentos y estos a un montón de maldiciones. Tal y como se estaba comportando, lo siguiente en aparecer sería el llanto, pensó Brooke, sintiéndose desbordada por la situación. Lo único positivo de todo aquello era que su familia no iba a presentarse por sorpresa. Su madre continuaba ingresada y su padre seguía en su periplo de buenas acciones. La vieja Marie y Astrid, la nueva chica del servicio, eran las únicas personas que se encontraban en ese momento en la casa.

Brooke suspiró con impotencia y lo acercó a la cama.

—Creo que será mejor que te sentemos —murmuró ella, sabiendo la inutilidad de la explicación—. Porque no eres capaz de mantenerte de pie y vamos a terminar los dos en el suelo.

Hunter negó con la cabeza, pero se dejó caer pesadamente en la cama.

—Estoy… perfectamente —chilló sonriendo—. Pero, nada de cama, señorita… Las camas las carga el diablo…

Las risas terminaron en un gimoteo cercano al llanto.

Brooke comprendió, una vez más, que ese chico escondía un pesado secreto y resopló indignada.

—Tú y tus acertijos —refunfuñó afectada, mientras entraba en el baño en busca de una venda—. Estoy harta de tanto juego. Harta de la hermana, harta del hermano, harta de mis padres y harta de no tener coche…

Sonrió cuando se dio cuenta de lo superficial que era.

Esa era ella, una digna hija de su madre.

Al volver a su habitación, se encontró a un tipo dentro de su cama y, para más señas, con el torso desnudo. Brooke bufó enfadada antes de echar un vistazo debajo de las sábanas. Algo era algo, el extraterrestre se había dejado el bóxer. No se podía decir que fuera de los que cambiaba de opinión con facilidad; nada de sexo, ni siquiera borracho, masculló en voz baja, mientras le cogía la muñeca derecha y se la masajeaba con la única pomada antiinflamatoria que tenía en su minibotiquín.

Hunter no se había inmutado y, después de ajustarle un fular que podía hacer las veces de venda, parecía estar en la gloria. Así que le tocó a ella dormir en el sofá de su habitación. Veinte minutos más tarde le dolían todos los músculos del cuerpo, por lo que se dejó de mojigaterías y se metió en la cama.

Cuando la voz de su conciencia se quedó ronca de tanta advertencia, se permitió un examen en profundidad del espécimen que tenía al lado. El pelo le caía sobre la frente y se lo colocó con cuidado para que no le tapara los ojos. Era precioso y, curiosamente, también parecía rizado. Hunter sonrió entre sueños y a ella se le paralizó el corazón. Si la pillaba estudiando los rasgos de su cara, sería

difícil mantener su dignidad a salvo, aunque siempre le quedaría el recurso de negarlo todo. El estado de embriaguez de aquel chico era tan severo que no creía que le permitiera recordar gran cosa. Más tranquila, prosiguió con las cejas y con el bonito arco que dibujaban en el rostro masculino. Se hubiera jugado todo lo que tenía (que era más bien poco) a que eran naturales. Las pestañas debían recibir una mención especial. Advirtió que eran extraordinariamente largas y rizadas, de las que se enredaban y molestaban un montón. Ahora entendía el motivo por el que Hunter se tocaba los ojos tan frecuentemente. La nariz era perfecta en tamaño y proporción. Se planteó que fuera fruto de algún retoque estético porque parecía trazada con escuadra y cartabón.

Joder, al final sí que iba a ser un extraterrestre, susurró extasiada al contemplar la boca del durmiente. Sin rozar sus labios, siguió con el dedo índice el contorno de los mismos. Darle un piquito en aquellas circunstancias hubiera sido raro, pero lo hizo. Un pequeño e imperceptible besito que no haría daño a nadie. Desde luego, él no se iba a enterar y ella… Vale, ella, a esas alturas, no sabía por qué hacía las cosas. Al menos, las que tenían que ver con ese chico.

Durante un buen rato continuó contemplando aquellos hermosos rasgos. Después, no pudo evitar descender a la parte del pecho que quedaba expuesta. Musculado lo justo y bronceado. Brooke no tuvo ningún problema de conciencia, apartó la sábana y examinó la tableta y los oblicuos del muchacho con ojo crítico. Hubiera terminado enamorándose de ese tipo, dictaminó con facilidad. Su frivolidad lo admitía sin complejos y ella también. Salvo que ese chico fuera un asesino despiadado, no habría mujer en la tierra que se le resistiera, pensó Brooke cerrando los ojos, al tiempo que buscaba una postura más cómoda.

Esa noche se durmió al instante. Era agradable notar el calor de otro cuerpo a su lado y trató de memorizar la sensación por si tenía que recurrir a ella de vez en cuando.

Unas horas más tarde, se despertó sobresaltada. Miró el reloj de su mesita de noche y comprobó que eran las seis de la madrugada. El eco de un sonido que no sabía situar aún reverberaba en sus oídos. Era obvio que el durmiente borrachuzo que descansaba junto a ella se había largado a toda prisa y sin despedirse. Probablemente, en ese mismo instante.

Comprendió entonces que estaba sola, Hunter Bramson había desaparecido.

De su cama y de su vida…

Capítulo 25

En la actualidad…

Brooke entró en la sala seguida de su asistente.

En aquella ocasión no había querido asistir acompañada de ningún candidato a novio del año. Desembarazarse después de ellos se le daba fatal y, para qué engañarse, solo lo hacía por si aparecía Hunter luciendo Armani y pareja deslumbrante. Hasta la fecha no había sucedido, así que esperaba que ese año transcurriera igual que los anteriores.

—Tu padre está con el alcalde —le susurró Noel, sin dejar de sonreír—. Podemos saludarlo o escondernos detrás de alguna columna —manifestó con su cinismo habitual—. Lo que sería una lástima; Dior y Valentino se van a enfadar con nosotros si no lucimos sus firmas como *Dior* manda…

Brooke repasó a su amigo con la mirada y suspiró, tratando de no reírse.

—Hoy estás gracioso —reconoció sin problemas—. Vale, es cierto que eres el hombre más impresionante de todo el salón y que sería delictivo dejarte aparcado en una de las pilastras del local. —Brooke sonrió al percatarse de que su acompañante buscaba con la mirada el espejo más cercano para confirmar lo que ella le decía—. Si me aseguras que esta tortura solo durará un par de horas, prometo intercambiar saludos con el senador y desfilar a tu lado como si quisiera estar aquí. —De repente, pensó en una maldad y la soltó tal y como le había venido a la cabeza—. Además, mis labios están sellados y Scott no sabrá que no le quitas ojo al camarero musculado… que te está sonriendo en este momento.

Noel Edwards se pasó la mano por el pelo mientras bufaba encantado. Cuando se topó con el tacto antinatural de su cabello engominado, retiró los dedos con elegancia y lució sonrisa explosiva.

—No soy el único que está generando cierta admiración —le cuchicheó bajito—. ¡Joder!, Alister Bramson se dirige hacia nosotros acompañado del senador y, por cómo te miran, siento comunicarte que no eres la persona favorita de ninguno de los dos. —El tono de su asistente había cambiado, aunque no había dejado de sonreír en ningún momento—. Prepárate, tiene que tratarse del asunto de su *hijo*, a quien no conoces, por supuesto —la última frase la dijo mirándola de reojo. Cuando comprendió que su jefa no se daba por aludida, continuó a toda prisa—. No has aceptado porque estamos saturados, incluso les hablé de una lista de espera de varios meses. — En ese instante, reparó en el lío en que estaban metidos y resopló enfadado—. No sé de qué va todo esto, pero te has negado a trabajar para el tipo más rico de los Estados Unidos. Arréglalo

como puedas, por favor. Quiero seguir viviendo de mi trabajo. —Para que su pretensión no pasara desapercibida, la reforzó con un besito—. Lo digo en serio, no quiero engrosar las filas del paro.

Brooklyn asintió con un gesto, mientras aceptaba la copa que una camarera le puso delante y se la tomaba de un solo trago. Habitualmente no bebía, su madre ya lo hacía por las dos, pero en aquel momento hubiera engullido cualquier cosa que le permitiera volver a respirar con normalidad. En honor a la verdad, el alcohol la ayudó a soportar el abrazo afectuoso de su padre y el trato indiferente de Alister Bramson.

Por trances como aquel empezaba a entender a la conocidísima Susan Evenson, es decir, a su descarriada progenitora.

—Señorita Graves —articuló el empresario con un deje molesto en la voz —. Es un placer poder saludarla… —El carraspeo del hombre le indicó que la situación no era tan placentera como decía—. He intentado, sin éxito, hablar con usted. Así que, aquí estoy, acompañado de mi buen amigo el senador, que me ha garantizado que su hija se hará cargo del asunto que nos ocupa. —Bramson padre la examinó con sus inquisitoriales ojos azules y terminó simulando una mueca que pretendía ser una sonrisa—. Deseo contratar sus servicios. Su empresa es la mejor y yo solo trabajo con los mejores. Pero, eso ya lo sabe —admitió el empresario mirando al senador—. Creo que en este momento debo dejarlos solos, el alcalde requiere mi presencia y él no es tan comprensivo como yo. —Antes de marcharse, examinó a Brooklyn de arriba abajo—. Voy a considerar su negativa como un error de su asistente y empezaremos de cero. —Cuando ya se iba, retrocedió unos pasos y se dirigió directamente a Noel—. Llame a mi secretaria para concertar una cita este mismo lunes. A primera hora nos irá bien a todos. No admitiré excusas de ningún tipo. —Por la forma en que elevó la voz, quedó muy claro que se trataba de una amenaza en toda regla. Para confirmarla, Alister Bramson dedicó un gesto enigmático al senador. Después, echó un vistazo a los dos seres minúsculos que tenía delante—. Que tengan una feliz velada.

Mientras contemplaba los andares majestuosos del empresario al alejarse de ellos, Brooke se preguntó en dónde se estaba metiendo. Si analizaba con detalle todas las aristas de la conversación unilateral que habían mantenido con el hombre, la conclusión era perturbadora, sobre todo, por la aparición de su padre, que parecía deberle algún favor -en el mejor de los casos- a un lobo disfrazado de cordero.

—Creía que no iba a terminar nunca, como las pilas alcalinas —susurró Brooke para sí misma—. Imagino que está acostumbrado a salirse con la suya. —Exactamente igual que otra persona que ella conocía, pensó con impotencia,

evitando mirar a su padre. Entonces se dirigió a su asistente y le sonrió—. No te preocupes, al margen de lo que diga este tipo, nosotros seguimos con una lista de espera de varios meses, que ni tú ni yo podemos cambiar.

Noel no contestó; afirmó con la cabeza, a la espera de que Daniel Graves aclarara el propósito de aquella encerrona. Si no se equivocaba, su jefa tendría que rectificar en cuanto su padre abriera la boca. Por eso, no le extrañó que el senador lo contemplara con cierto desdén, mientras esperaba pacientemente a que el asistente de su hija se diera cuenta de que no hablaba debido a su presencia.

«Sin testigos, exactamente igual que en las películas de la *Cosa Nostra*», se dijo Noel con sarcasmo. Aunque para ser sincero consigo mismo, aquellos dos daban más miedo que Marlon Brando haciendo de don Vito Corleone.

—Estoy sediento, hace tiempo que no veo a ningún camarero —murmuró Edwards, guiñándole un ojo a su jefa con la esperanza de que ésta no metiera la pata—. Enseguida vuelvo.

Brooke se contuvo hasta que vio a su secretario mezclarse con el resto de los invitados. Sabía que nada de lo sucedido era casual; con su padre nunca lo era. Llegados a ese punto, lo único que deseaba era no formar parte de una oración que incluyera a Bramson hijo.

Tampoco pedía tanto…

—¿A qué viene todo esto? —inquirió Brooke cuando se quedaron solos.

No era buena señal que el senador volviera a endosarle los dos besitos de rigor, aunque podía deberse a las fotografías que saldrían de aquel encuentro. Después, la contempló con frialdad.

—Alister tiene problemas serios —le dijo su querido progenitor al oído—. Y tú vas a ayudarlo. En menos de una semana la fiscalía procederá contra su hijo y, a pesar de todos sus esfuerzos, no disponen de ninguna maldita prueba que lo exonere… Ese será tu cometido. Puedes pedirle un cheque en blanco o una isla en el pacífico —prosiguió el senador, apretando con fuerza las mandíbulas. La estupefacción de Brooke alcanzó cotas históricas al darse cuenta de que su padre era incapaz de fingir despreocupación—, pero ni se te ocurra negarle a Bramson tus servicios. Ha sido muy claro al respecto, si no aceptas el asunto, acabará con todos nosotros —masculló Daniel Graves con dificultad.

Brooke no se había perdido ni un solo gesto de su padre.

Cejas elevadas, ojos abiertos, boca desencajada, hombros inclinados, manos temblorosas y piernas con un ligero balanceo. Para alguien acostumbrado a que analizaran hasta el color de sus calcetines, no estaba nada mal.

En principio, no estaba mintiendo, lo que ya era un logro. Sin embargo, fue el pánico que detectó en su voz el que la desconcertó. Sin la exmodelo Susan

Evenson lastrando su carrera, Daniel Graves había llegado a lo más alto del escalafón; su poder e influencias se habían incrementado en los últimos años, explicación más que plausible de su segundo matrimonio con la todavía joven y encantadora Emily Davison.

La señorita Davison, de unos oportunos cuarenta años que le habían permitido engendrar un bebé, era la única hija de Walter H. Davison, fundador y presidente de la Service Oil, una colosal compañía con filiales en multitud de países extranjeros, que controlaba el setenta por ciento de toda la extracción, refinado, transporte y distribución del petróleo de Estados Unidos. Y, a pesar de todo ello, Alister Bramson había encontrado material suficiente para chantajear a una persona con el poder y las actuales influencias de su padre.

El recuerdo de Alice Bramson, obrando a su antojo, apareció de repente en su cabeza y enseguida confirmó que se trataba de alguna extraña herencia familiar. Todos los Bramson hacían lo mismo: ganar, el problema era que a ninguno le importaba cómo.

Temía preguntar, pero se había quedado sin opciones.

—¿Con que te está amenazando? —indagó con un hilillo de voz.

El senador contempló a su hija con orgullo.

—Lástima que no quisieras unirte a mi equipo —musitó con sinceridad—. Seis fotografías… Seis malditas imágenes de tu madre borracha… con un tipo que podría ser su hijo… —Le había costado decirlo, aunque Brooke no sabía si la dificultad se debía a las explicaciones que debía dar a su nueva familia política o a que todavía sentía algo por su primera esposa.

—¿Fechas? —quiso saber ella—. Ha estado más tiempo dentro de una clínica que fuera de ella. Llevo un registro, quizá…

El gesto abatido del senador le dio la respuesta.

—Son auténticas, ya lo hemos comprobado —explicó Daniel Graves, con una sorprendente expresión de dolor que consiguió conmoverla—. Fueron hechas el fin de semana que le comuniqué a tu madre que deseaba el divorcio. —De repente, como si no pudiera evitarlo, respondió a una pregunta no formulada en voz alta por su hija.—. Si Walter se entera de esto, puede suceder cualquier cosa, ese hombre está obsesionado con la honorabilidad de todos los miembros de su familia.

Brooke suspiró de impotencia.

Casi había logrado engañarla.

El temor que había detectado en su padre no se debía al amor que todavía sentía por su primera esposa, sino a la preocupación que la reputación de los Davison ocasionaba en su suegro.

Brooke pensó, una vez más, en lo injusta que era la vida.

Recordaba el fin de semana que había mencionado el senador como si hubiera sucedido el día anterior. Su madre llevaba ciento cincuenta días sin beber y se había dedicado a sí misma una fiesta para felicitarse por su esfuerzo y resistencia. Solo unos pocos sabían que celebraba mantenerse sobria casi medio año; para la mayoría de los invitados, se conmemoraba el tiempo que la exmodelo llevaba sin fumar.

Aquel día estaba radiante, sonreía sin ningún motivo y abrazaba a todo el que se cruzaba en su camino. La misma artífice de la reunión había inflado tres globos gigantescos, en forma de números, para festejar la importancia de la cifra y los exhibía encantada con el fin de que quedara bien patente que todavía le quedaba suficiente aire en los pulmones. Todo transcurrió con normalidad hasta que las camareras descubrieron un pequeño motor escondido en la despensa de la cocina. Las risas de su madre fueron tan adorables y contagiosas que la mitad de los operarios acabaron con un hipo monumental, lo que hizo peligrar la sincronización de todo el evento.

Sí, ese día Brooke fue feliz.

Unos meses atrás, Hunter Bramson la había rechazado, pero su vida familiar había dejado de ser una puta locura.

Todavía recordaba el tono dorado de los globos, contrastando con los colores rojizos de los adornos de la carpa que, desde muy temprano, se había habilitado en el jardín. Docenas de personas pululaban por la casa, cuidando de cada detalle. El olor de las flores, los ornamentos con los que engalanaron los jardines o el brillo de los muebles de la mansión la persiguieron durante mucho tiempo.

A la hora del almuerzo, solo faltaba la presencia del *paterfamilias* para que los asistentes -íntimos y poco más- comenzaran a disfrutar de la fiesta. Daniel F. Graves disimuló a la perfección la contrariedad que le debió suponer toparse con la emotiva celebración. Lo que estaba claro era que no le afectó demasiado, porque dos horas después del inicio de aquella velada sin alcohol ni drogas, su madre abandonó la mansión. Cinco eternos días más tarde, Susan Graves fue hallada en pleno coma etílico en un motel de las afueras. Su madre no lo supo jamás, pero ingresó como Susan Evenson en el hospital. Brooke descubrió que el senador hizo valer el acuerdo prenupcial que la exmodelo había firmado y que disolvía el vínculo matrimonial ante un suceso de notoriedad manifiesta y controvertida como aquel.

Desde ese fin de semana, Susan Evenson no había vuelto a conmemorar más que días de alcohol, sexo y drogas. Ahora que lo pensaba, esa era una de las razones por las que ella no perdonaba a su padre.

Sí, esa época se transformó en una odisea que no olvidaría jamás.

—Parece que hay poco que yo pueda decir —indicó Brooke, mientras examinaba las fotografías que su padre le había pasado. Las llevaba dentro de un sobre blanco y el senador apenas podía mirarlas—. El lunes a primera hora me reuniré con Alister Bramson. Consigue los negativos y que todos los que participaron en conseguir esta… basura firmen un contrato de confidencialidad. Solo así aceptaré el asunto —concluyó Brooke con resignación, después de ver a su madre medio desnuda en brazos de un joven musculado en lo que parecía un local lleno de luces mortecinas—. Salude a su nueva familia de mi parte, senador.

No esperó a que su padre contestara; necesitaba salir a toda prisa de aquel lugar.

¡Maldita sea!

Hacía tanto tiempo que no se relacionaba con Daniel Graves, que se había olvidado de lo que era vivir dentro de una ratonera, sin salida ni escapatoria.

En cuanto accedió al exterior del recinto, Brooke pudo respirar de nuevo. Dejó que el aire entrara lentamente en sus pulmones y se concentró en exhalar con cuidado para no terminar perdiendo el conocimiento. Necesitaba reconducir la situación y volver a ser la dueña de su destino. Sin embargo, ese día los hados no estaban de su lado. Lo supo cuando escuchó la voz de Alice Bramson detrás de ella.

—Volvemos a vernos —le dijo la muchacha, situándose a su altura—. ¿Lo has pensado? ¡Qué locura de vida! Unas veces se odia y otras se ama. Quién me lo iba a decir… —Brooke imaginó que acababa de explicarle por qué no la recibía con un arma cargada—. Querida Brooklyn, seguro que ya lo sabes, te necesitamos. —La muchacha la evaluó con ojo crítico y sacudió la cabeza, como si no estuviera contenta con lo que veía—. En realidad, Hunter te necesita, yo solo te voy a tolerar. Ya me conoces, por mi hermano soy capaz de hacer cualquier cosa, incluido soportar novias, exnovias y aspirantes a novias. O, como en tu caso, «candidata a nada».

Brooke contempló a Alice Bramson con total indiferencia. Estaba tan asqueada con las nuevas circunstancias que empañaban su existencia, que las amenazas, impertinencias o exabruptos de aquella bruja sin escoba no podían hacerle daño.

—¿Sabes, Alice? —improvisó Brooklyn, sin pensar demasiado—. Durante todo este tiempo me he estado preguntando qué tipo de relación te gustaría mantener a ti… con tu hermano. Es extraña esa obsesión tuya que te lleva a hablar de «soportar» y no de celebrar la suerte de tener una hermana. —Jamás hubiera imaginado que Alice Bramson enrojecería hasta la raíz de su estiloso cabello y la mirara como si quisiera asesinarla—. Querida Alice, tú siempre

serás la «hermana», por tanto, la única «candidata a nada», por el contrario, yo siempre tendré una posibilidad, ¿no crees?

La risa histérica de la muchacha apareció de repente.

Brooke comprendió que había tocado alguna fibra sensible y se sorprendió, sobre todo, porque su única pretensión había sido la de quitársela de encima.

—¡Joder, Brooklyn, no te enteras! —soltó la benjamina de los Bramson—. Deberían contratarme a mí, seguro que resolvería el problema en un abrir y cerrar de ojos. Estoy harta de que todo el mundo crea que eres una especie de genio. —Por cómo escupió las palabras, a Brooke no le quedó ninguna duda de que la aversión que provocaba en aquella criatura era muy real. Alice Bramson la odiaba, el porqué de tanta inquina solo ella lo sabía—. En realidad, no eres rival para mí. Por si te interesa, Hunter no está de acuerdo con que te ocupes del asunto. Un tipo listo, mi hermano. —Ciertamente, se trataba de una forma sutil de volver a insultarla, pero Brooke permaneció en silencio. Había decidido continuar siendo la dueña de sus pensamientos—. *Bye*, querida incompetente.

¿Qué acababa de suceder?, se preguntó Brooke, mientras contemplaba la silueta extremadamente delgada de Alice Bramson. Los andares endiosados de la chica la inquietaron, aunque no se atrevió a ponerle nombre a aquella extraña sospecha que empezaba a rondar por su cabeza.

Maldita sea, no deseaba volver a mezclarse con aquella familia.

A pesar de su trabajo, hacía mucho tiempo que los juegos de misterio habían dejado de parecerle atractivos.

Capítulo 26

Brooke decidió borrar de su memoria la última hora de su vida.

Estaba cansada de los todopoderosos Bramson, de las decepciones de su padre y del alcoholismo de su madre. Incluso de los excesos de Noel, que desapareció para hacer el imbécil con el tipo musculado que les servía el champán.

Sintiéndose terriblemente sola, se retiró a una zona libre de curiosos, cercana al puesto de camareros, con la única pretensión de dejar pasar el tiempo. Enseguida, se hizo patente que había cometido un error porque no había bandeja que no se detuviera a su lado y, por lo que pudo comprobar, la proporción entre comida y bebida no era la más adecuada.

Joder.

Últimamente, no paraba de darle la razón a su madre y eso la tenía desconcertada.

Como en ese momento, porque después de aplicarse la cuarta copa empezó a verlo todo mucho más claro. ¿Qué demonios hacía ella en aquel evento?, se preguntó con total lucidez. La recepción se estaba alargando y no se sabía cuándo empezaría la cena. Echó un vistazo a las personas con las que tendría el placer de compartir mesa esa noche y bufó indignada; estaría rodeada de muchos empresarios y de pocas empresarias, deseosos -unos y otras- de que el senador favoreciera sus respectivos y loables intereses.

Aquello fue superior a sus fuerzas.

Le escribió un mensaje a su asistente, el Desaparecido, y decidió hacer lo único sensato en su condición actual: largarse a toda prisa para dormir la mona en casa.

Entonces se topó con uno de los problemas de la sociedad moderna: no podía conducir bajo los efectos del alcohol (y ella se encontraba realmente afectada), máxime cuando había prensa deseando pescarla en un aprieto semejante.

Previa propina de cien dólares, el encargado del aparcamiento le constató la dificultad de encontrar un taxi en una noche como aquella y le aconsejó que esperara dentro de la fiesta hasta que la situación se apaciguara. Si le facilitaba un teléfono, él mismo la avisaría, le dijo el individuo, al tiempo que se guardaba el billete en el bolsillo interior de su chaqueta.

Volver a un salón repleto de personas que querían algo de ella no era una opción, por lo que Brooke intentó conseguir un vehículo por su cuenta. El fracaso fue estrepitoso y especialmente desagradable, sobre todo, porque el

operario la contempló con un gesto que ella tradujo sin problemas: «Se lo dije… Usted tendrá dinero, pero está pedo y, a tenor del billete que me ha dado por nada, no parece muy lista».

Solo por eso, Brooke persistió en su empeño.

En un primer momento, una voz metálica la dejó en espera con la música de Celine Dion. Cuando el Titanic se hundió irremediablemente, fue Michael Bolton el que ocupó su lugar. Sin embargo, la melodía de *When a man loves a woman* acabó con las pocas expectativas que le quedaban y tuvo que colgar para impedir que un molesto sarpullido se le extendiera por todo el cuerpo. No deseaba saber qué sucedía cuando un tipo buenorro y engreído amaba a una mujer. Necesitaba algo más que media botella de champán para soportar la letra de aquella canción.

Al final, se alejó calle abajo con la sana intención de dar un paseo para espabilarse y poder conducir su propio coche. Que fuera Noel el que escuchara a Michael Bolton, pensó Brooke con objetividad. Quizá le viniera bien, a fin de cuentas, no hacía más que repetir que Scott era el hombre de su vida, cuando no se dejaba seducir por el primer buenorro que se cruzaba en su camino.

Debía de estar bastante perjudicada porque no tomó el trayecto iluminado y concurrido que llevaba al centro de la ciudad. Por el contrario, se adentró en una zona oscura y poco transitada, que la obligó a cogerse la falda del vestido para no ir barriendo todos los adoquines de la zona. No supo en qué momento comprendió que no estaba sola. Probablemente se debiera a los pasos que escuchaba cada vez más cerca. Lo peor del asunto era que ella solita se había metido en aquella especie de túnel del miedo. Enfadada consigo misma, Brooke aceleró la marcha y echó un vistazo por encima de su hombro, pero no vio a nadie.

Continuó a toda velocidad y se detuvo en seco. Sin embargo, las pisadas lo hicieron un instante después. No había duda, la estaban siguiendo. Entonces corrió como alma que lleva el diablo hasta el aparcamiento del ayuntamiento. Esa tendencia suya a pensar mientras paseaba iba a acabar con ella, Noel siempre se lo decía. El vestido entallado y los tacones de aguja no se lo pusieron fácil. Con su modelito no podía hacer nada, sin embargo, los tacones eran otra historia y, de un solo movimiento, los abandonó a su suerte. Después, corrió libre como el viento.

El operario del aparcamiento la recibió con una sonrisa comprensiva y le entregó las llaves de su flamante Chevrolet Corvette Z1X. Una máquina impresionante que, con seiscientos caballos, podía alcanzar los trescientos kilómetros sin proponérselo siquiera. Mientras abría el maletero de su coche, Brooke le guiñó un ojo al hombre.

—Ya me he recuperado —explicó al individuo, al darse cuenta de que este reparaba en sus pies desnudos—. Llevo unos zapatos de repuesto aquí detrás —prosiguió con la esperanza de que la considerara una simple esnob. Según su experiencia, siempre funcionaba; la juventud y el dinero solían ser sinónimo de estupidez y eso era lo que ese tipo estaba pensando de ella—. Se me ha partido un tacón y resultaba más complicado andar cojeando que hacerlo descalza. —Terminó con un mohín capaz de desarmar a cualquiera. Al igual que la excusa, ese gesto también lo tenía ensayado.

El tipo le devolvió la sonrisa como si la creyera una malcriada cualquiera y le pidió que condujera con cuidado. Cuando se cerraba el maletero de su coche por arte de magia, las luces de otro vehículo captaron su atención.

—Sube, tenemos que hablar —le dijo un atractivo y engreído extraterrestre con tres años de retraso.

Brooke contempló el Hennessey Venom F5 que conducía Hunter y resopló indignada. Ella nunca tendría algo así.

—Sí, yo también creo que debemos hablar —admitió ella en voz alta. «Cuanto antes mejor», prosiguió para sí misma, echando un vistazo a su alrededor con fingida indiferencia. Nadie se había acercado corriendo, tampoco a paso acelerado o que pareciera estar persiguiéndola. Lo que le hizo plantearse que quizá hubiera imaginado lo sucedido porque no estaba acostumbrada a beber. A veces, la explicación más simple era la más probable y no lo decía ella, sino su socio y amigo Andrew Harper, que parafraseaba a Ockham tanto como podía—. Además, no voy a tener muchas oportunidades de pasearme en un coche de tres millones de dólares —confesó con franqueza, sin dejar de mirar por encima de su hombro, por si acaso asomaba alguien por la calle—. Me gusta, aunque quizá otro color hubiera llamado más la atención…

Hunter elevó una ceja y permaneció callado.

¿Eso que había detectado era ironía?

Esa cría no había cambiado, aunque eso ya lo sabía.

—No me lo he comprado para llamar la atención —aclaró el mosqueado dueño de aquella máquina escarlata, como si le importara la opinión de ella—. En realidad, era el único disponible —aseguró, haciendo un esfuerzo para no sentirse ofendido—. Como también sabrás, es una edición limitada, o era de color rojo o debía esperar un año.

Brooke sonrió con desparpajo.

Tres años después, volvía a encontrarse con ese chico. Mil noventa y cinco días pensando en lo que le diría cuando lo tuviera delante. Veintiséis mil doscientas ochenta horas ideando todo tipo de salidas airosas y poco convencionales… y terminaba recriminándole el color de su coche.

No tenía remedio, se dijo ella, sintiéndose absurdamente feliz mientras se subía al coche y percibía la maravillosa acogida del cuero del asiento sobre su piel. Enseguida se dio cuenta de la seriedad con que la estaba recibiendo el conductor y pensó en disculparse. De hecho, se había medio inclinado en el asiento para verlo mejor…

Joder.

Si eso era posible, Hunter había ganado atractivo.

Fiel a su estilo, llevaba el pelo despeinado. Brooke recordó la obra de ingeniería que habían urdido en la cabellera de su secretario y suspiró de impotencia. Su acompañante se vería bien incluso sin pelo, pensó con objetividad, aún a sabiendas de que debía de sufrir alguna variante extraña del síndrome de Estocolmo. Por si necesitaba ayuda en la ruta suicida que estaba siguiendo, la preocupación que mostraba el rostro masculino en aquel instante incrementaba su atractivo. El extraño gris de sus maravillosos ojos se veía azulado a causa de las motitas doradas que brillaban dentro de ellos. Ni siquiera el gesto airado de su boca conseguía esconder el grosor perfecto de sus labios o la hermosura de las líneas de su cara.

Brooke tosió para que pareciera que su turbación se debía a cualquier infección que estuviera incubando y no al sobresalto que le causaba la belleza de ese individuo. Para completar el cuadro, la camisa blanca que lleva arremangada, mostraba la piel muy bronceada y una musculatura mucho más definida que tres años atrás.

—Perdona —contestó ella, volviendo la vista a la carretera con dificultad —. Es la envidia la que ha contestado por mí. Me encantaría este cacharro, pintado de cualquier color. Pero no creo que quieras hablar de coches —matizó, tratando de adoptar una pose más profesional—. Imagino que deseas contarme algo importante. Soy toda oídos.

Hunter la miró de reojo y suspiró de forma enigmática.

—No sé qué es lo que crees que sabes —le dijo como respuesta—. Lo único que te pido es que te apartes de este asunto. No lo aceptes —insistió con gravedad—. He sido muy claro con mi padre: ya hay personas que están investigando los hechos y no deseo que intervengan más.

Brooke asintió con la cabeza.

—Por mí no hay problema —aceptó, sintiéndose tontamente dolida—. Pero tendrás que volver a explicárselo a tu padre.

Su acompañante aceleró en una recta para evitar el rojo del semáforo.

—¿A qué te refieres? —le preguntó desconcertado—. Ya lo hemos discutido. Incluso le he presentado al equipo que he contratado.

Hunter no había disminuido la velocidad y Brooke contempló el

cuentakilómetros con recelo.

—Bramson, ¿has bebido? —le preguntó, ansiando tener la oportunidad de sentarse al volante de ese artefacto de otra galaxia—. Me muero por conducir este trasto y yo no he probado ni una gota de alcohol.

Cada día mentía mejor, se reconoció a sí misma, con no poca admiración. Incluso se mostró tranquila y confiada cuando Hunter la contempló con una ceja alzada.

—Lo digo en serio —insistió ella, sin sentirse culpable. No estaba mintiendo mucho, después de correr como una posesa se sentía completamente despejada. Es más, podía asegurar que no era el alcohol el que la tenía tan atontada—. Si vienes del ayuntamiento, probablemente hayas tomado alguna copa y no estés en condiciones de…

Hunter pareció no escuchar lo que ella decía. De repente, pegó un volantazo y se unió al tráfico que se dirigía a la costa.

Brooke suspiró de impotencia.

Las malditas señales que le enviaba ese guaperas seguían siendo tan contradictorias como siempre. Su acompañante no necesitaba obsequiarla con un paseo extralargo en su supercoche, ya le había pedido que dejara el asunto unos minutos antes. Así que alargar el encuentro no tenía mucho sentido, salvo que quisiera… estar con ella.

—¿Intentas cambiar de tema a propósito? —le preguntó él con voz grave—. No voy a dejarte conducir. Joder, Brooklyn, no has cambiado en absoluto; te he estado observando en la recepción y te has tomado como mínimo tres copas —susurró Bramson, mirándola de reojo—. ¿Qué quieres decir exactamente con que tendré que explicárselo a mi padre?

Brooke tosió algo apurada, al tiempo que se rascaba la cabeza. Vale, la había estado espiando en la recepción.

Maravilloso.

Y ella sin percatarse de nada…

—Me refiero a que está amenazando al senador —afirmó Brooke sin mucha sutileza, aunque eludiendo la cuestión de su miniborrachera y, por supuesto, sin mencionar que había mentido como una bellaca—. Tu padre tiene unas fotos de mi madre… en una situación bastante apurada. Dejémoslo ahí.

Bramson volvió a acelerar, esa vez sin ser muy consciente de que lo hacía. El vehículo rebasó los ciento ochenta kilómetros y Brooke comprendió que los dos seguían siendo igual de víctimas que tres años atrás. Darse cuenta de ese hecho la inquietó tanto que terminó posando su mano en el antebrazo masculino.

Fue como si hubiera surtido alguna especie de sortilegio sobre Hunter, porque este se tranquilizó de inmediato y el cuentakilómetros comenzó a

registrar una cifra menos peligrosa.

—Lo siento, he sido muy directa —murmuró ella, contemplando la línea que dibujaba el mar en el horizonte—. Haré lo que desees, siempre que me garantices que vas a conseguir los negativos —continuó con la voz rota por la emoción—. Mi madre no sabe defenderse de individuos como el senador o tu padre… —No pudo seguir, dolía demasiado. Más aún, cuando la expresión de su acompañante era de horror—. Ese ha sido siempre su problema. Que tu padre se aproveche de ello me saca de quicio y que mi padre lo permita… —Se mordió el labio inferior para no decir una auténtica locura—. Lo odio, te aseguro que me da igual su carrera política. Por mí puede arruinarse, económica y socialmente, pero mi madre no se merece pagar las consecuencias. —Como la cara de Hunter había conseguido desterrar cualquier rastro de emoción, Brooke se vio obligada a continuar—. Intereses espurios y personas sin principios. Aborrezco a los que son como mi padre y el tuyo, algo que, como puedes ver, tampoco ha cambiado —lo dijo con vehemencia. En realidad, trataba de advertirle que no tenía claro que él no perteneciera a la misma clase de individuos—. Lo bueno de vivir de manera independiente es que ahora no voy buscando vengarme de nadie. Eso sí ha cambiado.

Hunter estacionó el coche en un parking cercano a la playa y se volvió hacia ella.

—Salgamos a tomar el aire —le pidió, como si necesitara un suplemento de oxígeno después de escucharla—. La situación empeora por momentos —añadió, sonando abatido—. En este momento, no deseo pensar en nada. Me basta con no estar solo.

Brooke asintió, lamentando no saber de qué iba todo aquello. Noel conocía el asunto, pero ella no había querido que le contara nada al respecto. Debería haber dejado que lo hiciera en el coche, cuando su asistente se moría por ponerla al día.

—No te preocupes, no puede ser muy serio —improvisó ella, reuniéndose con él junto al capó del vehículo.

Hunter la contempló mientras calibraba la situación.

—Me acusan de tres asesinatos y de dos desapariciones más —afirmó, sin dejar de mirarla—. Todo un asesino *en serie*… Yo diría que es bastante *serio*. —Suspiró abatido—. Joder, ya incluso hablo como los poetas.

Brooke se dejó caer sobre la cubierta del motor.

No dijo nada.

¡¿Qué podía decir para que no sonara a mentira piadosa!?

Había quedado claro que ella era una experta en manipular la verdad, no necesitaba que ahondaran más en esa faceta que la adornaba.

Brooke se arrebujó con sus propios brazos intentando darse calor. Su cabeza se esforzaba en suministrarle argumentos sólidos en favor de la inocencia de ese hombre. Recordó la ayuda que le proporcionó cuando creía que necesitaba pastillas para el mareo o la ternura con la que la cuidó cuando sufrió las consecuencias de la empanada de la hermana. Había muchos más ejemplos. Era imposible que un tipo así fuera un asesino y, sobre todo, no creía que ella se hubiera podido enamorar de un psicópata, por muy atractivo que este fuera.

La pregunta que tenía que responderse era si Hunter Bramson se había transformado en aquellos tres años en una persona capaz de acabar con la vida de otro ser humano.

—Sí, es jodidamente serio —convino ella, mientras aceptaba la chaqueta que él había sacado del coche y se dejaba abrigar como si fuera una niña pequeña.

¿Los psicópatas iban por ahí prestando sus americanas a personas muertas de frío? Estaba segura de que la respuesta era negativa.

Cuando terminó de empaquetarla con la delicada prenda, su acompañante tomó asiento a su lado, le pasó el brazo por los hombros y entonces unió su cabeza a la de ella.

—Esto es de locos —susurró Hunter sin apenas voz—. Es mi secretaria la que pone fin a mis relaciones porque no soporto las lágrimas de una mujer y, si además, ésta acaba suplicándome … Joder, he llegado a regalar auténticas fortunas para alegrar la cara de una chica a la que acabo de dejar —hablaba para sí mismo, el tono concentrado y su mirada perdida eran inequívocos—. Y ahora me endosan todos esos horribles delitos.

Brooke recordó cómo la despidió a ella.

Ese chico no mentía, incluso rememoró a la secretaria facilitándole un cheque con más ceros de los que cabía esperar.

Y, todo ello, sin pasar por su cama…

—Creo que debes volver a considerar la situación —le dijo Brooke, empezando a preocuparse seriamente por su acompañante. En pocos meses había elecciones a Fiscal General del Estado y aquel caso podía ser utilizado como un arma en las manos equivocadas. Conocía ese juego demasiado bien. Cuando se trataba de política, los hechos importaban más bien poco—. Mi empresa ofrece unos servicios que, difícilmente, podrán proporcionarte en otro sitio, tu padre lo sabe bien —no podía decirle que tenían acceso a todas las cámaras de la ciudad, públicas y privadas—. Andrew Harper ha introducido mejoras en los métodos de investigación que no puedes ni llegar a imaginar y que yo no voy a revelar porque algunos rozan la ilegalidad… —Decidió no seguir por ese camino. Suspiró con pesar y terminó comportándose con la integridad que la

caracterizaba—. Hunter, debes aceptar la ayuda de mi equipo —le pidió, sabiendo que se iba a arrepentir. Después, liberó la mano derecha de la calidez de la americana y enlazó sus dedos a los masculinos, apretándolos con fuerza—. Nos necesitas.

Hunter se aclaró la garganta antes de hablar.

—Brooklyn, ¿crees en mi inocencia? —le preguntó, bajando la mirada a las manos unidas.

Brooke suspiró resignada.

—Por si te interesa saberlo, no he cambiado de opinión —le contestó ella, sonriéndole con dulzura. Al leer la confusión en la mirada de él, se vio obligada a explicarse—. «Hunter Bramson, quiero que sepas, que digan lo que digan sobre ti… yo siempre te ayudaré porque empiezo a creer que eres una persona decente». Fue lo que te dije hace tres años y, llámame loca, pero lo sigo manteniendo.

Brooke contuvo el aliento mientras rezaba todo lo que sabía para que el tipo inteligente y atractivo que tenía al lado no cayera en la cuenta de que había repetido exactamente las mismas palabras que tiempo atrás. A veces, se dejaba llevar y le sucedían episodios como aquel. Por eso, en cuanto contempló los ojos sospechosamente brillantes de Hunter, suspiró de alivio. Ese individuo se encontraba tan desbordado por los hechos que le imputaban, que ni en millón de años caería en la cuenta de que ella había utilizado los mismos términos que entonces. Además, ¿quién memorizaba lo que decía otra persona? No lo hacía nadie, ella podía dar fe. En realidad, a Hunter le había bastado con saber que otro ser humano confiaba en su inocencia, lo que le llegó al alma. De repente, algo extraño y turbador la sacudió por dentro. Sabía que no debía aceptar el caso de ese hombre, pero ya era tarde. Ahora, solo quedaba defenderse como pudiera de la atracción salvaje que el empresario ejercía sobre ella.

—Gracias. —susurró aquel tipo atractivo y extraterrestre, mientras la contemplaba con una intensidad preocupante—. Nunca podrás imaginar lo que tus palabras significan para mí.

Hunter terminó de hablar sobre el pelo de ella.

Se había ido aproximando al cuerpo de Brooke y estaban tan cerca que pareció de lo más natural darle un besito sincero y espontáneo en los labios. Pillada de improviso, Brooklyn elevó la cabeza para recibir su ración de vida, exactamente igual que si fuera una planta y Hunter representara su trocito de cielo. En cuanto analizó sus pensamientos, agitó la cabeza como si con ello pudiera desprenderse de las malas ideas.

Al instante, se sintió perdida.

Con gestos como aquel, no se daba ni una semana.

—Demostraremos que eres incapaz de hacerle daño a una mosca —prosiguió ella, convencida de lo que decía en el aspecto profesional. En cuanto al personal, prefería dejarlo en suspenso hasta que viera cómo se desarrollaban los acontecimientos—. Y, la estadística no falla: siempre encontramos algo que puede utilizar nuestro departamento jurídico —expuso con orgullo—. Lo hallaremos, no te quepa la menor duda. Hasta ese momento debes permanecer todo lo entero que puedas. Esa será tu única obligación.

Hunter se había retirado unos centímetros para mirarla mejor.

Durante un segundo, Brooke creyó que la iba a besar (esa vez en serio). Sin embargo, algo se rompió, lo leyó en los ojos fieramente oscurecidos del hombre. El suspiro ahogado de Hunter le recordó que ella no le gustaba al tipo que estaba a su lado y, en esa ocasión, fue la propia Brooke la que se apartó con delicadeza de su acompañante. Fue difícil, porque hacía frío y enseguida echó en falta el calorcillo que emanaba del cuerpo masculino, pero lo hizo.

No podía sentirse más satisfecha consigo misma, se dijo Brooke al contemplar de reojo a Hunter y constatar, para su sorpresa, que parecía incómodo. No en vano, habían transcurrido varios años desde que le confesara su admiración a ese hombre. Por eso no entendió el galope desenfrenado de su corazón, ni el malestar que empezó a sentir de repente.

«Trabajo, solo es trabajo», se repitió hasta que empezó a creérselo.

Capítulo 27

—Creo que tienes fiebre —dijo de pronto Hunter, acercando la mano a la frente de su preciosa acompañante—. Estás muy caliente y, por si no te has dado cuenta, te castañean los dientes.

Brooklyn abrió los ojos y le sonrió.

Continuaban sobre el capó del coche.

Ella se había tumbado y Hunter permanecía sentado a su lado.

—Y yo creo que ves fantasmas donde no los hay. Te voy a comunicar un hecho fácilmente demostrable: nunca enfermo —manifestó Brooke, presumiendo de salud de hierro—. Puedo asegurártelo. Nunca, nunca, nunca… —Terminó bostezando, sin poder mantener los ojos abiertos—. No me gustan demasiado los hospitales, aunque creo que eso ya lo sabes.

Hunter no tenía ninguna duda de que su acompañante no se encontraba bien. Al calor y al tembleque tenía que unirles el fuego abrasador que empezaba a vislumbrarse en las mejillas femeninas.

—Pues, también es un hecho demostrable que hay un centro médico cerca. Lo digo por el cartel que tenemos delante —señaló él, mientras abandonaba su asiento y la tomaba en brazos—. Joder, nada de fantasmas. Estás hirviendo.

Le sorprendió que no se quejara.

Esa criatura era de armas tomar y ya le había recordado que no le gustaban los hospitales. No le dio ninguna opción; la acomodó con mucho cuidado en el coche y condujo como una abuelita para que no protestara. Sin embargo, no tardó en descubrir que el silencio de la muchacha se debía a que había perdido el conocimiento, lo que no podía ser un buen síntoma, pensó aterrado, mientras pisaba el acelerador hasta el fondo y buscaba en el navegador del coche el icono de la clínica más cercana a su posición.

De repente, un ronquido pequeño y entrecortado lo sobresaltó. El sonido le recordó a un inofensivo catarro, de los que no te dejaban dormir por tener la nariz taponada. Ese pensamiento le permitió recuperar la calma, incluso pudo examinar a la muchacha sin echarse a temblar. Efectivamente, Brooklyn respiraba con relativa normalidad, al menos, su pecho subía y bajaba con una cadencia perfecta, así que redujo la velocidad hasta permitirse conducir como una persona responsable. Si le sucedía algo a esa criatura no se lo perdonaría jamás.

El hospital se encontraba en una de las avenidas que daban acceso a la playa, por lo que no tardó en contemplar un formidable edificio de color gris, alumbrado con luces blancas.

Hunter accedió por la zona de urgencias.

Cuando lo vieron asomar con la bella durmiente en sus brazos, varios sanitarios corrieron hacia él. No fue fácil convencerlo para que la depositara en una camilla. Sin embargo, lo hizo de inmediato cuando una enfermera tocó la piel de Brooke y gritó a pleno pulmón que la muchacha estaba a punto de convulsionar por la fiebre. Al instante, la misma mujer le cogió una vía en la mano.

—Está ardiendo pero, no se preocupe, la cuidaremos bien —le informó la señora—. Apártese, por favor.

Pues, tenía un problema porque no estaba dispuesto a perder de vista a su febril acompañante. Tal y como andaban las cosas en su existencia actual, prefería mantener en su campo de visión a las personas que le importaban.

Se había situado a los pies de la cama con ruedas donde la habían tendido y obstruía el pasillo con su cuerpo de forma deliberada. Mientras tanto, reflexionaba sobre lo que debía hacer. En ese hospital no tenía ninguna influencia; de poco le iba a servir enfrentarse a aquellas personas, se recordó con objetividad, al darse cuenta de que un guarda de seguridad se acercaba con sigilo.

—Si no permite que nos la llevemos —le dijo, de pronto, un individuo de mediana edad en cuya bata aparecía grabada la palabra «médico»—, no sabremos qué le sucede a esta chica y, por tanto, no podremos curarla. Sería conveniente que nos dejara pasar.

Hunter se repasó el pelo con nerviosismo, incapaz de articular ninguna palabra. Lo único que sabía era que no podía dejarla marchar.

No sin él.

El tipo lo miró con cara comprensiva y al instante le sonrió.

—¿Recién casados? ¿Luna de miel, quizás? —indagó, mientras le tomaba el pulso a la enferma, cogiéndola de la muñeca con delicadeza.

Hunter resopló con fuerza.

Un pánico irracional se concentró en su pecho y empezó a tener problemas para respirar. Ni siquiera estaba seguro de poder hablar.

—La amo más que a mi vida —confesó asustado, sin dar más explicaciones sobre su vida personal—. Estaba bien hasta hace una hora. No sé cuándo ha empezado la fiebre. La he traído a toda prisa.

El médico asintió con determinación, al tiempo que se le escapaba un suspiro.

—No se preocupe —le dijo, mostrando un aplomo envidiable—. En cuanto sepamos algo, yo mismo vendré a comunicárselo. Espere en la sala, por favor. No tardaremos y, sea positivo, parece un proceso gripal.

Después de mirarlo por encima del cristal de sus gafas, el médico lo tomó del brazo para apartarlo. Lo hizo con suavidad, como si temiera su reacción. Al instante, la camilla pasó junto a ellos a una velocidad endiablada.

Hunter contempló la transformación que se operó en aquel sereno individuo con cierta angustia, porque en el momento en que éste consiguió su objetivo -es decir, que Brooke enfilara el pasillo para acabar en alguna sala de urgencias- se apartó de su lado y corrió por aquella estrecha galería como si la vida de alguna persona pendiera de un hilo.

Maldita sea.

Se sentía tan impotente que llamó a su médico personal para que iniciara el traslado de Brooklyn sin perder tiempo. Necesitaba llevarla al hospital de su familia, allí cuidarían de ella.

Era un imbécil.

Le había confesado a ese tipo lo que no había tenido valor de verbalizar en tres años: amaba a esa criatura. No, no era suficiente el término «amor» para explicar el sentimiento que le embargaba cuando pensaba en ella. Deseo, ansiedad, preocupación, tranquilidad, *plenitud*…

Se dio cuenta de que había encontrado la palabra cuando pensó en su significado: esa mujer lo completaba. Cuando estaba a su lado se sentía capaz de realizar cualquier proeza, de esas que solo salen en las novelas. Por lo pronto, ya era un milagro que se reconociera enamorado quien no creía en el amor, pensó, abrumado por la claridad con la que empezaba a ver las cosas.

«Plenitud», qué gran concepto.

Además, no le debía explicaciones a nadie, mucho menos a una sociedad cuyas normas se podían esquivar siempre que no te atraparan.

Lo había hecho su padre.

Lo había hecho el senador.

Lo había hecho Susan Evenson.

Y, a partir de ese momento, lo haría él. Aunque, primero tendría que ser absuelto de la acusación de asesinato que pesaba sobre su persona.

Y, mientras tanto, Brooklyn Graves debía permanecer fuera de su vida.

Por primera vez en mucho tiempo, Hunter respiró aliviado. Le había costado, pero la decisión ya estaba tomada.

Pasaría por encima de cualquiera que le impidiera tener un futuro con esa mujer.

◆◆◆

Hunter contempló una vez más el reloj que estaba colgado en la pared.

Parecía que habían pasado siglos desde que se llevaron a Brooklyn y, en realidad, solo había transcurrido una mísera hora. El tiempo se había detenido en aquel lugar. Por eso, cuando el médico se acercó a él con cara sonriente, no supo cómo debía interpretarlo.

—Lo que esperábamos —le comunicó el individuo sin perder la sonrisa—. Su esposa sufre un simple catarro. Y, aunque pueda parecer extraño, no ha perdido el conocimiento ni se ha desmayado —el tipo elevó una ceja y prosiguió, aunque con más gravedad—. En realidad, está durmiendo. Su esposa se encuentra tan agotada que está descansando. Le hemos hecho una prueba de embarazo por si fuera la causa del cansancio, pero ha dado negativo. —El doctor lo contempló con ternura, como si lamentara darle semejante noticia—. Tendrá que ayudarla para que empiece a tomarse la vida con más tranquilidad y se permita unas ocho horas diarias de sueño.

Hunter no sacó al médico de dudas, ni lo corrigió en ningún momento.

Cuando el hombre se marchó, después de largarle todo un sermón sobre la importancia del descanso en la vida de una persona, Hunter se puso en contacto con su abogado para que se hiciera cargo de la factura y procediera a realizar, en su nombre, una generosa donación al hospital. El objetivo era impedir que algún empleado informara a la prensa de lo sucedido. De esa manera, si durante los próximos cinco años la noticia aparecía en los medios de comunicación, la donación quedaría nula de pleno derecho y el hospital estaría obligado a la devolución de la millonaria cifra.

Esa cláusula nunca fallaba.

Entonces buscó la habitación de Brooklyn, decidido a velar su sueño.

◆◆◆

—¿Cómo he acabado en un hospital? —le preguntó Brooke a la figura que estaba parada delante de la ventana—. Joder, Bramson, odio los hospitales y tú pareces empeñado en meterme en uno de ellos. Ya es la segunda vez que me lo haces —farfulló con brío—. ¿Dónde está mi vestido? Me largo de este sitio.

Brooklyn había saltado de la cama y buscaba alguna cosa con mucha celeridad.

Hunter abandonó el espectáculo de la ventana para centrarse en las nuevas y preciosas vistas.

—Me alegra comprobar que te has recuperado… del todo —exclamó con ironía—. Tu vestido está dentro de esta bolsa que una amable enfermera nos ha facilitado —al decirlo le mostró su carísimo Dior sin dejar de sonreír. Brooke comprendió que Hunter estaba disfrutando de lo lindo por cómo lo desplegó,

dejando bien patentes los dos cortes laterales que le habían practicado en los costados—. Imagino que tenían prisa por comprobar tus constantes vitales y, por supuesto, no vieron la etiqueta… Recuerda que estabas inconsciente. En fin, no creo que puedas arreglarlo; tendremos que pedir algún pijama de hospital.

De pronto, la expresión del rostro masculino cambió.

—Vale, me rindo —aceptó, exhibiendo una sonrisa capaz de ganar un concurso—. Estoy bromeando contigo. Te he conseguido algo de ropa para que puedas volver a casa. La hija de un senador de los Estados Unidos no puede ir por ahí medio desnuda…

Ese fue el momento en que Brooke cayó en la cuenta de que llevaba el culo al aire. Ningún lacito adornaba su espalda para tapar sus posaderas.

Joder, qué vergüenza.

—La risa era por mi culo, ¿verdad? —le preguntó ella con los brazos en jarra.

Hunter asintió, intentando controlarse.

—Tienes un culo impresionante. —Suspiró, sin remordimientos y sin mentir—. Así que no te preocupes y vístete. Es tarde y estoy famélico.

Ese hombre estaba siempre muerto de hambre, pensó Brooke sin llegar a verbalizarlo. Para hacer algo más productivo que constatar lo atractivo que era su acompañante, miró la hora en la pantalla de su teléfono y parpadeó sin creerse lo que veía.

Eran las dos de la tarde.

—Dime que no has pasado la noche conmigo en este hospital —le pidió, examinándolo con interés. La barba que le sombreaba la mandíbula, la ropa arrugada, el pelo despeinado y el cansancio que revelaba su bello rostro le dieron alguna pista—. Joder, siento mucho haberte puesto en ese aprieto.

Hunter se acercó a ella y le acarició el cabello como si fuera una niña pequeña.

—No podía dejarte sola —susurró sobre su frente—. Soy un psicópata considerado, ya me conoces.

Brooke comprendió el daño gratuito que se estaba haciendo y le cogió las manos para estrechárselas con fuerza entre las suyas.

—A mí no tienes que convencerme —le dijo, mientras trataba de echarlo de la habitación para vestirse, sin que su culo presidiera ninguna conversación—. Voy a ayudarte. Concédeme unos minutos y te invito a comer en la cafetería de este lugar.

Hunter comprendió que la muchacha necesitaba algo de espacio para recomponerse, sobre todo, por dentro. Por muy fuerte que fuera -y, no tenía ninguna duda sobre ello-, lo cierto era que se encontraba enferma y acompañada

por el hombre a quien, tiempo atrás, había confesado sus sentimientos. Prefirió no pensar en los motivos que le llevaron a rechazarla y se dirigió a la salida sin oponer resistencia.

—Tengo tanta hambre que acepto encantado —reconoció él, guiñándole un ojo.

Antes de cerrar la puerta, Brooke le dio un beso en la mejilla a ese tipo desconcertante y extraño.

—Gracias —expresó ella con seriedad—. Nunca me han acompañado cuando he estado enferma. Es toda una novedad para mí.

Hunter no dijo nada.

Simplemente la contempló.

No sabía cómo había aguantado tres años lejos de esa cría.

Era preciosa en todos los aspectos.

Capítulo 28

Ninguno de los dos comió demasiado.

—No es el mejor pescado que he probado —soltó Brooke de repente, sin dejar de mirar la peluca y la barba que lucía su invitado—. Eso debe picar bastante —señaló con naturalidad, mientras sus ojos acechaban con calma el instante en que Hunter se rascara la cara como un poseso—. ¿No crees que estás exagerando? A ver, entiendo que no quieras que te fotografíen, pero el disfraz me parece excesivo —terminó sonriendo, aunque se notaba que se esforzaba para que no se le fuera de las manos. Sin embargo, cuanto más lo miraba, más ridículo le parecía—. Déjame contar: tres… no, cuatro personas que ni siquiera nos miran.

Hunter dejó la taza de café sobre la mesa para contemplar a la listilla que examinaba con una expresión divertida la peluca y el bigote que él mismo había conseguido -y estaba muy satisfecho de ello- en la tienda de regalos del hospital.

—Si te ríes de mí, como creo que deseas hacer… —susurró, encantado de poder bromear como si no tuviera problemas—, me vengaré. Y, créeme, puedo ser peligroso... —Entonces se dio cuenta de lo que acababa de decir y suspiró angustiado—. Joder, espero que no creas, en fin, que yo no voy a…

Brooke contempló los apuros de Hunter y ya no pudo contenerse.

Llevaba un buen rato contemplando los pelos tiesos de su barba y los mega brillantes de la peluca. ¿De dónde había sacado aquellos espantajos? Los que ellos le facilitaron en la uni eran de mejor calidad. Al pensar en el origen de aquellas crines, Brooke se dejó llevar. Realmente, parecían pelos de rata aseada.

Estalló en carcajadas.

Tan sonoras que una de las cocineras asomó la cabeza por un ventanuco para comprobar quién estaba tan animado a esas horas y en ese lugar.

Hunter la imitó en cuanto comprendió la poca importancia que la chica le había dado a sus palabras. Que confiara en él, a pesar de todos los pesares, lo conmovió profundamente.

—Me voy a casa —le dijo Brooke, en cuanto la risa le permitió hablar—. Quiero descansar y todavía tengo que recoger mi coche del ayuntamiento. Además, mañana he quedado con tu padre. —La risa fue sustituida por un gesto doloroso. Pensar en Bramson padre y en sus chantajes la devolvió de nuevo a la asquerosa realidad—. No te voy a mentir: no conozco en qué andas metido. Noel, mi asistente, intentó contarme algo, pero no se lo permití —bajó la voz hasta que se sintió más segura consigo misma—. Después de todo lo sucedido entre nosotros… En fin, espero que lo entiendas.

Hunter asintió.

—Claro que lo entiendo —aclaró el empresario, que tres años atrás la había mandado a hacer gárgaras, observándola con mucha atención—. Lo entiendo tanto que no estoy cómodo con la idea de que te encargues tú del asunto. No deseo ofenderte, pero he contratado a los mejores. —Como ella negó con la cabeza, se vio obligado a continuar—. Me refiero a *Foster & Jones*. Estaré en buenas manos. Son penalistas, con una dilatada experiencia en procesos de este tipo.

Brooke suspiró preocupada.

—Sí, los conozco bastante bien —admitió desanimada. Eran los mejores hasta que llegaron ellos. Joder, habían vapuleado a ese bufete todas y cada una de las veces que se habían enfrentado en un juzgado—. Pero, es tu vida y doy por sentado que has estudiado todas las posibilidades. —Levantó las manos al decirlo; no sería ella la que insistiera—. Y, ya sabes lo que se dice, «lo importante es cómo le va a uno; cómo le va a los demás, no importa».

En realidad, no sabía si se decía o no.

Podían llamarla egoísta, pero ella, desde luego, lo pensaba.

A continuación, se levantó de la silla, dispuesta a marcharse.

—Te llevo —le dijo Hunter, mostrando las llaves de su cochazo—. Incluso, te dejo conducirlo.

Brooke miró el llavero que el empresario hacía tintinear entre sus dedos y supo que estaba perdida.

—Empiezo a pensar que soy muy previsible —murmuró ella entre dientes.

Hunter lanzó una carcajada de alegría.

—Dejémoslo en que te conozco bien.

Brooke lo contempló desconcertada.

Después frunció el ceño y lo miró.

—Eso ha sonado extraño —le dijo, poniéndose seria de pronto—. Y, ahora, aunque te cueste creerlo, me voy en taxi. —Terminó dedicándole un tierno mohín—. Como puedes constatar, no me conoces tan bien como crees.

Hunter la contempló con cierta diversión.

—Puedes llamar a todos los taxis que quieras —le dijo, ampliando la sonrisa—. Están en huelga durante todo el día. —Entonces volvió a enseñarle el llavero y esperó, sabiendo que había ganado—. Sé que el rojo no es tu color, pero créeme, conducir ese aparato es una experiencia única.

Brooke elevó una ceja y sonrió con ironía.

—Lo tendré en cuenta —indicó, pensando que la única experiencia allí era la de él, porque ella seguía siendo virgen.

◆◆◆

Después de escucharlo, se dejó de pamplinas (no tenía mucho sentido mostrarse herida después de tanto tiempo) y decidió conducir aquella máquina a la que solo le faltaban las alas para convertirse en el invento del siglo. Prefirió hacerlo sin mirar a su acompañante. La barbita que asomaba en su mandíbula, las ojeras, el pelo revuelto y los hoyuelos le estaban revolucionando las hormonas. Las mismas que llevaban tanto tiempo sin dar señales de vida…

Vale, tenía que reconocerlo: le preocupaba que ningún hombre después de ese tipo -el mismo que parecía estar encantado a su lado- hubiera conseguido revivir alguna mariposa de las que todavía debían habitar en su estómago.

Suspiró abatida y se obligó a permanecer concentrada en aquella máquina. Lo primero que notó fue que le faltaban manos para tanto botón.

—Ese de ahí es para que no se pongan en funcionamiento todos los caballos —informó un solícito Hunter—. Si por casualidad pisas a fondo el acelerador, nos estrellaremos sin remedio, por eso está rodeado de rojo.

Brooke decidió ser mala. No era una gran venganza, pero menos era nada.

Así que aceleró un poquito.

—Gracias a Dios, no soy una de esas personas que no pueden ver el color rojo. Ya sabes, el daltonismo y sus problemas hereditarios. —Sonrió mostrando sus preciosos dientes, aunque seguía sin mirarlo—. No te preocupes por nada, soy una experta conductora.

Hunter frunció el ceño y suspiró.

—Sí, no dudo de que seas una experta en colores. En cuanto a ser una buena conductora, lo repites tanto que me vi en la obligación de comprobarlo. —Ahora solo él sonreía—. No tienes vergüenza, quiero que lo sepas. Joder, Brooklyn, cuando nos conocimos acababas de empotrar tu coche en un árbol. No tienes remedio, era una simple recta —exclamó el guaperas, fingiendo una estupefacción que no sentía—. También quiero que sepas que este juguete es realmente peligroso, no como yo…

Brooke lo miró de reojo y asintió.

—Sí, siento el peligro entre mis piernas… —susurró ella, lanzándose al vacío y siendo muy consciente de ello—. Y, tienes razón, no lo sentí contigo.

De pronto, se hizo un silencio extraño en el interior del vehículo.

Se había pasado, estaba claro.

Entonces, en el instante en que había decidido que lo único honroso que podía hacer era saltar del coche en marcha, el teléfono se accionó solo y la voz de un desconocido se filtró por los altavoces del Venom.

—Hunter, te están siguiendo —dijo el tipo que acababa de colarse en el

coche sin ninguna invitación—. Repito, te están siguiendo. Lo están haciendo desde que abandonaste el hospital. Le hemos tomado la matrícula y estamos a la espera de que Tráfico nos comunique los datos del dueño.

Brooke sintió el peligro de verdad.

—¿Quién habla? —preguntó a su copiloto, mirándolo de reojo.

—Alan Macintosh, el jefe de mi equipo de seguridad —manifestó un Bramson pálido y preocupado—. Alguien quiere hacerme parecer culpable y lo está consiguiendo.

Brooke miró por el espejo retrovisor y no vio nada fuera de lo normal.

—Quizá sean periodistas —indicó con voz calmada—. Es increíble lo que pueden llegar a hacer por una buena historia… o mala —rectificó a toda prisa—. En verdad, creo que les da igual lo buena o mala que pueda ser. Lo importante es tener algo que contar, aunque las malas noticias proporcionan más dinero que las buenas. Lo sé bien.

Hunter suspiró con impotencia.

Si la hubiera conocido antes, habría cuidado de ella. Podía sentir su amargura y le parecía muy injusto.

—Desde hace unas semanas me están siguiendo y no se trata de periodistas, ya lo hemos comprobado —decirlo en voz alta le provocó una sensación extraña, parecida a una liberación—. Saben lo que hacen, eso es lo preocupante. Coches alquilados por sociedades fantasmas… ¿Te imaginas? —preguntó Hunter de forma retórica, mientras miraba por encima de su hombro para echar un vistazo a los vehículos que circulaban detrás de ellos—. Crear una empresa solo para seguirme durante unas horas. Hemos computado tres, ésta será la cuarta entidad cuyo único objeto social soy yo. ¿No te parece extraño?

Brooke asintió pensativa.

A continuación, redujo la marcha. La autopista de la costa estaba atestada de vehículos, por lo que pronosticó a sus seguidores un tráfico poco fluido y apretó otro de los botones -esa vez plateado- para no superar los ochenta kilómetros. Era importante conseguir tiempo para que el equipo de seguridad pudiera efectuar las comprobaciones pertinentes.

Después, lo miró de reojo.

—Sí que lo es: muy extraño —admitió sin dudarlo— y… muy revelador. No te enfrentas a un criminal estándar, tu enemigo tiene pedigrí —dijo para sí misma, preocupándose más por momentos—. Un tipo normal y corriente robaría un vehículo para cometer un delito, sin embargo, este juego se desarrolla en tableros más opulentos. Nuestro delincuente no va por ahí comportándose como cualquier malhechor. —Hunter se había tapado la cara con las manos y respiraba con cierta dificultad. Algún día aprendería a no hablar más de la cuenta, se

reprochó ella con dureza—. Hunter, ¿estás sufriendo un ataque de pánico? No tienes que hablar, basta con que asientas con la cabeza.

Durante unos segundos, Brooke pensó que se había equivocado. Sin embargo, Hunter seguía sin poder contestar. Entonces se percató del temblor de las manos masculinas y de la palidez que la piel del hombre había adquirido de repente. Su acompañante estaba muerto de miedo, esa era la única verdad dentro de aquel vehículo.

No soportaba verlo de aquella manera.

Brooke puso su mano sobre la pierna del empresario y se la apretó para que supiera que no estaba solo.

—Debes relajarte, estás conmigo —le susurró ella con voz calmada—. No permitiré que nadie te haga daño. Solo estamos tú y yo. —De repente, se dio cuenta de que quizá no fuera significativo para Hunter estar a su lado, pero no se le ocurrió otra cosa que decir. Joder, ella se sentía en la gloria solo por el hecho de poder oler la fragancia que exhalaba el cuerpo masculino—. Visualiza una playa de arena y escucha el rumor de las olas. El agua es cristalina y se escurre entre tus dedos. Es lo que yo imagino cuando estoy a punto de salir corriendo en busca de una salida. A veces funciona, te lo aseguro.

Vale, unos minutos atrás ella se había visualizado tirándose de un coche en marcha. En ese momento, ninguna playa había aparecido en su cabeza y el rumor de las olas había sido sustituido por el rugido del motor de ese vehículo.

Ya fuera por su presencia o por la dichosa playa, la realidad era que Hunter comenzó a respirar con más calma. A Brooke le daba igual la causa. En cuanto comprendió que su acompañante empezaba a superar el conato de pánico, dejó de observarlo para concentrarse en las dos pantallas que tenía delante. La primera disponía de tres iconos que representaban un mismo teléfono de distintos colores. Recordaba que el azul se encendió para darle acceso al tipo de seguridad. Presionó el verde y habló.

—Hola, soy Brooklyn Graves, aunque eso ya lo saben. Tengo un apartamento no muy lejos de esta posición —informó con profesionalidad—. He enviado nuestra localización a mi propio equipo y a la policía más cercana. Voy a ganar tiempo para que continúen investigando a los sospechosos, pero en unos kilómetros desapareceremos. Lo siento, pero no sé en quién puedo confiar. Ahora, cortaré la comunicación e inutilizaré el rastreador del coche. Les deseo éxito en sus indagaciones.

Comprobó que había interlocutor al otro lado porque se escuchó un rugido, que ella cortó de inmediato pulsando el icono de color rojo. No era el momento más apropiado para traducir los alaridos de seguratas coléricos e irritados. El destino de los improperios no le molestó en absoluto. Ni bajo tortura hubiera

confesado la dirección que iban a seguir a continuación.

Accedió al ordenador del vehículo introduciendo ciertos comandos con los botones del volante. Entonces esperó pacientemente a que el sistema reconociera las nuevas directrices. Cuando apareció en la pantalla la nomenclatura que ella había insertado, volvió a examinar al hombre que descansaba a su lado.

Le sorprendió que Hunter luciera como si no le pasara nada

Y que no apartara los ojos de ella.

¿Era posible recobrarse de un ataque de pánico con tanta rapidez?

Con los Bramson nunca se sabía, pensó con recelo. Se hubiera jugado su patrimonio a que ese tipo ocultaba algo, pero no lo dijo en voz alta.

—Te llevo a mi apartamento —le repitió a su acompañante, presa de una intranquilidad nueva—. Voy a cambiar de sentido en la próxima estación de servicio. Además, he comunicado nuestra posición a mi equipo y a la policía. No te preocupes, con suerte, esta noche puede terminar tu calvario. —Lo dudaba, pero Hunter permanecía callado y ella no soportaba los silencios incómodos—. Llegados a este punto, creo que es justo que sepas lo que pienso —lo dijo mirándolo fijamente, como si no tuviera nada que ocultar—. Hunter, no deseaba aceptar ningún caso que me mantuviera cerca de ti. Eres historia en mi vida, ni siquiera una buena historia, como hubiera sido mi pretensión, sino una infantil y bastante inmadura —declaró, exhibiendo una triste sonrisa—. Por eso, no es preciso que te apartes de mí. Te aseguro que soy yo la que no quiere nada contigo. —Sonrió como si la sola idea le pareciera un chiste—. Necesitas ayuda y te la voy a proporcionar. Espero que la admitas porque el lunes… voy a aceptar tu caso.

Hunter no habló, continuaba observándola con detenimiento.

Brooke hubiera dado cualquier cosa por conocer su opinión, pero se conformó con la tímida sonrisa que apareció en el rostro masculino.

«Te aseguro que soy yo la que no quiere nada contigo», le había dicho en un arranque de valentía, forzada por la maldita situación.

En cuanto lo pensó mejor, descubrió que no había sido del todo sincera.

Un momento, entonces… ¿lo quería «todo» con ese hombre?

Claro que no, le dijo su aterrada conciencia. Existían otros significados aplicables a su caso, como «ante todo» o «sobre todo», por ejemplo.

Respiró mejor, incluso pudo localizar la salida de la autopista.

Porque, *ante todo*, deseaba ayudarlo y, *sobre todo*, no le daría la oportunidad de volver a rechazarla.

Ahora, solo debía dominar su vida como dominaba el lenguaje.

Fácil.

Capítulo 29

—Creía que íbamos a un apartamento —manifestó Hunter, cuando el coche se detuvo ante una magnífica casa de dos plantas frente al mar—. No me quejo, el rumor de las olas es más tranquilizador de esta manera.

Brooke entendió la asociación de ideas y asintió sonriendo. No había duda de que era preferible zambullirse en la vida de verdad, que imaginar que lo haces. El problema residía en que no siempre se tenía el mar a mano.

—No he mentido al decir que no sé en quién podemos confiar, por eso he cambiado sensiblemente la vivienda—expresó ella sonriendo, mientras buscaba el mando del garaje en el interior de su bolsito—. Hay tanta gente a tu alrededor que cualquiera puede ser el asesi… quiero decir, el tipo o los tipos que… te siguen.

Hunter asintió, agradeciendo mentalmente que el asunto se tratara con tanta delicadeza.

—Sí, tienes razón —concedió él, bajando la voz hasta convertirse en un susurro—. Sin embargo, llámame crédulo o imbécil, pero estoy convencido de que no se trata de ninguna de las personas que me rodean.

Brooke suspiró, contrariada.

Al final, iba a ser verdad que procedía del espacio exterior, le dijo su desconcertada voz interior.

—Lo siento, no deseo complicarte más la existencia, pero quizá estés haciendo el imbécil por ser tan crédulo —manifestó ella sin bajarse del coche, mientras las puertas de la cochera se accionaban. El original sistema -patentado por Harper- estaba ocasionando el interés de su invitado y Brooke aprovechó para mirarlo abiertamente—. Andrew ha concebido este prodigio: solo se abre un acceso para que entre un vehículo, así se le complican las cosas a cualquiera que trate de colarse sin ser invitado. Por supuesto, puedes elegir el tipo de apertura. —Estaba segura de que se había pasado hablando, pero ese hombre parecía haberse caído de un guindo.

Hunter se repasó el pelo con los dedos y asintió.

—Ya lo veo, ese chico prometía y no me ha defraudado. Imagino que cuando una persona está sola y llega a casa, lo último que necesita es recibir a cualquier loco con los brazos abiertos —murmuró pensativo. De repente, se dio media vuelta en el asiento y la miró fijamente—. En cuanto al tema que nos ocupa, nadie que tenga cerca es un psicópata asesino y vengativo. Quítate esa idea de la cabeza; es imposible.

Brooke suspiró con fuerza.

—El porcentaje de delitos cometidos por conocidos de las víctimas triplica a los llevados a cabo por desconocidos, pensaba que habías aprendido algo en tu semana de… asueto —expuso ella, sin perder la objetividad—. No creas que no te comprendo. Debe ser complicado aceptar que cualquier persona con la que te relacionas a diario puede ser capaz de matar. Sin embargo, cuanto antes lo asimiles, antes podrás defenderte. Y, no me refiero solo a la defensa penal.

Hunter negó fuertemente con la cabeza.

—No, no puedo creerlo —murmuró, acariciándose la barbilla—. Y no me vas a convencer de lo contrario. Ya lo han intentado todos los que me rodean y sigo sin verlo.

Brooke comprendió que el rechazo de Hunter no era más que un salvavidas que llevaba puesto para poder seguir flotando a merced de la corriente. Sin embargo, ese pensamiento no ayudaba demasiado cuando un asesino andaba por ahí matando chicas y, según todos los indicios, dejando pruebas falsas. Porque, salvo que él mismo intentara cargarse a la hija de un senador, ella creía en la inocencia de ese tipo, un tanto sideral e imbécil.

Así que volvió a la carga.

—Vale, piénsalo, ¿confías en tus amigos? La envidia es mala consejera, no hace falta que te lo explique —lo dijo con tanta convicción que Hunter no pudo hacer otra que asentir—. ¿Y en tus enemigos?, ¿confías en ellos? ¿Y, en las personas que trabajan para ti? Preguntar por tu equipo de seguridad parece absurdo, pero no lo es: ¿confías en tus guardaespaldas? ¿Les pagas bien? Y, si tú no lo haces, ¿confías en la persona que los contrata? —su acompañante asintió sin dudar.

Como Hunter parecía creer que lo tenía todo bajo control, Brooke se vio en la obligación de seguir nombrando posibilidades

—Aún no he terminado, ¿confías en el bufete que tú mismo has contratado? Mejor aún, ¿confías en el que quiere contratar tu padre, es decir, te fías de mí y de mi equipo? ¿O, incluso, te fías de tu familia? —la cara de su acompañante al mencionar a su familia se había desencajado. No, en esa posibilidad no había pensado; la confusión que revelaba su rostro lo delataba—. Vale, creo que por el momento es suficiente. ¿No te parece que la probabilidad es una auténtica putada? Yo siempre acabo pensándolo.

Hunter cerró los ojos y se concentró en respirar con calma.

«Sí, la maldita probabilidad era una putada de las buenas», masculló para sí mismo.

A continuación, trató de sonreír sin éxito.

—El panorama que describes es tan aterrador que prefiero no pensar en ello. —Al decirlo, movió la cabeza como si el gesto fuera suficiente para hacer

desaparecer el problema—. Vale, no soy tan ingenuo como para no darme cuenta de que puede ser cualquiera, esté o no cerca de mí —admitió con pesar—. Pero, hasta mañana lo vamos a dejar en un limbo perfecto y poco perturbador. Unas horas, solo pido dejar de pensar durante unas pocas horas. Prometo que mañana volveré a reflexionar sobre un montón de situaciones aberrantes y surrealistas teniéndome a mí como protagonista involuntario.

Brooke entendió el mensaje.

No lo culpaba, ella misma hacía algo parecido cuando su madre le ponía las cosas difíciles. En esos momentos, se escapaba de la realidad y se perdía en aquella casa y en aquella playa.

—Este lugar es una maravilla —exclamó Hunter, dejándose llevar por un entusiasmo autoimpuesto—. Gracias por compartirlo conmigo. Si, además tiene una despensa llena de comida, estoy dispuesto a demostrarte mis dotes de cocinero.

Brooke contempló la sonrisa esperanzada del hombre que estaba a su lado y decidió permitirse unas horas de absoluta libertad y felicidad.

Si él estaba dispuesto a huir del presente, ella haría lo mismo, se dijo con determinación. Al cabo de un segundo, la voz de su conciencia apareció para aguarle la fiesta: estaba claro que ese tipo se había quedado sin acompañantes utilizables con las que poder distraerse durante esa semana, le recordó con cierta inquina.

Sin embargo, en aquella ocasión no se dejó amedrentar.

Autoridad, censura, vigilancia, sometimiento… Estaba cansada del férreo control que le había impuesto su familia desde que tenía uso de razón. La hija de un senador de los Estados Unidos no podía llorar en público, aunque tampoco sonreír en exceso, ni fumar o beber. Relacionarse con chicos malos conllevaba el uso de medidas especiales, como la retirada de privilegios y sanciones económicas. En cuanto a la ropa, estaba prohibido llevar algo provocativo, o maquillarse con colores vivos…

En aquel preciso instante, Brooklyn Graves decidió, por primera vez en su vida sin coacciones ni amenazas de ningún tipo, que ya iba siendo hora de devolverle al mundo una gran patada. Desterró de su cabeza la idea de que sería muy humillante volver a convertirse en la diversión de una *semana* de aquel ser de otra galaxia y la sustituyó por un pensamiento mucho más reconfortante: él podía convertirse en el entretenimiento de ella.

Durante unos segundos, Brooke se deleitó con sus ambiciosas aspiraciones. Sería maravilloso no tener sentimientos y poder retozar con ese tipo durante una temporada o dos, o las que se terciaran.

—¿El titubeo se debe a que no crees que sepa cocinar? —le preguntó

Hunter, intentando mostrarse serio sin mucho éxito.

Brooke sonrió encantada.

«No, el titubeo se debe a que estoy pensando en practicar contigo esa clase de juegos que odia tu hermana».

—No solo tengo la despensa a reventar de comida —contestó ella, tratando de refrenarse para no parecer muy efusiva después de las últimas y trascendentales reflexiones que acababa de rumiar—. También disponemos de una vinoteca espectacular. Vengo a menudo, cuando la vida se me pone cuesta arriba, yo me recompongo en este sitio.

Hunter la entendió sin necesidad de que diera más explicaciones.

—Hagámoslo juntos —le dijo, acercándose a ella lentamente—. Vamos a olvidarnos del resto del mundo. Mañana será otro día pero, esta noche nos pertenece. —Estaban tan pegados que hablaba sobre los labios femeninos—. Brooklyn, nena, no puedo más. No sé resistirme a ti… bien sabe Dios que lo he intentado. Esto quizá esté mal, pero te juro que emplearé el resto de mi vida en pagar la penitencia que se me imponga. La cumpliré gustoso, te lo aseguro.

Brooke no entendió las palabras de Hunter.

Solo sabía que los labios masculinos le exigían una respuesta y que ella no pensaba negársela. Cuando los besos se hicieron tan intensos que ninguno de los dos podía respirar, Brooklyn experimentó un desagradable *déjà vu*. Entonces, se apartó de él y lo observó con una valentía que no sentía.

—Todavía estás a tiempo —le indicó ella, con la mirada velada por el deseo —. Si no vas a continuar hasta el final, mejor lo dejamos ahora. En realidad, no pasa nada…

Hunter la silenció con un beso ardiente y precipitado, destinado a demostrarle que no tenía la menor intención de detener lo inevitable.

—No existe nada que pueda impedir que esta noche me pertenezcas —susurró él con vehemencia—. Nada, créeme. Espero que no lo olvides y que lo comprendas.

Brooke abrió los ojos para toparse con el maravilloso gris antracita de los masculinos. Se le habían oscurecido tanto que por un instante creyó que eran negros.

—No tengo ni idea de a qué te refieres y no es el momento de empezar con los acertijos —musitó, nerviosa y excitada—. Habíamos quedado en olvidarnos del mundo entero y creo que debemos de concentrarnos en ello… ¿Tienes alguna idea mejor en mente? —Brooke comprendió que para su acompañante la pregunta no era retórica y suspiró de impotencia—. Joder, Hunter, como no estés pensando en lo mismo que yo, vas a dejar de tener problemas, porque prometo hacerte desaparecer con mis propias manos.

Hunter sonrió con ternura y volvió a besarla, aunque esa vez de forma distinta.

La urgencia inicial había sido sustituida por algo a lo que Brooke no supo poner nombre. Sin embargo, no tenía tan poca experiencia como para no saber que decaía la excitación, por lo que comenzó a temerse lo peor y, de repente, todas las capas que la formaban se fusionaron entre sí y se negaron a que se diera por vencida. Joder, por primera vez en toda su vida, su voz interior, su conciencia, el poco raciocinio que le quedaba y su peor juicio estaban de acuerdo. Así que tomó aire, se deshizo del vestido y contempló a su invitado con inseguridad.

—No me has facilitado ropa interior… —explicó, cerrando los ojos para evitar contemplar alguna sorpresa de última hora.

El alarido de Hunter la sobresaltó.

Cuando lo miró, su amante no consumado estaba tan desnudo como ella.

La cogió en volandas y avanzó por el pasillo hasta llegar al salón. Entonces la depositó en el suelo, pero solo para abrazarse al cuerpo femenino.

—Estoy loco por acariciar tu culo —susurró, cogiéndola con fuerza por esa parte redondeada y apretada del cuerpo femenino—. Lo hiciste a propósito en el hospital, ¿verdad? Me estás volviendo loco y yo no sé cómo enfrentarme a todo esto que siento…

Brooke negó con la cabeza.

¿Ese hombre no sabía enfrentar lo que sentía por ella?

Eso debía de analizarlo con calma.

Obviamente, aquel no era el momento más adecuado para hacerlo. Así que recurrió a las viejas enseñanzas, esas que le aconsejaban sonreír y dejar para otro día todo lo que pudiera suponer un problema.

—Qué va, no fue nada deliberado —contestó, mientras lo besaba con urgencia y le devolvía la caricia, repasando los glúteos del hombre con entusiasmo—. Ni siquiera me di cuenta. De haber sabido que bastaba con tan poco…

Hunter gruñó sobre el cuello femenino.

Sin dejar de suspirar, fue dejando un reguero de besos a lo largo de la garganta femenina hasta llegar a sus pechos. Los lamió y mordisqueó hasta que la escuchó gritar de impaciencia.

De repente, ella fue consciente de lo que estaba a punto de suceder y contuvo la respiración porque no sabía muy bien cómo debía de proceder. Para empeorar las cosas, no podía despegar los ojos de Hunter y comenzó a sentirse algo cohibida; su inexperiencia hablaba por sí sola.

Hunter, que cambiaba de chica con más rapidez que de camisa, debió de

notar algo porque la abrazó con fuerza, mientras le mordisqueaba una oreja, provocándole unas estimulantes cosquillitas y conseguía así que ella se olvidara de sus temores.

Brooke suspiró entre risas y gemidos.

—¿Has estado con algún hombre? —le preguntó el empresario, mientras se situaba sobre ella con naturalidad.

Brooke estuvo a punto de mentir y decir que él era el último de una lista más larga que un rollo de papel higiénico, pero la verdad que leyó en los ojos masculinos la desarmó. Ese extraterrestre, crédulo e imbécil, parecía estar loco por ella.

—Eres… mi tercera tentativa —aclaró, mirándolo fijamente—. Después de ti, lo han intentado unos cuantos, pero me mantengo con el marcador a cero.

Hunter lanzó una exclamación.

A Brooke le hubiera gustado interpretarla, pero le resultó imposible.

—No deseo que tu primera vez sea en el suelo de un salón —farfulló su invitado, levantándose a toda prisa para ofrecerle la mano—. Si vamos a pegarle esa patada al mundo, quiero que sea perfecta para ti. ¿Dónde está tu dormitorio?

Brooke le tendió la mano con brío y casi lo arrastró por el pasillo. Lamentó no saber andar moviendo las caderas, sobre todo, después de conocer que a ese hombre le gustaba su culo.

Para su descanso mental, al entrar en la habitación y encontrarse con los ojos masculinos supo que, efectivamente, en esa ocasión no iba a ver vuelta atrás.

Capítulo 30

Hunter se vino abajo.

Aquello no estaba bien y nunca lo estaría, pensó aterrado.

Si seguía adelante, lo que pasaría después constituía todo un enigma.

¿Esa criatura que temblaba entre sus brazos lo comprendería?

No, Brooklyn Graves era una persona íntegra que no admitiría situaciones… insalvables.

Lo decidió sin querer.

La amaba tanto que no podía hacer otra cosa.

Cuando la estrechó entre sus brazos y la escuchó suspirar de felicidad, Hunter hubiera dado todo lo que tenía para que, en el escenario de la vida, los hados le hubieran reservado unos papeles distintos.

Entonces, la besó como si fuera la última vez y probablemente lo fuera.

La colaboración femenina no ayudó demasiado porque entonces tuvo que lidiar con la urgencia de querer tocarla, que creció hasta alcanzar unos límites insoportables. Hunter se rindió pronto. Apenas la escuchó gemir de placer, se lanzó como un loco a acariciarla, besando cada palmo de piel que agasajaba.

Nada existía más que ellos dos, pensó él, mientras pedía perdón a los dioses de todas las religiones.

Enseguida, la necesidad de dar placer a Brooke eclipsó cualquier otra consideración. Por eso, cuando descendió hasta la ingle de ella, no tuvo ningún reparo en abrir con delicadeza los labios femeninos. Los sentía tan calientes que sopló sobre ellos para aplacar el fuego que los abrasaba. Los gemidos de ella le dijeron que lo estaba haciendo bien y, a continuación, lamió con deleite el precioso botón que guardaban en su interior.

La conmoción de la muchacha fue apoteósica; aquella mujer era especial en todos los sentidos, pensó aturdido. Brooke reía y gritaba el nombre de su amante sin control alguno y eso lo alteró tanto que estuvo a punto de mandarlo todo a la mierda y hacerla suya.

Arrepentimiento, qué palabra tan horrible.

No iba a hacer algo de aquella belleza para arrepentirse después.

No estaba tan loco.

Hunter la sostuvo con ternura mientras ella se derretía sobre su mano. Cuando los estremecimientos del cuerpo femenino se aunaron en una sacudida ardiente e impetuosa, sonrió con tristeza. Esa mujer era perfecta para él. A pesar de su inexperiencia, estaba disfrutando del sexo sin mojigaterías ni puritanismos de ningún tipo. Sin embargo, lo único que podía hacer a continuación era esperar

pacientemente a que aquella criatura -a la que amaba más que a su vida- volviera a respirar con calma.

Le propondría que desapareciera con él.

Podían vivir en algún lugar donde pasaran desapercibidos. Donde el amor no estuviera maldito y ellos no fueran peones de un juego desconocido. Con suerte, podía hacerle creer que necesitaba huir de quienes deseaban inculparlo.

Maldita sea, entonces Brooke lo contempló con los ojos llenos de amor y su bello rostro le regaló una sonrisa tan sincera que consiguió avergonzarlo. Hunter enrojeció hasta la raíz del cabello. Incluso, tosió y carraspeó pero, a pesar de todos sus esfuerzos, no tuvo valor para romper la magia del momento y, mucho menos, para contarle a aquella preciosa e inocente mujer por qué no podía seguir adelante.

—Descansa —le susurró al oído.

Hunter no pudo articular más palabras.

Cuando Brooke se amoldó al cuerpo masculino y, finalmente, posó su mano en el pecho de Hunter, él solo podía pensar en desaparecer y en alejarse de ella. Sentía los senos femeninos en su brazo y el pubis en su pierna. Joder, iba a estallar de deseo y lo peor era que su pene pensaba lo mismo.

Brooke consiguió enfocarlo con dificultad y le sonrió, sin advertir nada raro.

—¿Alargando la experiencia? —le preguntó ella, cerrando los ojos de puro cansancio—. Estoy deseando poner el marcador en marcha…

Hunter asintió sin hablar.

No tuvo que dar explicaciones ni inventar excusas.

Por otra parte, esa chica estaba tan cansada que dudaba de que al día siguiente se levantara a tiempo. Solo por si acaso, manipuló el teléfono móvil de Brooke, que permanecía en la mesita de noche. A continuación, esperó unos minutos hasta que la respiración de ella le indicó que estaba dormida. Entonces abandonó la cama para acabar lo que había empezado… en el baño y sin ella.

Finalmente, se duchó, se vistió y salió de la casa.

Alan Macintosh, su jefe de seguridad en persona, lo esperaba con cara de pocos amigos.

—Si Brooklyn Graves fuera el sujeto que buscamos —exclamó irritado—, serías historia. ¿En qué estabas pensando para marcharte con una desconocida? —le preguntó casi a gritos—. Te has saltado todos los protocolos.

Hunter palmeó la espalda de Mac y le sonrió, sin disimular que no estaba atravesando su mejor momento.

—Tranquilízate —le susurró a su jefe de seguridad—. Aquí estoy, sano y salvo o casi…

Alan no entendió sus palabras, aunque tampoco le interesaban. Hizo una señal a sus hombres para que estuvieran preparados y los siguieran a poca distancia.

Entonces, abrió la puerta del todoterreno y subió detrás del hombre que firmaba sus cheques todas las semanas. Que siguiera vivo, a pesar de sí mismo, era lo único que le importaba.

—Hunter, creo que debemos de repasar las actuaciones que constituyen líneas rojas que no debes de traspasar —insistía Mac con determinación.

Hunter no lo escuchaba, aunque asentía como un autómata.

En realidad, no podía dejar de pensar en Brooke.

La imaginaba despertándose y buscándolo esperanzada.

Si después de aquello, esa chica lo miraba de nuevo a la cara, donaría las ganancias de un año a cualquier organización que luchara para acabar con el hambre en el mundo.

Joder, Brooklyn Graves lo iba a odiar.

◆◆◆

—¿Qué motivo puede tener un hombre para no terminar de… para no finalizar el acto… sexual? —preguntó Brooklyn sin elevar la voz, mientras revisaba si el maquillaje había conseguido disimular las ojeras.

El vehículo se detuvo en un semáforo y Andrew la contempló con perplejidad.

—Brooke, creo que el motivo es el más viejo del mundo —le respondió, mirando por el espejo retrovisor al tercer pasajero con recelo—. Ese individuo no desea tener descendencia, parece muy obvio, aunque Noel te dirá algo completamente distinto. Espera y verás.

Brooke elevó una ceja y negó con la cabeza.

No, aquello no iba de hijos no deseados, estaba segura.

Había algo más.

Al principio, pensó en una enfermedad. Más tarde, que ella no le gustaba lo suficiente. Pero ahora, después de cómo Hunter la había tratado, de cómo se había esforzado para que ella disfrutara del sexo, y lo más alucinante, después de sentir el amor que ese hombre le manifestaba en cada caricia, estaba segura de que había algo más. El problema era que no se le ocurría nada que satisficiera todas sus dudas.

Esa madrugada había formulado la misma pregunta en internet y el ramillete de respuestas que le habían ofrecido era de lo más variopinto: para una mayoría de insomnes como ella, el problema radicaba en que la chica no le

gustaba demasiado a ese tipo; para un grupito de lo más extravagante, el motivo era que el hombre tenía problemas de eyaculación; otros le recordaron la cantidad de enfermedades que se había evitado y la felicitaban por un orgasmo sin consecuencias. También hubo quienes le aconsejaban que hablara con él para que pusieran las cartas sobre la mesa. Finalmente, los menos atrevidos trataron de persuadirla para que dejara de relacionarse con tipos tan raros.

—A ver, no deseo invadir tu intimidad —señaló Noel Edwards con tonillo afectado—. Tampoco entrar en conflicto con superdotados. —Andrew soportó estoicamente la mirada dolida del asistente—. Pero, algo así no tiene nada que ver con hijos que, como todos sabemos, puedes evitar utilizando métodos anticonceptivos. —Dejó que transcurrieran unos segundos y prosiguió como si sus acompañantes fueran unos auténticos pardillos—. Está muy claro: si no está enfermo, está casado… lo que es prácticamente lo mismo. Ahora creo que merecemos saber de quién estás hablando. ¿Algún conocido al que tengamos que investigar? Es fácil acceder a los datos médicos y personales de cualquier individuo. Un momento, eso también puedes hacerlo tú…

El carraspeo de Harper apareció al instante.

—Sí, era tan obvio que no lo mencioné —enfatizó su colega, al tiempo que accedía al parking privado de uno de los edificios más altos de Nueva York—. Doy por sentado que Brooke, una persona superdotada, ya ha comprobado todos los datos a nuestro alcance. —Andrew saboreó la victoria; le pasaba siempre que hablaba con Noel, un tipo de lo más engreído al que le gustaba poner en su sitio —. En definitiva, si no hay enfermedad, ni hijos no deseados, ni esposa… solo nos quedan los secretos y los motivos ocultos. ¿Estás de acuerdo, Edwards?

Brooke suspiró, mientras escuchaba los exabruptos que iba soltando su asistente al bajarse del Mercedes.

—Sí, por supuesto que estoy de acuerdo, aunque no te acostumbres —concedió sin entusiasmo—. Pero, no nos desviemos, ¿quién es el anormal que no sabe cómo terminar un buen polvo, querida? —insistió Noel, sin duda para escandalizar al timorato de Andrew—. Puedo interceder de forma sutil…

Brooke sonrió al imaginar la cara que pondría su asistente si supiera de quién estaban hablando. El «anormal» era un tipo al que le bastaba con chasquear los dedos para que le salieran docenas de amantes al encuentro, podía haber dicho, quedándose muy corta. Sin embargo, permaneció en silencio. Sacó su maletín del coche y se reunió con los hombres en el rellano del ascensor.

—¿Estás bien? —le preguntó Harper, obviando al asistente—. Pareces preocupada.

Brooke le guiñó un ojo y sonrió sin ganas.

—Me habéis dado en qué pensar—susurró, entrando en el lujoso elevador

—. Sobre todo, con la elección del calificativo: «anormal». O sea, que no estoy viendo fantasmas. Con eso me basta. En cuanto a investigarlo, creo que voy a tener bastantes oportunidades.

Noel Edwards entrecerró los ojos y la observó fijamente.

—¿Fantasmas, dices? —repitió su secretario con gravedad—. Cari, salvo que ese tipo hubiera eyaculado diez minutos antes, no hay argumento capaz de explicar por qué no se comparte un buen orgasmo.

Brooke contempló su imagen en el espejo y suspiró abatida.

—¿Y si no le gusto lo suficiente? —les preguntó con seriedad—. Parece la respuesta más sencilla.

—Entonces, juega en mi campo —soltó Noel con seguridad—. Y no queremos armarios cerrados. Jefa, no existe heterosexual que no te encuentre atractiva, te lo digo yo. ¿Algo que decir, Harper?

Andrew había estado pensando durante todo ese tiempo.

—Dicen que exteriorizar los miedos es lo mejor para hacerlos desaparecer —soltó, fiel a su estilo—. Es normal que dudes porque el resultado no ha sido el esperado, pero creo que el problema lo tiene él. Brooklyn, eres tan bella que a veces duele mirarte.

Noel puso los ojos en blanco.

—Joder, cómo las gasta el superdotado…

Brooke se detuvo en el pasillo y miró a su socio.

—Yo también te quiero Harper.

Su colega y amigo no supo reaccionar.

Empezó a dar vueltas sobre sí mismo hasta que Noel lo enganchó del brazo y lo situó en la dirección correcta.

—Vamos, Romeo, nos esperan al otro lado.

Brooke le guiñó un ojo a Andrew y le sonrió.

Sabía que debía salir de ese *impasse* antes de entrar en el despacho. A veces olvidaba que no podía decirle lo primero que le venía a la cabeza. Lo guio hasta los ventanales del fondo del pasillo y ambos contemplaron las excepcionales vistas.

—Estamos en el piso ciento noventa —informó Harper, sin mirarla a la cara —. Los helicópteros vuelan en ciudad a unos trescientos cincuenta metros. Si tenemos en cuenta ese dato y que estamos, aproximadamente, a cuatrocientos cincuenta metros del suelo, es normal que veamos todos esos aparatos debajo de nosotros.

Brooke constató lo que su colega le decía.

Por aquella curiosa razón, debajo de ellos un número sorprendentemente elevado de libélulas aceradas se desplazaban sin chocar entre sí, respetando un

escrupuloso espacio entre los aparatos. De repente, un gigantesco artefacto de color negro se situó cerca del ventanal y comenzó a ascender en vertical. Brooke dejó de sonreír cuando reconoció al piloto de aquel sofisticado insecto.

«No me he dormido y no llego tarde; tengo dos teléfonos», hubiera querido gritarle ella.

Ese hombre no sabía con quién estaba jugando.

—Me dejas alucinada con tus conocimientos —reconoció Brooke con calma, sabiendo que todavía disponía de algunos minutos antes de enfrentarse al experimentado sujeto que surcaba los cielos a lomos de un corcel alado—. ¿Te gustan los helicópteros?

Andrew se repasó el pelo y sonrió con timidez.

—Sí, me estoy planteando pilotar uno de esos aparatos —informó con soltura, una vez superado el aprieto anterior.

Brooke volvió a la realidad de golpe.

Joder, joder, joder.

Ese chico no había dejado de tener accidentes desde que, en la universidad, se estrenara como el peor conductor de todos los tiempos y, por caprichos del destino, ella se sentía responsable de sus calamitosos comienzos.

Estaba claro que su sino era sufrir por aquellos a los que quería.

Maldita sea, hacía tan solo unos días que su amigo, el Temerario, había sufrido un accidente de tráfico. Su coche todavía seguía en el taller. Incluso debía pagar un extra a Noel para conseguir que se subiera al vehículo que Harper condujera.

Joder, ahora su querido y atrevido colega quería surcar los cielos.

—Andrew, amigo —Suspiró ella, abandonando la improvisada atalaya para seguirlo hasta el despacho del líder supremo—. ¿Te has planteado que quizá Dios no te haya llamado por el camino de la conducción de vehículos?

Andrew la analizó con detenimiento.

Ojos abiertos, labios apretados y tensión en los hombros.

No estaba bromeando, por el contrario parecía preocupada y alarmada.

—Desafortunadamente, Dios no me llamó por ningún camino —subrayó él, mirándola fijamente—. O, al menos, eso es lo que he escuchado toda la vida. Precisamente, ese es el motivo por el que me decidí a seguir mi propio criterio y, mírame, soy el CEO de varias empresas y accionista mayoritario de las tuyas. No me ha ido tan mal, ¿verdad?

Brooke asintió, lamentando haber exteriorizado sus pensamientos.

—Vamos, Fittipaldi. —Sonrió con naturalidad—. Espero que tu próximo invento incluya un paracaídas de los buenos.

Andrew afirmó con la cabeza, aunque no dijo nada. Probablemente

estuviera analizando toda la conversación, él era así, se recordó Brooke, dándose permiso para dejar de preocuparse por su compañero.

Noel aguardaba impaciente en la sala de espera.

—¿Me he perdido algo importante? —preguntó, mientras guardaba el móvil en el bolsillo delantero de su maletín.

—No, nada digno de mención —respondió ella, incapaz de decirle lo que se les venía encima.

Andrew Harper y el vuelo a motor.

Ese oxímoron empezaría a estudiarse en las universidades, estaba segura.

Capítulo 31

Una secretaria elegantemente vestida los anunció en cuanto escuchó sus nombres. Era obvio que los esperaban porque no perdió ni un segundo en abrirles la puerta.

El mismísimo Alister Bramson salió al encuentro de los recién llegados y les tendió la mano con cordialidad.

—Me acaban de informar de que Hunter está en la terraza —les dijo el hombre, sin perder el tiempo hablando de naderías, como que su retoño estaba en esa parte del edificio porque se había desplazado en helicóptero—. Nuestros ascensores son los más rápidos del mercado; en unos minutos nos acompañará y podremos empezar. Ahora, déjenme ofrecerles un café. Anne, por favor.

Brooke se volvió para toparse con otra escultural mujer que aguardaba junto a un carrito provisto con todo tipo de refrigerios. Sin embargo, no fue la comida la que despertó su interés, sino los tres individuos que estaban sentados en la mesa de reuniones. Uno de ellos llevaba la chaqueta puesta y el contorno de un revólver se insinuaba junto a su axila. Los hombres estaban rodeados de documentos que dejaron de revisar para observar a los desconocidos -es decir, a ellos- con atención.

Brooke notó el codazo de Noel y asintió con indiferencia.

Andrew también se había percatado de la identidad del trío porque se encaminó hacia la puerta, dispuesto a marcharse sin abrir la boca. Ella, sin embargo, sentía curiosidad por saber por qué demonios Alister Bramson precisaba sus servicios, sobre todo, al comprobar que el FBI se había hecho cargo de la situación y no parecía que fuera para detener al heredero. Tampoco podía ignorar que, para tenerla en aquella mesa, el empresario no había dudado en chantajear a un senador de los Estados Unidos.

En el instante en que Andrew iba a salir, la puerta se abrió, y Hunter Bramson entró en la estancia seguido de cuatro guardaespaldas.

—Harper, cuánto tiempo… —exclamó Bramson hijo, mientras estrechaba la mano del genio con simpatía—. Tenemos que hablar, el sistema de cierre que has patentado me interesa.

Brooke compartió con Noel una risita comprensiva al percatarse de que su socio retrocedía sobre sus pasos.

—Por supuesto —contestó un renovado Harper, poniendo su calculadora mental en marcha—. Podemos dejarlo para después de la reunión.

Hunter asintió.

Después, echó un vistazo a su alrededor y saludó a los presentes, teniendo

mucho cuidado de no mirar a Brooke directamente, aunque también le estrechó la mano.

Solo unas horas antes ese tipo le servía los pensamientos, pensó ella con regocijo. Pues, si pretendía demostrarle que no era bienvenida, su estrategia había fracasado. Con aquel ninguneo Hunter Bramson había conseguido aumentar su interés de forma exponencial.

—Parece que ya estamos todos —dijo el señor Bramson y con un gesto les indicó que tomaran asiento—. Estos caballeros son agentes federales, a los que hemos acudido solicitando ayuda. También deseamos contratar a *Graves y Asociados*, de ahí que nos acompañen la señorita Graves y uno de sus socios, el señor Andrew Harper. Como secretario y letrado les asiste el señor Edwards. —Alister Bramson utilizaba un tono de voz grave, aunque lo que más destacaba era la seguridad que transmitía al hablar. Sí, ese tipo parecía auténtico y muy seguro de sí mismo, concluyó Brooke, molesta por el resultado de su peritaje. A continuación, repasó el aspecto del empresario y tuvo que concederle que también era muy atractivo. El traje de tres piezas en tono beige le sentaba de maravilla y resaltaba su bronceado. No supo por qué pero la imagen de su madre se coló en su cabeza y la descartó de inmediato—. Como saben, mi hijo Hunter *era* el principal sospechoso de una serie de crímenes violentos que se han venido cometiendo en los últimos tres años—la frialdad con la que se expresaba era digna de elogio—. Hablo en pasado porque el FBI ha encontrado pruebas concluyentes que descartan dicha posibilidad.

Alister Bramson se había ganado la expectación de los presentes, lo sabía bien. Brooke comprendió que el silencio que se produjo a continuación pretendía subrayar la importancia de la última frase.

—No se ha hecho público pero, la última víctima tenía restos biológicos entre las uñas y, como pueden imaginar, su ADN no se corresponde con el de Hunter —Alister miró a su hijo antes de proseguir—. También hemos podido demostrar que Hunter no estaba en Estados Unidos cuando se produjo el primer fallecimiento, el de Stefanie Borowitz. —A Brooke no le sorprendió que utilizara un eufemismo para evitar decir «asesinato»—. En definitiva, Hunter Bramson ha dejado de ser sospechoso y, para nuestro asombro y según los expertos, ha pasado a ser una víctima potencial del asesino o asesinos.

Dicho lo cual, volvió a producirse un silencio extraño en la habitación.

Mientras contemplaba al tipo engreído y algo aburrido que tenía enfrente, Brooke volvió a darle vueltas a la única cuestión que nadie aclaraba: ¿qué querían de ella los Bramson que no pudiera proporcionarles el FBI?

Hunter había dejado de ser sospechoso, contaba con más guardaespaldas que una estrella del rock y todos los medios de la Agencia Federal de

Investigación de los Estados Unidos parecían estar a su disposición.

Sin embargo, su socio se le adelantó.

—Ha quedado claro que Hunter ya no necesita defensa jurídica —resumió Andrew, que acababa de tachar de su lista mental toda la sección de la empresa dedicada a los procedimientos penales—. Y, dado que es a lo que nos dedicamos, salvo que nos digan que necesitan algún tipo de asistencia letrada y pericial que no sea la penal, no entiendo lo que hacemos en esta reunión.

Brooke tuvo que contenerse para no aplaudir a su socio; ella no hubiera podido expresarlo mejor. Andrew Harper era el tío más eficaz, frío y calculador que habitaba en el planeta. Si algo no era económicamente viable, lo descartaba de inmediato, como en aquel momento.

Descubrió que Hunter sonreía ligeramente y eso la escamó.

—Opino lo mismo que Harper —convino Bramson hijo, inclinándose hacia delante en su asiento—. No necesitamos los servicios de *Graves y Asociados*. Lo repito una vez más.

Entonces, el tipo que se mantenía con la americana puesta para que no se viera el pistolón que llevaba consigo también se echó hacia delante, ocupando un buen espacio de la mesa, al tiempo que entrelazaba los dedos en un gesto que debía ser característico en él porque, a pesar de que la chaqueta no era muy amplia, parecía sentirse cómodo en aquella postura.

—Soy el agente federal Martin Stewart, y este de aquí es mi compañero, Bill Murray —Los dos tipos se complementaban mal, pensó Brooke. El que hablaba era de piel tostada, corpulento y de rasgos exóticos. En cuanto a la edad, le calculó unos cuarenta años. Su colega, sin embargo, parecía mucho más joven y le hacían falta unos kilos para equilibrar la fibra muscular de su colega. Además, tenía la piel blanca como la leche, llena de pecas de distintos tamaños y formas y su pelo era de un rubio casi albino que hacía que te plantearas si era real—. Siento disentir, pero el asunto es mucho más complicado —expuso el hombre, mirándolos a través de sus gafas de pasta amarilla chillona—. Tres asesinatos y dos desapariciones de chicas que se han relacionado con el señor Hunter Bramson. La experiencia nos dice que el responsable va a terminar culpándolo de las muertes, si no lo hace ya. —El tipo sacó la funda de sus nada llamativas gafas y Brooke descubrió que eran de las que se vendían graduadas. Esa podía ser la explicación del colorcito tan discreto—. Por tanto, coincidimos plenamente con los resultados del peritaje del señor Ernest Cavanagh: el suceso se desencadenará antes de lo que imaginamos.

Brooke seguía sin comprender lo que hacían allí, pero continuó callada, a la espera de que aquel enorme preámbulo terminara y aquellos tipos les dijeran de una vez lo que necesitaban de ellos.

—Bueno, creo que me toca —dijo el único individuo que llevaba unas gafas con pedigrí, a tenor del estuche de piel que tenía delante—. Yo soy Ernest Cavanagh, psiquiatra especializado en patología criminal. A petición del señor Alister Bramson, he elaborado un perfil del asesino para el FBI y he llegado a la conclusión de que la vida de su hijo, me refiero al señor Hunter Bramson, está en peligro. Quiero dejar claro que el riesgo que corre Hunter no es potencial, sino muy real. —El asesor también sabía cuándo debía callarse y eligió ese momento para hacerlo. Quizá para dejar claro que no estaba de acuerdo con el comentario de Alister Bramson, que se había referido a su hijo usando los términos «víctima potencial»—. No es la primera vez que trabajo para el FBI y ya me conocen, no soy de los que dan la voz de alarma por cualquier insignificancia. —El especialista cogió un pequeño dispositivo con el que encendió una de las pantallas de la pared—. Este es el gráfico que he elaborado atendiendo a la frecuencia con la que se producen hechos de la misma naturaleza. Como pueden ver, se trata de un simple diagrama de posibilidades. Por supuesto —manifestó con seguridad, al destacar con un haz de luz la silueta de una columna de tamaño desproporcionado—, el problema radica en este noventa y nueve por ciento. Créanme, si no detienen al responsable en el menor espacio de tiempo, este procederá contra el individuo que le genera una respuesta tan visceral… En otras palabras, el sujeto (hablo en singular porque me atrevería a asegurar que trabaja solo) ha focalizado algún trauma en Hunter —antes de proseguir, se quitó las gafas y continuó sin ellas—. Señores, el individuo que buscamos conoce al objeto de su obsesión. No tengo la menor duda, Hunter Bramson se relaciona con bastante asiduidad con el asesino. De ahí, la urgencia de que sea detenido.

Brooke soltó el aire que había estado conteniendo.

Conocía a Sir Ernest Cavanagh, el doctor inglés que desde hacía una década residía en Estados Unidos. El tipo contaba con un currículum tan amplio que, probablemente, era la causa de que lo abreviara presentándose como psiquiatra. Sin embargo, hubiera sido más correcto decir que, además, era psicólogo, criminólogo y forense; una eminencia en su campo, se recordó Brooke con admiración.

Tiempo atrás, ese cincuentón de aspecto desgarbado y barba descuidada, había resuelto uno de los casos más controvertidos y delicados del momento. Todos los medios de comunicación se hicieron eco por la repugnancia de los hallazgos. Brooke no había conseguido olvidarlo, tres personas de la misma familia fueron salvajemente atacadas por lo que parecía un animal. Sin embargo, el doctor Cavanagh desmontó los hechos y probó que los bocados eran muy humanos. A ese hombre le bastaron las marcas dejadas por los dientes para confeccionar el molde de toda una boca. Terminó conociendo el peso y la

estatura del responsable e incluso elaboró una teoría sobre el posible grupo étnico al que pertenecía el asesino. Finalmente, consiguieron detener al autor de los crueles asesinatos, un caucásico de diecisiete años, vecino de la desafortunada familia. Como sucedía en la mayor parte de los casos, las víctimas y el asesino se conocían, se dijo Brooke apesadumbrada.

Por otra parte, debía reconocer que *Graves y Asociados* había intentado contratar al señor Cavanagh sin éxito alguno. A esas alturas, el psiquiatra se podía permitir el lujo de elegir los asuntos en los que deseaba intervenir y, como un Sherlock moderno, solo seleccionaba los más raros y complicados. Que ese hombre afirmara que la vida de Hunter corría peligro y que, además, se jugara su prestigio profesional asegurando que el asesino era poco menos que un amigo… daba que pensar.

El tipo de la pistola camuflada tosió, sacándolos a todos del agujero en el que el doctor Cavanagh los había metido.

—Bueno, ya lo han oído —dijo el hombre, sin dejarse llevar por ninguna emoción—. Después del perfil que se ha elaborado del posible asesino, se ha aumentado la seguridad del señor Hunter. Sin embargo, coincidimos con el señor Alister Bramson en que no es suficiente. —Brooke comprendió que por fin iban a descubrir el motivo que había llevado a Bramson padre a chantajear al senador y aguardó con impaciencia—. Señores, necesitamos con la máxima urgencia y celeridad a una mujer joven que, además, sea atractiva y sepa defenderse.

Noel Edwards intervino por primera vez, interrumpiendo al tipo armado.

—Esto no puede estar sucediendo —expresó airado—. ¿Están pidiéndonos en serio que Brooklyn Graves se convierta en un señuelo para atraer al asesino o asesinos? —masculló nervioso—. ¿El senador Daniel F. Graves está de acuerdo con esta locura? —Brooke lamentó haber comentado con Noel la cuestión de las fotos que Bramson padre tenía en su poder y que acabarían con la poca estabilidad que le quedaba a su madre—. No puedo creerlo. Llamémosle para comprobarlo.

Hunter se levantó de la mesa y se sirvió una copa. Brooke no pudo ver lo que había elegido porque le daba la espalda, pero debía de estar muy jodido porque nunca lo había visto consumir alcohol.

Alister Bramson carraspeó, mostrándose nervioso por primera vez.

—«*La señorita Graves es una atleta consumada que practica las siete mejores artes marciales para salir airosa de cualquier ataque personal. Además, es una experta en el uso de armas blancas y de fuego; de explosivos y detonantes; en submarinismo y la práctica de la apnea…*». —El empresario dejó el documento que había estado leyendo sobre la mesa y contempló a Brooke fijamente—. Es una lista interminable y no disponemos de tiempo, pero todas

presentan el mismo patrón: constituyen actividades de alto riesgo. —Y sería maravilloso que fueran ciertas, pensó Brooke. El problema radicaba en que habían salido de la mente maravillosa y mentirosa de Sally Webster. Su querida y competitiva socia se había encargado de la publicidad de la marca y le había endosado todas las especialidades que se le habían ido ocurriendo mientras la entrevistaban—. Señorita Graves, no le estamos proponiendo que se case con Hunter, solo que se haga pasar por su prometida y que ponga en práctica su profesionalidad para mantener a mi hijo con vida. Además, le recuerdo que no estarán solos, un equipo especial los seguirá en todo momento.

Andrew Harper negó con la cabeza al mirar a su amiga.

Brooke gesticuló hasta quedarse bizca pero sabía que cuando ese chico decidía hablar, no había forma humana de detenerlo.

—Todas esas actividades que ha mencionado constituyen hobbies de la señorita Graves. Su profesión consiste en coordinar y dirigir los distintos departamentos del conglomerado de empresas que hemos creado en torno a los distintos procedimientos legales que pueden afectar tanto a personas físicas como jurídicas —informó Harper sin un solo titubeo—. Brooklyn Graves no es guardaespaldas. Por tanto, no parece ético ni moral exigirle que asuma dicha responsabilidad, sobre todo en presencia de una agencia estatal que sí puede cumplir con ese cometido.

Joder, qué orgullosa se sintió Brooke de su colega.

De nuevo, un silencio incómodo sobrevoló la sala.

Brooke comprendió que todos los reunidos le estaban dando la razón a Andrew, aunque solo un loco sería capaz de decirlo en voz alta. No pudo evitar espiar por el rabillo del ojo a la posible siguiente víctima del *asesino* (en singular, según Cavanagh). El hijo de Alister Bramson continuaba de pie delante de una de las paredes de cristal que rodeaban esa zona del despacho. Hunter se ventiló el contenido del vaso y lo dejó sobre la mesita auxiliar que tenía más cerca. No parecía satisfecho con el curso de los acontecimientos y, por supuesto, continuaba sin mirarla.

Martin Stewart introdujo las gafas en su funda de polipiel amarilla y carraspeó para llamar la atención.

—No disponemos de tiempo para encontrar a una mujer, ni en el FBI, ni en la policía de Nueva York —dijo el hombre elevando el tono de voz—. A diferencia de lo que sucede en las películas, pueden pasar semanas hasta que se apruebe una petición de este tipo. Semanas que no tenemos, según lo que ya hemos expuesto —insistió, mirando alternativamente a toda la concurrencia, sentada y de pie—. Por otra parte, ¿quieren explicarnos cómo encontrar a una mujer con las características requeridas? —dejó que lo pensaran antes de seguir

hablando con voz persuasiva—. Mírenlos, parecen hechos el uno para el otro. ¿Quién dudaría de que puedan gustarse? Joder, hasta a mí me gusta Hunter Bramson. En cuanto a la señorita Graves, cuanto más la miro, menos creo que pueda ser real. ¿Se puede ser tan absolutamente perfecta? La había visto en fotografía, pero en persona es absolutamente fascinante. Incluso los veo casados y con hijos. Si, como tememos, el asesino es *asesina* y actúa movida por los celos, Brooklyn Graves es nuestra única oportunidad.

Brooke ya había pensado en los celos y en que se tratara de una fémina. Obvió todo lo referente al atractivo de ambos y a que formaran la pareja perfecta y comprendió que el tipo llevaba razón.

—Acepto —soltó ella, aprovechando que todos rumiaban teorías al respecto.

—No acepta —rugió con fuerza el individuo que también le gustaba al policía del revólver.

Entonces, todo sucedió muy rápido.

Hunter se abalanzó sobre ella y tiró de su brazo, sacándola de la habitación sin decir nada más.

Capítulo 32

—¡Tú estás mal de la cabeza! ¿Acepto? ¿Has dicho «acepto» como si se tratara de una puta boda? —farfulló Hunter, después de cerciorarse de que la terraza en la que habían entrado se encontraba desierta—. Joder, Brooklyn, esto no es ningún juego —prosiguió con gravedad—. Alguien se ha obsesionado conmigo y me castiga a través de las chicas con las que salgo. —Bramson hijo comenzó a repasarse el pelo con las manos sin molestarse en disimular lo nervioso que se encontraba—. Vas a entrar de nuevo en ese despacho y vas a decir que lo has pensado mejor y que no estás dispuesta a *aceptar* esta locura —le pidió, mirándola fijamente—. No necesito poner en peligro a ninguna otra mujer para acabar con ese hijo de mala madre. Yo también sé defenderme. Maldita sea, no tengo un currículum tan extenso como el tuyo, pero sé defenderme —insistió su acompañante con vehemencia, tanta que Brooke comprendió que ese hombre atractivo y excesivamente testarudo necesitaba creerlo para afrontar aquella locura—. Por otra parte, además de mi propia seguridad, dispondré de la del FBI. Brooklyn, no debes sentirte obligada a participar, está todo controlado.

Brooke lo contemplaba en silencio.

Empezó a entender a Andrew.

Se conoce mejor a una persona si te olvidas de lo que dice y analizas los gestos de su cara y el movimiento de su cuerpo. Pues bien, Hunter Bramson estaba aterrado, eso era bastante obvio, las pupilas dilatadas y el ligero temblor de sus labios y manos así lo indicaban. Sin embargo, no era lo único que Brooke advirtió y durante una milésima de segundo se dejó llevar por la emoción. Hunter mostraba una preocupación mayúscula cuando se planteaba la posible intervención de ella en aquel escabroso asunto.

Por favor, de seguir nombrándola, las venas del cuello de aquel ser celestial iban a estallar, lo que no dejaba de ser desconcertante. Que Hunter se mostrara tan afectado cuando hablaba de ella, comenzó a provocarle un cosquilleo en el pecho que le dificultó la respiración y, lo que era peor, el raciocinio.

Vale, no podía ser más ingenua.

Tendría que hacer un esfuerzo para bajar de las nubes y poder pensar con algo de lógica. A ver, lo primero era normal. ¡Joder, alguien estaba acabando con la vida de las mujeres con las que ese hombre se relacionaba! Que tuviera miedo indicaba que estaba en sus cabales. Solo un loco o una máquina soportarían una situación como aquella.

Lo segundo era alucinante; ese tipo de otro planeta no deseaba utilizarla

para salvar su pellejo. Llegados a ese punto, lo significativo era descubrir si lo hacía porque sentía algo por ella o porque Hunter Bramson era la buena persona que Brooke sospechaba.

—Te acompaño —prosiguió él, como si estuviera todo resuelto—. No te preocupes por las fotografías. Te conseguiré hasta el último de los negativos. Lo importante ahora es que no te relacionen conmigo —expresó convencido—. No debemos vernos hasta que todo este penoso asunto haya terminado. Entonces hablaremos, lo prometo.

Brooke fue incapaz de interrumpirlo.

Tampoco sabía cómo hacerle comprender a ese empecinado individuo el peligro que corría y la responsabilidad que las palabras de Martin Stewart habían despertado en ella. Si, como el agente federal aseguraba, Brooke era la única oportunidad que tenían, nunca se perdonaría que sucediera algo mientras ella se mantenía en una *aceptable* distancia.

En ese instante, la puerta de la minúscula terracita se abrió y Alice Bramson entró en escena.

—¡La que faltaba! —exclamó Hunter, resoplando sin tacto—. Creía que esto estaba lo suficientemente alejado. ¿Qué deseas, hermanita? ¿Tienes a alguna otra sospechosa en mente? ¿Brooklyn, quizás?

Alice hizo oídos sordos a las palabras de su hermano.

—No vengo a discutir contigo, eres un cabeza cuadrada, además de incauto y muy crédulo —afirmó sin mirarlo—. Estoy aquí por Brooke.

La aludida soportó con entereza el abrazo de una Alice muy desmejorada. Nunca hubiera imaginado que llegaría el día en que estuviera de acuerdo con aquella chica mimada y consentida, pero acababa de descubrir que, cuando se refería al hermano, ambas pensaban lo mismo.

—Hola, Alice —contestó Brooklyn, intentando mostrarse lo más aséptica posible.

La benjamina de los Bramson suspiró preocupada mientras se aferraba a las manos de Brooke con una energía asombrosa para una persona tan escuálida y demacrada.

—Tienes que ayudarnos —le pidió con lágrimas en los ojos—. Este tonto al cuadrado está en peligro y no hay manera de que lo entienda. —La chica se veía tan afectada que Brooke tuvo que hacer un esfuerzo para no terminar llorando con ella—. Me conoces, no permitiré que te pase nada. Por favor, Brooklyn, acepta. Si no lo haces, no sé lo que puede llegar a suceder. No puedo plantearme siquiera que le ocurra algo a este descerebrado.

El descerebrado en cuestión cogió a su hermana del brazo, la separó de Brooke y, después de darle un besito en la frente, la acompañó hasta la salida.

—Algún día tendrás que explicarme cómo me encuentras —masculló Hunter entre susurros—. Lárgate, Alice. Te quiero mucho pero, en esta ocasión, no aprecio tus esfuerzos. No voy a poner en peligro a Brooklyn —su voz resonó con demasiada fuerza, consiguiendo que las dos chicas lo contemplaran desconcertadas—. Da recuerdos a Sansón de mi parte y tómate unas vacaciones. Te aseguro que no va a pasarme nada.

Alice dirigió una mirada lastimosa a la hija del senador y se centró de nuevo en su hermano.

—El único que está aquí en peligro eres tú —afirmó la muchacha, casi a gritos—. ¿Qué debo hacer para que lo entiendas?

Hunter movió la cabeza como si estuviera librando una batalla consigo mismo.

—Lo que debéis comprender todos es que prefiero morir a poner en riesgo la vida de Brooklyn —lo dijo plenamente convencido, dirigiéndose a su hermana. A Brooke no le dedicó ni una mísera ojeada.

De repente, el ambiente se volvió denso y pesado.

Brooke percibió la contundencia de la crisis y contuvo el aliento mientras contemplaba aquel duelo de titanes. Sin embargo, no tuvo ninguna duda acerca de quién sería el vencedor; la vehemencia del tonto al cuadrado lo había dejado claro.

Contrariamente a lo habitual, la consentida de aquella poderosa familia no tenía nada que hacer. La muchacha abrió la boca pero la cerró en el acto. Se conformó con mirar a su hermano con los ojos cuajados de lágrimas mientras se dirigía a la salida.

Increíble, Alice Bramson había desaparecido sin decir la última palabra.

Brooke, por su parte, se encontraba como siempre. Es decir, a punto de chillar de impotencia. ¿Qué significaban las palabras de Hunter?

¿Pudiera ser que ella le gustara -con un poquito se conformaba- a ese hombre? ¿O la había nombrado como representante del género femenino al que no deseaba poner en peligro?

—Una pregunta, antes de salir de tu vida —propuso Brooke con voz persuasiva. Por supuesto, estaba mintiendo como una bellaca, pero era más fácil que le contestara si creía que no la vería más—. ¿De quién sospecha Alice?

Hunter la contempló como si no supiera a qué se refería.

Tampoco mostraba ningún interés en contestar, por lo que Brooke se vio obligada a sonreírle como si acabaran de encontrarse en la terraza de un garito cualquiera y mantuvieran una relación sexual y clandestina, de las que dejan los fuegos artificiales a ras de suelo.

—Al ver a Alice, le has preguntado si tenía a alguna otra sospechosa en

mente —parafraseó Brooke, intentando que no se notara que lo recordaba a la perfección—. Incluso te has permitido mencionarme a mí como posible psicópata asesina —esperaba que considerarla una loca rabiosa y trastornada le diera el empujoncito para contestar. Todos los días no la insultaban de aquella delirante manera—. Venga, Hunter. Solo por curiosidad, ¿de quién sospecha tu hermana?

El único Bramson que quedaba en la terraza le dedicó una mirada llena de ternura.

—Déjalo, Brooke —le pidió con calma—. Salgamos de aquí y sigamos con nuestras vidas.

El suspiro del hombre consiguió sobresaltarla.

Parecía cansado y abatido… o hecho polvo por lo *sui generis* de la situación, le dijo la voz de su conciencia, alardeando de saber latinajos y de querer ponerla en su sitio.

Brooke se detuvo, puso los brazos en jarras y le sonrió como había aprendido a hacer cuando deseaba aprovecharse de alguna cándida persona. Podía dar resultado, incluso su hermana lo consideraba incauto y muy crédulo.

Hunter se vio obligado a retroceder para ponerse a su altura.

No necesitaba contemplar el espectáculo que aquella descarada le estaba dedicando para darse cuenta de que era el ser más bello del planeta. Por eso, acabó enfadándose consigo mismo.

—Eres tan, tan… fea… —susurró bajito, mientras acercaba su cara a la de ella hasta verse reflejado en el iris celeste de la muchacha. En un momento de debilidad, Hunter acercó sus labios a los femeninos. Sin embargo, su sentido del deber acabó por desbaratarle los planes: nada de besos que no tenía derecho a dar ni a pedir—. No puedo creer que seas tan… perfecta…mente… fea.

Brooke había estado conteniendo la respiración.

—Sí, soy muy fea y muy cabezota —murmuró ella sobre los labios masculinos, a la espera de que Hunter se decidiera de una vez a intercambiar fluidos—. No te voy a dejar hasta que no me digas lo que quiero saber. ¿De quién sospecha nuestra querida Alice?

Hunter comprendió que no mentía.

Esa criatura era capaz de perseguirlo hasta hacerlo confesar y sus fuerzas empezaban a flaquear… mucho.

—Samantha York, mi hermana desconfía de la hija de Cecil York —musitó Hunter en voz tan baja que Brooke tuvo que acercar la oreja a los labios masculinos—. Es absurdo. Samantha está tan malcriada como Alice, pero sería incapaz de hacer daño a otra persona. Te lo aseguro.

Brooke no era tan positiva respecto de la santidad de la Secretaria. Todavía

recordaba el pisotón y las formas de la chica pero, al igual que Hunter, ella tampoco la imaginaba acabando con la vida de otro ser humano. Así que asintió, dándole la razón.

Ya no le quedaban más excusas para alargar la situación por lo que, lamentando tener que separarse de ese ser de otra galaxia, Brooke se encaminó a la salida. Cuando iba a llegar a las puertas francesas se detuvo de nuevo y volvió a sonreírle con cariño.

Esperaba que su atractivo funcionara de nuevo porque acababa de percatarse de que las cosas no siempre eran lo que parecían. ¿Qué había llevado a Alice a pensar semejante barbaridad? Tendría que hablar con la muchacha pero, mientras tanto, podía alargar unos minutos la reunión con el hermano.

—La última, lo prometo —aclaró, antes de proseguir—. ¿Por qué sospecha de ella? Tiene algo de sentido, no creas…

Hunter negó con la cabeza.

—No voy a seguir con esto. Realmente será la última —aclaró innecesariamente—. Al parecer, Samantha amenazó a Alice el día que encontraste las piezas de ajedrez en el barco. Una puta locura, lo sé —indicó, repasándose el cabello con nerviosismo—. Ahora, quiero que comprendas que no deseo volver a verte hasta que ese tipo esté en la cárcel. Si intentas comunicarte conmigo o verme o utilizas cualquier otro de tus trucos… abandonaré el país —soltó Hunter, alto y claro—. No puedo darte ninguna oportunidad, este asunto es demasiado serio. Si no respetas mi decisión, viviré en el extranjero —anunció con la misma convicción que había utilizado unos minutos antes delante de su hermana—. No dudes de que lo haré. Adiós, Brooklyn.

Brooke comprendió que, ese terco, testarudo y descerebrado, hablaba en serio y estuvo a punto de chillar de impotencia y frustración. Sin embargo, ser hija de un senador de los Estados Unidos la había preparado para afrontar todo tipo de situaciones.

—Adiós, Hunter —contestó ella imitando su gravedad. Después lo pensó mejor—. Qué digo, *bon voyage*, *mon amour.* —Al contemplar la cara de Bramson hijo, Brooke se vio obligada a rectificar; le iba a dar un patatús y ese hombre ya tenía bastante con su complicada existencia—. Tranquilo, es broma. Lo digo por si acaso, solo por si acaso.

Algo de humor siempre venía bien, pensó al verlo elevar una ceja y respirar de nuevo.

—Soy la mejor, lo sé —prosiguió ella, mientras avanzaba por el pasillo evitando darse la vuelta para seguir manteniendo su dignidad a salvo—. No me olvides, estaré esperando esa conversación que tenemos pendiente.

Mientras observaba maravillado los andares majestuosos de Brooklyn, Hunter se repasó el pelo sin importarle el resultado final. Se arrepentía de haberla introducido de nuevo en su vida. Volver otra vez al calvario de su existencia sin ella, le iba a resultar una tortura al cuadrado.

No supo el tiempo que había transcurrido hasta que escuchó la voz de su hermana.

—¿Te gusta tanto esa chica? Te despediste de ella hace diez minutos —comentó Alice con un deje extraño en la voz—. Haces bien en dudar. Hermano, estás cometiendo un error al dejarla escapar; era la candidata perfecta.

Hunter asintió con resignación.

—Lo sé —admitió en voz baja. Sin embargo, no podía darle cuerda a la insensata de su hermana, por lo que decidió darle un giro a la conversación—. Te acompaño hasta los ascensores. Por cierto, te debo unos cuantos insultos. Déjame recordar: cabeza cuadrada, incauto, crédulo, tonto al cuadrado... Oye, ¿no te has pasado con los cuadrados?

Alice Bramson se enlazó al brazo de su hermano con preocupación.

—Probablemente —admitió, mientras le cogía la mano y le daba un besito en el dorso—. Seguramente me afecte el trabajo de este trimestre. No me mires así, estoy tasando los bienes inmuebles de la empresa. Ya sabes, metros cuadrados y todo eso.

Hunter asintió mientras le pasaba el brazo por los hombros a la pequeña de la familia. Cuando llegaron a los elevadores se topó con Andrew Harper y lo saludó con camaradería.

—¿Podemos hablar? —le preguntó el muchacho sin un solo titubeo.

Alice se despidió de su hermano con un gesto comprensivo y Hunter acompañó a Harper al final del corredor, junto a unos amplios ventanales que reflejaban la cálida luz de la mañana.

—Si es de Brooklyn de la que quieres hablarme —le dijo Bramson, simulando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir—, puedes estar tranquilo, ya ha entendido que no puede intervenir en este asunto y acabamos de despedirnos.

Durante un instante fugaz, Hunter había cerrado los ojos. Mantenía los labios ligeramente apretados y su cuerpo se balanceaba suavemente. Además, había abusado de ese gesto suyo tan característico de pasarse las manos por el pelo.

Andrew procesó los indicios más obvios. Seguidamente, arrugó el entrecejo y asintió.

—No sé cuál es el problema, pero lo hay. Hablo no solo de Brooke, sino también de su madre, que está implicada de alguna manera —aclaró el

muchacho, sin dejar de mirar al tipo que había conseguido todo lo que él anhelaba en la vida—. Dejadlas en paz, a ambas. Por supuesto, me refiero a ti y a tu familia. —Andrew no deseaba ser más explícito—. No eres bueno para ella, aunque creo que eso ya lo sabes. No te acerques a Brooke, ni te acuerdes de su existencia. Si lo haces, me veré obligado a intervenir y no soy muy recomendable cuando me enfado.

Hunter vio a Andrew por primera vez.

Ese chico era un hombre, muy atractivo por cierto.

—No te preocupes, Andrew, acabamos de despedirnos —le aclaró molesto —. No voy a permitir que Brooklyn acepte este asunto —continuó con el mismo tono adusto y grave—. Yo también deseo protegerla, no necesitas convertirte en su paladín —la última frase rezumaba celos y darse cuenta empeoró el ánimo de Hunter—. Daría la vida por ella, te aseguro que no tienes que protegerla de mí.

Andrew leyó la verdad en los gestos de Hunter y, sobre todo, en sus ojos azulados.

Bramson le ofreció la mano y Harper se la estrechó con fuerza.

—No deseo que contrates mi último sistema de cierre —le dijo Andrew, que todavía desconfiaba del rico heredero—. Al menos, por ahora.

Dicho lo cual, se alejó de él y desapareció en el elevador.

—Menuda despedida —masculló Hunter para sí mismo—. Incluso ha conseguido meterse en el maldito ascensor como si supiera cuándo iba a llegar.

A Hunter le costó un buen rato asimilar lo que acababa de suceder. Ver a su hermana esperándolo le hizo volver a la realidad.

—¿Por qué no te has marchado? No hacía falta que me esperaras —manifestó mientras le daba vueltas a una idea absurda—. Alice, ¿te parece guapo ese chico?

Alice Bramson observó a su hermano antes de contestarle.

—Me pareces tonto, eso es lo que me pareces —resumió con los labios apretados por el enfado—. ¿Te preocupa que pueda gustarle a tu Julieta, ahora que has descubierto que el tipo bebe los vientos por ella? —Estaba tan enfadada que comenzó a pellizcarse la mano—. Puedes añadir otro insulto más a la lista: imbécil al cuadrado. Por si no te has dado cuenta —dijo elevando la voz—, ese individuo te ha amenazado. Repito, es una persona con ciertos «problemillas» que está colado por Brooklyn, con quien tú mantienes… ¿qué puedo decir? No creo que mantengas nada, pero ¿lo sabe su socio? —cuestionó con intención—. Hermanito, ya tengo dos sospechosos —exclamó con retintín—. No voy a tratar de convencerte porque llego tarde pero, mientras utilizas la cabeza, intenta mantenerte con vida. Hazlo por mí.

Hunter despidió a su hermana con un gesto maquinal.

En realidad, estaba repasando mentalmente la conversación que había mantenido con Harper. Ese chico no sería capaz ni de matar a una mosca. Lo que destacaba en él era su portentosa inteligencia, aunque era cierto que mantenía una relación especial con Brooklyn, reflexionó, intentando ser muy justo.

Hunter recordó la caída que Brooklyn y ese chico sufrieron en la universidad. La inquietud con la que Harper había esperado que ella despertara o las miradas que le dedicaba cuando creía que nadie se daba cuenta, incluso la forma en que ella lo calmaba le pareció sospechosa.

Andrew Harper la quería, la cuidaba, la protegía y la defendía.

Joder, hasta ahora habían supuesto que el asesino estaba cerca de él, pero ¿qué pasaría si estuviera cerca de ella?

Temblando de miedo, Hunter corrió hasta su despacho para hablar en privado con el doctor Cavanagh.

Capítulo 33

Brooke entró en la cafetería a toda prisa.

Noel le había enviado tres wasaps de lo más explícitos:

—*Andrew está jodido* —decía el primero.

—*No va a venderle las puertas a Hunter* —informaba el segundo.

—*Al parecer, tu socio se ha pasado un pelín con Bramson* —explicaba el tercero.

Terminaba mandándole una ubicación y pidiéndole que no tardara.

Brooke conocía a Andrew.

Probablemente, hubiera tenido unas palabras con Hunter y, a tenor de cómo habían terminado -su colega se había negado a hacer negocios con Bramson hijo-, estaba claro que no había sido una simple charla de amigos.

Como siempre que se olvidaba de las peculiaridades de Harper, Brooke comenzó a sentirse culpable.

¡Andrew resistiéndose a vender sus sistemas patentados de cierre!

¡Eso sí que era un caso insólito!

Mientras se apartaba para no ser arrollada por un elegante grupo de personas que abandonaban el local, echó un vistazo a su alrededor

—No me lo puedo creer —escuchó decir a sus espaldas —. Hoy voy a ver a todos los pasajeros del dichoso barquito, incluida a la hija drogata del senador.

Brooke se dio la vuelta para toparse con la encantadora -e incapaz de hacer daño a nadie, según uno de sus amantes- Samantha York.

La Secretaria llevaba un estiloso vestido de color rosa que se adaptaba a su cuerpo como un guante. Brooke sabía que en aquella ocasión ella ganaba con su traje sastre de tres piezas en tono beige. Sin importarle parecerse cada vez más a su querida y superficial madre, la hija del senador Daniel Graves sonrió con la confianza que le daba saber que Armani superaba a Barbie por goleada.

—Me alegra comprobar que continúas mostrándote tan educada como te recordaba —le contestó Brooke, sin perder la sonrisa—. Hola, Samantha. ¿A qué otros pasajeros has visto hoy? Me gustaría saludarlos, sobre todo, si te referías a Alice Bramson. Esa chica es fantástica, la adoro.

No disponía de tiempo para comenzar hablando de cualquier chorrada y terminar dando un rodeo que la llevara a tratar el tema de las amenazas que, según Alice, le profirió la hija de Cecil York.

Tal y como esperaba, el ceño fruncido de la muchacha le dejó claro que la malcriada de los Bramson iba a recibir su merecido.

—No mantengo ningún contacto con ella —subrayó la Secretaria con

intensidad— y si fueras lista, tú tampoco lo harías. Esa chica no está bien —prosiguió, acercándose a ella más de lo que aconsejaban las normas de protocolo. Un olor pesado y dulzón a esencia floral las envolvió y Brooke tuvo que defenderse dando un paso atrás—. Imagínate, la noche que salimos del barco me amenazó con tirarme del helicóptero —susurró inquieta, salvando de nuevo la distancia que las separaba. La heredera del filántropo inglés había bajado la voz hasta transformarla en un susurro apenas perceptible y le hablaba prácticamente al oído para que nadie escuchara la conversación.

O era una paranoica de mucho cuidado o lo que decía era verdad.

Brooke asintió, como si la creyera.

—Bueno, ya la conocemos —expresó sonriendo—. Peca por exceso pero, sin duda, debes de haberla malinterpretado.

Con un mohín de desagrado, Samantha York dejó bien patente que le molestaba que sus palabras fueran puestas en duda.

—Sé diferenciar cuándo una persona habla en serio o en broma —le dijo la muchacha, sintiéndose obligada a explicarse—. John se equivocó queriendo tener una hija, no hay más que ver cómo se comporta —declaró bajito—. Cualquiera puede perder la cabeza, sobre todo, si no estás preparado para tener tanto dinero, ¿no crees?

Brooke asumió el golpe con dificultad. Ni siquiera pensó en la benjamina, la aparición de la letra «jota» la había dejado fuera de juego.

«¿John?», gritó para sus adentros. ¿«J»? ¿Esa era la «J» que no lograba identificar?

—¿A quién te refieres? —consiguió expresar con las sienes a punto de estallar. La chica se marchaba y ella necesitaba que le contestara—. ¿Hablas de… Alister Bramson? ¿Se llama John?

Brooke se hubiera arrodillado ante esa chica si ella se lo hubiera pedido. Temía que no se detuviera y continuara hasta la salida. Por eso, cuando la vio darse la vuelta y sonreírle con malicia, supo que ya iba siendo hora de obtener respuestas.

—¿De quién si no? *John* Alister Bramson, *John* para los amigos. Todo el mundo lo sabe. ¿De dónde sales tú? —le preguntó con extrañeza—. Entonces tampoco sabrás que Alice es adoptada. Los Bramson prefieren no hablar de ello —para estar desvelando un secreto familiar, la chica mostraba un regocijo difícil de justificar, pensó Brooke, salvo el odio, por supuesto—. Creo que es la razón de que esa criatura esté como una regadera y que se meta en tantos problemas. Nadie puede salir de un orfanato para convertirse en una de las personas más ricas del planeta. Eso es lo que dice mi padre y yo estoy de acuerdo. No lo olvides, querida, aléjate de ella.

Brooke no pudo articular ni una sola palabra más, se despidió de la Secretaria con un gesto y buscó los servicios. Necesitaba pensar en lo que significaba todo aquello. De repente, una sensación de angustia le impedía respirar y temió perder el conocimiento.

Por Dios.

Le daba tanto miedo lo que empezaba a barruntar que no quería encajar las piezas. Sin embargo, como si tuvieran vida propia, los fragmentos aparecieron ordenadamente en su cabeza.

«Mi amantísimo J.», había escrito Susan, representando el nombre de su amado con una inicial para no dar muchas pistas sobre la identidad del mismo. «Después de estos meses creía que ya me habías olvidado. Al recibir tu nota mi pecho se llenó de júbilo, exactamente igual que cuando era una cría y me llamabas a tu lado. Claro que iré, amor mío. Tuya siempre, S.E.».

De repente, todo adquiría sentido.

Susan Evenson -anteriormente, Graves- y el empresario multimillonario Alister Bramson se conocían desde hacía tiempo y habían mantenido una relación amorosa.

Ahora, la actitud de Alister e incluso la de su madre cobraban sentido. Cuando se encontraban, Bramson padre devoraba a su progenitora con la mirada y esta se alegraba como una colegiala por poder estar cerca del hombre. Después de conocer quién estaba detrás de la dichosa «jota», hasta el divorcio de sus padres se entendía. Brooke prefería no pensar en el alcoholismo de su madre.

Maldita sea, no tenía ninguna duda de que su inestable progenitora y Alister Bramson habían sido amantes. Sería importante descubrir la fecha en que se produjeron los encuentros, aunque la firma como S.E. (Susan Evenson) parecía indicar que había sido anterior al matrimonio con el senador Daniel Graves. O eso deseaba creer ella.

No quería seguir adelante, pero lo hizo.

De pronto, un tipo fascinante y perturbador, de pelo claro y ojos azulados irrumpió en su cabeza. Ciertamente, no necesitaba completar el puzle para comprender lo que estaba sucediendo, las piezas eran tan evidentes que tuvo que entrar en un cubículo para vomitar todos sus miedos.

Cuando se quedó vacía, se sentó en el suelo y fue analizando las señales que no había querido ver en su momento.

Ahora sí era explicable que un empresario multimillonario, joven y atractivo perdiera su tiempo con ella y los frikis de sus amigos. También explicaba las fotografías que encontró en su despacho y que atestiguaban que la había investigado. Y, por supuesto, también aclaraba el misterio de la analítica fantasma, de la que no obtuvo información alguna. Lo más humillante y

desagradable de todo era el tema del sexo que ella se empeñaba en mantener con él. «En definitiva, si no hay enfermedad, ni hijos no deseados, ni esposa… solo nos quedan los secretos y los motivos ocultos» había concluido Andrew, con asombroso acierto.

Desde el principio había algo que no encajaba, pensó Brooke, rindiéndose a las lágrimas. Debía haber sido más cauta. ¿Cuándo sucedían las cosas como en las películas? Joder, un tipo guapísimo, rico y joven aparecía en su vida por arte de magia. Además, se interesaba abiertamente por ella y se permitía una semana para conocerla. Y, por supuesto, se empeñaba en llevarla a su hospital donde le metían un bastoncillo en la boca y le frotaban el interior de las mejillas…

Joder, joder, joder.

Todas las señales y todos los indicios decían lo mismo: ese tipo del que estaba enamorada hasta las trancas era su… hermano.

La fuerza destructiva de un tsunami la barrió por dentro y por fuera y la dejó convertida en una cosa inerte. En la vida volvería a tener valor para mirar a Hunter Bramson a la cara, pensó Brooke mientras volvía a arrojar sus miedos al inodoro, en un intento desesperado de limpiar su cuerpo y su alma.

◆◆◆

—Te hemos esperado varias horas en la cafetería —repitió Noel con su desparpajo habitual—. Ya pensábamos que te habías encontrado con el del polvo pospuesto y lo estabais consumando de una vez.

Brooke apenas escuchaba a su asistente.

Permanecía absorta mirando el tráfico y, de vez en cuando, echaba un vistazo al paisaje que se divisaba a través de su ventanilla. Andrew circulaba con mucho cuidado y supuso que ya estaría mejor porque, cuando sufría una de sus crisis, no podía conducir. Contempló a su secretario a través del espejo retrovisor del Mercedes y le indicó con un dedo que llevaba puestos los auriculares. Lo que solo era una verdad a medias porque, a pesar de que los llevaba en los oídos, estaban apagados. Necesitaba repasar de nuevo todo lo que había sucedido y debía examinar las pruebas con más detenimiento. Quizá por eso no entendió a Andrew cuando comenzó a chillar con desesperación.

Fue Noel el que la zarandeó hasta hacerla regresar del agujero negro que ella misma se había construido.

—¡No tenemos frenos! —gritó Harper, mirándola con preocupación.

Brooke pisó con todas sus fuerzas el pie que Andrew mantenía sobre el freno y cuando constató lo que su amigo decía, maldijo sin contemplaciones de ningún tipo. Empezaba a pensar que el universo entero conspiraba contra ella.

—¡Ni siquiera hay rozamiento! Esto no es normal —chilló, volviendo en sí de inmediato—. Joder, no tenemos frenos de verdad. ¿Qué podemos hacer, Andrew? ¿Noel?

Harper parecía estar concentrado en el cuadro de mandos.

Brooke comprendió que estaba valorando la situación y le concedió unos segundos. Mientras tanto, contempló el cuentakilómetros y suspiró resignada. Ella sintiéndose muerta por dentro y en poco tiempo lo estaría también por fuera.

Había que joderse…

—A esta velocidad, en cinco minutos o menos nos encontraremos con el atasco de la costa —rugió Andrew sin perder los nervios—. Tenemos que elegir con qué chocar. Yo voto por la barrera central.

—¿Y si… saltamos del coche? —preguntó Noel, temblando de miedo.

Brooke negó con la cabeza.

—Allí veo una salida. Debes tomarla sí o sí, no podemos seguir adelante por esta carretera —gritó con fuerza—. Es nuestra única oportunidad. Después, seguiremos dando vueltas hasta quedarnos sin gasolina.

Harper negó con la cabeza, aunque no aclaró su significado.

—Hemos llenado el depósito mientras te esperábamos —expresó Noel seriamente indignado—. Espero que hayas tenido el orgasmo de tu vida porque va a ser el último.

Ni Andrew ni Brooke sonrieron.

Ambos estaban pendientes de poder cambiar de carril para tomar el desvío.

—Por esto necesito un helicóptero —manifestó Harper suspirando, a la vez que presionaba la parte del volante que contenía la bocina para avisar a los demás vehículos.

Durante los siguientes segundos ninguno de los pasajeros fue capaz de hablar. Noel cerró los ojos y se santiguó. Brooke contempló a sus amigos con cariño y comprendió que ese iba a ser su tonto final. Andrew, sin embargo, se mantenía con una frialdad envidiable. Provocaba un gran estruendo con el claxon al tiempo que el coche iba cambiándose de carril, como si se tratara de una pista deslizante. Los pitidos de los vehículos que iban dejando atrás eran gloria para sus oídos, hasta que dejó de escucharse ningún sonido, salvo el ruido del motor del Mercedes.

—¡Lo hemos logrado! ¡Maldita sea, lo hemos logrado! —gritó Harper, sin creérselo del todo—. ¿Qué hacemos ahora?

Brooke respiró con más calma.

Habían cambiado de dirección y…

—Volvamos al oeste de Manhattan —dijo ella, empezando a vislumbrar una posible escapatoria en su cabeza—. Algo encontraremos.

No se le ocurrió decirles que el plan consistía en arrojarse desde cualquiera de los puentes construidos sobre el Río Hudson. Cuando llegaran a ese *puente* ya lo pasarían, pensó con sarcasmo.

Diez minutos más tarde, la carretera comenzó a llenarse de vehículos y la circulación se ralentizó. Brooke comprendió que era el final; Andrew no podría mantener una velocidad moderada y acabarían chocando contra cualquier obstáculo que apareciera delante de ellos.

—Quiero que sepáis que no deseo morir —aulló Noel con voz temblorosa —. Aunque, admito que sois los mejores para hacerlo. Yo me acabo de hacer pis en los pantalones y vosotros estáis tan tranquilos. De un momento a otro empezaré a chillar de miedo y entonces no podré despedirme: os quiero, a los dos… y a mi Scott.

Harper emitió un gruñido como respuesta.

Brooke consideró más apropiado contestar como un ser humano.

—Para que conste, yo tampoco me he levantado esta mañana con ganas de desaparecer —Al contemplar el horizonte que se abría delante de ellos, Brooke se interrumpió bruscamente. El carril de la izquierda estaba en obras y podía verse cómo los operarios trataban de restaurar la parte del puente que algún vehículo había derribado—. ¡Madre mía, ahí tenemos nuestra oportunidad! —gritó, a punto de perder el control por primera vez—. Andrew, debes confiar en mí. No podemos hacer otra cosa, salvo chocar con los demás coches y provocar un accidente de dimensiones catastróficas —Brooke intentó que su voz sonara normal, pero no lo consiguió—. Debes lanzar el Mercedes por el tramo sin barrera; el puente no es muy alto en esa parte y quizá lo consigamos. Chicos, os prometo que no os abandonaré…

Andrew Harper miró al frente y vio la fila de coches casi parados. A continuación, observó a Noel por el espejo retrovisor y después se giró hacia Brooke. No dijo nada, sobraban las palabras, solo los hechos los ayudarían y confió en que así fuera.

Entonces pegó un volantazo y se dirigió a las obras a una velocidad endiablada. La estridencia de la bocina consiguió que los trabajadores se alejaran de la trayectoria del coche y, sin dudarlo, Andrew precipitó el Mercedes a las negras aguas del Hudson.

—¡Caemos! Sujetaos a lo que podáis —rugió Harper con fuerza.

Lo último que se escuchó en el interior del coche fue la plegaria histérica de Noel Edwards.

«¡Oh, Dios!, si conseguimos salvarnos, prometo no volver a ser infiel en todo lo que me quede de vida…».

Brooklyn Graves no pudo evitar sonreír.

A pesar de que el vehículo estaba siendo engullido por las aguas con una premura que daba miedo, pensó que tendrían que vivir solo por contemplar el milagro.

Capítulo 34

Brooke necesitó unos segundos para acostumbrarse a la penumbra de la profundidad. Nunca hubiera imaginado que el agua tardaría tan poco tiempo en inundar el habitáculo del coche. Bajó el cristal hasta el tope, aprovechando el chute de adrenalina que le había inyectado el miedo, y comprendió que si no hubiera dejado una pequeña abertura antes de saltar del puente no habría podido hacerlo porque la presión que ejercía el agua sobre las paredes del vehículo era descomunal. El cinturón de seguridad, sin embargo, salió del anclaje con mucha facilidad. La alegría de sentirse libre se vio contrarrestada por la angustia que empezó a generarle la oscuridad. Como no disponía de más alternativas, se inclinó hacia el espacio que deberían estar ocupando sus compañeros y extendió los brazos para tratar de comunicarse con ellos.

No podía ver nada, era un hecho.

Antes de que el pánico se adueñara de la situación, Andrew Harper apareció iluminado por una luz intermitente que, con toda seguridad, habría sacado de la guantera del coche. Brooke hubiera aullado de alivio pero se conformó con asentir con el pulgar elevado. Una vez que comprobó que los tres estaban vivos, trató de serenarse para necesitar menos oxígeno. Cuando se disponía a salir nadando a través de la ventanilla, Andrew la agarró del brazo. Su socio comenzó a gesticular con las manos para destacar el reloj que ella llevaba en la muñeca.

Con ese chico cerca, quién necesitaba a Mcgyver, pensó Brooke, recordando las características prácticamente siderales del dispositivo que había estrenado solo unos días antes. El genio de su amigo le estaba recordando que su reloj estaba provisto de linterna acuática algo que, en su momento, le pareció excesivo e innecesario y que utilizó para compartir unas risas con sus colegas. Pues bien, a partir de ese momento iba a convertirse en fan de la tecnología americana. Se trataba de un reloj especialmente resistente, con el cristal de zafiro y la parte trasera de cerámica cuya linterna era capaz de alcanzar la distancia, nada desdeñable, de cinco metros. Lo único que tenía que hacer era soportar la presión del agua, con eso y con la luz que empezó a emitir, se conformaba.

Andrew depositó el indicador luminoso led sobre el salpicadero. Podía considerarse otro elemento galáctico -esta vez, surcoreano- que también debía de ser acuático, a tenor del resplandor que proyectaba sin estropearse.

El oxígeno comenzaba a escasear y los pulmones no tardarían en dejar de funcionar. Ese era el peor momento porque el instinto aconsejaba abrir la boca y respirar. Brooke indicó a sus amigos que la siguieran. Fue fácil nadar a través del cristal de la ventanilla, no obstante, lo hizo lentamente, mostrando a sus

acompañantes cómo debían hacerlo. Por otra parte, no quería dejarlos a oscuras. Cuando vio a Andrew salir y a Noel detrás, esperando su turno, Brooke comenzó a ascender en vertical muy despacito. Su cuerpo entero le pedía a gritos que se impulsara como un muelle, pero la luz que emitía su brazo era crucial para que sus amigos no se perdieran.

Cuando llegó a la superficie, Brooklyn apenas podía respirar. Unos pinchazos cortantes e intensos en el pecho le recordaron que debía inspirar y espirar con mucho cuidado porque, probablemente, sus pulmones se hubieran llenado de gases que ahora le estaban destrozando los músculos de los costados y el diafragma.

En cuanto detectó a Andrew, Brooke levantó el brazo para indicarle su posición. Sin embargo, por la expresión de su colega supo que algo no iba bien. Se giró para mirar a su alrededor y comprendió que Noel no lo había conseguido.

—¡Ni se te ocurra! —le dijo su amigo cuando estuvo a su lado. Ese chico la conocía bien, pensó Brooke, intentando tomar una decisión de la que no se arrepintiera jamás—. Hay demasiada profundidad y, cuando hemos salido, el coche comenzaba a caer. He mirado hacia atrás y el dispositivo luminoso me ha permitido verlo descender. No bajes, es una locura y quizá ya sea tarde…

Lo sabía, lo sabía demasiado bien.

—No te preocupes, Andrew. La única verdad que se ha dicho últimamente sobre mis habilidades es que sé bucear. —Sonrió ella, consciente del resultado de la discusión que había mantenido consigo misma—. Es lo que mejor sé hacer.

Brooke le guiñó un ojo y cogió una gran bocanada de aire antes de descender a la mayor velocidad que sus pulmones le permitieron.

La oscuridad era total.

Sabía que el coche andaba por alguna parte, pero no era capaz de ver absolutamente nada. De pronto, un destello a su derecha la animó a seguir descendiendo y fue entonces cuando comprendió que, el dispositivo led que habían dejado en el salpicadero, sujeto a las rejillas del climatizador, seguía funcionando.

Unos segundos después, con la ayuda de su exclusivo y moderno reloj localizó el coche. No podía saber qué había parado su caída pero lo agradeció, consciente de que no podía descender mucho más sin que peligrara su vida. Los pinchazos y la sensación de mareo habían aumentado, aunque no quería pensar en ellos.

Advirtió enseguida que era imposible entrar por la ventanilla porque una forma rocosa la taponaba. Entonces se percató de los golpes que había sufrido el cristal delantero y descargó su peso contra el vidrio con todas sus fuerzas. Como

no funcionó, lo intentó con los pies y, cuando pensaba que los pulmones le iban a estallar, la luna delantera se resquebrajó con facilidad.

Noel había perdido el conocimiento.

Se había enganchado un pie con el cinturón de seguridad del asiento del copiloto. La cabeza de su amigo descansaba de forma extraña, doblada hacia un lado. Brooke no se planteó que ya no se encontrara entre los vivos; «Bicho malo nunca muere», decía el refrán. Tiró con fuerza del cinturón y el cuerpo desvanecido de su querido amigo se soltó del agarre. Entonces, anclada a él, Brooke ralentizó su respiración para conseguir las fuerzas que le empezaban a fallar y, con lentitud dolorosa, nadó hacia la superficie.

Unas brazadas después, el peso de Noel comenzó a suponer un problema y, durante un mísero segundo, abrió la boca para intentar respirar. No se tragó el agua, sabía que si lo hacía probablemente perdería el conocimiento y su asistente y ella morirían en el Hudson.

Cuando empezaba a perder la confianza en sí misma, un sonido envolvente y extraño provocó que mirara hacia atrás. El Mercedes continuaba su viaje, rumbo a lo desconocido. Unos segundos más y habrían sido arrastrados con él. Sabiendo que acababa de producirse el milagro que tanto ansiaba, Brooke rezó una plegaria de verdad, mientras trataba de salir a la superficie con aquel hombretón en sus brazos.

Apenas vislumbró la claridad del día, unas manos la atraparon y la subieron a un barco de salvamento marítimo.

Brooke abrió la boca y escupió todo el agua que había estado conteniendo. El pecho le dolía tanto que no podía incorporarse y, menos aún, hablar. Aunque no hacía falta, porque oía decir a Andrew que todo estaba bien, que Noel y ella se salvarían.

Harper y su optimismo en las situaciones apuradas, pensó Brooke, suspirando de alivio. Esperaba que en aquella ocasión fuera cierto, y no producto de los deseos de su socio, porque un olor metálico e intenso se esparció a su alrededor y comprendió que el líquido que salía de su nariz y de su boca no era agua.

—Tiene que dejar que atendamos a su amigo —exclamó una voz extraña—. Lo ha conseguido, señorita, pero ahora debe liberarlo y usted debe respirar con este aparato…

Brooke no pudo contestar.

La oscuridad del Hudson se había apoderado de ella.

◆◆◆

Hunter se despertó sobresaltado.

Un pitido insistente alertaba que se debían comprobar las constantes de la paciente. Se lanzó sobre la cama como un loco, temiendo encontrarse con lo peor. Aquella muchacha llevaba una semana debatiéndose entre la vida y la muerte, y volvió a rezar todo lo que sabía para que se mantuviera entre los vivos.

Brooke emitía unos ruiditos extraños y un sudor febril bañaba su cuerpo. Comprobó la temperatura corporal de la muchacha en una de las máquinas y suspiró nervioso. El castañeo de los dientes estaba motivado por los cuarenta y dos grados de los que alertaba uno de los marcadores. Entonces, pulsó el botón negro que descansaba junto a la cama. Era la tercera vez que sucedía y no salió gritando al pasillo, ni reunió a todo el cuadro médico del hospital para impedir lo peor.

Los pulmones de Brooklyn se negaban a funcionar.

Descendió demasiado rápido para auxiliar a su amigo y cuando subió a la superficie el daño ya estaba hecho. La muchacha más bella del planeta se encontraba conectada a un aparato, lleno de cables y sonidos estridentes, que respiraba por ella.

—No se preocupe —le dijo la enfermera de guardia, mientras le inyectaba a Brooke algún medicamento por medio de la vía que le habían cogido en el dorso de la mano—. Se recuperará. Es demasiado joven y bonita para que suceda otra cosa. Usted continúe hablando con ella… Está aguantando como una campeona —subrayó la mujer, sin dejar de mirar a la enferma—. Ha perdido mucha sangre, pero las transfusiones están dando resultado y ya no tiene anemia. En unos días mejorará, estamos seguros.

Hunter asintió por pura inercia.

—Soy Cero positivo y estoy como un roble —indicó, deseando poder hacer algo más que esperar—. Me sentiría mejor donándole mi sangre, ¿Cuál es su RH? —preguntó abatido. Conocía el grupo sanguíneo de… su hermana, pero no podía arriesgarse.

La enfermera lo contempló con expresión de pena.

—AB positivo —informó la señora, mostrándole una de las analíticas de la muchacha—. Tiene suerte, puede ser su donante. Si lo desea, puedo concertarle una cita con el laboratorio.

Hunter ya no la escuchaba.

¿AB? ¿AB? ¿AB?

Su padre, John Alister Bramson, era cero positivo como él… ¿De dónde salía ese AB?

Empezando a sospechar que había sido vilmente engañado, Hunter encendió su ordenador y consultó los códigos sanguíneos de los integrantes del

Senado americano. En cuanto escribió en el buscador el nombre de Daniel F. Graves obtuvo la respuesta que buscaba: B positivo.

Joder.

Entonces llamó a Leonel Stone. Sabía que el jefe de su gabinete jurídico estaría en el gimnasio y que le contestaría al instante. Como así fue.

—No me importa qué leyes infrinjas para acceder a la información —le dijo a modo de saludo—. Pero necesito conocer el grupo sanguíneo de Susan Evenson y lo necesito para YA.

Hunter exhalaba el aire con tanta fuerza que el sonido de su respiración resonaba en el auricular del teléfono.

—¿Oye, no está ahí la madre con ella? —contestó Leonel con la voz fatigada por el esfuerzo físico—. Pregúntaselo directamente, es más fácil y menos delictivo.

Hunter resopló, sin ocultar la ansiedad que lo estaba devorando por dentro.

—Busca en cualquiera de las clínicas en las que ha estado ingresada —sugirió con nerviosismo, obviando el consejo de su letrado—. No debe ser complicado conseguir que algún administrativo cometa el desliz. Necesitamos la prueba documental —insistió con gravedad—. Diez minutos, solo tienes diez minutos. —Colgó sin despedirse, conocía la capacidad de ese hombre para acceder a cualquier tipo de información y no dudó de que conseguiría lo que le había pedido.

Hunter se acercó a la ventana y contempló la noche.

Hasta el cielo estaba lleno de estrellas, quizá para acompañarlo en aquella agonía. Había creído a Lucius Green. El hombre le había entregado un informe de doce páginas y el dictamen final era muy claro: coincidencia de filiación biológica del noventa y nueve por ciento. Para obtener ese resultado les habían practicado una prueba de ADN y, además, multitud de análisis genéticos.

Según el responsable del laboratorio del hospital de su familia, no había ninguna duda de que entre Brooklyn y él existía una relación fraternal. Claro que eso era cuando creían que el grupo sanguíneo de ella era idéntico al suyo, es decir, Cero positivo. Igual que el de John Alister, su supuesto padre.

Mientras esperaba el resultado de la investigación de su abogado, Hunter llamó a Alan Macintosh. Su jefe de seguridad estaba dormido, pero lo disimuló con un carraspeo. Debían investigar quién había podido manipular unas pruebas cuya existencia solo conocían Lucius y él.

¿Lucius Green había ideado aquel engaño? No lo creía, ese hombre era tremendamente recto y honorable. Había dedicado toda su vida al hospital y estaba tan bien pagado que no lo imaginaba jugándose su prestigio profesional por dinero. Y, sobre todo, no lo consideraba capaz de adulterar ningún resultado

a sabiendas.

Entonces, comenzó a rumiar todo tipo de posibilidades: Green siendo chantajeado, Green debiendo dinero, Green queriendo jubilarse con mucho más de lo que tenía…

Era una auténtica locura.

El soniquete de su móvil le elevó el flujo sanguíneo hasta niveles patológicos.

—El senador es B positivo y Susan Evenson, la madre de Brooke, es A positivo. He buscado el informe escolar de Brooke y es AB positivo. No sé cuál puede ser tu problema, pero te aseguro que todo está muy claro. Y no tienes que preguntármelo, he comprobado la información varias veces: la hija es AB, es decir, una mezcla del padre que es B y de la madre que es A. Tengo los documentos a buen recaudo —informó Leonel a toda prisa—. Me debes una bien grande y diez mil dólares. Cada día está más caro el derecho a la intimidad…

Hunter se despidió de su excéntrico letrado con un simple *gracias*.

En ese momento no podía pensar con lucidez.

Se acercó a la cama y contempló a la que NO era su hermana.

Porque era imposible que lo fuera; su padre era Cero y Susan Evenson A. No sabía mucho de genética, pero el grupo 0 y el grupo A no podían engendrar un hijo del grupo AB.

Al conocer el tipo de sangre de Daniel F. Graves, Hunter comprendió el origen de la B de la hija del senador. Era su padre el que le había transmitido ese tipo sanguíneo. Susan Evenson no había engañado al que fue su esposo con John Alister; la niña era hija del senador.

Joder, cuánto tiempo perdido.

Amaba con locura a esa mujer y creía que ella sentía lo mismo por él.

Una semana atrás, había pensado que el coma de Brooke era la forma en que el Destino los castigaba por haberse enamorado. Ahora estaba más convencido que nunca de que aquella preciosa y valiente mujer saldría adelante.

Tenía que hacerlo por ella, por él, por ambos…

Capítulo 35

Brooke abrió los ojos, miró a su alrededor y, su primera reacción, fue gritar como una posesa. Sin embargo, no pudo emitir sonido alguno; un tubo en la garganta le impedía cualquier posibilidad que no fuera gorjear como un pájaro. Los cables y el plástico que la aislaba del resto de la habitación la aterraron y comenzó a llorar con desesperación.

—Cariño, me encuentro a tu lado —escuchó decir a una voz femenina sumida en una bruma extraña—. No te preocupes. Has tenido un accidente, pero ahora vas a estar bien. Estás en un hospital. ¡Oh, Dios mío, por fin te has despertado!

Brooke cerró los ojos y trató de respirar con calma.

No conocía a la mujer que le hablaba, ni sabía por qué estaba en un hospital, por lo que prefirió mantenerse en un limbo protector. Enseguida, la estancia se llenó de personas que utilizaban un tono alegre al hablar. Sintió que le retiraban el respirador de la boca y no tuvo más remedio que abrir los ojos porque el oxígeno que inundó su cuerpo le quemó la tráquea y los pulmones.

—Debe permanecer callada —le aconsejó un tipo que llevaba una bata blanca—. Durante varias semanas ha respirado con la ayuda del aparato que le acabo de quitar y no queremos que sus cuerdas vocales se vean afectadas. No se preocupe, en unos días podrá hablar pero, por el momento, vamos a comunicarnos de otra manera. —El hombre le hablaba con cariño y ella se lo agradeció mentalmente—. Si comprende lo que le estoy diciendo, cierre los ojos.

Brooklyn apretó los párpados y esperó pacientemente.

—Espléndido —expresó el médico con satisfacción—. Puede abrirlos. Escúcheme con atención, le vamos a mostrar unas láminas y debe contestar de la misma manera. Cierre los ojos para asentir y manténgalos abiertos para negar.

Los siguientes minutos fueron cruciales para determinar su estado. El problema era que Brooke había dejado de participar en el jueguecito después de la quinta imagen.

—Es tan inteligente —intervino una voz de mujer— que podemos permitirnos perder algunas neuronas. No tiene importancia que no conteste correctamente. ¿Verdad, doctor?

Brooklyn Graves empezó a comprender que aquella histérica mujer era su madre o, por lo menos, lo parecía porque la defendía a capa y espada. A ver, acababa de permanecer con los ojos como platos delante del dibujo de una maldita ballena y la buena señora pretendía considerarlo normal…

Estaba cansada, le dolía muchísimo el pecho y su garganta estaba llena de

agujas que pinchaban como condenadas. Por si eso fuera poco, tenía un agujero en el estómago del tamaño de un campo de fútbol. Maldita sea, estaba muerta de hambre y quería comer, no demostrar que conocía el nombre de todo bicho viviente… Curiosamente, la última idea iba unida a un recuerdo esquivo que desapareció tan pronto como quiso recuperarlo.

El médico, tres enfermeras y la señora que no paraba de decir que si se había quedado medio tonta no era demasiado importante, comenzaron a contemplarla con preocupación.

—Dejaremos que siga descansando —anunció el tipo de la bata blanca con tonillo afectado—. Esta tarde le practicaremos algunas pruebas y mañana continuaremos.

Brooke suspiró encantada, cerró los ojos y se quedó dormida.

◆◆◆

Nunca le había gustado que le tocaran la cara mientras dormía. O eso creía, porque no conseguía recordar ninguna situación en la que algo así le hubiera sucedido.

Brooke abrió los ojos con miedo.

Cada vez que volvía al mundo de los vivos la atosigaban con infinidad de pruebas con las que pretendían medir las capacidades afectadas. Y, para recuperar la energía que gastaba en completarlas, solo le ofrecían unos míseros caldos que no lograban más que azuzar el hambre que sentía. Total, que no merecía la pena el esfuerzo. Para qué engañarse, la única persona preocupada por el resultado de aquellos interminables exámenes era la mujer que tardaba en arreglarse más que ella en terminar sus labores intelectuales.

—No me recuerda —comentó en voz alta la exquisita señora que asumía que su hija había perdido facultades—. En realidad, no recuerda gran cosa, y ya han transcurrido tres días desde que salió del coma. ¡Qué vamos a hacer!

El individuo que Brooke identificaba como el doctor Grant movió las manos, quitándole importancia al hecho preocupante de que su paciente se encontrara permanentemente jugando a *quién es quién* y no acertara una mierda.

La puerta del cuarto se abrió de par en par y un tipo de edad madura se dirigió hacia ella, sin reparar en la mano extendida del médico, ni en la boca apretada de la mujer que afirmaba ser su madre.

—Cariño, te vas a poner bien. He venido en cuanto he podido —le dijo el hombre, mientras la abrazaba con mucho cuidado—. Emily te envía recuerdos. ¿Cómo se encuentra mi hija, doctor? Soy Daniel F. Graves, aunque probablemente ya lo sepa.

Brooke creyó que alucinaba al comprobar la prepotencia y la mala educación de ese individuo. Sin embargo, la refinada fragancia que exhalaba su desconocido padre le recordó algo etéreo e indefinido que no consiguió retener. Igual que si quisiera apresar un líquido con las manos, la sensación desapareció tan deprisa como había aparecido.

Todavía aturdida por la impresión que le había producido la colonia paterna, Brooke fue consciente de que el doctor Grant había escondido los brazos detrás de la espalda y miraba al recién llegado con el ceño fruncido.

Ese hombre le caía cada día mejor.

—Mi bella paciente se recupera lentamente —aclaró el facultativo con tono grave.

Daniel Graves no recibió la respuesta que esperaba.

—¿Mi hija sigue sin recordar y usted afirma que se está recuperando? —inquirió, adoptando un tono menos amable—. Quizá debamos plantearnos ingresarla en otra clínica.

Jeffrey Grant asintió levemente.

—Por supuesto que puede llevarla a un hospital distinto, senador —declaró el médico sin dudar, desconcertando a todos los presentes—. Sin embargo, es discutible que hacerlo sea lo más adecuado para su hija —manifestó con desenvoltura—. Creo que, dada la gravedad de las heridas, debemos hacer hincapié en la «recuperación» y no en la lentitud.

Brooke comenzó a sentir que algo chirriaba dentro de su cabeza. Durante un instante perturbador, la voz del senador resonó con fuerza en su cerebro y tuvo que agarrarse a la cama para no desfallecer de dolor.

Al instante, los recuerdos aparecieron de forma atropellada y desgarradora.

Su familia rota y su madre alcoholizada la perturbaron tanto que la máquina que medía los latidos de su corazón pitó estrepitosamente. La beldad que la recibía todos los días acariciándole la cara era una alcohólica incorregible que había decidido beberse el mundo en lugar de disfrutar en él.

—¿Te encuentras bien, querida? —quiso saber su progenitora—. Has palidecido de repente. La alarma de este cacharro es muy molesta.

Brooke asintió.

—Estoy bien, me he puesto nerviosa al pensar que tenía que cambiar de hospital —expuso con su carita de ángel y su voz ronca—. Aquí me encuentro segura.

Brooklyn miró al senador a la espera de que volviera a mencionar un posible traslado. Su padre había enmudecido y ella estuvo a punto de aplaudirse a sí misma; era maravilloso poder ganarle por una vez en la vida. Cuanto más lo pensaba, menos comprendía cómo había podido olvidar el odioso control al que

la sometía y su posterior abandono.

No, no se merecía que lo recordara.

Su trabajo como empresaria de éxito le sirvió para subirle el ánimo… Entonces, un coche lanzándose al vacío se sobrepuso a todo lo demás, trepanándole la cabeza durante el proceso. Andrew Harper y Noel Edwards la acompañaban. Una idea aterradora empezó a tomar forma y Brooke tembló sin control.

—Andrew y Noel iban conmigo… en el coche —gritó llorando—. Acabo de recordarlo… Por Dios, ¿qué les ha pasado? ¿Por qué nadie me ha hablado de ellos? Decidme algo, mamá, por favor…

Jeffrey Grant se acercó a la cama y le cogió una mano con ternura.

—Recuerda que no debes forzar la garganta. Tus amigos están bien. Andrew está perfectamente —aclaró el hombre a toda prisa para evitar que ella se pusiera más nerviosa. La máquina a la que todavía estaba unida había encendido un montón de luces rojas y las alarmas resonaban sin ninguna consideración—. Noel está en un coma inducido, a la espera de que su cerebro empiece a recuperarse. No hemos perdido la esperanza, su escáner no muestra daños significativos. —El médico le sonrió con cariño—. Lo hiciste bien. Fuiste demasiado temeraria, pero lo hiciste bien. Ese chico está vivo y creemos que lo logrará, tal y como tú lo has hecho. Podrás verlo en cuanto te autoricemos a salir de la habitación. —El doctor no se había olvidado de los avances de su paciente —. Creo que ya estás en condiciones de presentarme a las dos personas que nos acompañan.

Brooke se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Me está diciendo la verdad? —le preguntó mosqueada, al comprender que el doctor quería cambiar de tema—. ¿Están vivos los dos o me están ocultando alguna cosa?

Su médico asintió con seriedad.

—Ciertamente, uno está dando vueltas todo el día por el hospital, a la espera de reunir fuerzas para poder verte —indicó el hombre y Brooke sabía que no mentía—. El otro está más tranquilo, aunque igual de vivo. Noel Edwards está mejorando; no hemos encontrado ninguna lesión que le impida recuperarse completamente. Es solo cuestión de tiempo que lo tengamos entre nosotros.

Brooke comprendió que el exceso de optimismo del médico tenía como finalidad tranquilizarla. A pesar de todo, decidió creer lo que le decía. Imaginaba que Andrew no había tenido problemas. Cuando lo dejó en la superficie, su amigo se encontraba bien; que el muchacho no se hubiera colado en su habitación la tenía desconcertada. Aunque, era previsible que se sintiera culpable y ya conocía su forma de reaccionar siempre que le pasaba. Noel era otra

historia; sospechaba que era el que peor había salido del accidente, aunque contaba con sus ganas de vivir, que eran infinitas.

Brooklyn suspiró con resignación.

Solo había una forma de vivir la vida; hacia delante, siempre hacia delante… Y si vas a mirar atrás, que sea solo para entenderla, le decía el viejo Taylor.

Su chófer se encontraba disfrutando de su jubilación. Se había comprado una autocaravana y estaba viajando por todo el país con su querida esposa Judith. De vez en cuando, recibía una postal del hombre y ella respiraba tranquila, sabiendo que no le había sucedido nada malo. En aquel momento, hubiera dado cualquier cosa por tenerlo a su lado, pensó Brooke, sonriendo sin ganas para disimular sus sentimientos.

—Esa preciosa mujer que está a su lado es mi querida madre, Susan Evenson —afirmó sin titubear, volviendo a la realidad—. A quien he echado de menos y me encanta saludar.

Una llorosa y feliz madre la achuchó entre sus brazos, sin importarle otra cosa que darle la bienvenida a su única hija.

—El caballero… —Brooke contempló a su padre y no encontró nada digno de mención. Tampoco creía que le hiciera daño recibir una dosis de su propia medicina. Por otra parte, ahora sabía que no era su padre biológico, lo que la ayudó a seguir adelante —. Perdón… pero no… no lo recuerdo… Imagino que lo haré, pero no lo consigo…

Daniel F. Graves estaba indignado, la expresión de su cara no tenía precio.

—Tranquila, cariño, no te preocupes —le dijo su querido progenitor con el entrecejo arrugado—. Estoy seguro de que lo harás en poco tiempo. Soy tu padre, no puedes olvidarme.

Brooke bajó los ojos y se estrujó las manos.

Acababa de toparse con la compensación que ese hombre le debía por tantos años de indiferencia. No lo haría sufrir mucho tiempo, el justo para hacerle comprender lo que se siente cuando aquellos a quienes quieres se olvidan de ti.

Comenzó a sentirse tan satisfecha por haber reunido el valor necesario para escenificar su inofensivo embuste, que se removió inquieta en la cama y cerró los ojos para que no se notara que, en realidad, estaba saboreando su pequeña venganza.

—Dejemos que descanse. El proceso de recordar puede ser doloroso —comunicó el doctor Grant, creyendo que la actitud de Brooke se debía a la preocupación y al estrés que le suponía no reconocer a su propio padre—. No deben presionarla para que recupere la memoria. Lo irá haciendo de forma

paulatina. Lo único cierto es que hoy ha dado pasos de gigante. —Jeffrey Grant no disimuló la satisfacción que sentía—. En unos días estudiaremos la posibilidad de que pueda abandonar el hospital.

Brooke abrió los ojos y asintió, temiendo echarse a llorar.

—No cohíbas ningún pensamiento, sea este bueno o malo. Es crucial para la recuperación total que los recuerdos fluyan libremente por tu cabeza —le pidió el médico antes de salir de la habitación—. Aunque, no creo que una persona que se lanza al Hudson en busca de su amigo, tema enfrentarse a la vida. —El doctor Grant le guiñó un ojo sin importarle que sus estirados padres estuvieran presentes—. Brooklyn Graves, quiero que sepas que todo el hospital admira la hazaña que has llevado a cabo —le soltó el hombre con orgullo, adoptando el papel de padre—. Sigue con tu valor y no permitas que cualquier minúsculo fantasma interfiera en tu mejoría.

Brooke mantuvo la compostura.

Volvía a ser la buena y educada chica de siempre, le dijo la voz de su conciencia, después de permitir que su padre se despidiera con un besito en la frente y su madre lo hiciera con un abrazo fuerte y apretado.

Cuando por fin se quedó sola en la habitación, lloró.

A falta de tortitas con sirope, que todos los que la conocían sabían que eran sus preferidas, Brooklyn Graves lloró.

Mucho.

◆◆◆

Esa misma tarde, un individuo joven y demasiado atractivo para su gusto entró en la habitación y se dirigió hacia ella con paso decidido.

—Hola, Brooklyn. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó por primera vez—. ¿Es cierto que has recuperado la memoria?

En los últimos tres días, Brooke lo había visto merodear por su habitación, pero hasta ese momento no supo por qué ese individuo, bello como un Adonis, no se dedicaba a algo más fructífero que entrar y salir de su cuarto sin decir nada.

Ahora lo sabía.

Joder, la vergüenza que empezó a sentir le dificultó la respiración y uno de los indicadores comenzó a repicar con un estruendo perturbador. Brooke agradeció que el cuarto se llenara de personas que revisaban los cables y le tomaban el pulso. Había olvidado que estaba unida a un mecanismo que se chivaba de cualquier cambio en sus constantes vitales y ver a su… a ese… a Hunter la ponía tan nerviosa que, de seguir allí parado, mirándola con arrobo,

estaba segura de terminar generando un cortocircuito en la delatora máquina.

Ni loca iba a admitir que volvía a tener recuerdos de ese… de su hermano.

¿Cómo admitir que recordaba el tórrido encuentro que habían mantenido?

Antes prefería morirse de verdad.

Así que, por el momento, iba a continuar sin memoria pero con dignidad.

—Hola, me temo que no… sé quién es… usted —contestó ella con timidez, negándose a tutearlo. La hija del senador Graves siempre se comportaba con una educación exquisita—. Le agradezco la preocupación. Es cierto que empiezo a recordar, pero todavía me queda mucho por traer de vuelta conmigo —subrayó con una leve sonrisa. Era la mejor cuando se trataba de asumir cualquier papel que no fuera el real—. Lo siento, pero no tengo el placer actual de conocerlo.

Hunter la contempló fijamente.

Analizó su mirada y no tuvo ninguna duda de que decía la verdad.

No le causó ningún problema que ella no se acordara de él. Al menos de momento, no tendría que explicarle lo absurdo de su comportamiento, ni la facilidad con la que alguien había manipulado sus infundadas sospechas. Lucius había negado categóricamente cualquier tipo de responsabilidad en el falso informe y seguía sosteniendo que las pruebas debieron contaminarse. Él en persona había realizado los análisis y, por tanto, solo él conocía la identidad de los interesados. Por otra parte, la indiferencia de su respuesta era tan evidente que Hunter no dudó de que el hombre decía la verdad. Por supuesto, Mac había investigado hasta el último céntimo que había entrado en las cuentas de ese tipo y no había encontrado nada extraño ni anormal en ellas. En cuanto a su comportamiento, a ese individuo no le habían puesto ni una maldita multa en toda su vida, le había comunicado Mac con una risita engreída. Lucius Green no había tenido nada que ver en el asunto, dictaminó su jefe de seguridad. Investigarían al resto de personas que trabajaban en el laboratorio, pero iban a necesitar algo de tiempo.

—Lamento no recordarlo, créame —insistió Brooke, no sabiendo qué decirle para que dejara de contemplarla de aquella manera. Decidió terminar sonriéndole con mucho encanto. A fin de cuentas, era quien era…

Hunter suspiró hondo.

Por Dios, la amaba tanto que le dolía el corazón dentro del pecho. Desde que sabía que no tenían ningún parentesco su vida se había vuelto una tortura, sobre todo, por el tiempo que habían perdido. Ahora que ella había vuelto a la vida, nada ni nadie podría separarlos.

—Hola, Brooklyn. Soy Hunter Bramson —se presentó, luciendo una risita nerviosa capaz de quemar la jodida máquina—. Podría contarte un montón de cosas, pero el doctor Grant me ha prohibido ponerte al día —prosiguió,

alardeando de atractivo interestelar. Los hoyuelos hicieron acto de presencia y su mirada se llenó de lucecitas intensas y brillantes que pusieron en marcha los pitidos de la máquina—. Basta con que sepas que soy un buen amigo… por el momento.

«¿Por el momento?», estuvo a punto de gritar ella, ¿de qué iba su hermanito? De haber tenido la garganta a punto hubiera sido capaz de cantar ópera. Gracias a los hados, la puerta de la habitación se abrió en ese instante y pudo contenerse a tiempo. Su madre entró, llevando varias revistas en las manos.

—Parece que la máquina esta hoy juguetona —comentó Susan, al comprobar las alarmas y considerar su escasa importancia—. Hunter, querido, ya tenemos a nuestra Brooke con nosotros —informó la mujer con la misma confianza que si tomara el té con él todos los días—. Imagino que la legión de especialistas que has traído para curarla ha surtido efecto. Gracias, cariño. Estamos en deuda contigo. En cuanto mi hija se recupere, estoy segura de que pondrá todos los medios a su alcance para ayudarte.

Brooke resopló preocupada.

¿En deuda?

No quería estar en deuda con Hunter y menos aún tener que devolverle algún favor. Entonces recordó el problemilla que tenía el hijo de John Alister -joder, su padre biológico- y el acuerdo al que habían llegado.

Así que cerró los ojos y trató de dormirse.

Estar enferma era la mejor excusa que había encontrado en toda su vida.

Lástima que no pudiera explotarla más; tenía que averiguar por qué se quedaron sin frenos y si estaba relacionado con haber aceptado el caso del tipo atractivo que parecía tener problemas para separarse de ella.

Capítulo 36

—Andrew Harper, llegas con varios días de retraso —le soltó a su socio sin miramientos de ningún tipo—. Vosotros dos estáis disculpados porque sé que os encontrabais fuera del país —señaló Brooke, mientras dejaba que Sally y Wright III (había decidido no volver a llamarlo *John* por cuestiones obvias) la besaran como si hubiera vuelto del mismísimo infierno—. ¿Os he dicho que vi el famoso túnel? —les preguntó bromeando, porque deseaba restar seriedad a la situación —. Preguntadme lo que queráis sobre vuestro futuro, lo sé todo. —Al notar las miradas angustiadas de sus colegas, Brooke se negó a sentirse enferma—. ¿Cómo me encontráis? Si el menú de este sitio no consistiera en pis de gato, seguro que se me vería mejor.

Su madre carraspeó como si la que tuviera la tráquea en carne viva fuera ella y Brooke comprendió que, si quería hablar sin ser fiscalizada, debía salir con sus colegas a la terraza. Ser VIP le confería un estatus especial: habitación individual con baño de lujo, cama para un acompañante, comida de chef (que seguía sin disfrutar) y una terraza amueblada a la altura de una revista de decoración.

—Se te ve estupenda, como siempre —afirmó Sally Webster con una sonrisa—. Vale, quizá un poco más delgada, pero preciosa. —Susan Evenson asintió con la cabeza, satisfecha con las palabras de la muchacha, y su socia se vio obligada a continuar con los halagos—. Aunque, a quien se ve de escándalo es a tu madre. —era fácil decir aquellas obviedades, sobre todo, porque eran ciertas—. Susan, no sé cómo lo hace pero cada día está más bella.

Mientras sus colegas le hacían la pelota a su madre y la ayudaban a poner las flores que le habían llevado en un elegante jarrón de cristal, Brooke enganchó a Andrew del brazo y lo guio a la terraza.

—¿Qué has descubierto? —le susurró al oído—. ¿Fallo natural o intencionado?

Andrew contempló a su querida amiga y cerró los ojos.

—Mi psicoterapeuta me ha dicho que hice bien en no descender contigo —declaró afectado, eludiendo responder a su pregunta—. Yo, sin embargo, creo que debí haberlo hecho. Has estado a punto de morir y quizá hubieras necesitado que alguien te echara una mano. Créeme, nunca me he sentido así —confesó incómodo—. Noel continúa ahí abajo, su pronóstico es grave. —Lo dijo nervioso, moviendo de forma aparatosa el cuerpo y los brazos. A continuación, sin duda aleccionado por su psicólogo, su cerebro se reseteó recordándole algo importante—. Aunque, podría ser peor porque existe el *muy grave y fatal*.

Brooke contempló a su amigo con ternura.

—Hiciste lo único correcto y lo más sensato —aseguró, sin apartar la mirada de sus ojos verdes—. Andrew, si no nos hubiera auxiliado salvamento marítimo, habríamos muerto. Noel y yo no lo habríamos conseguido. Cuando subí a la superficie mis pulmones ya no funcionaban y no sabemos los minutos que Noel llevaba sin respirar —le recordó con calma—. Me han dicho que conseguiste ponerte en contacto con la policía a través de tu reloj, que es igual de galáctico que el mío. Joder, Andrew, si lo podemos contar es gracias a ti y a que no perdiste los nervios. En unos minutos reuniste a un grupo especializado, provisto de todos los medios técnicos que necesitábamos —insistió ella—. Quería verte para decirte que yo también te quiero y para darte las gracias. Siempre estaré en deuda contigo. —Sabía que a Harper no le gustaban las muestras de afecto, pero en ese momento no le podía importar menos. Brooke se abrazó a su amigo con todas sus fuerzas y se sorprendió al notar que el muchacho se lo consentía sin quejarse—. Íbamos a chocar con una fila de vehículos en la autopista. Yo no habría tenido valor para lanzar el coche por el puente. Así que empieza a sentirte como el héroe que eres. —A continuación, bajó el tono de voz, su madre estaba en la habitación contigua y no quería que escuchara lo que ella tenía que decir—. He estado pensando y creo que los frenos…

—Los manipularon —Andrew terminó la frase por ella sin que se le moviera un solo músculo de la cara—. Hunter ha pagado una fortuna y han sacado el coche del Hudson. No hay ninguna duda, el sistema de frenos fue inutilizado. Nos concedieron algo de tiempo porque no querían que se estropearan en pleno centro. En realidad, estaba previsto que chocáramos en la autopista. —Su amigo inspiró con fuerza—. No iban a quedar pruebas de ningún tipo; el coche iba a arder hasta casi desaparecer. —El muchacho pensó algo de repente y la miró con mucho interés—. ¿Es cierto que no recuerdas a Hunter?

Brooke temía ese momento.

Tenía delante de ella al mayor polígrafo humano de todos los tiempos, por lo que no sería fácil que la creyera.

—Para ser justa, tengo que reconocer que hay algo en él que me resulta familiar —expresó, convencida de que una verdad a medias era más fácil de colar. A fin de cuentas, era lo que le había estado sucediendo hasta que su querido padre se puso en modo senador—. Pero, la sensación desaparece al instante y me encuentro ante una especie de muro que no me deja avanzar — apenas empezaba a improvisar, la terraza comenzó a llenarse de gente.

Andrew no contestó, lo que no sabía si era bueno o malo.

Sally y Wright tomaron asiento junto a ellos y Brooke se interesó por la

nueva sucursal que iban a abrir en Londres. Ahí tenía una posibilidad de desaparecer, se dijo a sí misma, deseando perder de vista a su… hermano.

Al cabo de unos minutos, el tema de conversación volvió al Mercedes y a los frenos dañados.

—¿Qué vas a hacer? Bramson padre lleva llamando toda la semana —le preguntó Sally con tono grave—. Le hemos ofrecido una solución, pero no estamos seguros de que la vaya a aceptar. Él y Cavanagh desean hablar contigo.

Antes de contestar, Brooke miró a su alrededor sin ningún disimulo. Todavía no sabía cómo lidiar con las reacciones tan cambiantes de su madre. Si esta se enteraba de lo que planeaba llevar a cabo era capaz de sacarla del país.

—Acepté el caso y ahora creo que es aún más necesario que siga en él —lo dijo convencida, a pesar de saber que sus socios pondrían el grito en el cielo—. Prefiero enfrentarme a cualquier loco estando preparada. Por otra parte, es obvio que me he convertido en un blanco antes de tiempo —prosiguió con calma—. Porque, salvo que tengáis una idea mejor, era a mí a quien querían liquidar. ¿Estamos de acuerdo?

El silencio que se hizo en la estancia le dio la respuesta.

—En el despacho de John Alister no había mucho público —señaló Harper, rascándose la cabeza. Brooke parpadeó nerviosa al oír el nombre completo. Maldita sea, era verdad que no lo llevaba en secreto—. FBI, Ernest Cavanagh, su hijo y nosotros.

Brooke negó con la cabeza.

—Añade a las secretarias; las de dentro y las de fuera —completó ella—. Y, si tenemos en cuenta lo poco que tardan en circular los rumores, podemos incluir a todos los trabajadores de esa planta. —Era evidente que lo había pensado—. En realidad, debemos investigar a cualquier persona que se relacione con Hunter. Sin olvidar al padre y a la hermana —Brooke se aclaró la garganta antes de proseguir. Había estado a punto de mencionar la adopción, pero algo le impidió hacerlo. Estaría pendiente del informe de la muchacha; le resultaba imposible pensar en Alice como una niña abandonada—. Hay que actuar como siempre. Lo que significa examinar las relaciones íntimas, de trabajo y de amistad de todos los intervinientes hasta encontrar algún cabo suelto. A propósito, también necesitamos conocer el currículum de las amigas de Alice Bramson, la encantadora hermana. —Brooke comprendió tarde que se había dejado llevar. A Andrew, sin embargo, no se le había escapado el detalle. Lo sabía por su forma de mirarla, así que hizo uso de su inventiva—. He leído en las revistas del corazón que mi madre compra a diario, que esas chicas son admiradoras del hermano, y nunca se sabe.

El carraspeo alarmado de Susan Evenson les indicó que tenían visita.

—Cariño, Hunter y su hermana Alice desean saludarte —le comunicó su progenitora con elegancia.

Tomó la decisión en el acto.

Si no recordaba al hermano, tenía menos sentido aún que recordara a la bruja de la hermana. Andrew no se atrevería a descubrir su juego sin hablar antes con ella y, para entonces, ya sabría qué hacer.

—Espero que te acuerdes de mí —le dijo la muchacha con simpatía—. Soy Alice y, aunque no éramos íntimas, nos llevábamos bien. Nos conocimos en el barco de mi padre. Ese día participaste brillantemente en uno de mis entretenimientos favoritos. —Terminó sonriendo con una espontaneidad que parecía auténtica—. Me refiero a que se escondieron unas piezas de ajedrez y tú las encontraste.

Dicho de esa manera era difícil imaginar que el primer pasatiempo al que esa refinada chica se dedicó en el barquito consistió en drogar a sus invitadas. Brooke contuvo una carcajada, cerró los ojos como si estuviera pensando y, cuando los abrió, su mirada era de una indiferencia total.

—Estoy segura de lo que dices —respondió, dedicándole una tímida sonrisa que provocó un tumulto de emociones en la joven y en su hermano—. Y me gustaría recordarlo, pero no sé de qué me hablas. Lo siento.

Alice Bramson analizó el rostro de la hija del senador con ciertas reservas. Aparte de una belleza impresionante y dolorosa, no observó nada que le hiciera sospechar que mentía. Por otra parte, ¿qué ganaba esa chica diciendo que no los recordaba? No tenía ningún sentido.

Susan Evenson interrumpió la conversación con una bandeja repleta de diminutos pasteles de hojaldre y tacitas de café.

—Los azucarillos tendrán que suplir el azucarero. Tenemos té, café y leche —indicó la mujer, como si fuera importante—. Brooke no puede ingerir nada sólido, así que podéis comer todos los dulces que os apetezcan, tenemos tantos que no sé qué hacer con ellos.

La únicas dos personas que no probaron las delicias en miniatura fueron Alice y la enferma, cuya tráquea estaba llena de úlceras profundas y lacerantes.

—Hunter no desea que te pregunte —soltó de repente la hermanísima—. Pero, ¿qué has decidido? ¿Vas a volver pronto al trabajo? ¿Qué sucederá con el contrato que celebraste con mi familia? —Las cuestiones debían suponerle mucho estrés porque Alice se pellizcaba el dorso de la mano mientras la contemplaba con ansiedad —. Mi padre estaba fuera, me ha encargado que te diga que hablará contigo en cuanto pise suelo americano.

Brooke se quedó pillada.

¿Recordaba a Bramson padre? El tema de las fotografías complicaba la

situación.

—En cuanto Brooklyn abandone el hospital y sepamos cómo está realmente, celebraremos una reunión para decidir todo lo que tenga que ver con su familia —explicó Andrew, salvándola de nuevo—. Serán los primeros en saberlo. Recuerde que hemos sufrido un accidente. Además, había unos negativos que ustedes nos iban a facilitar y que nosotros queremos recuperar al margen de lo que decidamos —continuó su socio, con una soltura desconocida, mientras miraba alternativamente a ambos hermanos—. Esto último también podemos ventilarlo en los tribunales, aunque no creo que sea lo que desee ninguna de las partes.

Alice miró a Hunter de reojo y sonrió.

—Vaya, me ha sorprendido la amenaza —manifestó, sin perder de vista a su hermano—. Creo que los dejaremos decidir lo más conveniente para todas las partes. Por supuesto, lo primero es la salud de Brooklyn —admitió a regañadientes.

Entonces Sally decidió saldar la cuestión.

—Yo seré la pareja de Hunter —informó su socia, como si ya estuviera decidido—. Es lo único que podemos anticipar. Brooke necesitará tiempo para recuperarse y sabemos que Hunter no dispone de él. —Era bastante obvio lo que decía. Brooke sintió que le quitaban un peso de encima. Nunca había aprendido a cortar lazos y era lo que tenía que hacer con su hermano. Cuanto menos tratara con él, mejor para ella. Incluso estaba pensando en huir a Londres. Empezar de nuevo en una gran ciudad le vendría bien—. No se preocupen, yo también dispongo de ciertas habilidades que me ayudarán en caso de necesitarlas.

Alice Bramson sonrió encantada. La chica era pequeña, pecosa y su pelo pedía a gritos un buen corte. Solo su sonrisa merecía alguna consideración.

—Me parece perfecto —admitió la pequeña de los Bramson, para desconcierto de propios y extraños—. Con varias capas de maquillaje y algo de estilo en la ropa, quizá funcione.

Hunter no despegaba los ojos de la convaleciente.

—Por mí, de acuerdo —dijo el hermano, coincidiendo con Alice.

Brooke soportó el examen frío y analítico de los Bramson.

No estaba segura de querer que Sally entrara en escena, pero parecía la única solución. La muchacha sabía defenderse y, cuando no se vestía como una monja, resultaba muy atractiva. Sin embargo, en aquel momento, no era ese el problema. Brooke no sabía cómo digerir las miradas que le dedicaba Hunter. Empezaba a tener problemas para comportarse con normalidad. Joder, incluso empezó a ser consciente de que no llevaba sujetador. Ese fue el detonante para simular que estaba cansada y necesitaba meterse en la cama.

Sin dilación alguna, sus atentos visitantes se marcharon y ella respiró con más calma.

—¿Sally suplantándote? —le dijo su madre de repente, plantada delante de ella—. Si tuviera ganas de reír, me partiría —prosiguió su progenitora, con más sinceridad de la necesaria—. Esa chica es una arpía. Me refiero a Alice, no a nuestra Sally, que es un encanto. Lo siento, cariño, pero yo no creo que algo así funcione. ¿Quién se lo va a creer? ¿Hunter Bramson y Sally? Es ridículo —insistió su madre—. Deberíais dejar el asunto. No tenía ni idea de lo peligroso que era. Los Bramson pueden cuidarse solos, lo sé bien.

Brooke cerró los ojos y contuvo las ganas de vomitar.

—Parece que ya los conocías—masculló enfadada—. No tenía ni idea.

Susan Evenson no captó la amargura en la voz de su hija.

—Fui la novia de John durante seis meses —confesó su madre con una dolorosa naturalidad—. Me dejó para casarse con una rica heredera. La historia de siempre.

Brooke tragó saliva sin importarle las agujas que horadaban su tráquea. Lo positivo era que su madre se expresaba como si la historia perteneciera al pasado y la hubiera superado mucho tiempo atrás.

—¿Eso fue antes o después de que papá apareciera en tu vida? —Brooke contuvo la respiración.

Susan Evenson contempló a su hija y la abrazó con fuerza.

—En aquella época me quería lo suficiente como para no convertirme en la amante pobre de un hombre rico y casado —aseguró con convicción—. Me gustó tu padre y me gustó más aún que no dudara en casarse conmigo en cuanto supo que estaba esperando un hijo suyo.

Brooke no pudo contener las lágrimas.

Joder, qué bien sonaba.

¿Podría ser verdad que fuera la hija de una orgullosa y digna mujer que no engañó a su marido?

Maldita sea.

Se le amontonaban las cosas por investigar.

◆◆◆

Brooklyn se despertó sobresaltada.

Un tipo con los ojos más singulares del planeta Tierra la contemplaba con ternura.

—¡Menudo susto me has dado! —exclamó ella, encendiendo a toda prisa una pequeña luz—. Hunter Bramson, no sé lo que haces en mi habitación, pero

esto debe estar prohibido. Vas a provocarme un infarto. Mamá, por favor, echa a este tipo…

Durante unos segundos solo se escuchó el silencio en la habitación.

—Lo siento, Brooklyn —musitó Hunter, poniendo cara de póker—. Tu madre no está aquí. Me ha pedido que te acompañe hasta que ella vuelva… Duérmete de nuevo, por favor. —La sonrisa se le resistía al adonis y ella tuvo claro el motivo—. En unos minutos llegará y nos echará un buen rapapolvo a los dos.

Brooke se mordió el labio con nerviosismo.

—Si no me cuentas lo que está sucediendo, me voy a poner a chillar como una loca. —Esperaba que se notara que no era ningún farol porque estaba dispuesta a cumplir su amenaza—. Siempre puedo decir que me he llevado un susto de muerte al despertarme y encontrar a un desconocido en mi cuarto. —Brooke lo retó con la mirada y ganó ella; él retiró los ojos a toda prisa—. Lo que no deja de ser cierto. ¿No crees, Bramson?

Hunter suspiró con resignación.

Lo último que deseaba era preocuparla, pero llegaba tarde; Brooklyn Graves parecía saber lo que él iba a contarle. La muchacha se había sentado en la cama y lo contemplaba con la cara desencajada.

—Vale, tú ganas. En realidad, ha estado… saliendo por las noches… desde el día en que fuiste ingresada. No pienses mal, te dejaba al cuidado de una enfermera —le confesó entre susurros—. Sé que no te gustan los hospitales y que siempre habías estado con personas desconocidas. Así que estoy supliéndola —le costó trabajo reconocerlo, pero finalmente había decidido contarle la verdad —. No le digas nada, no sabe que conozco su secreto. —Después de revelar algo así, Hunter se sintió obligado a explicarse para que la muchacha no pensara que espiaba a su madre—. Quizá no lo recuerdes, pero este hospital pertenece a mi familia. Oí decir a una enfermera lo que estaba sucediendo, y aquí estoy…

Unos lagrimones enormes rodaron por las mejillas femeninas. Brooke se los limpió de un manotazo y, cuando reunió las fuerzas suficientes, lo miró a los ojos.

—¿A dónde va? —le preguntó con miedo, temiendo conocer la respuesta—. ¿Ha vuelto a… beber?

Hunter lamentó tener que darle él la mala noticia.

—Se va a su coche —musitó afectado—. Y… bebe hasta caer rendida. Sin embargo, vuelve a las siete en punto cada mañana. —Aquel tipo, que cuidaba de la enferma sin que nadie lo supiera, intentaba destacar el lado bueno de la maldita realidad y ella se lo agradeció desde el fondo de su corazón.

—Entonces, se ducha y reaparece luciendo como una madre perfecta —

completó ella con un hilo de voz, sin poder contener las lágrimas.

Hunter asintió.

—Gracias —consiguió balbucear Brooke—. Por la compañía y por ser tan delicado al explicarme cómo están las cosas.

Hunter se repasó el pelo con las manos en un intento estéril de no tocarla.

Los ojos azules de la muchacha, rebosantes de angustia, fueron más que suficientes para hacerle cambiar de idea y terminar abrazándola con todo el amor que sentía por ella.

—Ahora, duerme y descansa, por favor —le pidió abatido, mientras se acomodaba a su lado, dentro de la cama—. Todo va a salir bien. No estás sola, yo estoy contigo.

Brooke cerró los ojos con fuerza para evitar que sus lágrimas mojaran la camisa de Hunter. Amaba a ese hombre con una intensidad tan despiadada que empezó a plantearse si sería capaz de vivir lejos de él.

—Saldrá de esta —le dijo Hunter al oído, con una ternura adorable—. Nosotros la ayudaremos. Ahora sé buena chica y vuelve a dormirte. Necesitas descansar.

Brooke asintió.

En esa ocasión, los sollozos no solo estaban originados por la recaída de su querida progenitora, Brooke lloraba a moco tendido porque la había creído cuando la escuchó hablar de dignidad y de decencia.

Maldita sea.

Después de saber que Susan Evenson mentía con la misma facilidad que ella la saludaba todas las mañanas, su existencia volvía a aquel agujero oscuro que ahora sabía que estaba en el fondo del Hudson.

Capítulo 37

Brooke contempló el amanecer desde su porche acristalado.

Amaba la paz que se respiraba en aquel sitio.

El oleaje del mar, el cielo gris y la playa a sus pies eran el bálsamo que necesitaba. Allí nadie podía hacerle daño. Incluso había justificado lo sucedido con Hunter y ahora podía permanecer en la casa sin sentir una vergüenza asfixiante. Y, poder respirar no era un tema baladí, porque había saldado el asunto del accidente con una pérdida en el pulmón derecho del sesenta por ciento. El izquierdo estaba perfectamente, por eso le habían dado el alta. Rehabilitación y ejercicio, le había recomendado el neumólogo. Así que había empezado a practicar todo tipo de deportes acuáticos para aumentar su capacidad pulmonar.

El crujido de las tablas desgastadas de la escalera que daba acceso a la playa la sobresaltó. Sabía que tenía que arreglar la madera de dos escalones pero, al mismo tiempo, le daba cierta seguridad pensar que, con el ruido que producían, nunca la pillarían desprevenida y, como sabía perfectamente cuáles eran, se había acostumbrado a saltar por encima de ellos. Además, por allí no pasaba nadie.

Hasta ahora…

Brooke continuó sentada.

Sin hacer ruido, abrió el cajón de la mesa que tenía delante y cogió el revólver que escondía en su interior. No tenía un arma de mayor alcance en la terraza, así que tendría que conformarse con una del calibre 22.

No tardó en escuchar el segundo chirrido.

Esa era la señal que había estado esperando.

Ahora sabía que la persona estaba cerca. Sin embargo, no podía precipitarse. Contó mentalmente hasta diez y solo entonces se lanzó contra el psicópata asesino que quería terminar lo que había empezado el mes anterior.

—Joder, Brooklyn, nos vas a matar a los dos —rugió Hunter, tras recibir el impacto del cuerpo femenino y caer en la arena con ella encima—. No, no creas que te voy a dejar ir tan fácilmente.

La tenía fuertemente agarrada y sonreía como un idiota.

—Llevo un arma cargada y sin pestillo en la mano —informó Brooke sobre la cara de su ignorante malhechor—. Creo que debes soltarme y decirme lo que haces en mi casa. —Entonces cayó en la cuenta de que ese hombre conocía su escondite favorito en el mundo y de que ella había decidido olvidar su existencia por cuestiones genéticas indiscutibles—. ¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

Se supone que estoy en mi apartamento, en Central Park. Una chica muy parecida a mí se encarga de entrar y salir todos los días, por si lo has olvidado…

Hunter asintió con desenvoltura, mientras la mantenía estrechada con más fuerza de la necesaria.

—Te lo explico enseguida —le dijo, sin ninguna intención de separarse de ella—. A mi hermana se le ha metido en la cabeza que… uno de tus socios se comporta de un modo extraño y, a estas alturas, hasta yo sospecho de él. He supuesto que estabas aquí sola y quería asegurarme de que estuvieras bien —expuso con incomodidad—. Además, hace tiempo que quería darte los negativos. Solo estaba esperando a que fuera una hora más oportuna para hacerte una visita. Entonces, esos malditos escalones han chirriado como un acordeón…

Brooke resopló enfadada.

Sus rostros estaban tan cerca que compartían oxígeno. Además la tenía agarrada por la cintura y parecía estar disfrutando con la situación.

—Tengo un bizcocho de zanahoria en el horno —soltó Brooklyn de repente, cambiando de estrategia—. Y cacao natural sin aditivos ni conservantes. ¿Te apetece un desayuno frugal?

Ella fue la única que se rio de su chiste. Hunter había enmudecido al contemplar la expresión radiante de la muchacha. Durante una milésima de segundo, la situación empeoró y Brooke pensó que iba a besarla.

¿Estaba jugando Hunter con ella?, pensó con desconfianza. De seguir buscando cualquier excusa para verla, estaba dispuesta a mandarlo todo al garate y reconocer que conocía su secreto. Entonces, la mano de Bramson comenzó a descender y prácticamente la plantó en mitad de su culo…

Joder.

Si eran hermanos, no tenía mucho sentido que la acariciara con disimulo. Sin olvidar que nunca tiraba a puerta para marcar gol.

—Eres una especie de casanova, ¿verdad? —lo dijo a propósito, dispuesta a cargarse el momento—. Hablando de tipos mujeriegos, ¿cómo te va con tu acompañante del FBI? Es una mujer preciosa —admitió ella a regañadientes—. Imagino que con alguien así no tendrás ningún problema.

Sally Webster duró un solo día; nadie se creyó que fuera la pareja del millonario. Las críticas despiadadas de las redes acabaron con sus posibilidades. Lo más agradable que se dijo de ella fue que se parecía a un perrito pekinés.

Maldita sea, incluso Susan le advirtió que se olvidara de las dos grandes coletas que lucía a menudo y se peinara su abundante cabellera de otra manera, recordó Brooke, que todavía no había podido perdonar a su socia.

Con Sally fuera de juego y ella convaleciente, se había optado por lo único sensato y se había rescindido el contrato inicial con la familia Bramson. Lo que

era positivo, sobre todo, porque no habían salido muy bien parados del accidente. Noel continuaba en el fondo del maldito río y ella no podía correr dos kilómetros seguidos sin la ayuda de un buen chute de oxígeno.

A pesar de todo, lamentaba no seguir en el caso.

Debería ser ella quien ayudara a Hunter a atrapar al pirado que le estaba dificultando la existencia y no aquella escultural mujer que parecía sacada de una película de James Bond. Para empeorar las cosas, la fémina había sido seleccionada -en un tiempo récord- por el doctor Cavanagh, por lo que no había manera de quejarse.

La treta funcionó y Hunter la liberó. Incluso tuvo el descaro de tenderle la mano a ella para que lo ayudara a recuperar la postura bípeda.

—Pues, yo diría que no va… —susurró él bajito, enlazando sus dedos a los de ella—. Nos vemos tres días a la semana. Museo, teatro y restaurante, siempre por ese orden. Y no pasa nada —reconoció abatido—. Yo soy el que va a morir, pero de aburrimiento. Esa mujer solo habla de las misiones en las que ha participado. Te aseguro que daría cualquier cosa porque fueras tú la que compartiera esas citas conmigo.

Brooke asintió, encantada con la respuesta, pero no lo dijo en voz alta.

Entraron en la casa y lo guio hasta su impresionante cocina, reformada por una de las mejores empresas de diseño de interiores. Gracias a la casualidad, estaba limpia y muy ordenada. Además, el mar podía verse desde los dos ventanales de la habitación, lo que confería a la estancia un ambiente muy especial. Así que se llevó un buen chasco cuando advirtió la indiferencia de su invitado.

Siempre olvidaba que ese tipo era hijo del rey Midas.

La cocina olía a bizcocho y la sensación de estar compartiendo con ella algo tan íntimo le dibujó a Hunter una sonrisa satisfecha en la cara.

—Dos trozos bien grandes con café solo, por favor —le pidió él sin cortarse, al ver a su anfitriona sacar del horno un pastel de aspecto imponente.

Brooke sabía que el dulce no quemaba, también sabía que no lo había hecho ella. Lo había encargado y solo lo estaba calentando, pero estaba segura de que a Hunter no le interesaban ese tipo de cosas.

Sonrió con orgullo de orfebre y procedió a elaborar un café excepcional, con la ayuda de su fantástica y nueva cafetera eléctrica.

—Me alegra que tengas café de verdad —soltó de repente Hunter—. Odio las porciones enlatadas.

Brooke suspiró de alivio.

Había estado a punto de ofrecerle más de doce variedades de café encapsulado. Después, había recordado que el senador le regaló un paquete de

Black Ivory y decidió alardear de ser amante del líquido negro y, al mismo tiempo, de ciudadana modélica, porque, parte de los ingresos obtenidos por la empresa del canadiense Blake Dinkin se destinaban al cuidado de los elefantes rescatados de las calles de Tailandia.

—Nunca las utilizo —afirmó ella sin vacilar—. Siempre café de verdad.

Hunter se acercó lentamente a la chica preciosa que amaba con locura y abrió la puerta de cristal que tenía a sus espaldas. Entonces sacó una caja, de dimensiones respetables, de cápsulas de café.

—¡Dios, Brooklyn! —le dijo tan cerca de ella que la pilló desprevenida—. No has cambiado nada. Sigues mintiendo sin parpadear… y eso me vuelve loco…

«Loco y trastornado», pensó Brooke mientras Hunter le metía la lengua hasta la campanilla. Al menos, su garganta ya estaba repuesta y podía lidiar con la caricia.

Entonces, abrió los ojos y se topó con una mirada azul y penetrante. Ciertamente, no eran iguales, pero eran parecidos a los suyos.

Maldita sea.

—¿Estás aburrido esta semana y has decidido jugar con la hija listilla del senador Graves? —le preguntó desconcertada, buscando desesperadamente una manera de defenderse de la atracción que ese hombre ejercía sobre ella—. No estoy entendiendo este… acercamiento. Lo siento, Hunter, pero no creo que sea una buena idea. —Entonces lo contempló con todo el aplomo que el enfado le proporcionó—. No te hagas ilusiones; no te recuerdo, pero le conté algo a los chicos y ellos me han advertido sobre ti. Esto parece más de lo mismo.

Hunter abrió los ojos sorprendido.

Durante un instante había creído que ella lo recordaba. Sin embargo, lo que le dijo a continuación lo devolvió al infierno en el que se encontraba desde que la conoció.

—Nada de aburrido, por el contrario, estos días estoy muy ocupado —lo dijo mientras se acomodaba en el banco de la moderna cocina y saboreaba el dulce como si estuviera muerto de hambre. Cuando terminó de masticar, sacó un sobre de uno de los bolsillos de sus pantalones y se lo entregó a ella—. Deberías quemar los negativos, son un asco.

Brooke asintió, cogió el material y salió un momento de la habitación. Cuando regresó, se comportó como si no sucediera nada. Cortó un trocito pequeño de bizcocho y comprobó entusiasmada que parecía casero. Al menos, no la pillaría también en eso.

—No sabía que tu hermana era adoptada —le confesó, intentando hablar de temas menos complicados—. Ha cambiado bastante. —Sonrió, mientras cogía

un dossier y le mostraba la fotografía que uno de los documentos llevaba grapada en una esquina—. Rubia, Alice Bramson era rubia. No me lo puedo creer.

—¿La estáis investigando? —inquirió resignado—. Qué disparate y qué pérdida de tiempo. Aquí todos sospechamos de todos. Estoy deseando que acabe esta locura.

Brooke asintió.

—Creo que compartimos el mismo deseo. Estamos investigando a tu entorno —admitió ella con naturalidad—. Alguien ha querido quitarnos de en medio. Así que hemos pasado a formar parte del juego. Ese tipo no conoce la calidad de sus contrincantes. —No era arrogancia, Brooke creía ciegamente en lo que decía—. Andrew se dedica en cuerpo y alma a este asunto. Lo que significa que se va a resolver pronto, te lo aseguro.

Hunter la contempló fijamente mientras arrugaba el entrecejo.

Incluso poniendo mala cara estaba para comérselo, pensó ella, desconcertada por el gesto contrariado del hombre.

—Creía que el pelo rojo era de nacimiento —prosiguió Brooke, mencionando aspectos menos espinosos. Enseguida lo vio sonreír y respiró aliviada—. Digas lo que digas, debía ser de armas tomar, también en esa época.

Hunter sonrió con ternura.

—Sí, era la niña más bonita de toda la institución, con su pelo del color que fuera… —manifestó, mirando la foto con cariño—. Después comprobamos que también tenía el mayor desparpajo.

Sonrieron al unísono y Hunter la contempló con curiosidad.

—¿Recuerdas algo de Alice o… de mí? —le preguntó él con mucho cuidado—. Me da la impresión de que sabes de lo que hablo.

Brooke asintió sonriente.

—No tengo ni idea, pero me lo imagino —expresó lanzándose al vacío—. Estaba recordando lo que sospecha de… Andrew Harper y me ha hecho gracia. Tu hermana, mi querido Hunter, es una malpensada de mucho cuidado. Pobre Andrew, si conociera las dudas de Alice, no habría quien lo hiciera parar de dar vueltas sobre sí mismo.

Hunter se repasó el pelo con gesto serio.

—Me amenazó —susurró, dejando de comer porque le costaba trabajo asimilar lo que el chico le dijo—. Después de la reunión me dejó muy claro que no iba a permitir que te pusiera en peligro y, no me lo decía una persona con deficiencia, sino alguien muy directo y cortante. Mis hombres lo han investigado y no sale muy bien parado. —Hunter analizaba cada expresión de ella con mucho interés—. Ha sido denunciado en varias ocasiones por su agresividad. Si

su familia no estuviera bien relacionada, habría visitado la cárcel, te lo aseguro.

Brooke sonrió apenada.

—Lo siento —expuso ella con desánimo—. Esto tiene que ver con lo que hablábamos antes. Al parecer comenté con mi amigo alguna preocupación en la que tú aparecías. Es así de simple —no deseaba dar muchos detalles—. Andrew me defiende de todos aquellos que pueden hacerme daño. En cuanto a la agresividad, solo la aplica hacia sí mismo —informó Brooke, molesta—. Créeme, mi amigo es incapaz de hacer daño a otro ser humano.

Hunter negó con la cabeza.

—Dos denuncias por agresiones y tres por acoso —expuso directamente—. Ese chico no es quien tú crees.

Brooke empezó a verlo todo negro.

—¿Y quién creo que es? —le preguntó, sabiendo que acababa de entrar en zona peligrosa—. ¿Un psicópata asesino? Joder, lo habéis investigado. Tú tampoco eres quien dices ser y no por eso te consideramos el maldito asesino. —Ya no era posible dar marcha atrás, por lo que siguió adelante. Siempre hacia delante… — ¿Por qué apareciste en mi vida, Hunter? ¿Vas a tener el valor suficiente para decirlo de una maldita vez? ¿Cómo se llama esa enfermedad que no te permite hacerme el amor? ¿Consanguineidad, quizá?

De repente, se hizo un silencio aterrador en la cocina.

Hunter apartó la taza de café y empujó el platito del dulce. Se echó hacia delante, la contempló con dureza y finalmente suspiró.

—Lo sabía —declaró con voz grave—. Sabía que estabas mintiendo, pero no podía imaginar por qué motivo.

Brooke lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Mi madre mantuvo relaciones con tu padre, lo sé —afirmó ella, negándose a permitir que los sollozos la silenciaran—. Y, aunque no admite haberse quedado embarazada de él, tú tienes las mismas sospechas que yo. Por ese motivo no podías tener sexo conmigo —expresó con seguridad—. Bueno, en tu caso tienes el convencimiento y las pruebas, porque de eso iban las que me hicieron en tu hospital, ¿verdad… hermano?

Hunter se tapó la cara con las manos para evitar que ella contemplara el bochorno que el tema le provocaba. Después, suspiró profundamente y se encomendó a todos los dioses.

—Hasta hace un mes creía que los resultados de las pruebas genéticas que te practicaron en nuestro hospital eran completamente rigurosos y ciertos —le confesó con la piel de las mejillas sospechosamente enrojecida—. Sin embargo, a raíz del accidente en el Hudson, descubrí que alguien los manipuló. —Hunter se obligó a mirarla—. Brooke, cariño, no somos hermanos —lo dijo con firmeza,

tanta que ella empezó a pensar que los milagros existían—. Es imposible que lo seamos; mi padre es Cero positivo y tú eres AB positivo.

Brooke comenzó a respirar a trompicones.

—Tranquilízate, por favor, respira con calma y escúchame —le pidió acariciando la preciosa cara de ella—. Eres AB, da igual el RH. Mi padre es Cero como yo. ¿Lo entiendes? Una persona con el grupo sanguíneo Cero jamás podría ser tu padre biológico —repitió, para que la idea fuera calando en ella—. El senador es B, tu madre es A y tú eres una mezcla de ambos. Falsearon las pruebas; en ellas se decía que tu grupo sanguíneo era Cero. Si te lo hubiera preguntado, nos habríamos ahorrado mucho sufrimiento, pero cuando creí que eras mi hermana, enloquecí. Estaba dispuesto a vivir contigo, a amarte, a cualquier locura —admitió abiertamente, con los ojos brillantes por las lágrimas —. No podía hacerte algo así. Por eso se me ocurrió la estupidez de que me habías servido de distracción. Te amo, Brooklyn Graves. Te amo, a pesar de saber que mientes como una bellaca y de que tomas café en cápsula y de que no sabes hacer un bizcocho.

Brooke elevó una ceja y trató de ocultar su alegría.

—¿En qué has notado que no he hecho el pastel? —le preguntó con una sonrisa radiante en la cara—. ¿He tirado la caja y la has visto en la basura? No suelo cometer errores de principiante.

Hunter negó con la cabeza, elevó el dulce y le mostró el nombre de la pastelería escrito en medio de la bandeja.

—Estoy esperando —le dijo, empezando a ponerse nervioso—. Por favor, ya sé que mientes mejor que yo, pero sé rápida si la respuesta no es un sí bien grande. Brooklyn Graves, ¿deseas ser mi esposa? Te amo desde que te vi en la primera fotografía que me mostraron de la criatura que podía ser la hija de John Alister Bramson y la modelo Susan Evenson —le costó trabajo decirlo—. Deseo que comprendas que necesitaba algo con lo que chantajear a mi padre. Descubrí que había estado comprando acciones de mi empresa y no hay que ser muy listo para saber cuáles eran sus intenciones. Estaba desesperado y me temo que no tuve ningún reparo en entrar en tu vida —declaró sin muchos remordimientos—. Joder, desde entonces no he dejado de pensar en ti —admitió suspirando—. Brooklyn, prometo acompañarte y cuidarte todos y cada uno de los días de mi vida. ¿Qué me dices?

Brooke asintió, poniéndose seria de repente.

—Te amo —le dijo ella, sin llegar a creérselo todavía—. No puedo prometer que no te mienta de vez en cuando, pero siempre será referente al café y los pasteles. He escalado balcones por ti y es justo que sepas que también daría la vida. —Se interrumpió para respirar con calma porque no quería echarse a

llorar—. Hunter Bramson, deseo ser tu esposa sobre todas las cosas. Acepto, encantada.

Hunter tragó saliva.

Saber que aquella increíble muchacha daría la vida por él -y, a tenor de los hechos recientes, no tenía ninguna duda de que era cierto- le provocó un hormigueo en el pecho que le impidió respirar durante un buen rato.

Así que no lo pensó.

La atrajo hacia su cuerpo con una ternura infinita y le entregó su alma a través de un beso exaltado y efusivo que era incapaz de terminar. Solo cuando la escuchó quejarse, se detuvo, apesadumbrado.

—Lo siento —se disculpó con timidez—. Me he dejado llevar y he olvidado que tus pulmones deben mejorar.

Brooke repasó con los dedos las pequeñas arrugas que aparecieron en la frente de Hunter y las borró, besándolas con cariño.

—No te preocupes —declaró ella con picardía—. Tengo que practicar ejercicios de respiración y ahora sé quién puede ayudarme.

—Solo yo —contestó Hunter, temiendo volver a besarla.

Como no podía separarse de la muchacha, solucionó el inconveniente dándole un montón de piquitos en los labios. El problema ahora sería cómo separarse de ella, pensó abrumado por la intensidad de sus sentimientos.

—A propósito, ¿has traído un anillo? —le preguntó Brooke, sintiéndose desfallecer en los brazos masculinos—. No me lo puedo creer, ahora que lo pienso, me has pedido matrimonio sin ofrecerme un mísero anillo.

—Aunque no lo creas —musitó Hunter sobre los labios de ella—. Nada de esto estaba preparado. Prometo resarcirte con un pedrusco de varios kilates.

Brooke sonrió, encantada de que le siguiera el juego.

—Cuando lo contemos, diré que sacaste un anillo formidable de una cajita de terciopelo negro —subrayó con énfasis—. No lo olvides, si mi madre llegara a enterarse, no nos perdonaría jamás.

Hunter estaba empeñado en desnudarla y la cremallera del chándal se le resistía.

—Entendido. Ahora, ayúdame. Este chisme no se abre —le pidió, cogiéndola en brazos y buscando un pasillo que evocaba a diario—. Sé cómo hacer que me perdones tú. Tu madre tendrá que conformarse con unas flores.

Brooke soltó una risita tontorrona que hizo las delicias de su prometido.

—Te amo —repitió ella, como si fuera un milagro poder decirlo en voz alta —. Creo que lo gritaré en la proa de tu barquito, tipo *Titanic.* Había creído que me llevaría el secreto a la tumba —reconoció, a punto de empezar a llorar de nuevo—. Voy a superar con los gritos a Celine Dion, ya lo verás…

Hunter apenas la oía, Brooke se había desabrochado la sudadera y tenía que compensar varios años de presuntas enfermedades.

Capítulo 38

—Por favor, sé sincera y dime qué te gusta y qué líneas no puedo traspasar —susurró Hunter, mientras le pellizcaba los pezones hasta hacerla gemir de placer.

En su estado de embotamiento general, Brooke no sabía qué contestar y no estaba dispuesta a confesar la poca experiencia que tenía en la materia porque temía que aquel desenfreno se frenara.

—A ver, nada de látigos ni de artilugios por el estilo—masculló como pudo, mientras contemplaba el cuerpo desnudo de su prometido. Extraterrestre total, confirmó encantada—. Ninguno de mis amantes ha sido tan quisquilloso. Tampoco deseo hacerlo en público, creo que eso me cortaría.

Hunter la miró con gravedad.

—Claro, porque has tenido un montón de amantes en situaciones extraordinarias… —le dijo él, mientras le amasaba los pechos con verdadero deleite.

Brooke estaba en shock.

Sentía los dedos de Hunter en todas partes y no era capaz de pensar con claridad.

—Sí… claro que sí —contestó ella.

Hunter suspiró resignado.

—Nena, estoy tocando algo que me indica que no has estado con muchos hombres. —Sonrió emocionado—. Para ser exactos, yo diría que con ninguno. Así que no sabemos cuáles son tus límites —concluyó, mirándola con arrobo—. No te preocupes, me va a encantar que los descubras conmigo.

Brooke asintió mientras dejaba que Hunter la meciera en sus brazos. Decidió que era mejor correr un tupido velo y no mencionar su tendencia a la inventiva; ese hombre iba a pensar que mentía más que hablaba.

—Debo tener alguno… digo yo… —pensó ella en voz alta, utilizando la lógica.

Hunter la situó encima de él con una habilidad asombrosa y estudió su rostro con interés.

—Eres un peligro —le dijo su acompañante, haciendo una especie de pirueta como si estuvieran en el circo. Madre mía, Hunter se había tendido (y la había tendido a ella) para hablarle desde muy cerca—, mientes con tanta convicción que es imposible no creerte.

Brooke comprendió en ese momento el acierto del tamaño extragrande de su cama. Con ese hombre adoptando posturas de todo tipo, hubiera sido

complicado disponer de menos espacio.

—¿Te he dicho que eres preciosa y que estoy loco por ti? —le susurró Hunter al oído.

Brooke lo contempló con los ojos entrecerrados, pretendiendo tomarse sus palabras en broma.

—Sí, sé que te gusta mi culo —le recordó, poniendo los ojos en blanco—. Lo demás tendrás que demostrármelo…

La risita ronca de Hunter la conmovió. No podía ser más bella ni expresar más felicidad.

Lo amaba.

Y él la amaba a ella.

¿Existía algo más perfecto que el amor cuando es correspondido?

Siempre le había parecido un ser de otro planeta y quizá no se equivocaba, se dijo a sí misma, cautivada por lo bien que llevaba ese hombre todas sus carencias...

—¿Es ahora cuando me dices que, en realidad, eres seguidor del marqués de Sade? —susurró preocupada, mientras acariciaba la tableta que se dibujaba en el abdomen masculino con interés casi empírico—. Bramson, eres demasiado bueno para ser real.

Hunter sonrió con ternura.

—Nada de bueno, quizá egoísta —le respondió, mientras volvía al pubis femenino para acariciarla con delicadeza—. «Respetemos eternamente el vicio y combatamos la virtud», lo decía el Divino Marqués. Nosotros disfrutaremos juntos, algo en lo que ese tipo no creía —le susurró, mirándola fijamente—. Brooke, cariño, no me puede importar menos que no tengas experiencia. En lo único que puedo pensar es en darte placer. —la contemplaba con un ardor tan evidente que era fácil creer en sus palabras—. No me cabe la menor duda de que eres una alumna aventajada y de que en poco tiempo superarás a tu magnífico profesor.

Brooke se quedó embobada escuchando la risita engreída de su orgulloso amante.

—Espero que tú seas magnífico, porque yo sí soy una alumna aventajada —enfatizó ella con convicción—. Y, además, deseosa de demostrarlo, ya lo verás…

A partir de ese momento, se concentraron en conocerse.

Brooke puso su cuerpo a disposición de la pericia de Hunter y lo hizo encantada, sin límites ni cortedades. Sabía que no era perfecta y tampoco deseaba serlo. Aspiraba a que la aceptaran con sus defectos y sus virtudes. Por supuesto, ella tuvo especial cuidado en no dejar ni un solo pliegue de piel masculina sin chupar, besar o tocar. Quiso finalizar su aventura táctil

demostrándole lo mucho que lo deseaba. Por eso, sonrió con regocijo al sostener el pene masculino entre las manos.

—Ahora me toca a mí —murmuró bajito—. ¿Algún límite que quieras establecer?

Hunter negó con la cabeza, mientras su mirada gris azulada se oscurecía al pensar en la boca de Brooke acogiendo su masculinidad.

Apenas podía creer en su buena suerte.

Esa criatura estaba hecha para él, ahora ya no tenía ninguna duda.

Brooke se situó de rodillas delante de su comprensivo acompañante y comenzó a agasajar su falo erecto sin ningún tipo de mojigatería. Hunter profería alaridos tan grandes y exagerados que al principio pensó que lo estaba haciendo mal. Cuando comprendió que el rostro contraído se debía al placer y no al dolor, suspiró aliviada y continuó venerando el cuerpo de su amado.

Hunter advirtió que, de seguir así, se correría como un imberbe, lo que no dejaba de ser extraño en una persona con su experiencia. Le dio vergüenza perder los papeles cuando le había asegurado -con cierto engreimiento- que él controlaba el tema. Por eso se incorporó, se puso el preservativo que Brooke había dejado en la mesita de noche y la contempló con todo el amor y deseo que sentía por ella. Después le consultó con la mirada y no hizo nada hasta que ella asintió con vehemencia.

Solo entonces penetró en el interior de Brooklyn. Lo hizo con ímpetu, deseando hacerle el menor daño posible. Cuando el himen dejó de oponer resistencia, Hunter comenzó el exquisito baile de vaivenes que llevó a la muchacha a gemir de puro placer.

Bramson observaba las reacciones femeninas como si fuera un científico y necesitara conocer hasta los detalles más insignificantes de su objeto de estudio. La besaba, la acunaba y la animaba con bellas palabras a no rendirse ante el vendaval que amenazaba con desintegrarlos.

Brooke no aguantó mucho.

Se prometió a sí misma que lo haría mejor la próxima vez y capituló ante el festival de palpitaciones y estremecimientos que la arrollaron con grandes sacudidas. Sin saber cómo comportarse ante el éxtasis que acababa de experimentar, Brooklyn Graves terminó gritando el nombre del artífice de una velada tan especial.

Hunter no pudo controlar su excitación cuando escuchó los gemidos descontrolados de su compañera y, de repente, se encontró embarcado en la misma agonía que ella. A esas alturas de su vida, había olvidado lo que era dejarse llevar y no sabía cómo digerir lo que acababa de sucederle.

Durante un desconcertante segundo, estuvo a punto de unirse a los gritos de

ella, pero sintió cierto reparo. El sexo había sido sorprendente y apoteósico, se dijo desconcertado, mientras se abrazaba a la muchacha y saboreaba la dicha absoluta por primera vez en toda su vida.

—Te amo, Brooklyn Graves —declaró entre susurros—. Con toda mi alma.

Brooke se acomodó en los brazos de su chico y suspiró adormilada.

—Yo también te amo, Hunter Bramson. Con todo mi ser —expresó bajito —. El profesor Lewis Harrelson, quizá lo recuerdes porque acudiste a su clase disfrazado, solía decir que «A cartas vistas, no hay mal jugador». Hunter, creo que debimos hablar antes. Hemos estado a punto de separarnos y eso hubiera acabado conmigo.

Hunter repitió mentalmente las últimas palabras de Brooke y sintió un miedo aterrador; un loco estaba acabando con todas las mujeres que se relacionaban con él. Quizá debería haber mantenido sus cartas ocultas hasta haber ganado la partida.

Ahora, solo quedaba barajarlas de nuevo y elegir bien el próximo movimiento.

◆◆◆

Unas horas más tarde, Hunter aguardaba con impaciencia.

—Deja de mirarme —le pidió Brooke con los ojos cerrados—. Es molesto saber que alguien te mira mientras duermes. No quiero ser vulgar, pero no deseo que me veas babear, bastante lo hago ya con los ojos abiertos.

Nadie le contestó, aunque escuchó una risita de lo más vanidosa que su prometido no había podido mantener a raya.

—Hunter, déjalo ya —insistió ella, apretando los párpados—. Necesito descansar, lo sabes. No podemos continuar… ejercitando mi respiración…

Debía de ser cerca del mediodía porque la luz se filtraba con intensidad a través de las pequeñas aberturas de la cortina. Lo que significaba que llevaban media vida metidos en la cama…

—Tú ganas… —concedió ella, contemplándolo con una gran sonrisa—. Madre mía, esto no… en fin…

Hunter estaba de rodillas en la cama con una caja de terciopelo negro en las manos y la miraba con ansiedad.

—Brooklyn Graves, ¿quieres casarte conmigo? —le preguntó con una tímida sonrisa, al tiempo que le mostraba las dos alianzas—. Como puedes ver, he cuidado todos los detalles para reducir al máximo las críticas.

Brooke asintió sin poder hablar.

A continuación le ofreció la mano, abrumada por las emociones que Hunter

despertaba en ella. Cuando su prometido le puso el anillo, Brooke sintió la emoción del momento.

—Te amo —susurró Brooke a punto de llorar.

Le temblaban tanto las manos que no podía sacar la segunda alianza de su exquisito envoltorio.

—La mamona se resiste —le explicó ella con una risita nerviosa—. Dame un segundo.

Cuando finalmente consiguió que el anillo ocupara el lugar previsto en el dedo de Hunter, Brooke resopló para no dejarse vencer por las lágrimas.

—No sé cómo lo has hecho —le dijo ella, mientras se besaban con locura —. Pero es tan bonito que no lo olvidaré jamás.

Hunter cogió su carita de ángel entre las manos y acercó su frente a la de ella.

—No podía consentir que mintieras al contar nuestra historia —manifestó dolido—. No deseo más falsedad en nuestras vidas.

Brooke se tendió en la cama y elevó la mano para ver el efecto del diamante ovalado -de una salvajada de kilates- rodeado de brillantes pequeñitos engarzados en oro blanco. El anillo de Hunter era mucho más sencillo, aunque también lucía tres pequeños diamantes incrustados en oro blanco.

—¡Qué alucinante! —musitó Brooke, sin dejar de contemplar su dedo—. ¿Cómo lo has hecho? Me refiero a cómo lo has conseguido. No has abandonado la habitación, me he despertado varias veces y estabas a mi lado.

Hunter movió la cabeza como si se tratara de lo más natural de mundo.

—No deseaba que tu madre me criticara —le dijo con ironía—. Ahora en serio, esperé a que cerraras los ojos y contacté con una joyería. Me mandaron un catálogo por internet y seleccioné dos piezas. A continuación, comprobé la medida de uno de tus anillos; la mía la conocen de sobra. Como verás, ha sido todo muy normal —Brooke sonrió, preocupada por lo que ese hombre consideraba como normal—. Hace unos quince minutos, un tipo con varios guardaespaldas los ha traído y ahora son nuestros.

El sonido del teléfono interrumpió la explicación de su prometido.

—Perdona, es Andrew, debe ser importante —le comunicó Brooke, descolgando al instante.

Hunter asintió, intentando no demostrar lo poco que le gustaba el muchacho.

—¡Noel se ha despertado! —gritó Brooke, olvidándose del teléfono y saliendo de la cama a toda prisa—. En estos momentos soy la mujer más feliz de la Tierra. ¿A qué esperas? Mi querido amigo ha abierto los ojos y yo no estoy a su lado. —Entonces cayó en la cuenta de que Hunter estaba siendo perseguido

por un loco y le mostró un mueble lleno de cajones—. Creo que tengo por aquí varias pelucas y todo tipo de accesorios. Pruébatelos y elige los que mejor se adapten a ti pero, por favor, no llames la atención; en la universidad tenías la misma pinta que los tipos que aparecen en los carteles de los más buscados.

Dicho lo cual, su prometida desapareció en el baño.

—Quiero que sepas que varias profesoras quisieron ligar conmigo —declaró Hunter en voz alta para que ella no se perdiera ningún detalle—. No estaba tan mal, estás exagerando.

Brooke volvió de la ducha y le sonrió, sin caer en su trampa. Imposible que una mujer de carne y hueso le tirara los tejos con aquella barba de pelo de rata. Así que siguió a lo suyo, sin prestar atención a las palabras que él farfullaba para sí mismo.

Hunter se revolvió el pelo con nerviosismo mientras contemplaba la desnudez de su prometida. Esa criatura no tenía vergüenza, concluyó asombrado, al verla seleccionar la ropa interior con total naturalidad.

Joder.

Era tan ingenua que no se daba cuenta de los aprietos que le estaba haciendo pasar. Concretamente, empezaba a sentir que la sangre se le acumulaba en una parte muy entrenada de su anatomía.

—¿Disponemos de veinte minutos? —le preguntó Hunter, acercándose a ella lentamente.

Brooke se dio la vuelta con recelo.

—Que sean diez —indicó, mirándolo con una risita de entendimiento—. Aunque, no creo que quieras batir ningún récord… No disponemos de mucho tiempo.

Hunter sonrió, mientras le desabrochaba el sujetador que ella acababa de ponerse.

—Has olvidado que viajo en helicóptero —murmuró sobre sus labios—. Lo que supone un ahorro considerable de tiempo. Además, el hospital es de mi familia.

Brooke asintió encantada.

—Y yo creyendo que tenías alguna enfermedad… —expresó ella, al sentir todo el esplendor masculino estrechado contra su cuerpo.

Veinte minutos después, Hunter comenzó la ardua labor de seleccionar postizos para parecer otra persona. Brooke lo escuchó canturrear, sin duda, contento de llevar a la práctica su vena artística.

Ese era su chico, pensó ella, tan enamorada que no le importaba el resultado final.

Capítulo 39

Brooke entró en la habitación con miedo.

Había dado por sentado que encontraría a su amigo como ella lo recordaba y acababa de caer en la cuenta de que quizá no fuera así.

—Por Dios, jefa, pasa de una vez —le dijo una voz algo cascada, aunque muy conocida—. Estaba deseando verte. —Brooke reconoció enseguida el suspiro histriónico de su secretario—. Harper me ha contado que volviste a por mí… Gracias, gracias por arriesgar tu vida para salvar la mía. Te mentiría si te dijera que hiciste mal, porque lo hiciste muy bien. No quería morir, ya os lo dije…

Noel no pudo seguir hablando, las lágrimas se lo impidieron.

—Tienes que perdonarlo —le dijo Scott Ellis, entrando en la habitación con una botella de agua—. Desde que se ha despertado no ha dejado de llorar y de decir que era pronto para marcharse…

Brooke se abrazó a Noel con fuerza. Cerró los ojos y agradeció al cielo que lo hubieran devuelto. Conociéndolo, seguro que se lo habían quitado de encima por pesado.

—Menos mal que no me he maquillado —le dijo, intentando que su letrado favorito sonriera—. Hemos salido corriendo para venir a verte.

Noel contempló al tipo que permanecía cerca de su jefa. Le recordaba a alguien pero no llegaba a identificarlo.

—¿No vas a presentarnos a tu amigo? —a continuación le hizo un gesto a su jefa para que se acercara a él—. Nena, ¿es el ínclito? ¿El del trabajo a medias…?

Brooke enrojeció hasta la raíz del cabello. Por supuesto, negó con la cabeza y no miró a Hunter.

—Es… Bramson… —susurró indecisa. Después cayó en la cuenta de que su amigo no había perdido ni una pizca de memoria y resopló preocupada. Olvidar los recuerdos de los últimos días no hubiera estado tan mal—disfrazado…

Noel les dedicó su mirada analítica y sonrió.

—Creo que siempre lo he sabido —murmuró entre dientes.

Gracias a Dios y al cansancio, su amigo y su lengua viperina permanecieron callados mientras observaba cómo Hunter estrechaba la mano de su pareja.

—Scott, cariño, ese tipo que estás saludando es un buen… amigo de Brooklyn —insistió, hasta que quedó bien claro que eran algo más que amigos.

—Estoy seguro de que ellos nos lo contarán a su debido tiempo —contestó

Ellis con una sonrisa de resignación.

—Encantado de volver a verte, Noel —expresó Hunter con gravedad—. Para que no haya ninguna duda, yo siempre termino los trabajos que empiezo… —después de la aclaración, le tendió la mano y prácticamente le crujió los huesos.

Brooke tragó saliva y Scott soltó una risita encantadora.

—Vaya, eso no me lo esperaba —dijo el hombre—. Al fin, la horma de tu zapato.

Noel obvió las palabras de su chico para centrarse en Hunter.

—Me gusta la forma en que me has saludado —reconoció el enfermo—. Brooke, nena, no lo pierdas. Se conoce a las personas por la manera en que estrechan la mano y este hombre lo ha hecho con fuerza y mirando a los ojos. Nos gustas, ¿verdad, Scottie? —En ese momento se percató de lo cambiado que estaba—. Bueno, nos gustas más sin bigote y sin perilla. También sin peluca y sin gafas… En fin, estás peor que yo…

Las carcajadas de Brooke y Scott aparecieron de inmediato. Noel se sumó más tarde al concierto. En el instante en que Hunter iba a defenderse, la habitación comenzó a llenarse de personas.

—¿Dónde está Andrew? —le preguntó Brooke, al darse cuenta de que Harper no se encontraba entre los presentes—. Uno de sus mensajes era muy extraño.

Noel Edwards negó con la cabeza. A pesar de saludar a todo el que se le ponía delante de la cama, se notaba que algo le preocupaba.

—Soltó una extravagancia de las suyas y salió corriendo —aclaró con el ceño fruncido, mientras saludaba a la familia de su pareja—. Scottie, ¿sabes a dónde ha ido Andrew?

Scott Ellis se encogió de hombros con indiferencia y siguió hablando con una señora de edad madura.

—Es la abuela de mi chico —explicó Noel, después elevó una ceja y contempló a Brooke—. Me dio la impresión de que el superdotado había descubierto algo importante y tenía que comprobarlo en persona. «No puede ser», susurró bastante alarmado y, si tenemos en cuenta lo poco que ese chico pierde los papeles… Creo que es importante.

Unos toques en la puerta dieron paso a una nueva visita.

—Por casualidad, andaba por el hospital —manifestó Alice Bramson con gesto emocionado— y me acaban de dar la buena noticia. Enhorabuena, Noel. Todos te deseamos una pronta recuperación.

La muchacha le dio dos elegantes besitos y sonrió a los presentes con simpatía.

—Brooke, querida —le dijo con confianza—. Necesito hablar con mi desconocido y disfrazado hermano. Es importante, espero que no te importe que me lo lleve unos minutos.

Hunter le dedicó a Brooke un guiño cariñoso y salió de la habitación seguido de Alice.

—¿Estáis juntos? —le preguntó Noel, sin parpadear siquiera—. No te quita el ojo de encima y no se separa de ti.

Brooke se acercó a su amigo y le cogió la mano que él le tendía. Después echó un vistazo a su alrededor y, al constatar que todos los asientos estaban ocupados, se sentó a su lado, en la cama.

—Hemos acordado no decir nada hasta que se aclare todo el asunto —le explicó entre susurros—. Además, el FBI ha encontrado a una chica impresionante y esperan que el asesino cometa un error.

Noel permaneció callado unos segundos.

—Llama a Andrew inmediatamente —le pidió su asistente—. Ese muchacho ha debido descubrir algo importante si lo mantiene alejado de ti…

Brooke comprendió que Hunter no era el único que se había dado cuenta de la relación que el muchacho mantenía con ella.

Joder, el mundo estaba lleno de malpensados, se dijo indignada.

La siguiente media hora llamó a Harper una docena de veces con el mismo resultado: «El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura…». Además, revisó los mensajes de texto que le había estado enviando durante toda la mañana y le parecían cada vez más chocantes.

En ese momento, recibió un mensaje de texto y su teléfono se lo hizo saber con un soniquete ruidoso. Sin embargo, al comprobar que era de Hunter volvió a hundirse en la miseria. Le comunicaba que se verían esa noche en su casa y le enviaba un montón de besitos rojos. Brooke le contestó un simple OK y decidió que ya no podía esperar más.

—Si vuelve Andrew antes de que yo lo vea, dile que se ponga en contacto conmigo lo antes posible —le dijo a Noel, empezando a sentirse preocupada de verdad y disimulando delante del enfermo—. Voy a ver a los agentes federales que conocimos en el despacho de Alister Bramson. Quiero comentar con ellos algunas dudas.

Noel comprendió que sucedía algo raro y llamó a Scott a gritos.

—Acompáñala —le dijo a su pareja—. No puede ir sola.

El hombre buscó en una mesita las llaves del coche y sonrió a Brooke.

—Por supuesto —le dijo sin dudar.

Brooke no quería dejar solo a Noel con su familia política. A saber lo que saldría de semejante encuentro. Su amigo creía haber vuelto del otro mundo y lo

encontraba demasiado sincero para su gusto.

—Os lo agradezco, pero hay un taxi esperándome en la entrada —mintió con descaro—. Os llamo en cuanto sepa algo.

Brooke se despidió con un breve «hasta pronto» y corrió en busca de la parada de taxis.

◆◆◆

En Manhattan, todo el mundo conocía la dirección de la oficina principal del FBI. En apenas una hora, Brooke había llegado al famoso edificio de la Plaza Federal y diez minutos más tarde estaba en la planta veintitrés del inmueble.

Aquellos tipos eran realmente eficientes; tan pronto como se dio a conocer la llevaron al despacho de los agentes Stewart y Murray.

—Estoy segura de que tenemos un problema —les dijo sin titubear, mirándolos alternativamente—. Andrew Harper, uno de mis socios, no responde al teléfono.

Los hombres no la interrumpieron y Brooke comprendió que esos tipos sabían escuchar.

—Harper padece el síndrome de Asperger —les recordó, aunque no creía que lo desconocieran, sobre todo, ahora que sabía que todos los que se habían relacionado con Hunter estaban siendo investigados por la Oficina Federal—. Lo que significa que vive rodeado de rutinas autoimpuestas que no varía jamás. Esta mañana ha alterado sus propias reglas y eso, en sí mismo, es tan extraño que me ha hecho llamar a todos los hospitales de Nueva York. —Brooke dejó que lo hombres pensaran lo que significaban sus palabras y prosiguió—. Si a lo anterior le sumamos que cree haber descubierto algo relacionado con el accidente y que ha tratado de decírmelo a través de doce extraños mensajes, todos ellos enviados esta mañana, y que no hay forma humana de dar con él… Creo que mi amigo está en peligro, lo presiento —concluyó preocupada.

Martin Stewart y Bill Murray asintieron mientras la estudiaban en silencio.

—Hasta ahora, lo único que parece claro es que su socio ha descubierto alguna pista y la está siguiendo —indicó Martín Stewart, hablándole con calma —. No podemos iniciar una búsqueda por un presentimiento. Lo siento, pero necesitamos algún indicio de que Andrew Harper corre peligro. Solo así podremos intervenir.

Brooke comprendió que aquellos hombres estaban acostumbrados a situaciones tan extremas, que los temores de una cría por su amigo no les causaban ningún sobresalto.

Se despidió a toda prisa y jugó su última baza.

El doctor Cavanagh.

◆◆◆

Brooke pulsó el timbre de la puerta con desesperación.

Una chica joven la recibió con una formalidad tan extrema que le recordó a la nueva familia de su padre. El servicio de la segunda esposa del senador se comportaba de la misma manera, quizá porque los Davison también tenían orígenes británicos.

La dejaron esperando en una antesala provista de jarrones exquisitos, papel pintado en la pared, una chimenea inmaculada y dos sofás de color gris claro, probablemente sin estrenar. La alfombra también parecían nueva y muy cara.

A Brooke le importaba muy poco cómo la recibieran, necesitaba que alguien creyera en ella y la ayudara a no meter la pata. Por esa única vez se presentó como la hija del senador Graves y funcionó. Si hubiera explicado que era la copropietaria de varias empresas dedicadas a resolver cualquier problema de tipo legal, no hubiera tenido tanto éxito, estaba segura.

—Señorita Graves, es un placer saludarla de nuevo —le dijo el doctor Cavanagh, dirigiéndose a ella con cordialidad—. Tome asiento y dígame qué le trae hasta mi humilde residencia.

Brooke se sentó con mucho cuidado en el sofá, frente al hombre, y le contó lo que estaba sucediendo.

—Por supuesto, antes de hablar con el FBI, di instrucciones para que un equipo de rastreo de mi empresa intentara localizar el teléfono de Andrew — Brooklyn completó la información con noticias de última hora para que el psiquiatra no la despachara con la misma facilidad que los federales—. El móvil de mi socio, un aparato de una tecnología tan sofisticada que cuesta más que un coche de alta gama, no emite ningún tipo de señal. Literalmente, ha desaparecido de la faz de la Tierra.

Ernest Cavanagh se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa rectangular que se encontraba entre ambos.

—¿Qué sabemos del joven Bramson? —le preguntó, con mucha más calma de la que sentía

Brooke volvió a mirar su teléfono y suspiró.

—Esta mañana fuimos juntos a ver a Noel Edwards, que ha salido del coma —expuso ella sin vacilar—. Lo dejé con su hermana en el hospital de su familia. El problema es que ahora no responde al teléfono. Me dejó un mensaje y desde entonces no sé nada de él.

El doctor volvió a ponerse las gafas.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —indagó menos calmado.

Brooke conocía perfectamente la respuesta.

—Cuatro horas y veinte minutos exactamente.

El inglés respiró hondo antes de proseguir.

—¿Han iniciado ustedes esa relación que, finalmente, fue dejada en suspenso por su accidente? —inquirió el hombre, dando un buen rodeo.

Brooke miró a su alrededor y no le gustó la asepsia.

No conocía a ese tipo.

Había sido precisamente ese individuo el que aseguraba que el asesino era una mujer…

Joder, no podía confiar en nadie.

—No, no hemos iniciado nada —afirmó de forma tajante, lamentando haber recurrido a ese hombre—. Esta mañana nos hemos visto por casualidad y hemos llegado juntos al hospital.

Ernest Cavanagh asintió de forma inconsciente.

—Voy a contactar con la familia Bramson. Quizá conozcan el paradero del hijo mayor —contestó el hombre sin perder los nervios—. Después decidiremos qué hacer. Gracias por su ayuda.

Brooke se despidió a toda prisa.

Cuando volvió a encontrarse en la calle, respiró con calma.

No sabía lo que había esperado del FBI o de aquel tipo con andares cansados.

Tendría que averiguar por su cuenta lo que estaba sucediendo. Primero, había sido Andrew el desaparecido. Hunter lo había hecho poco después. No iba a esperar a la tercera víctima.

Entonces, suspiró desalentada al darse cuenta de que se trataba de ella.

Capítulo 40

A las seis en punto de la tarde, el doctor Cavanagh se puso en contacto con Brooklyn. Le comunicó que Hunter Bramson estaba localizado y en perfecto estado. Al parecer, él mismo había hablado con el heredero.

Brooke dudaba de que Hunter se encontrara tan bien como el doctor afirmaba; de estarlo, se hallaría a su lado o habría contestado al desorbitado número de llamadas que ella le había hecho.

El psiquiatra finalizó la conversación aconsejando a Brooke que no perdiera la calma y le aseguraba que su socio aparecería en cualquier momento. Lo que dejó muy claro era que no encontraba ningún fundamento para relacionar a los dos hombres. Hasta ese momento, las víctimas eran mujeres y Hunter estaba a salvo.

Brooke no le dijo que con la inteligencia artificial era posible ver y oír a cualquier persona, ni que esa familia sabía cómo hacerlo. Tampoco insistió en que ni Hunter ni Andrew la harían pasar por una situación tan angustiosa, sobre todo, después de haberse librado de la muerte por casualidades del destino y por los avances de la tecnología.

Había esperado demasiado de ese tipo, lo comprendió enseguida.

Al doctor Ernest Cavanagh solo le interesaba su cliente y lo consideraba fuera de peligro. No deseaba solucionar el caso, ni ayudarla en la búsqueda de Andrew. Lo único que ese individuo quería era agradar a Bramson padre y que Bramson hijo no terminara muerto; no había que ser un genio para comprender que un final trágico le restaría mérito al famoso erudito inglés.

¡Qué decepción de hombre!

Tendría que valerse por sus propios medios, se dijo a sí misma, presa de un ataque de ansiedad.

Después de meditarlo con la calma que el doctor le había aconsejado gratis, Brooke decidió volver a su piso en Manhattan. La casa de la playa era fantástica para vivir, pero no para defenderse de un asesino; disponía de demasiados accesos y estaba sola.

Recordó a Hunter y no pudo evitar llorar.

Le había dicho que nada podría separarlo de ella y en menos de veinticuatro horas no contestaba a sus llamadas. «El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura», escuchó Brooke en un bucle interminable.

Ni Hunter ni Andrew daban señales de vida y eso empezaba a pasarle factura. Lo único que podía hacer era esperar, y se trataba, precisamente, de la única cosa en la que era un desastre.

Brooke corrió a su despacho para imprimir los mensajes de Andrew y comenzó a analizarlos nuevamente. Los dos últimos la tenían especialmente preocupada. El primero repetía tres veces el nombre de «Nieves blancas» y no añadía nada más. El segundo era todavía más surrealista: «No herencia, porque no es quien dice ser». Estaba tan enfadada que le habría explicado a Andrew cómo se escribía una oración para que fuera gramaticalmente correcta: sujeto, verbo y predicado, farfullaba ella por lo bajo, mientras intentaba recordar cualquier cosa relacionada con alguna de las dos anotaciones.

¿Podría referirse Andrew a *Blancanieves*? No creía que su amigo prestara mucha atención a los títulos de los cuentos; con Harper cualquier cosa era posible. Brooke recordó el cuento mientras se preparaba un sándwich mixto.

«Una reina sintió envidia de su hijastra cuando su espejo mágico le dijo que la muchacha sería la más bella del reino y entonces decidió acabar con ella…».

Belleza, envidia, juventud, resumió Brooke a toda prisa.

«El soldado que debía matarla se apiadó de la muchacha y la dejó libre. Blancanieves encontró cobijo en una casita del bosque habitada por siete enanitos…».

Joder, joder, joder.

Ella conocía un casoplón con siete edificios en una especie de bosque.

«El espejo reveló que la muchacha seguía viva y la madrastra preparó una manzana envenenada, pero lo hizo disfrazada de una venerable anciana…».

Veneno, comida y confianza, pensó Brooke y empezó a verlo todo negro.

«Blancanieves cayó muerta y los enanitos la depositaron en un ataúd de cristal…».

¿Lago de aguas cristalinas? ¿Una gruta?, se planteó Brooke, deseando ser objetiva y no dirigir su pensamiento hacia el único sitio que encajaba con el cuento.

Ella conocía un lugar así.

Se llamaba «Green Meadow» y era propiedad de los Bramson.

◆◆◆

Brooke respiró profundamente.

Desplazarse en helicóptero había sido todo un acierto, pensó nerviosa, mientras echaba un vistazo a la hora. Empezaba a comprender a Hunter.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Sally, recogiéndose el pelo en una coleta —. ¿Llamamos al guarda?

Brooke asintió mientras completaba su oscuro atuendo con un pasamontañas negro.

—El coche ha sufrido una avería y necesitáis ayuda —improvisó ella, sin dejar de mirar el reloj—. Pasadas las doce, debéis conseguir entrar en la garita y desactivar las alarmas. Hay cuatro y ya os he explicado dónde se encuentran. En la caseta hay una máquina de café, por lo que no debe resultaros muy difícil conseguir que os inviten a una buena taza. —Brooke se echó un vistazo a sí misma y respiró profundamente. Estaba temblando, si los Bramson habían cambiado los sistemas de alerta, no podría recorrer aquella inmensa extensión de terreno.

John Wright, que ya había recuperado su nombre, carraspeó vacilante.

—¿Qué hacemos si han cambiado las alarmas? —le preguntó por enésima vez—. Recuerda que yo no soy un agente de campo. Me dedico al Derecho Civil.

Sally y Brooke pusieron los ojos en blanco mientras miraban al cielo.

—Lo sé, John. Pero no había nadie disponible hasta mañana y no podemos esperar tanto —susurró Brooke, soportando estoicamente la indecisión de su socio—. Si han cambiado las alarmas no hacéis nada, John, absolutamente nada. Os tomáis un magnífico café y llamáis a un taxi. Yo me encargo del coche.

Brooke contempló su extraordinario reloj y comprobó nuevamente que la batería estuviera cargada. Ese artefacto le había salvado la vida una vez y necesitaba tenerlo a punto por si tenía que hacerlo en una segunda ocasión.

—A las doce cambian los guardas —cuchicheó Brooke, abriendo la puerta del todoterreno—. Solo por si acaso, he desconectado solo dos cables del motor y os he demostrado cómo volverlos a encajar —Brooklyn Graves contempló a sus amigos con cariño—. Gracias, chicos, creo que Andrew y Hunter están en peligro. Solo espero estar en el lugar adecuado. Si me equivoco…

Sally Webster concluyó la frase por ella.

—Al menos, lo habremos intentado —le dijo con vehemencia para tratar de eliminar los pensamientos negativos de la cabeza de su socia—. Ahora, sal ahí fuera y trae de vuelta a esos hombres. Sabemos que puedes hacerlo.

De repente, el silencio se vio alterado por el ruido del motor de un vehículo que se acercaba a ellos y Brooke se vio obligada a alejarse del todoterreno.

—Es el guarda. Tenéis que entrar y desactivar las alarmas —les dijo, antes de desaparecer.

Brooklyn corrió hasta encontrar el tronco de un árbol raquítico. Dudaba de que la camuflara, pero estaba a pocos metros de la puerta y no disponía de muchas fuerzas para gastar. Al cabo de unos minutos, vio a sus socios entrar en la propiedad.

Ahora solo quedaba esperar.

Lo que no llevaba nada bien, así que decidió intentar una última llamada.

Primero, a Andrew y después, a Hunter.

Los imaginaba escuchando el teléfono y desmoralizándose por no poder contestar. Así que volvió a llamar.

Esa vez, primero a Hunter y después, a Andrew.

No contestaron.

Y ella ya no lo dudó más.

Lanzó una manzana -que llevaba en el bolsillo expresamente para eso- a través de la valla y aguardó temblando a ver qué sucedía.

No sonó ninguna alarma.

Antes de escalar el muro, Brooke esperó cinco completos e interminables minutos por si la alerta se ponía en marcha con retardo. Se subió al arbolito, que en Google se veía con un tronco milenario y, con mucha pericia y dificultad, acabó encaramándose en el muro. Bajarse fue muy fácil porque solo tuvo que descolgarse hasta sentir en los pies la estabilidad de un banco de piedra.

Después corrió como una gacela.

Si su instinto no se equivocaba, en dos kilómetros saldría de dudas.

◆◆◆

Brooke se permitió un pequeño descanso al llegar a la arboleda que rodeaba el helipuerto. Utilizó los dos tipos de inhaladores que le habían prescrito. De inmediato, comenzó a sentir que sus pulmones se llenaban de aire y el dolor se aplacaba gradualmente. Al cabo de unos segundos, incluso pudo incorporarse para mirar a su alrededor. Recordaba las luces del camino y las pistas de tenis levemente iluminadas. Sabía que debía seguir el sendero de piedra para llegar a una preciosa piscina con cascada. Al igual que tres años atrás, advirtió la casita de piedra y contuvo el aliento.

Con movimientos pausados se apoyó en una de las paredes. De uno de los bolsillos de su pantalón sacó un dispositivo alargado, provisto de una cámara, y lo usó para mirar a través del cristal de una ventana. El interior mostraba un pequeño y ordenado salón. Para su desgracia, completamente vacío.

Desde la esquina de la construcción contempló las palmeras, la cascada y la cueva esculpida en la gigantesca roca. De pronto, una luz sutil y vaporosa dibujó una línea intermitente al otro lado de la cortina de agua que descendía por la roca.

Brooke dejó de respirar.

Su mano derecha tocó la pistola que llevaba en el muslo y comenzó a quitarse la sudadera negra y el pantalón. Entró en el agua helada intentando no hacer ruido y agradeció llevar un traje de neopreno. En aquella ocasión no

pensaría que moriría congelada. De hecho, era el frío lo que recordaba, con una angustia insoportable, todas y cada una de las veces en que se quedaba dormida.

No había vuelta atrás, pensó Brooke, ajustándose las gafas y sumergiéndose en el agua hasta desaparecer de la superficie. Conocía los planos de aquellos terrenos porque había hackeado los trabajos del arquitecto responsable de la construcción y sabía que, al otro lado de la piscina, existía una gruta que disponía de un lago de dimensiones ridículamente grandes. En el interior de la cueva, el dibujo del perito mostraba un acogedor salón y una barra de bar.

Los ricos y sus excentricidades, pensó con fastidio.

Si estuvieran a cielo descubierto sería todo mucho más fácil.

Le pareció corta la distancia que tuvo que bucear. No necesitó su linterna galáctica porque todo el fondo estaba iluminado por unos corales fluorescentes que indicaban el camino que se debía seguir. Brooke lo agradeció de todo corazón, en gran parte, porque sus pulmones no estaban para batir ningún récord.

No sacó más que los ojos y la nariz del agua, pero lo que vio la dejó aturdida.

Dos cuerpos descansaban dentro de unos envoltorios de plástico negro. Al contemplar la cabeza descubierta de los dos bultos, respiró mejor. La persona que andaba de un lado para otro todavía no había decidido acabar con sus vidas.

O eso quería creer.

De pronto, comenzó a escucharse un sonido estridente y las luces del agua comenzaron a parpadear, sin duda, anunciando que alguien estaba sumergido. Brooke se hubiera abofeteado por estúpida; no había prestado suficiente atención y ahora jugaba sin la ventaja de no ser vista. Se trataba de una alarma acuática que detectaba el movimiento. Inmediatamente, una persona vestida de riguroso negro, incluida gorra y pañuelo que le tapaba la nariz, la boca y la barbilla, se situó en el borde del lago y disparó contra el lugar que parpadeaba como una atracción de feria.

Maldita sea.

Brooke volvió al fondo para evitar las balas, pero la puntería del tipo de negro era excelente y algunas le pasaban demasiado cerca, así que decidió acabar con las luces. A pesar de los nervios, su pulso no se vio afectado y, en pocos minutos, se hizo la oscuridad en el fondo. Entonces, tomó aire en la superficie y se apoyó sobre el filo de la laguna artificial. A continuación, disparó contra el cuerpo que la buscaba con una linterna en la mano. Brooke supo que le había dado.

En ese instante, el tipo habló con voz ronca, masculina y metálica.

—Tendrás que elegir —gritó con fuerza—. Porque no podrás salvarlos a los dos.

Brooke se percató de la celeridad del asesino, probablemente, porque no había previsto ser interrumpido. Entonces escuchó dos detonaciones y ya no esperó más. Se elevó sobre la piedra y comenzó a disparar, sin ningún control, hacia el lugar de donde provenía el sonido. Enseguida, vio al individuo arrojar los dos cuerpos al agua. Lo hacía con la desesperación del que necesita huir a toda prisa y terminó ayudándose con los pies. Joder, se desprendió de los bultos a patadas.

Brooke maldijo en todos los idiomas que conocía. No podía hacer otra cosa que salvar a los dos hombres y el maldito asesino lo sabía.

Ese loco iba a escapar, pensó abrumada por el odio.

Entonces, la caverna se iluminó por completo y varios individuos salieron del agua.

—Policía, arriba las manos… —gritaron al unísono.

Se hizo un silencio extraño y, a continuación, se escuchó una fuerte detonación.

A ella no le importó, nadaba como una loca para sacar del agua a cualquiera de los hombres que tenía cerca.

Brooke asió con fuerza una de las bolsas, mientras comprobaba que un policía se ocupaba de la otra. El sonido de una ambulancia se escuchó a lo lejos y comenzó a llorar de alivio.

—Aquí hay una mujer herida —gritó un hombres con chaleco del FBI—. Que venga un sanitario, no creo que aguante.

Brooke apenas prestó atención.

Su único interés residía en ayudar a sacar del agua los cuerpos de Andrew y de Hunter. Cuando por fin pudo comprobar que seguían vivos, Brooke cayó de rodillas sobre las baldosas rugosas del saloncito. Su querido amigo tenía un disparo en el pecho. Hunter había sido más afortunado y lo tenía en la pierna. Al pensar en lo fácil que habría sido perderlos, Brooke empezó a hiperventilar. Había estado conteniendo la respiración y estaba al borde del desmayo. Entonces, se dio cuenta de que no se había descubierto la cabeza, ni se había quitado las gafas. Alguien puso sobre sus hombros una toalla y ella lo miró agradecida, mientras se desprendía de los accesorios.

—Gra… cias —le dijo al hombre—. ¿Ha sido idea suya avisar a los federales? ¡No sabe cuánto se lo agradezco! Por un instante creí que no lo conseguiríamos.

Ernest Cavanagh le sonrió.

—Tenía razón —susurró el doctor, sin perder la compostura—. Al igual que usted, Alice Bramson tampoco podía contactar con su hermano —admitió con sencillez—. La señorita Bramson me demostró la facilidad con la que se pueden

simular una voz y una imagen y acudimos al FBI —Bien por Alice, pensó Brooke. A esa chica no la habían ninguneado como a ella—. Al parecer, usted ya les había expuesto sus sospechas. Además, los padres de Andrew Harper pusieron en conocimiento de la policía que, a raíz del accidente del Río Hudson, el teléfono móvil de su hijo disponía de un localizador que podía emitir ondas periódicas de largo alcance. Todo un clarividente ese chico —exclamó el psiquiatra—. Como puede imaginar, Andrew inició el sistema y el epicentro de las perturbaciones tenía su origen en este lugar —indicó Ernest Cavanagh, mirándola fijamente—. Señorita Graves, su intervención ha sido muy imprudente, aunque creo que eso ya lo sabe. Debería haber llamado a la policía. Solo Dios sabe lo que hubiera sucedido de no haber llegado el FBI a tiempo…

Brooke asintió, mortificada por su sentido de la responsabilidad.

—Sí, asumiré mi treinta y tres por ciento —contestó ella, sosteniéndole la mirada—. Usted y el FBI deberán asumir el sesenta y seis restante, ¿no cree? Ahora, si me disculpa, necesito hablar con el médico.

Ernest Cavanagh la contempló con admiración.

Esa chica era valiente y temeraria, todo lo que nunca sería él. Inmediatamente, se alejó de ella para hablar con los agentes encargados de la investigación. Debía quedar claro quién había dado el aviso…

Brooke se olvidó del famoso doctor en cuanto contempló a sus chicos heridos.

—¿Están muy graves? —le preguntó al médico que los atendía.

El hombre sacudió la cabeza nervioso.

—Están estables, es pronto para decir otra cosa. —El tipo comprendió su preocupación y le apretó el hombro para darle ánimo—. Ha sido todo muy rápido y no han perdido mucha sangre. Eso es algo bueno… no lo olvide.

Brooke supuso que el hombre había escuchado la conversación y le dio las gracias doblemente. Mientras se llevaban a los heridos, Brooke rezó todo lo que sabía. Coincidía plenamente con el médico que había atendido a los dos hombres: nadie sabía lo que podía haber sucedido si hubiera transcurrido más tiempo. Y se quedó con esa teoría.

En unos minutos, la zona había sido acordonada y la policía numeraba las pruebas. Antes de que desalojaran a todos los presentes, Brooke se acercó a la autora de los disparos.

Samantha York, alias la Secretaria, permanecía tirada en el suelo con una pistola en la mano. Un hilillo de sangre le corría por la cara, estropeando la belleza de su gesto ausente. Brooke se vio envuelta en una fragancia dulzona y comprendió que el cuerpo de la muchacha, como si se resistiera a desaparecer, exhalaba aquella mezcla pesada e intensa a flores que tanto le desagradó cuando

coincidió con ella.

Samantha se había suicidado, lo que no dejaba de ser extraño.

Alice Bramson era un puto genio, pensó Brooke, mientras se disponía a salir de la gruta por la parte superior. Una máquina quitaba toda la cubierta de piedra y se volvía a ver el cielo estrellado.

Menos mal que la gruta natural era artificial, ironizó Brooke, buscando cualquier excusa para no pensar en lo que acababa de vivir.

Capítulo 41

Brooke estacionó su coche en el garaje de la mansión y se dirigió hacia la casa.

Samantha no había hecho bien su trabajo y la herida del pecho de Andrew no era de bala, sino de un simple y sangrante rasguño. Su amigo estaba ileso. Para ser exactos, no del todo porque había sido drogado con una cantidad de fentanilo capaz de matar a cualquiera, pero había terminado sin agujero en el tórax. El suelo de piedra había recibido el disparo que iba destinado a él. Sin embargo, Andrew no se encontraba tan bien como cabía esperar.

—¿Ha recuperado el habla? —preguntó Brooke a Laura Harper, cuanto esta le abrió la puerta.

La madre de su amigo negó con la cabeza.

—Hoy está en el invernadero —le susurró al oído, después de recibirla con un beso en la mejilla—. El doctor Fisher asegura que físicamente no tiene ningún impedimento. Por tanto, tendremos que seguir buscando el motivo que le ocasiona este mutismo —manifestó la mujer con resignación—. Gracias por venir a verlo. Creo que espera tus visitas con anhelo, aunque no pueda decirlo.

Brooke abrazó a Laura para darle fuerzas.

—Lo vamos a conseguir —susurró convencida—. En cuanto comprenda que todo ha pasado, volverá con nosotros. —Brooke no podía dejar pasar un tema importante—. Laura, me gustaría comentar algo contigo. En la investigación que se está llevando a cabo… —titubeó, apesadumbrada por lo que iba a preguntarle a aquella extraordinaria mujer— ha salido a la luz que Andrew fue denunciado en dos ocasiones por agresión y en tres por acoso. No deseo inmiscuirme donde no debo, pero me gustaría conocer las circunstancias. Estoy segura de que todo tiene una explicación…

La señora Harper no dudó en acompañar a Brooke al jardín.

—No te preocupes, cariño, es todo muy sencillo de entender —le dijo la mujer, cerrando momentáneamente los ojos—. Andrew sufrió bullying en el colegio. Un buen día se cansó y lo solucionó como creyó que sería más efectivo, es decir, a golpes. Exactamente igual que le habían estado haciendo a él. —La madre de Harper suspiró incómoda—. Era la primera vez que Andrew resolvía sus problemas con violencia y nos afectó a todos. Un mes después del suceso, nos notificaron las denuncias de dos chicos. Para nuestra sorpresa, el resto de los acosadores, tres concretamente, se defendieron acusándolo del mismo delito que él había estado sufriendo. Ahí tienes las agresiones y los acosos. Esos chicos le hicieron mucho daño...

Brooke abrazó a la madre de su amigo.

—Salió del bache —le susurró ella con ternura—. Igual que saldrá de este. Nuestro Andrew es inteligente y fuerte, no lo olvidemos.

Laura Harper asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—Brooklyn, ¿se sabe ya por qué secuestró esa joven a mi hijo? —La mujer la miró con el rostro crispado por la inquietud.

Brooke negó con la cabeza.

—Creemos que Andrew descubrió algo que lo puso tras su pista —contestó con sinceridad—. Probablemente, esté relacionado con dinero; esa chica pertenecía a una familia extremadamente rica. Pero, por ahora, todo son conjeturas —explicó desanimada—. Estamos seguros de que Andrew no tardará en salir de su mutismo y él mismo nos contará sus conclusiones.

—Contigo cerca, estoy segura de que mi hijo saldrá adelante —le dijo la señora apretando su antebrazo con fuerza.

—No lo dude —enfatizó Brooke.

A Laura le caía bien la amiga de su hijo, por eso la acompañó hasta la construcción de piedra en la que cultivaban todo tipo de plantas. Allí se despidió de la muchacha y prosiguió su paseo por el jardín.

—Jolines, esto es una maravilla —exclamó Brooke entrando en la casita—. ¿Sabías que existe todo un lenguaje en torno a las flores? —Se le ocurrió de repente. No tenían ni idea de por qué había dejado de hablar ese asombroso chico. Su médico pensaba que aún no había asimilado que había terminado el secuestro, pero ella no estaba de acuerdo. Con Andrew las cosas nunca eran tan sencillas—. Vale, tengo que reconocer que este mes hemos incrementado los beneficios de nuestras sociedades —siempre informaba a Harper del dinero que se había generado porque sabía que eso captaría su atención más que cualquier otra cosa—. Andrew, estamos todos bien. Los chicos te envían recuerdos de Londres y te animan a darte una vuelta por el Támesis. —Ese día lo encontró tan hermético e inaccesible que decidió darle un buen susto, lo que era fácil porque a su socio le preocupaban especialmente los ceros de las cifras que debían pagar —. Sally vuelve esta noche, necesito hablar con ella de los dos millones que hemos pedido prestados y que cumplen en los próximos días…

No eran dos millones, sino uno y medio. Lo dejó cocerse en su propia salsa y después continuó poniendo al día a su colega. Contratos, pagos, inversiones, deudas… cualquier tema era adecuado si conseguía sacarlo de su silencio.

—A propósito, Noel te manda saludos. Le he concedido dos semanas de vacaciones para que se olvide de todo y está en Londres, en uno de los apartamentos de nuestra empresa. —Sabía que eso le iba a fastidiar bastante y no tuvo reparos en decírselo—. Me gustaría que te recuperaras pronto porque tengo

muchas dudas —expresó ella con inquietud.

Era la primera vez que iba a comentar sus fantasmas con alguien y evaluó a su amigo antes de hacerlo. Harper parecía estar bien, contemplaba los cultivos que los rodeaban mientras permanecía sentado en una cómoda butaca. Brooke advirtió que llevaba ropa de trabajo y que esta se veía excesivamente limpia y planchada. Los útiles de jardinería descansaban a sus pies, junto a un libro enorme sobre siembras estacionales. El periódico de esa mañana también acompañaba al compendio sobre labranza. Brooke observó que las páginas del diario estaban mal dobladas y le extrañó porque su amigo era un maniático del orden. Imaginó que lo había interrumpido mientras leía y se olvidó rápidamente del tema.

—Harper, creo que sabes que estamos fuera de peligro. —Brooke notó que su socio se limpiaba los dedos de la mano en el pantalón y tensaba los músculos de la cara. Al menos la escuchaba, pensó mosqueada—. Andrew, Hunter y tú lo conseguisteis. Gracias a Dios, los dos estáis vivos y bien. Sin embargo, la persona que os secuestró se quitó la vida —resumió sin ambages—. Estoy segura de que lo recuerdas, te lo hemos explicado un montón de veces.

Brooke no notó ningún cambio en él, así que continuó.

—Samantha York —soltó a lo bestia para conseguir alguna reacción—. ¿Te suena?

La espera fue inútil, por lo que prosiguió como si le hubiera contestado.

—Vale, la conocí en una cena que organizaron los Bramson. El senador recibió una invitación y, de repente, nos encontramos en un barquito enorme compartiendo mesa con Cecil York y su querida hija —informó deprisa, porque quería llegar al meollo de la cuestión—. Y, es cierto que la chica se mostraba bastante posesiva con Hunter y muy desagradable con todos los demás —dijo sin vacilar—. Pero, no me convencen los motivos que la llevaron a terminar con la vida de todas esas chicas. Según el doctor Cavanagh, la muchacha actuaba por celos. Unos celos patológicos que la llevaron a no permitir que Hunter estuviera con otras mujeres —manifestó preocupada—. Andrew, la conocí. Tenía un cuerpo de escándalo y una personalidad altiva y arrogante —no le dijo que la había confundido con una secretaria, no estaba orgullosa de su poca perspicacia —. Y, lo extraño, había sido amante de Hunter… Joder, eso no encaja en el perfil que yo misma he confeccionado. —Esperó una respuesta que no llegó y prosiguió como si nada—. Andrew, tú me conoces, soy muy buena elaborando perfiles. Llámame desconfiada, pero no me creo la explicación oficial.

Brooke inspiró con fuerza y fue soltando el aire lentamente.

Casi podía asegurar que su colega la escuchaba atentamente.

—Creo que una persona que mata a las amantes de un individuo, no ha

mantenido relaciones sexuales o íntimas con ese tipo. —Estaba convencida de ello—. Creo que la obsesión que sufre el asesino es fruto de haber venerado a ese hombre hasta límites insospechados. Y eso no suele producirse cuando se ha consumado el amor. Es más propio de un sentimiento infantil e inmaduro. ¿Qué opinas? Te advierto que he llegado a esa conclusión después de que Ernest Cavanagh me dejara echar un vistazo a los expedientes de las víctimas. Curiosamente, Stefanie Borowitz fue la primera víctima hace tres años —expuso Brooke, intentando zarandear la memoria de su amigo—. Acuérdate, me acompañaste para informar que la había visto en el ayuntamiento. Hunter también estaba allí aquella noche. Ahora he sabido que apenas estuvieron juntos una semana.

Andrew cerró los ojos mientras suspiraba profundamente.

Brooke esperó a que los abriera, pero su socio se mantuvo callado.

—Cuando te moleste, puedes pedirme que me calle —le dijo ella, tocándole las narices—. Tampoco entiendo lo que hacías tú en la gruta. Salvo que hubieras descubierto algo importante —subrayó con toda intención—. Andrew, cariño, necesito que salgas del mutismo en el que te encuentras, porque empiezo a creer que he perdido la cabeza —Lo que era completamente cierto—. Si estoy equivocada y todo era tan simple como un cerrojo, entonces puedo asegurarte que estoy sufriendo una paranoia de la ostia. Basta con decir que no salgo de casa sin llevar un arma, así de chiflada estoy.

Brooke contempló a su amigo con la ansiedad del que ha concebido grandes esperanzas. Transcurridos unos insoportables minutos, su querido Harper no emitió ni un solo sonido. Sin embargo, ella era muy buena encajando decepciones y es lo que hizo con una maravillosa sonrisa, como mandaban los cánones.

Se despidió pronto de Andrew, no llevaba bien perder de vista a su chico.

Aunque, eso tampoco lo sabía nadie.

◆◆◆

Brooke condujo hasta Central Park.

En la calle 65 Oeste se encontraba la torre residencial más alta del mundo. Y, en el piso ciento treinta se hallaba, igualmente, el ático más caro del mundo. Doscientos setenta millones de dólares. Quince baños, diez dormitorios, cocina familiar y cocina de servicio, despacho, sala común, piscina y gimnasio. Para terminar de abrumar a propios y extraños, una moderna escalera daba acceso a un tríplex con entradas independientes. Por tanto, el ático disponía de tres plantas -llenas de salones y estancias innecesarias- conectadas por una escalinata

interior.

Brooke suspiró mientras contemplaba su imagen en el espejo del ascensor.

Había creído que Harper la iba a ayudar a superar aquella sensación de continuo vértigo y se sentía estafada por su amigo. No era tonta y sabía que cuando se acumulaban varias experiencias negativas, el cerebro podía sufrir estrés postraumático. Pues bien, ella presentaba todos los síntomas. No poder conciliar el sueño le fastidiaba bastante y, cuando por fin lo conseguía, se despertaba en medio de una terrible pesadilla. Otras veces, cuando pensaba en Hunter y sus amigos, sentía fuertes palpitaciones en el pecho que terminaban en auténticas taquicardias, acompañadas de una sudoración potencialmente destructora de parejas. Y, lo peor con diferencia, era la hipervigilancia a todas horas y en cualquier sitio. En todas las habitaciones de su casa disponía de algún sistema defensivo y de alarma. Por eso, cuando Hunter la invitaba a pasar un fin de semana en su ático de mega rico, se ponía muy nerviosa, como en aquel momento.

Miró la hora en su súper reloj y trató de sonreír.

Esa noche iban a celebrar que llevaban dos meses saliendo. Todo un récord para alguien que lo máximo que había permanecido con la misma mujer había sido una semana.

Brooklyn entró directamente en la tercera planta y buscó el dormitorio principal. Se había comprado un vestido acorde con las circunstancias y estaba deseando lucirlo delante del hombre más bello -por dentro y por fuera- del planeta.

Se fue desnudando antes de llegar a la habitación y entró en la ducha en cuestión de segundos. Llegaba tarde, lo sabía y eso hizo que se le acelerara el pulso. De mantener ese nivel de ansiedad, no iba a llegar a vieja, le recordó la voz de su conciencia para que se acicalara sin que el corazón se le fuera a salir por la boca.

Cuando se vio ante el espejo, parpadeó, impresionada por lo que veía.

Estaba estupenda con aquel vestido de gasa roja que se amoldaba a su cuerpo como un guante. Se había pasado la plancha por el pelo y lo había alisado lo suficiente como para hacerse una coleta bien tirante. Terminó de pulirse con un maquillaje suave y el diamante ovalado en el dedo, alardeando de estar prometida.

Joder, había olvidado que en dos semanas se haría público el compromiso. Por el momento, las dos familias parecían llevarlo bien. Para su desconcierto, su padre la trataba con cariño desde que le dieron la noticia. Su madre arrugó el ceño y suspiró sin dar opinión alguna. Alice la abrazó y le dio la bienvenida a la familia y Alister Bramson (no podía llamarlo John) apenas se inmutó. Le dio la

mano y, a otra cosa, mariposa.

Un tipo difícil, el señor Bramson…

Brooke descendió por la escalera con mucho cuidado. Escuchaba la música procedente de uno de los salones de la segunda planta y el corazón se le aceleró, aunque en ese instante de excitación.

—Llegas tarde —informó su prometido, vestido de negro riguroso. Era imposible que Hunter no conociera el efecto que producía su atractivo. Brooke suspiró atontada y terminó dudando que ese individuo fuera solo para ella. Joder, el traje destacaba el color de su cabello y el gris extraño y azulado de sus ojos. Parecía un depredador encantado con su presa. Se acercó a ella sin dejar de mirarla a los ojos y la besó con ganas—. Aunque, te perdono —le susurró, mientras la estrechaba entre sus brazos y la miraba con deseo—. No te había visto de rojo y dado que la comida ya está fría…

Brooke comprendió que la cena iba a terminar como las sesenta anteriores.

—¿Te duele la pierna? —le preguntó para ganar tiempo. Sabía que la herida se estaba recuperando bien. La bala no había causado demasiadas roturas musculares y la rehabilitación estaba funcionando—. Tu fisio me ha llamado esta mañana. Llegará tarde a la próxima cita.

Hunter no quería escucharla, acababa de bajarle la cremallera del vestido y la cogía en brazos.

Brooke sonrió encantada.

Dejó que el vestido cayera a sus pies y le mostró la mejor versión de ropa interior que la marca La Perla podía ofrecerle.

No funcionó.

Hunter no apreció ni encajes ni trasparencias.

Piel y sexo en una conjunción lujuriosa y frenética fueron los vencedores. Su prometido lanzó su chaqueta al sofá y se bajó los pantalones.

—Te he echado de menos —le dijo a Brooke en el oído, al tiempo que la penetraba con fuerza—. Mucho.

La respiración exaltada de ella le dio la contestación.

Lo amaba.

Y él la amaba a ella.

Brooklyn no podía pedir más.

◆◆◆

—¿Has ido a ver a Andrew? ¿Cómo está? —le preguntó Hunter, mientras buscaba un mechero para encender las velas.

Brooke le informó de los pocos avances y, cuando fue a mostrarle la foto

que le había hecho a su amigo, se dio cuenta de que había olvidado el teléfono en su bolso.

—Necesito un segundo —le dijo a su prometido—. Uso el ascensor para tardar menos, me he dejado el móvil en el dormitorio.

En realidad, necesitaba arreglarse la cara y recuperar la compostura. Hunter le hacía el amor siempre que disponía de tiempo y, a veces, le costaba seguirle el ritmo. Como en aquel momento.

Localizó su bolso encima de la cama y lo vació sobre el colchón a toda prisa.

Una flor preciosa -de color escarlata- cayó sobre la colcha, junto a los pañuelos de papel, el monedero y las llaves del coche, entre otras muchas menudencias.

«Gracias, mi querido amigo, muchas gracias», le dijo mentalmente a su socio. Fue toda una sorpresa que se hubiera comunicado con ella a través del lenguaje de las flores. Desde luego, en ningún momento fue consciente de que llevara sus palabras en el bolso y, mucho menos, de que estas fueran tan urgentes. La flor era un *pensamiento* y, entre todos los tipos existentes, le había obsequiado con un ejemplar de un sangriento muy vehemente.

Sí, aquella planta era un *pensamiento* de color rojo, no tenía ninguna duda.

El problema era su significado. ¿Su amigo no hablaba porque estaba sumido en sus *pensamientos*? ¿No hablaba porque tenía que *pensar*? ¿O, simplemente, le decía que *pensaría* en sus palabras?

—Andrew, cariño, cuando vuelvas a la cruda realidad te voy a enseñar lo que es bueno… —murmuró, sin saber cómo interpretar el regalito.

Con la flor en la mano, Brooke bajó por la escalera.

Hunter la esperaba con una mirada lujuriosa en los ojos y ella suspiró resignada.

—Déjame poner esta flor en agua. —Se la enseñó para que no creyera que se trataba de una excusa—. Después cenamos y prometo colaborar en batir ese récord que te has propuesto…

Hunter sonrió mientras la besaba.

—¡Qué casualidad!, esa es la flor preferida de Alice —le susurró su prometido sobre los labios—. Le da igual que sean salvajes o injertados. Lo sabe todo el mundo. Mira la foto del periódico, le regalaron un ramo enorme de pensamientos ayer mismo.

Brooke había dejado de respirar.

La primera página de la publicación mostraba una foto de la muchacha con un ramo de flores blancas y rosadas en las manos.

Madre mía, Andrew sí había contestado a sus preguntas. La flor que le

había metido en su bolso, aprovechando alguno de sus despistes, no se refería a él y a su incapacidad para poder hablar, sino a la persona que andaban buscando.

«Alice Bramson es la asesina», le había dicho sin titubear. Su socio había leído esa misma publicación. En ella, Alice aseguraba que iba a trabajar activamente para luchar contra la contaminación de los mares. El pie de foto revelaba que las flores preferidas de la hija de J. Alister Bramson eran los *pensamientos*, porque «*siempre tenía en su pensamiento el amor que sentía hacia su familia*».

Siempre tenía en su pensamiento a… Hunter.

Maldita sea.

La simbología de la planta estaba tan clara que Brooke salió corriendo para vomitar.

Capítulo 42

Necesitó varios minutos para volver a ser ella.

Se lavó los dientes, se peinó a conciencia y se pintó los labios.

El rojo del carmín le recordó el color de la flor. Brooke tembló de miedo. Si Alice era la responsable de los asesinatos, como sospechaban, no estaban a salvo en ningún sitio. Esa chica conocía todos los movimientos del hermano. Ya lo había notado en las expresiones de Hunter cuando se la encontraban. Su prometido no acababa de entender cómo era posible toparse con su hermana allá donde fuera. Tampoco podía obviar que Alice Bramson tenía acceso a todas las propiedades de la familia, lo que incluía sistemas de alarma y el Hospital General… Durante unos terribles minutos, Brooke comprendió que Hunter y ella habían sido títeres en las manos de la muchacha. Ahora, no tenía ninguna duda de quién había manipulado el resultado de las pruebas genéticas.

Tampoco sabía lo que debía hacer.

Por lo pronto, utilizó una goma del pelo para ceñirse a la pierna la única pistola que llevaba en el bolso. Con un vestido tan ajustado, no había manera de que un arma pasara desapercibida.

Respiró mejor.

Sabía que su nivel de vigilancia había alcanzado la estratosfera, pero no podía evitarlo. Con las infinitas posibilidades que el dinero podía proporcionar, debía estar preparada. Máxime, cuando la que disponía de él estaba enferma y, por los últimos acontecimientos, fuera de control.

El color rojo del pensamiento le resultó acertado. Parecía gritarles que tomaran todas las precauciones que pudieran, porque estaban en peligro.

Realmente, no tenía más pruebas que el sentido común – el suyo y el de Andrew Harper, lo que no era poco- y, por supuesto, sus entrañas, que le decían que esa mujer sí era la psicópata asesina que solo ella seguía buscando.

No utilizó el ascensor, prefirió tranquilizarse bajando las escaleras. Quedarse sin aliento le recordaba que tenía otros problemas y parecía que funcionaba.

—Brooklyn, cariño, mi hermana ha venido para hacernos una visita —le dijo Hunter con una gran sonrisa, cuando la vio llegar al salón —. No quería quedarse a cenar, pero la he convencido —explicó a su prometida—. Tiene un vuelo a medianoche y no dispone de tiempo para comer en un restaurante.

Brooke asintió con una sonrisa mientras dejaba que la hermanísima le diera unos ridículos besos. Gracias al estrés postraumático y a sus respuestas excesivas, llevaba encima una pistola, pensó, congraciándose de nuevo con el

universo y con todas sus divinidades.

—Por supuesto —no podía decir otra cosa. La situación empezó a recordarle el cuento de Blancanieves y tuvo que refrenarse para no salir corriendo: veneno, comida y confianza. Por Dios, hubiera necesitado unas horas más para tomar medidas que compensaran la locura de la muchacha.

Brooke vio a Alice contemplar las fuentes que llenaban la mesa con una expresión de absoluta felicidad y ella evocó los cuerpos drogados de Andrew y Hunter.

Fentanilo.

Sus chicos habían sido narcotizados con ese fuerte opioide sintético.

A partir de ese momento, Brooke decidió que simularía comer y actuaría igual que Hunter. Lo que significaba que, si este acababa en el suelo, ella también lo haría. Deseaba, más que nada en el mundo, estar equivocada y disfrutar al día siguiente de la cena de esa noche, pero su instinto le decía que no esperara mucho de la hermana. Por otra parte, no podía hacer otra cosa sin parecer una loca de atar. La derrota era una herramienta perfecta cuando ayudaba a comprender el juego, se dijo con mucha frialdad. Y, ella, necesitaba conocer cuáles eran las reglas para poder participar con alguna garantía de éxito.

Observando a Alice se dio cuenta de que llevaba tanto tiempo temiendo que sucediera algo parecido que, de repente, se sintió liberada.

Por fin se iba a terminar su tortura.

¡Alice Bramson!

Joder, la asesina era Alice Bramson…

Ojalá hubiera prestado más atención a lo que pasaba a su alrededor, se recriminó Brooke, mientras pensaba en su querido Harper y pulsaba sin mirar dos teclas de su teléfono para que el dispositivo empezara a emitir señales de alarma.

Solo esperaba que funcionara, porque no había visto los botones que había tocado y siempre cabía la posibilidad de que los nervios le hubieran jugado una mala pasada.

—¡Qué cabeza tengo! —exclamó Brooke, cerca de la salida. Necesitaba comprobar que había pedido ayuda y, cuanto antes lo hiciera, mucho mejor—. He olvidado la flor que me ha regalado Andrew en la cocina y no la he puesto en agua… Te gustará Alice, es un…

De repente, Hunter se desplomó como si fuera un fardo.

¡Joder, eso sí que no se lo esperaba! Esa criatura enferma y despiadada había drogado a su hermano antes de que ella decidiera bajar al salón.

Ver que el pecho de Hunter continuaba subiendo y bajando le devolvió a Brooke algo de calma y apartó la mano de su pierna. No podía iniciar un tiroteo

en aquellas circunstancias. Además, el hecho de que fuera la hermana del hombre que amaba, le recordó la voz de su conciencia a toda prisa, debía impedirle actuar como sus instintos le indicaban.

—Si haces cualquier movimiento extraño, acabo con él —manifestó la muchacha con voz grave. Había sacado una pistola de la espalda, seguramente anclada a la cintura del exquisito pantalón negro que llevaba, y apuntaba a Hunter sin vacilar—. También puedes agradecerme que te haya dejado llegar hasta aquí. Aunque, personalmente, te recomiendo que reces todo lo que sepas.

Brooke subió los brazos y la contempló abiertamente.

—Me preguntaba a menudo quién estaría interesado en que Hunter creyera que era mi hermano. Fuiste tú… —susurró sin elevar la voz—. Alice, tú estabas allí la noche del hospital y comprendiste que me iban a practicar una prueba de ADN. —Brooke necesitaba ganar tiempo. Si no se equivocaba, esa chica se creía más lista que nadie. Así que la provocó para que alardeara de ello—. No lo entiendo, ¿qué pretendías, Alice? Era muy fácil averiguar la verdad.

La muchacha no se inmutó. Con una determinación preocupante, seguía dirigiendo su arma hacia Hunter.

—Me gustaría que te acercaras. No voy a dispararte desde aquí; lo mío no es el tiro al blanco. Tú me conoces, soy más bien de acertijos y pasatiempos. Sin embargo, puedo dispararle a él —insistió, mirando a Brooke intensamente—. No puedo creerlo. Pusiste tu vida en peligro para salvar a ese chico inútil y, sin embargo, no deseas sacrificarte por un Dios como Hunter.

—Tu *hermano* Hunter —murmuró ella, dando un pasito atrás.

Alice Bramson gruñó de ira.

—No es mi hermano —chilló la muchacha sin control—. Nunca lo ha sido…

Brooke comprendió que había tocado un tema sensible y decidió seguir tirando del hilo. Necesitaba tiempo, era la única oportunidad que tenían.

—Sí, querida, es tu hermano —corroboró ella—. La adopción no distingue vínculos de sangre.

Alice sonrió como la loca que era.

—Nunca he entendido que todo el mundo te considerara una especie de genio —farfulló airada—. Quizá, porque de buscar perros perdidos terminaste ayudando a sus dueños humanos… Será eso. —admitió con odio—. Sin embargo, nunca te has enterado de nada. No soy hermana de Hunter; tú podías serlo más que yo. Tu madre es una cualquiera y mi querido y estúpido padre es un mujeriego empedernido —aseveró, con una sonrisa maligna en su escuálida cara—. Maldita sea, sigues sin entenderlo. Me deshice de Alice Walter, la auténtica hermanita. Te hubiera gustado, era de tu estilo. Una monada de

criatura: rubia, ojos azules y pequeñita como un querubín. Además, era ingenua y muy predecible. Le pedí ayuda para parecerme a ella y conseguir que también me adoptara una familia rica —declaró sin parpadear ni sentirse culpable—. La envenené con matarratas y la suplí durante días. Nadie notó su ausencia; yo interpretaba dos papeles. Fue realmente sencillo. ¿Quién es ahora el genio? El día que debía abandonar el orfanato lo hice vestida con su ropa, lo que no fue nada fácil porque tuve que perder mucho peso. También imité su peinado, lo que me obligó a deshacerme del rojo de mi cabello. Puedes imaginarlo, no fue suficiente con un tinte, necesité un montón de ellos para conseguir un rubio perfecto. Incluso aprendí a hablar como Alice. Acabé siendo mejor que la auténtica, porque yo sabía lo que quería. —El odio que destilaba al hablar era tan excesivo que se podía palpar en el ambiente.

Brooke nunca habría imaginado algo así.

Tragó saliva y comprendió que esa chica estaba enferma de verdad. Ni siquiera había simulado sentirse afectada o arrepentida. A esas alturas, Brooke dudaba de que pudiera distinguir entre el bien y el mal.

—Y te enamoraste de su guapísimo hermano… —concluyó por ella, retrocediendo otro pasito—. Al final, una historia de lo más vulgar y corriente.

La falsa Alice negó con la cabeza.

—¿Vulgar? —repitió con rabia—. Un domingo de diciembre, el muchacho más bello que una niña podía imaginar me cogió en brazos y cargó conmigo hasta llevarme a la enfermería del orfanato. —Al recordarlo, se le suavizaron el gesto y la voz. Daba miedo comprobar el efecto que Hunter había causado en ella—. Lo hizo para que yo no plantara el pie en el suelo. ¿Te lo imaginas? Yo, una niña pobre, huérfana y fea, me había torcido el tobillo y un ser procedente de otro mundo, se fijó en mí. —Brooke tosió incómoda al darse cuenta de que ella también había pensado lo mismo de Hunter—. El chico me animó y me sonrió todo el camino. Ese suceso dio sentido a mi existencia, la transformó por completo. De repente, mi asquerosa vida cambió, me pasaba los días pensando en él, reviviendo su recuerdo e imaginando que lo conocía y que terminaba enamorándose de mí. —Debió de ser conmovedor para una niña abandonada, le concedió Brooke—. Entonces, la noticia corrió como la pólvora. Alice Walter, la criatura que parecía un angelito, iba a ser adoptada por los Bramson. Imagínate mi sorpresa. No pude consentirlo. Estuve semanas enteras planeando hasta el más mínimo detalle y, finalmente, lo conseguí.

Brooke había visto en el despacho de Harper listados enteros de personas desaparecidas, ahora comprendía que buscaba a la chiquilla que perdió la vida porque una loca envidió su suerte. En realidad, su socio no trataba de localizar a las dos mujeres que habían desaparecido después de haber mantenido una

relación con Hunter. «Tres asesinatos y dos desapariciones» eran los delitos de los que Hunter iba a ser acusado, reflexionó Brooke, trastornada por el grado de violencia al que había llegado la muchacha.

Qué torpe empezó a sentirse y qué inteligencia demostraba su amigo.

—Vale, entiendo que desees acabar conmigo —Brooke prefirió obviar a Hunter—, pero ¿por qué Andrew Harper? —le preguntó sin alzar la voz.

Alice sonrió con elegancia.

—Ese chico se estaba acercando demasiado a la verdad —contestó, orgullosa de sí misma.

—Hay algo que sí debo concederte —enfatizó Brooke, simulando admiración—. Has sabido ocultar los cuerpos, lo que no es nada sencillo…

Alice, la Asesina, asintió mientras miraba a su alrededor, planteándose dispararle para acabar de una vez con ella. No podía perder el avión, era su coartada, y la situación se estaba alargando. También acabaría con Hunter, el día que le confesó que amaba tanto a la hija del senador que no dudaría en dar la vida por esa chica, firmó su sentencia de muerte. No se merecía vivir si no era capaz de darse cuenta de que ella lo amaba más que nadie.

—Sí lo es, cuando tienes propiedades y dinero —reveló, sin dar ninguna pista—. Reconozco mi genialidad en el caso de la encantadora y perfecta Alice Walter.

Brooke volvió a retroceder lentamente y le sonrió con complicidad.

—Ya lo creo —susurró, como si hablara consigo misma—. Eras una cría, imagino tu miedo y tu desesperación. ¿Cómo te llamabas? Esa niña merece todo nuestro reconocimiento.

Alice Bramson parecía perdida. Cerró los ojos y, al abrirlos, volvió a dirigir su arma al objeto de su obsesión.

—Flora Harding —murmuró con un hilillo de voz—. Ese era mi nombre. Tan feo como todo lo demás.

—No estoy de acuerdo —dijo Brooke, sin mentir del todo—. Flora es un nombre precioso. Deberías ver más dibujos animados para saberlo. A propósito, llevo mucho tiempo sin ver a Sansón. ¿Has vuelto a dejarlo en ese maravilloso hotel para animales? Es un alivio saber que, a pesar de todo, amas a los perros.

Alice (era difícil pensar en ella como Flora) resopló profundamente y negó con la cabeza.

—¡No tienes remedio! —contestó con suficiencia—. Hace tiempo que comprendí que las personas con mascota son consideradas una especie de santos por los demás. Esa es la explicación de que tenga perro, niña ingenua.

En ese instante, Brooke dio otro paso atrás y chocó con una pared. Hubiera gritado de impotencia; se encontraba muy lejos de la salida y comprendió que no

tenía escapatoria.

—Y, luego está el tema de Samantha York. —En esa ocasión, no tuvo que exagerar la admiración, le salió sin más—. Hacernos creer que la chica era la asesina fue magistral. ¿Por qué pensaste en ella, querida?

Durante una milésima de segundo, Brooke creyó que Alice se había cansado de responder y le iba a disparar. Después, pareció cambiar de idea.

—Me estaba chantajeando —informó con soberbia—. Si no le entregaba mis acciones de la empresa familiar, iba a difundir que yo no era Alice Walter. Al parecer, una chica se había puesto en contacto con ella a través de las redes y decía recordarme con otro nombre. Disponía de varias fotos que me habrían puesto en un serio aprieto. Se lo merecía.

No añadió nada más.

Bueno, acababa de descubrir el posible significado de uno de los mensajes de Andrew: «No herencia, porque no es quien dice ser». Así que, Samantha había muerto porque era un peligro para todo lo que esa mujer había construido con tanto esfuerzo.

—Yo estuve allí, lo hiciste de película —confirmó Brooke, fingiendo asombro—. Incluso pareció que el suicidio fue real. Por cierto, ¿te dio alguna de mis balas?

La risita de la chica le puso la piel de gallina, pero lo disimuló.

—Apenas si se me rozaste —dijo con soberbia—. Hubiera sido un problema dejar un rastro de sangre, debo admitirlo. Gracias a mi buena suerte no sucedió. —Alice permaneció callada un instante, mientras miraba a Hunter de forma enigmática.

Brooke comprendió que esa chica no deseaba enfrentarse a la posibilidad de hacerle daño a su amado hermano y pensó aprovecharse de ello. No haber acabado con la vida de Hunter y utilizar droga para dejarlo fuera de juego era el mayor indicio que tenía.

—En serio, no noté nada extraño en la muerte de la hija de Cecil York —le recordó Brooklyn para que continuara con sus explicaciones—. Debo felicitarte por ello.

Alice Bramson la contempló con suficiencia.

—Utilicé con Samantha un tipo de sustancia que no deja huella —reconoció sin problemas—. La encontré por casualidad en un centro comercial. Ni siquiera lo había planeado. Me deshice de sus guardaespaldas invitándolos a comer y a ella la drogué sin que lo advirtiera. Quince minutos después, comenzó a sentirse mareada y yo misma la ayudé a entrar en mi coche para llevarla al hospital. Qué le vamos a hacer, tenía que haber usado la cabeza para no perderla… —Sonrió como si fuera un buen chiste—. Lástima que llegaras tan

pronto a la gruta, me hubiera gustado que fuera consciente de lo que le iba a suceder —admitió con naturalidad, como si hubiera realizado una buena acción.

Brooke no pudo contestar a algo así y, durante un tenso segundo, permaneció en silencio.

—Querida, me he dado cuenta de tu juego —señaló la falsa Alice—. Te agradezco que me hayas hecho hablar; necesitaba desahogarme. Espero que hayas comprendido lo que significa ser un genio. Tengo veinticinco años y, en todo este tiempo, nadie ha sospechado de mí. Eso es la genialidad —concluyó con orgullo—. Antes de dejarnos, creo que es justo que sepas que te odio más que a cualquier otra mujer que haya estado con Hunter.

Brooke supo que no mentía.

—Porque soy preciosa, agradable y también parezco un querubín, no hace falta que lo digas —ironizó, pretendiendo sacarla de sus casillas. Había transcurrido bastante tiempo. Por Dios, alguien debería acudir en su ayuda YA.

Alice, o mejor Flora, sonrió con ganas.

—No, estúpida —le dijo, sin disimular la aversión que Brooklyn le provocaba—. Te odio porque fuiste capaz de vivir sin él, algo que yo no sabré hacer.

Joder, en ese justo momento, Brooke contempló la imagen de un helicóptero a través de la ventana. No lo pensó, se tiró al suelo y, al instante, escuchó dos disparos.

Gracias a Dios, no había tenido que ser ella la que utilizara la pistola contra la muchacha, se dijo apesadumbrada, sin dejar de pensar en Hunter.

Flora Harding, alias Alice Bramson, cayó al suelo con los ojos abiertos por la sorpresa. Parecía tener dificultades para asimilar su triste final. Una controladora obsesiva como ella no podía perder de una manera tan tonta.

«Esa es tu genialidad», masculló Brooklyn, mientras sacaba su arma y apuntaba a la muchacha. La pistola de Alice había caído cerca de su cuerpo y la apartó de una patada. Después le tomó el pulso en el cuello y comprendió la inutilidad de iniciar cualquier procedimiento de primeros auxilios. Entonces, le cerró los ojos y corrió hacia Hunter.

Su prometido respiraba sin problemas, su pecho subía y bajaba con regularidad, y eso le devolvió la calma.

Entonces, salió al exterior.

Andrew Harper pilotaba un pequeño helicóptero y lo mantenía delante de la terraza del ático, a cuatrocientos treinta metros de altura. Una sonriente Sally Webster estaba a su lado, señalando a un tipo con chaleco del FBI.

Brooke asintió, mientras contemplaba al agente bajar su subfusil.

En aquel instante, no podía sentirse más aliviada.

Lamentó que nadie hubiera sospechado de aquella enferma muchacha y dio gracias al cielo porque Andrew fuera tan especial.

Capítulo 43

Los cuatro amigos permanecían en la habitación más exclusiva de todo el hospital.

La cama permanecía vacía; el durmiente estaba siendo objeto de una serie interminable de pruebas. Se lo habían llevado en cuanto abrió los ojos y pidió agua con la vehemencia del que ha atravesado un desierto en pleno período estival. Desde entonces, estaban esperando a que decidieran devolverlo al lujoso cuarto.

—¿Qué demonios hacíais para tardar tanto? —preguntó Brooke a sus socios —. Esa loca iba a dispararme. Dos minutos más y no lo hubiera contado.

Andrew se repasó el pelo con las manos y se elevó de hombros.

—Sally insistió en que debíamos ir acompañados por agentes del FBI —gruñó su amigo, hablando sin problemas—. Tuve que demostrar que tu teléfono estaba emitiendo señales de socorro. Esos tipos son duros de convencer.

Brooke asintió, sonriendo por primera vez.

—Tu sistema de alarma ha funcionado también en esta ocasión —le dijo a su amigo—. Dame un abrazo.

Harper se alejó antes de que Brooke pudiera iniciar el acercamiento.

—Vale, dádmelo vosotros, Sally y John—les dijo, sin dejar de sonreír—. Harper Marx tendrá que conformarse con unas simples gracias…

Andrew Harper contempló a Brooke con el ceño fruncido.

—¿Me llamas Harper Marx por el personaje que no hablaba de los hermanos Marx? ¿Por Harpo Marx? —indagó el muchacho, sin creerse la poca vergüenza de su amiga.

Brooke asintió, dedicándole una extraordinaria sonrisa.

—Ya te digo… Cada vez eres más bueno en lo de pillar las indirectas —farfulló encantada—. Andrew, no sé cómo lo descubriste, pero he llegado a la conclusión de que lo sospechabas todo. Nieves Blancas, el cuento de Blancanieves, me ha ayudado mucho. Yo no imaginaba nada…

Andrew miró a su amiga con sorpresa.

—¿Blancanieves? —repitió desconcertado—. «Nieves Blancas» es el nombre del orfanato al que acudieron los Bramson para adoptar a una niña. Los periódicos de la época describieron el hallazgo del cuerpo de una chiquilla en una de las fosas sépticas de la institución. Se consideró un desgraciado accidente y la policía cerró el caso. Al parecer, el cadáver no presentaba señales de lucha.

Brooke cerró la boca, pero no pudo evitar gemir de bochorno.

—Joder, yo creía que se trataba del cuento. Encajaba a la perfección —

explicó convencida, aunque cambió de tema rápidamente—. Alice me confesó lo que sucedió…

Les contó todo lo que la muchacha admitió haber hecho y sus colegas alucinaron como ella. Era difícil de asimilar que una persona que conoces y con la que has mantenido algún tipo de relación fuera capaz de llevar a cabo semejantes atrocidades.

—¿Qué hacías con Sally? ¿Y desde cuándo tienes un helicóptero? Madre mía, Andrew, eres tremendo —expresó Brooke, agradecida de las extravagancias de sus socios.

Harper todavía no había asimilado la broma de los hermanos Marx y no le contestó. Por lo que John Wright se hizo cargo de la situación.

—Los helicópteros de la policía estaban en otras partes de la ciudad y teníamos que aguardar a que finalizaran sus actuaciones. Harper no estaba dispuesto a esperar y, como casi todos sabíamos, adquirió un aparato hace unos meses —indicó Wright III—. Sally decidió acompañarlo. Yo me quedé en el puesto de mando para ir comunicando cualquier variación en la señal.

Brooke elevó una ceja y lo contempló con una sonrisa.

—Por supuesto —le concedió, sin pedirle demasiado—. Tú eras necesario en tierra firme, lo entiendo.

Su socio respiró con más tranquilidad e incluso se permitió sonreír.

—Andrew pensaba que Sally había pagado medio millón de intereses sin presupuestar. ¿Te imaginas?

Brooklyn se negó a mirar a Harper y, por supuesto, tampoco miró a Sally. La mentirijilla que le soltó a su socio en el invernadero había surtido efecto, lo comprobó en ese instante.

—Creo que debéis marcharos a descansar. Es muy tarde —les dijo para que se olvidaran de sus meteduras de pata, voluntarias e involuntarias. Joder, hasta los genios se equivocaban. Por supuesto, no tuvo ningún problema en abrirles la puerta para que se largaran—. Andrew Harper, te sigo queriendo y sigo estando tan agradecida de que aparecieras en esa terraza que te perdono no haberme contado que has aprendido a pilotar un helicóptero y que te has comprado uno.

Andrew la miró de reojo, pero no le contestó.

—Creo que meter en mi bolso un pensamiento rojo es la mayor genialidad que te he visto hacer en mucho tiempo —expresó ella con entusiasmo—. Un momento, no quiero que contestes y, si tiene otro significado, no deseo saberlo… Por hoy es suficiente.

Harper retrocedió sobre sus pasos para hablar a su altura.

—El pie de foto en el que aparecía Alice Bramson con un ramo de flores en las manos decía que siempre tenía en el pensamiento a su familia —explicó

Andrew, empezando a perdonar a su amiga—. Creía que te darías cuenta al leer la prensa.

Brooke corrió un tupido velo y no dijo que la había visto por pura casualidad. Realmente, si Hunter no le hubiera mostrado el periódico ni se habría enterado, pero tampoco tenía que llegar a esos extremos.

—Sí, en cuanto vi la fotografía y el significado que Alice le daba a esas flores, supe que era nuestra asesina —expuso, sin mentir demasiado.

Sally y Wright salieron de la habitación, pero Brooke continuaba teniendo una duda y agarró a Harper del brazo para impedir que se marchara tan rápido.

—¿Por qué dejaste de hablar? —le preguntó a su amigo.

Andrew Harper contempló la belleza de su socia y suspiró.

—Tenía que ayudar a mi mejor amiga; se ha enamorado de un tipo con problemas —le dijo, dándole un besito en la frente, algo inusual y conmovedor para ella— y yo necesitaba concentrarme en pensar. Quizá hayas oído decir que hay personas que no paran de hablar o de que dicen tonterías… Incluso puede que conozcas a alguna…

Brooke abrió los ojos y comenzó a reírse a carcajadas.

—¡Venga ya!, acabas de ponerme en mi sitio utilizando la ironía —le susurró sin tocarlo por miedo a su reacción—. Cariño, eres el mejor y te quiero.

Andrew Harper abandonó la habitación con una sonrisa en la cara.

Por fin se reían al mismo tiempo, pensó satisfecho consigo mismo.

◆◆◆

Brooke escuchó la puerta y encendió la luz cercana a la cama.

Al descubrir que eran las cinco de la madrugada, pegó un bote en la cama articulada del hospital. Unas horas antes, se había dejado seducir por la blandura del colchón, que además estaba tan triste y solo como ella.

—Es muy tarde —exclamó preocupada, al ver la palidez de su prometido —. Dime que estás bien, por favor.

—No te preocupes —contestó abatido, mientras se acomodaba junto a ella en la cama—. Estoy todo lo bien que puedo estar. No tenía ni idea de lo que estaba pasando… —dijo al borde de las lágrimas—. No sé cómo voy a superar algo así, me siento fatal.

Brooke lo recibió con los brazos abiertos y lo estrechó con ternura.

—Tengo que contarte algo —le susurró bajito—. Debemos hablar de Alice, aunque creo que el FBI ya lo ha hecho, lo digo por tu ropa.

Hunter asintió. Llegaba vestido porque había permanecido en la oficina de los federales hasta ese momento.

No necesitaba hablar.

Lo que necesitaba era llorar.

Llorar por la muerte de su querida y enferma hermana.

Los agentes le mostraron las grabaciones en las que Alice reconocía haber cometido todo tipo de barbaridades en su nombre. Hacía meses que su casa estaba plagada de micros que desconectaba cuando Brooklyn lo acompañaba. Ese día, había vuelto a conectarlos porque le había pagado una fortuna a uno de los agentes más jóvenes para que, a su señal, comenzaran unos pequeños fuegos artificiales.

Tenía que darle las gracias a Ernest Cavanagh; ese hombre había insistido en que se mantuviera la vigilancia en su casa durante los siguientes meses. «Los tumores no solo se extirpan, se tratan durante mucho tiempo», le había dicho el psiquiatra, después de que él le recordara que la asesina se había quitado la vida. Ahora que lo pensaba, se había tratado de un final demasiado perfecto para ser real.

Esa noche, le iba a pedir a la increíble mujer que permanecía a su lado que se escapara con él a Hawái para contraer matrimonio, y su hermana era la única persona a la que se lo había confiado, se lamentó Hunter con desesperación. Incluso le había dado el día libre a todo el servicio del ático para tener mayor privacidad. Hunter no se perdonaba no haber desconfiado cuando vio llegar a Alice, había que tener alguna intención oculta para desear estropear algo tan íntimo y bonito. Sin embargo, nunca se había podido resistir a su querida y alocada hermana.

Brooke no interrumpió las lágrimas de su prometido. Pasado mucho tiempo, lo sintió suspirar levemente y, solo entonces, se atrevió a romper el silencio.

—¿Nos vamos a mi casa de la playa? —le preguntó, mientras le acariciaba el cabello con ternura.

Hunter comprendió que no deseaba cambiar de planes.

Reservaría una parte de su corazón a la niña que lo había querido con cariño. A la mujer que creía estar enamorada de él, solo podía tenerle lástima. Y, a la asesina… solo le deseaba que ardiera en el infierno.

—Tengo una idea mejor —musitó él, empeñado en superar la tragedia que acababa de vivir—. ¿Te apetece disfrutar del buen tiempo de Hawái? En realidad, era lo que mi hermana trataba de evitar: que nos fuéramos a Honolulu y volviéramos casados.

Brooke abrió la boca para negarse, pero después lo pensó mejor.

—Creo que podré hacer el esfuerzo —susurró, mirándolo fijamente—. Ya me conoces, lo mismo me lanzo desde un puente, que me escapo a una isla para casarme con el hombre de mi vida.

Hunter la besó con pasión y Brooke suspiró resignada.

—Cuando descubrí que no teníamos ningún vínculo —expresó él con delicadeza—, me prometí a mí mismo que, tanto en el futuro como en el presente, no permitiría que nada ni nadie nos volviera a separar.

Brooke sonrió con ternura.

—Suena bien —dijo ella bajito, mientras le devolvía el beso—. No permitiremos que nada ni nadie nos separe —repitió con gravedad—. Estoy de acuerdo. Firmo ese contrato.

Hunter asintió, mientras cerraba la puerta de la habitación con cerrojo.

—Yo también…

FIN